

SARA BALLARÍN



TARTA NUPCIAL

Sara Ballarín

Tarta nupcial



*A mis padres, a Olga, a Andrés y a Martín.
Por ser*

EL PRINCIPIO A LA MITAD

A mi yo de dieciséis años le gustaba tumbarse sobre la alfombra del dormitorio y cerrar los ojos mientras escuchaba música. Como la ventana estaba orientada hacia el oeste, la luz vespertina caía en la alfombra y me otorgaba un confortable calor en invierno. En esos días solía practicar un juego mental que consistía en contar cuántos versos había en la canción que sonaba en ese momento para después sumar las cifras del resultado hasta que quedaran reducidas a un solo dígito. Luego catalogaba las canciones según ese dígito. Todos los números del uno al nueve tenían al menos una canción, y el hecho de contarlas sobre aquella alfombra de colores suaves tenía un único fin: no escuchar los gritos de la casa.

Las personas tenemos mecanismos de defensa cuando menos curiosos para afrontar adversidades. Y lo más singular es que, aunque normalmente los adquirimos en la infancia, se manifiestan de forma inconsciente en la vida adulta. Solemos llamarlos «hábitos». Morderse las uñas, enrollarse en el dedo un mechón de pelo, rascar la yema de un dedo con la punta del otro o contar cantidades de cualquier cosa que vemos y escuchamos. Mi hábito numérico me ha acompañado cada vez que mi cabeza necesitaba pensar. O, mejor dicho, no hacerlo. Por eso, veinte años después, mi yo actual vuelve a estar tumbada en la alfombra de su dormitorio contando versos de canciones que llegan amortiguadas desde el equipo de música del salón. Pero hoy no hay sol vespertino ni calor que convierta la habitación en refugio invernal a comienzos de un gélido febrero. No. Hoy todo es frío y gris. El dormitorio está en semipenumbra y ya no me quedan más objetos, cuadros o sombras que contar. Me seco una lágrima que me cae por la mejilla y, antes de que vuelva a estallar el dique, el repiqueteo de unas llaves hace que me levante.

La puerta de entrada se abre al tiempo que yo avanzo por el pasillo oscuro y lúgubre. En un acto reflejo, paso mi mano por la pared y siento el tacto del antiguo gotelé con destellos brillantes que tantas discusiones ocasionó. Jamás me gustó este piso. Nunca me ubiqué en él. «¿Y si hacemos alguna reforma?, aunque sea pequeña», le pedía siempre. «Ahora ya no importa —pienso—. Queda poco que reconstruir aquí».

Llego a la entrada con sigilo y lo observo. Intento ser cauta y contenida, pero me resulta

difícil. Echa un vistazo en busca de la última maleta que queda. Trae las manos metidas en los bolsillos del abrigo de paño negro que suele llevar con el cuello levantado. Casi siempre viste con colores oscuros o neutros. Se permite pocas estridencias en su estilo, aunque se remanga los jerséis porque le gusta que se intuyan los tatuajes que tiene en los antebrazos y que continúan por el pecho, los hombros y la espalda. Algunos están descoloridos y deformados por el paso de los años y otros lucen la tinta reciente, orgullosos de estar ahí pese a que no tengan un motivo. Uno de ellos está dedicado a mí, una flor de lis en el pecho con mi nombre debajo que se hizo cuando éramos uno. Sus ojos oscuros se encuentran con los míos al terminar su inspección y, durante esas centésimas de segundo, nos reconocemos por primera vez en mucho tiempo. ¿Estamos haciendo lo correcto?

—¿Tienes todo lo que necesitas? —pregunta aséptico. Yo asiento—. Bien, te ayudo a bajarla.

—No —carraspeo—, mi hermano ha venido a echarme una mano. Ha bajado la otra maleta y una caja a su furgoneta.

—Entiendo.

—Te he dejado las llaves ahí. —Señalo el mueble del recibidor.

Mira mi dedo y cierra los ojos.

—Eso no es necesario, Lis. Aún no.

Las coge con un suspiro triste. Se acerca a mí y toma mi mano, que se deja hacer ante su contacto.

—Quédatelas. —Me las da y me cierra la mano con la suya—. Todavía falta tiempo para dar este paso.

—Carlos... —digo cansada.

—Por favor.

Acepto con resignación y las guardo en el bolsillo del abrigo. Apartamos la mirada, incómodos. ¿Qué se hace ahora? ¿Nos decimos un «hasta dentro de unas semanas»? ¿O serán unos meses? ¿Cuánto es «un tiempo de reflexión» tras siete años de matrimonio? Trago saliva.

—¿Queda algo más por bajar, Lis? —Mi hermano interrumpe la tensión cuando aparece en el umbral de la puerta.

Carlos y él se miran con cierta altivez y pena al mismo tiempo. Nunca han sido grandes amigos, aunque se llevaban bien y mantenían una relación familiar cordial y respetuosa. Ahora no saben cómo tratarse. Tampoco lo sabemos él y yo. Todo entre nosotros es caos.

—Solo esta maleta grande —respondo yo.

—La bajo y te espero en la furgo.

—Voy enseguida.

Mi hermano se gira hacia él y levanta las cejas.

—Hasta luego, Carlos —le dice a modo de despedida mientras cruza la puerta con la maleta a

rastras.

—Hasta luego, César —le responde sin sacar las manos de los bolsillos y con el mismo tono robótico.

Y aquí está, el temido momento. Los dos solos. Nos miramos tensos sin saber qué decir. Trago saliva y él adelanta un paso. Suspira y abre la boca sin quitarme los ojos de encima.

—Espero que esto sirva para que volvamos a ser la foto en blanco y negro que siempre quisimos enseñar a nuestros nietos —dice.

Sonrío con lágrimas en los ojos. Sabía que tendría una bomba atómica preparada a conciencia para despedirse.

Me acerco a la puerta y, por consiguiente, a él. Nos damos un abrazo. Uno que empieza frío y tenso, pero que termina cálido y sentido. Lo huelo quién sabe si por última vez. Ese olor leñoso de su cuello, que fue la antesala de tantos besos, se almacena ahora en mi cerebro como quien quiere guardar una fragancia en un frasco que quizá jamás podrá volver a abrir.

—Yo también lo espero —repito en un susurro.

Noto sus labios en la mejilla y la réplica un poco más abajo, en la comisura. Se rozan por última vez en un beso sin vida o con demasiada a sus espaldas, y luego nos separamos para decirnos adiós.

Y así, sin más ceremonia, cruzo la puerta de la que ha sido mi casa durante un año sintiendo unas tremendas ganas de vomitar. Y en cuanto salgo a la calle lo hago. Vomito en la rueda trasera de la furgoneta de mi hermano, que me esperaba pacientemente. Él sale del coche y me acaricia el pelo.

—Todo irá bien —murmura.

—Eso lo dicen quienes no saben qué decir.

Mi hermano se ríe y yo me recompongo. Lo cierto es que me consuela que esté aquí conmigo en este momento tan caótico, en esta despedida final. Le sonrío con la boca cerrada y me abraza.

—Vámonos —dice.

Nos montamos en la furgoneta y comienza a maniobrar para sacarla del aparcamiento. Yo miro nerviosa la ventana del piso porque en el fondo deseo que esté ahí, mirando cómo me alejo de su vida y del que fue nuestro hogar. Quiero verlo con su semblante serio mientras se acaricia la barba y se pregunta si es la decisión correcta, si de verdad esto arreglará algo o solo lo terminará de destrozar. Quiero atisbar en él un indicio de arrepentimiento, de locura, de «¿Qué estamos haciendo, por Dios?». Pero... no. No hay nada tras ese cristal. Ni una mísera sombra ni una mísera luz. Nada. Todo está vacío, como nosotros. Y ya no nos queda ni la posibilidad de mirar atrás.

—¿Seguro que no quieres dormir en casa hoy? Las niñas estarán encantadas y Celia también. Está preocupada.

—Seguro —respondo como una autómatas mientras miro por la ventanilla.

—¿Cuánto tiempo vas a estar en casa de papá y ma...?

—Yo qué sé, César —le espeto—. Ahora mismo no sé nada.

El resto del trayecto lo hacemos en silencio. Es eso lo que necesito, supongo, porque en mi cabeza ahora mismo solo se escucha un continuo ruido de fondo. Reprimo un sollozo y miro hacia delante.

Al llegar, mi hermano me ayuda a meter las dos maletas y una caja en el lugar donde nos criamos. Una vivienda unifamiliar de dos plantas que mis padres desocuparon cuando se vieron solos y mayores para andar subiendo escaleras, moverse en espacios amplios o estar lejos de la ciudad. Le tienen mucho apego a esta casa, el punto nuclear de nuestra familia, por lo que no han querido venderla ni alquilarla. «Sería como deshacernos de nuestros recuerdos al dejar que otras personas los invadieran», dicen. Una forma muy poética de ver una propiedad que ni mi hermano ni yo compartimos. Pero, como la decisión es de ellos, la dejaron allí, cubierta de sábanas y polvo, a la espera de que sus hijos la ocuparan cuando llegara el momento mientras ellos se mudaban a un pequeño piso que habían comprado como inversión años atrás.

Ahora este lugar me servirá de refugio durante el temido «un tiempo» que nadie sabe cuánto es.

César quiere ayudarme a deshacer las maletas, a abrir la casa y a ponerla un poco a punto, pero le pido que se marche y que me deje organizarlo todo. Otras personas suplicarían por no pasar solas un momento como este. Yo, en cambio, siempre fui una *rara avis* que reclamaba soledad para resolver cualquier desajuste. Carlos es como yo en eso, aunque él necesita hacer cosas para gestionar sus emociones. Lo más probable es que esté haciendo deporte. O quizá se haya puesto sus cascos de última generación para escuchar música al máximo volumen. Yo soy más analítica y necesito desmenuzar lo que mi cabeza rumia, pese a que me prometí no preguntarme más por qué, cómo o cuándo empezó todo a ir mal. En los meses que llevamos a la deriva, he vivido en una nebulosa en la que apenas he sido consciente de existir, pero entre llanto y llanto he aprendido mi primera lección: las preguntas sin respuesta siempre vuelven a ti y te atormentan. Por qué, cuándo, quién.

Me derrumbo al cerrar la puerta de la que fue mi casa, esa que ahora está llena de cosas que mi hermano y yo hemos acumulado durante años. Todas ellas, junto con algunos muebles viejos que mis padres dejaron atrás, han convertido este lugar en un trastero. Nada queda aquí de mi vida anterior, de mi infancia y adolescencia, y siento un abismo absoluto al tomar consciencia de que tampoco tengo ni idea de cuál es mi vida ni de cómo va a ser a partir de ahora. Lloro sin control sentada en el suelo, con el abrigo todavía puesto y cubriéndome la cara con las manos. «Mi vida a partir de ahora». Miro las maletas, la casa vacía, las cajas con rótulos del tipo «Adornos Navidad Lis» o las bicis viejas que mi hermano se empeña en guardar. Todo está lleno de trastos

inútiles que hacen de mi casa un lugar desconocido con demasiadas historias que contar aún. ¿Dónde estoy? ¿Dónde?

Un bip me alerta de un nuevo wasap. No necesito mirar el teléfono para saber quién es. Odio conocerlo tanto. Odio saber con exactitud cuál será su siguiente paso mientras él sigue sin tener ni idea de cuáles serán los míos.

«Pase lo que pase, tú y yo siempre seremos un nosotros».

Grito. Fuerte. Un chillido desgarrador que sale de mis entrañas en forma de rabia absoluta. «Tú y yo». «Siempre». «Nosotros». Apoyo las manos en el suelo porque siento que me voy a partir en dos en cualquier momento. Jamás había experimentado un dolor así, tan desolador.

Tiro el teléfono lo más lejos que puedo. Un acto inconsciente que pretende liberar la ira y la pena que hay encerrados en él. «Tú y yo». «Siempre». «Nosotros». El aparato choca contra el suelo y escucho cómo su interior se hace añicos y de golpe todos los «tú y yo» que había dentro se callan. Pero el ruido de mi cabeza no cesa. Nada cesa. Y, como viene siendo habitual en las últimas semanas, solo puedo llorar. Me acurruco en el suelo en posición fetal. Acercó mis rodillas aún más al cuerpo y las abrazo. Luego miro las láminas de parquet del suelo y comienzo a contarlas.

LOS INCONEXOS

Nadie te cuenta lo desconcertante que resulta, por ejemplo, ir tú sola a hacer la compra tras años de hacerlo siempre con la misma persona. Es extraño no darte cuenta de cuánto interiorizamos la rutina hasta que algo banal y cotidiano cambia y la rompe de un día para otro. Porque llevas siete años de tu vida comprando en el mismo supermercado todos los martes a las ocho de la tarde con alguien a tu lado. Durante más de un lustro recorristeis los pasillos en el mismo orden, con la misma lista y las mismas cantidades. Algún capricho gastronómico de cuando en cuando; alguna discusión en la sección de perfumería o congelados; observar a la gente haciendo cola o apostar cuánto será el importe final. «El que pierda hace la cena». Así que las primeras veces que realizas sola algo cotidiano que hacías con él es raro, porque te sientes desubicada. Todos sabemos y entendemos lo que cuesta habituarse a los grandes cambios, pero prestamos poca atención a los pequeños. Y estos, al final, son los que marcan nuestro día a día. No es un drama ni una parte dura de una separación, pero nadie te la cuenta y es algo que incomoda.

Me doy toda la prisa que puedo, se me hace tarde. Abro la puerta de mi casa haciendo fuerza hacia fuera porque, si no, no abre, y me dan la bienvenida los chirridos de las bisagras y la radio sintonizada en una cadena de noticias. Es una manía. Dejar la radio encendida, o una luz si es de noche, cuando me ausento por un corto periodo de tiempo. Me da la sensación de calidez al volver, como si hubiera alguien esperándome o la casa no se hubiera detenido y siguiera su propia vida.

Intento ir directa a la cocina sin mirar ningún espacio más, me deprime. Solo llevo aquí tres días, pero he ocupado mis horas en todo lo imaginable para postergar el momento de llegar a casa y tener que enfrentarme a mi cabeza, que no deja de gritar, y a la soledad de no estar entre sus brazos, que se acentúa cada minuto que paso en este lugar tan mío y a la vez tan lejano ya, tan de nadie. Así que no es de extrañar que en estos tres días haya vagado por la casa sin hacer el menor ruido, incluso con sigilo, porque de esta manera me parece que estoy de paso, que soy ajena a estas cuatro paredes, y no tengo que pensar que quizá me quede aquí más noches de las que me gustaría reconocer. Las maletas están sin deshacer, solo abiertas para coger lo

imprescindible. La caja con algunos objetos que creí indispensables sigue cerrada y apartada en algún rincón de la entrada. La ropa sucia está esparcida por el suelo. El polvo acumulado durante años, intacto. Las sábanas que cubren los pocos muebles que se quedaron permanecen ahí, como fantasmas centinela que protegen lo que hay debajo. Pura dejadez. Yo, que siempre me he enorgullecido de ser una maniática del orden, que alardeaba de la pulcritud heredada de mi madre y que combinaba con la habilidad de mi padre para el bricolaje, aquí estoy, viviendo en una montaña de desorden y chirridos. He recogido el salón un poco, eso sí. Ya que mis padres vienen hoy a cenar porque les gusta la idea de que vuelva a darle vida a su antiguo hogar, al menos que mi madre no sufra un ictus al cruzar el umbral.

—Pero, Lis, hija... —dice mi madre como un alma en pena nada más cerrar la puerta.

No ha dado ni un paso, pero veo en su cara que no quiere dar ninguno más. Creo, de hecho, que está a punto de echarse a llorar, y no de pena por su hija, sino por un inmenso sentido de culpabilidad. Si yo tengo la casa hecha un caos absoluto, es su fallo como madre. Algo imperdonable en su ascenso hacia una perfección que jamás logra alcanzar.

—Sí, lo sé. Es que no he tenido mucho tiempo.

Y ocurre lo que me temía. Deja su bolso y su abrigo perfectamente colocados en la primera silla que ve y se arremanga la chaqueta.

—Mamá...

—Esto lo arreglo yo, quita.

—Mamá, por favor, no. Lo organizaré yo, te lo prometo. Es solo falta de tiempo.

—¿Acaso piensas que voy a dejar que mi hija viva como una indigente en su propia casa? ¿Qué clase de madre sería? Yo no te he educado para esto.

«Dios».

—No empieces, por favor. Esto no tiene nada que ver contigo ni con qué tipo de madre eres ni de cómo nos has educado. Tiene que ver con que no he tenido tiempo, ¿entiendes? Este fin de semana me pongo sin falta.

—Déjate de palabrerías y agradece que tu madre te ayude, que parece que siempre estoy de más. ¿Verdad, Julio?

—Mujer, ya es mayorcita. Déjala en paz —espeta mi padre.

—Papá... —intervengo con aire cansado.

—Tú siempre hablándome mal —le responde mi madre con desgana.

—¡No te hablo mal, Irene! —Mi padre alza la voz—. Solo te digo que dejes a la niña tranquila.

—Al menos a mí me preocupa cómo está nuestra hija.

«Dios, otra vez».

—Mamá...

—¿Acaso yo no me preocupo?

—Hombre, a la vista está. Y encima me llamas pesada sin venir a cuento.

—¡Pero si no he dicho nada! —Y mi padre se da la vuelta gesticulando con la mano en clara derrota, aunque mi madre no se da por vencida.

—¿Que a mí no se me puede decir nada? —Corre detrás de él.

Observo este partido de tenis al que llevo asistiendo como público desde que tengo uso de razón. La pelota, cualquier absurdez que provocaba o bien pequeños rifirrafes entre dos personas que no podían conocerse mejor, o bien peleas feroces, llenas de insultos, gritos y reproches que hacían que mi hermano y yo nos cogiéramos de la mano y tuviéramos que dormir juntos de lo aterrados que estábamos. Los espectadores, cualquier persona que estuviera delante, no había cohibición alguna. La red se fue tejiendo con mis llantos de niña, los gritos mudos de mi hermano, la rabia, los versos contados, los portazos, los chillidos, las amenazas, los «¿Por qué no os separáis de una vez?», los insultos por ambas partes y una única conclusión: mis padres no se han querido nunca. Fueron unos de tantos que se casaron por un malentendido sentido del deber social y cuyo desapego se fue convirtiendo en un desdén que han arrastrado durante todo su matrimonio. No tienen el más mínimo nexo de unión, y por eso mi hermano y yo los llamamos los Inconexos. ¿A qué tipo de relación aspiro yo con semejante modelo?

—¿Nos sentamos a cenar? —grito desde la entrada hacia donde quiera que estén.

Dos refunfuños, un sincero halago de mi madre por la comida y, diez minutos después, nos invade un silencio que resultaría incómodo si no fuera porque ninguno de los tres nos percatamos del mismo. Creo que todos tenemos demasiado ruido en la cabeza.

—Bueno, Lis... —carraspea mi padre, y es entonces cuando los tres salimos del trance y alzamos la vista—. ¿Cuánto tiempo te vas a quedar aquí?

—Julio... —le replica mi madre—. Eso no se sabe, por Dios.

—Solo preguntaba —dice con retintín—. Que, si es mucho tiempo, igual a César le sienta mal.

—Ay, Julio, por favor. ¿Cómo le va a sentar mal?

—Hombre, pues sentándole mal. Al fin y al cabo esta casa será para los dos. Si uno va a vivir aquí, tendrá que comprarle su parte al otro, digo yo. Las cuentas siempre claras. Y, si no, la vendemos y fuera discusiones.

—¿Vender la casa? ¡Por encima de mi cadáver! ¿A qué viene eso ahora? Esta casa es nuestra vida. ¡Nuestra vida! Si cuando la hereden la quieren vender, será cosa suya, yo ya no estaré para verlo, pero mientras yo viva esta casa será de mi familia.

—Mucho amor dices tenerle, pero bien que te quisiste largar de aquí en cuanto empezaste a estar oxidada. —Ríe mi padre.

—¡Papá, por Dios! —le riño.

—Toda la vida igual. Toda la santa vida igual —lloriquea mi madre.

—A ver. —Y alzo las manos señalando tregua—. No tengo ni idea de cuánto tiempo me quedará porque no sé qué va a ser de mi vida; pero tened por seguro que si es algo definitivo no viviré aquí, así que no habrá problema alguno. Y ahora, vamos a cenar en paz.

Ambos se quedan callados y se llevan el cubierto a la boca. Mi padre rompe el silencio, otra vez.

—Bueno, sea el tiempo que sea, quizá necesita algún que otro arreglo. Una buena limpieza, una mano de pintura...

—¿Y vas a ayudarla tú, Julio? Tú, que ya no estás ni para coger un taladro. ¿No ves que tienes tembleque? Estás viejo para andar con trastos de esos. Te harás daño y habrá que correr al hospital.

—¡No estoy viejo! ¡Qué voy a estar viejo! Tú sí que estás vieja, Irene, que no oyes y no te acuerdas de las cosas.

—¡Claro que me acuerdo de las cosas! ¡Tengo una memoria de elefante! El que no se entera nunca de nada eres tú, que vas a comprar el pan y vuelves sin él.

—¡Eso fue un día porque me llamaste a mitad de camino para que te comprara pañales!

—No seas impertinente. Yo no uso pañales. Eres tú el que está viejo.

—Y dale.

—Y *dolo* —dice imitando su tono de voz—. Que sí, hombre ya.

Apoyo los codos en la mesa y entierro la cara entre mis manos. Les da igual.

Las treguas en esta familia duran tan poco que siempre han sido peores que la tempestad.

Cuando todo lo que hay dentro de ti es caos, solo hace falta una canción triste para que la ansiedad decida rebelarse en forma de ataque y te paralice durante varios minutos. «Respira — me digo—, es una canción triste sin más». Pero no puedo evitar llorar y agarrarme a la encimera de la cocina como si fuera a caerme cuando escucho en el reproductor «Besaré el suelo» de Luz Casal. Me desgarran, la verdad. No pretendo ser dramática, pero no puedo ni contar los versos. Cada letra, cada nota, lleva su nombre y lo trae a mi memoria. Aunque, a quién quiero engañar, todavía no se ha ido y una parte de mí no quiere que se vaya. Me agarro a él con fuerza, a lo nuestro, a nosotros; pero a la vez estoy tan agotada, tan cansada de luchar, que solo quiero que todo termine pronto. Lo pienso. El final de «nosotros». Se me revuelve el estómago. Me destroza pensar en lo grandes que fuimos y lo mal que hemos hecho las cosas. Lo mucho que nos quisimos y la indiferencia que sentimos ahora. ¿Cómo pasamos de reposar en sus brazos mientras me daba besos tiernos en las pestañas a dormir cada uno en una habitación porque no soportábamos la idea de compartir algo tan íntimo como una cama? ¿Y de despertares con caricias a mi vientre y sus «¿Cuándo vas a querer algo mío ahí dentro?» entre susurros a apartar la mano si casualmente me rozaba?

«Al único que quiero dentro ahora mismo es a ti, amor». Él sonreía y chistaba negando con picardía mientras su mano se entremecía por mi pantalón y sus labios se pegaban a los míos.

Había luz. Con Carlos siempre la hubo. Y la echo de menos. No solo durante estos cuatro días desde que me fui de su casa, sino desde que la oscuridad se cernió y dejamos de ser un «nosotros» para convertirnos en «ella y él». Inconexos, como mis padres. Pasamos de ser todo para el otro a no saber reconocer si ya no éramos nada. ¿Lo somos? Nada, me refiero. Estamos en un punto más inconexo que nosotros mismos, ese en el que no sabes si has dicho adiós y tienes que empezar de cero o si debes aferrarte a rescatar algo que quizá no quiera ser rescatado.

Las preguntas martillean una y otra vez en mi cabeza y todavía no sé cómo las puedo parar. Luz Casal termina su canción con un «Que el amor es un misterio y que importa solo a dos» y yo vuelvo a llorar. Otra vez. Tengo una copa de vino en una mano, la otra sigue sujeta a la encimera. Tras el cristal de la ventana que hay encima, se adivina lo que en otros tiempos fue el

jardín, aunque ahora sea una maraña de hierbajos, una piscina resquebrajada y descolorida y muchos trastos oxidados. La oscuridad de la noche deja entrever las primeras estrellas y todo sería precioso si no fuera porque a mí me fallan las fuerzas. Tanto que cojo el teléfono que compré tras hacer añicos el anterior y flaqueo.

«Te echo de menos, Carlos. Te echo de menos terriblemente. ¿Estamos haciendo lo correcto?».

Se lo envió a conciencia, no es un impulso. Bueno, quizá sí, pero necesitaba decírselo. Su respuesta solo tarda unos segundos.

«Nos prometimos no hacer esto, Lis. Nos hace más daño».

No tiro el móvil esta vez, pero casi rompo la copa de vino que tengo en la mano de la fuerza con la que me agarro para no caerme. El llanto se transforma en grito y ambos en rabia. Doy un puñetazo en la encimera.

¿Qué nos pasó, Carlos? ¿Cuándo dejamos de ser un «nosotros» para convertirnos en un «ella y él»?

LAS NIÑAS PERDIDAS DE NUNCA JAMÁS

Siempre quise trabajar por mi cuenta. Tener mi propio espacio, sin nadie que me moleste. Sin compañeros que gritan, que hablan, que tosen. Sin jefes déspotas, tiranos o endeble y maleables. No tener que lidiar con la cara oculta de las personas que sacan lo peor de sí mismas en su lugar de trabajo ha sido para mí una ventaja y un aliciente. Trabajé durante muchos años en una agencia de traducción hasta que me puse el mundo por montera y me establecí por mi cuenta. Y, aunque es cierto que en ocasiones añoro la seguridad de un salario, la despreocupación por la burocracia o hasta el trajín de una oficina, los cotilleos, las cenas de empresa o el mero hecho de arreglarme para salir de casa, he aprendido a valorar las ventajas, a pesar de que sean pocas. La libertad de decisión y de acción, responsabilizarte únicamente de lo que te corresponde, la flexibilidad horaria o no tener que soportar la tiranía de un jefe, entre otras cosas. No es que me emocione mi trabajo o mi condición de autónoma, pero con los años dejé de verlo menos como medio de realización personal y más como un modo de subsistencia. Le quito importancia a la parte vocacional, pasional o bucólica. Trabajo para ganar dinero en algo que no me molesta demasiado. Tras años arrastrando grilletes, no pretendo más.

Me dedico a la traducción técnica y estoy especializada en webs, softwares y aplicaciones. Con los años he hecho una buena cartera de clientes entre pymes, agencias de traducción que me subcontratan para trabajos puntuales, particulares o incluso organismos oficiales. Todo ello me permite tener un salario medio y apagar el ordenador a eso de las seis, salvo las épocas en las que el trabajo se me acumula y las jornadas laborales llegan a ser maratonianas. Estás siempre pendiente de un hilo, eso es cierto, y vives con esa angustia del autónomo de pensar que cualquier día llega otro mejor, te quita la clientela y tienes que cerrar el chiringuito. «Eso no va a pasar nunca, amor. Eres la mejor», decía siempre Carlos. Él, desde su puesto asalariado de ingeniero industrial, lo veía todo más fácil y cómodo. Zanjaba el tema con un beso y así se terminaban las conversaciones sobre cualquier problema o inquietud laboral.

Esta semana de «tiempo indefinido» he estado más dispersa, lo reconozco, y, por temor a jugarme mi profesionalidad y mi modo de vida, hoy me he levantado a las seis y media para intentar avanzar a marchas forzadas y recuperar lo que he pospuesto estos días. Me compré un

wifiportátil que va lento y mal, pero al menos me permite revisar el correo y navegar, así como ver series y películas desde el ordenador. Con parones, pero algo es algo. Por tanto, solo tengo un problema cuando me pongo a trabajar: me siento desubicada. No controlo el espacio y no sé bien dónde estoy. No tengo un sitio para mí como tenía en mi casa. O, mejor dicho, como tenía en la casa de Carlos, donde transformamos una habitación en mi estudio. Aunque no era gran cosa porque el espacio era pequeño y bastante sombrío. Pero aquí... Bueno, por no haber, no hay ni mesas, así que me he instalado en un tramo de la encimera de la cocina que es una barra con taburetes bajo una de las múltiples ventanas que tiene esta casa. Al menos tengo luz. Y café. Y visitas.

—Sabía que te presentarías sin avisar tarde o temprano. —Alzo las cejas al abrir la puerta.

—Ya me he cansado de esperar a que mastiques en soledad y todo eso.

Pongo los ojos en blanco y cierro la puerta. Celia entra en la casa y mira alrededor.

—Hacía años que no venía aquí —dice con un deje amargo. Ella tampoco tiene buenos recuerdos de este sitio.

Me mira con cara de interrogación. No sabe a dónde dirigirse, así que le señalo la cocina.

—¿Tienes tiempo para un café? —pregunta.

—No. —Sonrío.

—Siempre hay que sacar tiempo para las amigas, Lis —dice con saña.

—Dejaste de ser mi amiga cuando te casaste con mi hermano, rata traidora. Ahora eres mi cuñada. Eres el enemigo familiar.

—Calla, anda. ¿Tienes sacarina?

—¿No dicen que es peor que el azúcar?

Ella misma busca un vaso y se sirve un café. Mira a su alrededor, pero no ve ninguna mesa en la que sentarse, así que localiza los taburetes de la barra y ve que tengo el despacho allí. Hace un gesto con la cabeza a modo de pregunta y, tras mi asentimiento, nos sentamos. Aparto un poco el ordenador y los papeles que tenía esparcidos para evitar destrozos. Celia me observa y espera a que termine. Es de esas personas a las que no les gusta hablar mientras hacen cosas o mientras los demás las realizan. Conversar es como una religión para Celia, un momento sacrosanto que no se debe profanar con ninguna otra acción. Hablar requiere intimidad, apertura emocional, atención y concentración, de modo que nada puede distraerte de ello. Y le molesta mucho, además, que, en medio de una charla, algo o alguien interrumpa el momento que ella considera mágico.

—Todo es peor que el azúcar ahora. Al final volveremos a venerarlo. Estamos mal de la cabeza, Lis. La sociedad se está volviendo tan idiota que nos extinguiremos por culpa de nuestra propia mediocridad.

Y lo dice con conciencia de causa, que es profesora de Historia en paro.

—¿Y qué te trae por aquí? —Sonríó irónica. Ella me devuelve la sonrisa.

—Pues tú me dirás.

—Lo de dar espacio, ¿cómo lo ves? —Entrecierro los ojos.

—Lo veo fatal. Además, me llamó tu madre. No creo que haya ansiolíticos en la farmacia que la tranquilicen. —Chasqueo la lengua y me toco la frente.

—Si siguiéramos sus sabios consejos, no tendríamos problemas. —Pongo los ojos en blanco.

—Bah, todos lo hacemos mal. Tú lo haces mal, César lo hace mal, tu padre lo hace mal. Necesita criticaros, Lis. Ya lo sabes. Al final tu madre solo es una persona dependiente que teme perderos y os critica a todas horas porque así se siente necesaria. Quiere que veáis que sin ella estáis perdidos.

—Sea como sea, ahora mismo no puedo lidiar con eso.

Celia respira hondo y se aparta un mechón del flequillo. Lleva el pelo corto desde hace varios años, pero, aun así, ese hábito no la ha abandonado.

Nos conocimos en la guardería. Me quitó mi muñeca Barriguitas y yo le destrocé un peluche al que le tenía mucho cariño. También nos llevamos a matar durante el parvulario, pero éramos de esas niñas que se persiguen continuamente y que no pueden estar separadas mucho tiempo. Nos buscábamos para hacernos daño, pero nos buscábamos. Supongo que ambas teníamos situaciones que no sabíamos manejar y la rabia se instaló desde muy pequeñas en nuestros diminutos cuerpos. Quizá intuíamos que una comprendía a la otra y que, en realidad, nos odiábamos tanto porque éramos un reflejo de nosotras mismas.

Los padres de Celia se separaron cuando ella tenía cuatro años. Era finales de los ochenta y los divorcios o separaciones empezaban a aflorar, por lo que todavía no era una realidad normal, ni en la sociedad ni en los colegios. Nadie sabía muy bien cómo lidiar con eso, y menos Celia, hija única que vio cómo su vida se partía por la mitad de un día para otro. Tampoco estaban tan definidas como ahora las custodias y los permisos, de modo que todo era relativamente nuevo. Además, eran años en los que la psicología infantil apenas se tenía en cuenta dentro del seno familiar, y conceptos como «inteligencia emocional», «empatía» o «autoestima» estaban todavía a varios años de ser parte de nosotros. Así que nadie de su entorno sabía muy bien cómo manejar la situación, tan nueva de por sí. Pensaban que por ser tan pequeña, sencillamente, no se acordaría de nada. Que su memoria borraría cualquier desazón y no recordaría ni los gritos ni las peleas ni el odio ni el cambio drástico de vida. Pero no lo hizo. Y no saber gestionarlo provocó que todo lo amargo que su diminuta memoria cobijaba saliera a la luz en forma de rabia, la cual pronto se transformó en agresividad y se convirtió en una niña conflictiva a la que nadie sabía cómo tratar.

Y ahí entro yo, que, no sé cómo, me convertí en su vía de escape. La niña a la que tanto odiaba era también la única que no la temía, que le plantaba cara, que tenía la misma rabia que ella ante

una situación muy similar. Así, cuando dejamos de medirnos, me convertí en su aliada y, juntas, en dos inseparables Niñas Perdidas como las del cuento de *Peter Pan*, que ansiaban vivir en un mundo incluso más lejano que Nunca Jamás. Se tranquilizó al tener una amiga y a mi familia. Porque mi madre, dentro de todas las locuras que tiene, es la persona más empática y bondadosa que conozco. Enseguida reparó en la situación de Celia y la invitaba a nuestra casa cada dos por tres. A merendar, a hacer los deberes, a pasar la noche, a la piscina del jardín... Pasaba más horas en mi casa que en la suya y, aunque mi familia no era ni mucho menos modélica, Celia encontraba en ella una especie de remanso de paz. Su padre se desentendió por completo tras el divorcio y su madre tenía que doblar turnos para llegar a fin de mes. Así que mi casa se convirtió en la ayuda que no tenían de abuelos o familiares y Celia pasó a ser una más en casa.

Cuando teníamos doce años y entramos en la preadolescencia, Celia era una niña responsable, estudiosa, dócil y seria. Atrás quedaron los años de rebeldía y rabia infantil, y suele decir que mi familia y yo le salvamos la vida. No creo que sea para tanto. Imagino que tarde o temprano habría encontrado su equilibrio, pero es cierto que ambas nos hicimos bien; nos atemperamos y nos olvidamos de las miserias que se cuecen en todas las casas.

Celia quería ser bailarina. En la época en que éramos adolescentes, me refiero. Era de esas chicas que hacían ballet en el conservatorio y cuya infancia estuvo marcada por las puntas y los tutús. Tenía muy claro que quería convertirse en bailarina profesional, trabajar en algún ballet importante, recorrer el mundo de función en función, cosechar aplausos, lesiones y uñas podridas. La recuerdo siempre en movimiento, con múltiples dolores y con unos pies que comenzaban a resquebrajarse de tanto trabajo que llevaban auestas. Celia ponía continuamente su cuerpo al límite con el objetivo claro de mejorar su técnica, ganar elasticidad, moverse más rápido, ser más grácil y realizar pasos más complejos. Si algo le enseñó el mundo de la danza fue el sabor agri dulce del esfuerzo, las lágrimas vertidas por los dolores físicos, la rabia de no alcanzar el objetivo marcado, la incertidumbre continua y los pequeños grandes aplausos. «He nacido para esto», decía siempre. Yo la miraba en sus actuaciones desde el patio de butacas y recuerdo que me emocionaba al verla tan estrella, tan diva, tan sonriente. Brillaba, allá arriba, danzando de un lado a otro del escenario y realizando sus coreografías ensayadas durante largas horas. Contagiaba al público su entusiasmo y esa pasión que emergía de su cuerpo diminuto y delgado como un tallo. Yo la miraba embelesada y rezaba todo lo que sabía para que tuviese suerte y llegara muy alto. Porque se lo merecía por esforzarse tanto.

Pero no lo consiguió.

Cuando terminó el conservatorio, estuvo trabajando de forma esporádica en compañías de poca monta que, si le pagaban, lo hacían mal y con muchos problemas. Su sueño se dio de bruces con la realidad de una profesión con difícil salida laboral y, aunque se recorrió el país buscando una oportunidad, hizo miles de pruebas, realizó decenas de cursos complementarios y rogó ante

millones de puertas, no pudo ser. Incluso pidió un crédito para abrir una escuela propia que, tras dos años de apenas ingresos, tuvo que cerrar. Pese a que nos bombardean con mensajes que nos instan a perseguir nuestros sueños, tenemos que ser conscientes de que no siempre se hacen realidad y de que también es valiente parar y optar por un plan B. Y, como Celia no quería seguir viviendo de su madre, se matriculó en la universidad, complementó sus estudios con trabajos de todo tipo y se graduó en Historia con matrícula de honor. Al cabo de unos meses, encontró trabajo en un instituto privado como profesora y ahí se quedó hasta que por problemas con la directora la despidieron el año pasado.

Jamás ha vuelto a calzarse unas puntas. El día que decidió dedicarse a otra cosa, enterró para siempre su pasión por el baile. Al menos de cara al mundo. Solo mi hermano y yo sabíamos de las noches que pasaba con la almohada empapada de lágrimas y frustración. Pero su sentido del sacrificio estaba tan arraigado en ella que hasta eso lo llevó con dignidad. Hay que ser muy valiente para lanzarte a cumplir tus sueños, pero más todavía para renunciar a ellos. Celia nos demostró que estaba hecha de hierro y que pocas cosas en la vida la harán flaquear. Estoy segura de que no estará sin trabajo mucho más tiempo. Haga lo que haga, Celia alzará la cabeza, dará un paso al frente y, simplemente, seguirá adelante sin mirar atrás.

—Bien. Y ahora a lo que importa —dice.

—Celia...

—¿Habéis hablado?

Niego con la cabeza y alcanzo mi móvil. Le enseño el mensaje en el que me pedía no hacerlo. Celia lo lee y pone una mueca de desdén.

—Qué borde es cuando quiere.

—Es su mecanismo de defensa. Tiene las mismas ganas de mí que yo de él, pero no sabemos acercarnos, Celia. Damos vueltas sobre nuestro eje y somos incapaces de bailar juntos.

—¿Por qué?

Me encojo de hombros y mis ojos se llenan de lágrimas.

—No lo sé.

—Lis —traga saliva—, lo de darse un tiempo y lo de segundas partes no suele salir bien.

—Es lo último que nos queda por hacer. —Ahogo un sollozo—. No tienes ni idea de a qué te puedes llegar a agarrar cuando ves que el barco se hunde y no estás segura de querer verlo tocar fondo. Si de verdad sintiéramos que ya no nos queremos, no estaríamos dando palos de ciego probando soluciones.

—¿Por qué habéis llegado a esto, Lis? ¿Cómo empezó?

—Tampoco lo sé. Los problemas cotidianos nos comieron, supongo. No supimos gestionar la amargura del otro y... —Me encojo de hombros—. Yo qué sé.

—Supongo que es lo primero que tenéis que averiguar en este tiempo que os habéis dado.

—Supongo.

Celia inspira hondo y me mira. Evalúa cómo encajar las piezas de un puzle al que le faltan muchas otras. Nadie nos entiende a Carlos y a mí. Nadie nos comprendió nunca.

—César me ha dicho que te has instalado en la planta de abajo, en la habitación de invitados.

—Sí.

—¿Por qué no ocupas tu habitación? Está intacta.

Me encojo de hombros y me rasco la nuca.

—Bah, la cama es pequeña. Y así no subo y bajo escaleras.

Alza una ceja.

—Dios, Lis. Hace ya muchos años de eso y no es para tanto.

—No es por eso. He dormido muchas veces ahí desde... Es pereza, de verdad.

—Ya. Pues quizá deberías empezar por vencer esa pereza y acondicionar un poco la casa, porque está todo patas arriba. Y no hablo solo de los trastos viejos y las sábanas.

—No he tenido tiempo.

—Sabes que eso no es verdad. Esta casa... Aquí han pasado muchas cosas, Lis. Tiene muchos secretos.

—Como todas las casas.

Chasquea los labios y se levanta, recogiendo su bolso y su abrigo.

—Tengo que irme a recoger a las niñas. —Se acerca y me da un beso—. Por hoy lo dejaremos aquí.

—Me parece perfecto. —Sonrío.

Celia y mi hermano empezaron a salir juntos a escondidas cuando tenían veintiséis y veintinueve años. Ambos estaban definiendo su lugar en el mundo y, en algún punto de esa definición, se encontraron. Creo que el alcohol ayudó un poco, pero el caso es que pasaron de ser amigos de la infancia a algo más en poco tiempo. Cuando Celia me lo contó quise matarla. Me sentó mal que me lo hubiera ocultado, que me dejara al margen. Qué ingenua fui. Pero las personas reaccionamos de forma visceral a cosas que a otros les parecen tan normales, y yo no quería perderla.

¿Y si les iba mal? No me gustó nada la idea. Ni a mis padres. Adoraban a Celia, no obstante, la querían tanto que temían perder a un miembro más de la familia. Y a su madre. Todo estaba demasiado revuelto, así que la noticia cayó como un jarro de agua fría. Fueron días de caos hasta que César habló conmigo y me contó cómo se sentía. Igual de perdido que todos, me confesó, pero no podía evitarlo. «Tú no te has enamorado así nunca, Lis», me dijo. Y era cierto. Aún no había conocido a Carlos.

Y, como siempre pasa, al final la situación se normalizó y las familias aceptamos lo que había. Comenzamos a verle ventajas a la relación y, como además la cosa iba hacia delante, mis padres

acogieron de nuevo a Celia como una más de la familia, mientras que yo la volví a ver como lo que era, mi mejor amiga.

La pelota de tenis golpea la pared y vuelve a mi mano. Una y otra vez sigue este idéntico recorrido. Con la misma fuerza ejercida desde mi brazo, con el mismo sonido al impactar. No sé cuánto tiempo llevo aquí tumbado, con las piernas cruzadas por los tobillos mientras observo cómo la bola rebota en el punto exacto de estucado que tantas discusiones originó. Lo cierto es que este piso es feo. Hostil. Con el gotelé y esa estructura arquitectónica de los años sesenta que hoy en día no tiene sentido y convierte cualquier casa en un auténtico despropósito: pasillos interminables, habitaciones minúsculas, espacios lúgubres, baldosines sacados de una película de terror antigua. Es frío e incómodo. No me extraña que a Lis no le gustara, que nunca se sintiera en casa. Aprovechar el piso vacío que tenían mis padres nos salió caro, porque venir a vivir aquí fue el primer paso hacia un abismo del que no sabemos cómo salir.

Vacío. Lo que este piso está desde que se marchó es vacío. Y eso que todavía tiene cosas por todas partes. Se llevó dos maletones y no sé qué más, pero sus bragas aparecen al abrir cualquier cajón. Será que una persona no se va de una casa de un día para otro aunque se lleve sus pertenencias, porque algo de ella está impregnado en las paredes y no la deja marchar así como así.

Cuando la convivencia se hizo tirante, hasta el punto de que nos molestaba que el otro llegara a casa, tuvimos aquella discusión sin precedentes. Pensamos que sería mejor parar antes de que la relación se convirtiera en algo insoportable. Que un tiempo alejados nos ayudaría a tener mejor perspectiva de lo que nos estaba pasando, de dónde nos gustaría estar y de a dónde queríamos ir. En realidad ninguno sabemos bien qué pretendemos con este distanciamiento ni en qué resultará, pero todavía nos queremos demasiado como para tirar la toalla y cerrarnos la puerta de verdad. Supongo que necesitamos reconectar con nosotros mismos, con el otro y con nuestra historia, pero tenemos formas distintas de hacerlo y de enfrentarnos a nuestros propios miedos. Así que, para no ser dos seres errantes que vagan por un estrecho pasillo intentando no rozarse, decidimos que era mejor esto. El vacío.

Suena el teléfono y me despisto, lo que provoca que la pelota de tenis casi me dé en la cara, y me hace reír.

Pero se me quita pronto la sonrisa.

«Te echo de menos, Carlos. Te echo de menos terriblemente. ¿Estamos haciendo lo correcto?».

Me sorprende, lo reconozco, porque acordamos no caer en la tentación de enviarnos mensajes sentimentales. Prometimos que seríamos fríos en nuestras comunicaciones. Lo más asépticos y prácticos posible para evitar confundirnos y que el tiempo que nos hemos dado se convirtiera en otra maraña caótica. Fue ella la que insistió en eso, de hecho. Y ahora me doy cuenta de que no estaba hablándome a mí cuando lo dijo, sino a ella misma. Lis sabe que no se me dan bien las palabras y por eso es más fácil para mí mantenerme distante. Más o menos.

Porque al leer su mensaje se me instala un picor en la garganta. Yo también te echo de menos, Lis, joder. Solo hace unos días que se fue y todo está más revuelto que antes de dar este paso. No tengo ni idea de qué estamos haciendo y tampoco sé cómo coger el timón y dirigir lo que tenemos hacia algún lado. Porque ahora solo somos deriva y me mata. El estómago se me llena de rabia ya que Lis está por todas partes y a la vez en ninguna. Tanto que cojo la pelota y la lanzo con tal fuerza que hace añicos un despunte de la pared y cae al suelo.

Nos prometimos no hacer esto. Me destroza echarnos tanto de menos. Y también echarnos tanto de más.

EL PRINCIPIO DE ELLA Y ÉL

Poco después de que Celia se haya ido de mi casa, me llega un correo electrónico a la bandeja de «Importantes». Como norma general, leo los mails a primera hora de la mañana, pero los que llegan a esa bandeja los considero urgentes por una u otra razón y los leo de inmediato. Así que dejo lo que estoy haciendo y lo abro. Es de Ana, la jefa de Carlos. Un correo para darme las gracias por la última traducción que me pidieron y que le mandé antes de ayer. Como es de suponer, Carlos dio mi nombre cuando su empresa pensó que sería bueno contratar a un profesional para que gestionara la traducción de documentos, contratos, manuales de usuario de las distintas herramientas y demás miscelánea que maneja una compañía internacional de ingeniería industrial como esa. Por lo cual, se convirtieron en mis clientes hace ya unos años y, de cuando en cuando, me mandan lo que necesitan traducir.

Nada de esto sería relevante si no fuera porque en su posdata me pregunta si Carlos me ha enviado un nuevo documento importante que necesitan para esta semana, a poder ser, porque es para su departamento.

Pues no. No me ha mandado nada. Pero el trabajo es el trabajo, así que hago de tripas corazón y cojo el teléfono. Tarda cinco tonos en contestar.

—Lis —responde tan serio que tengo que apretar los dientes e inspirar hondo para no colgarle.

—Hola, Carlos.

—Hola, Lis —dice con aire cansado.

—Te preguntaría cómo estás y todo eso, pero veo que no te pilla en un buen momento, así que iré al grano, te llamo por trabajo.

Él resopla, incómodo, y apuesto a que tiene el mismo cabreo ahora mismo que yo.

—Espera un segundo.

Escucho cómo se mueve, así como el ruido de maquinaria de fondo y voces amortiguadas que se diluyen poco a poco. Ha debido de ir a alguna sala o a un lugar más tranquilo, porque a los pocos segundos ya no se escucha nada.

—Perdona —dice—, pero estamos en medio de un jaleo muy gordo y no puedo hablar. ¿Te llamo en un par de horas?

Creo que me va a salir espuma por la boca.

—Ana me ha escrito para preguntarme si me habías enviado un documento que quiere que traduzca. Debo de ser imbécil, porque, en lugar de decirle que no lo has hecho y dejarte mal, he preferido llamarte primero.

—Oye, no me castigues, ¿quieres? Tengo un marrón enorme y a un equipo esperando a que cuelgue para retomar lo que tenemos a medio hacer y poder largarnos a casa.

—Claro, lo importante primero —digo con sorna—. Así que solo mándame el documento.

Lo escucho resoplar y apuesto a que está mirando al techo mientras se da pequeños mordisquitos en la piel de la parte interna de la boca.

—Te lo mando esta tarde sin falta.

—Gracias y saludos —vuelvo a decir con inquina.

—Lis...

Pero no le doy tiempo a más porque ya he colgado. Nuestra primera conversación tras mi marcha de casa y ahora mismo estoy por llamar a un abogado para que me prepare los papeles del divorcio. En su lugar, llamo a mi hermano. Ahora sí necesito estar con alguien para no destrozar las paredes a puñetazos.

No tengo que rogarle mucho para que acepte salir a tomar un vino conmigo tras el trabajo, así que quedamos en un sitio de estos que están súper de moda entre la gente que termina la jornada laboral con una copa, los llamados *after work*. Carlos odia este concepto. Piensa que casi todas esas personas en realidad se sienten solas y fuerzan la compañía porque no tienen amigos, aficiones o un buen aliciente en sus hogares y no quieren enfrentarse a sus demonios. «No seas cenizo, Carlos, a la gente nos gusta socializar», le decía yo cuando se ponía rancio. Entonces él adoptaba una de sus caras desfiguradas a modo de mueca y yo me partía de risa.

—Siento llegar tarde. —Mi hermano se sienta a mi lado—. Estaba apagando el ordenador cuando mi jefe ha decidido reírse en mi cara y me ha mandado un marrón para ya.

—No pasa nada. —Le sonrío—. Te he pedido un vino.

—Perfecto —dice mientras se quita el abrigo y se acomoda.

—Tienes mala cara.

—Es que estoy muy agobiado. —Se deja caer en la silla y se pasa las manos por la cara—. Tengo mucho trabajo, demasiada presión y la sensación de que me estoy perdiendo la infancia de mis hijas, mi matrimonio y a mí mismo.

Alzo una ceja porque me suena esa cantinela y sé a dónde lleva. A mí, a emprender mi propio negocio. A Carlos, a perder a su mujer.

—¿Compensa? —le pregunto con cautela, porque las personas tardamos mucho en reconocer que estamos perdiendo el tiempo por miedo a cambiar.

—Espero que, a la larga, sí. Ya sabes, todos los esfuerzos son pocos para darles bienestar a tus

hijos. —Se encoje de hombros y sonríe.

—Lo que más quieren tus hijas es estar contigo, César. Es lo único que realmente desean los niños, estar con sus padres.

—Eso recuérdaselo cuando cumplan quince años.

Reímos y alzamos la copa a modo de brindis.

—Por la crisis de los cuarenta —dice, y pone una mueca de fastidio.

—Por la de los treinta y seis.

—Bueno, no te quites años, solo te quedan unas semanas para tu... —se para en seco al darse cuenta de las palabras que ha pronunciado— cumpleaños.

Los dos nos miramos y nos quedamos callados. Inspiro hondo para tragar la bomba de recuerdos que se me amontonan en la cabeza, y mi hermano lo sabe. Mi cumpleaños.

—¡Eh! —César coge mi mano—. Lo siento, Lis. No he caído.

—No pasa nada. —Niego con una sonrisa—. Ese día va a escocer si la cosa sigue como ahora. Pero pasará, como pasan todos los días.

—Estaremos contigo.

—Lo sé. Tengo que irme ya, César.

—Lis...

—No, en serio. —Intento sonar tranquila y convincente para no preocuparle más y para no seguir con un tema que me agobia por momentos—. Es que como has llegado tarde... No puedo quedarme, tengo mucho trabajo retrasado y debo aprovechar las noches también.

—¿Estás segura?

—Sí. Yo también estoy cansada y quiero llegar a casa, darme un baño y ponerme a trabajar.

Pido un taxi en la puerta y nos despedimos mientras espero a que llegue. Cuando lo hace, me monto y observo cómo mi hermano me mira desde la acera con aspecto preocupado. Yo le sonrío para tranquilizarlo, pero mi sonrisa se vuelve un nudo en la garganta y un cerrar de ojos en cuanto el coche acelera, dejando a mi hermano atrás. Suena «The Show», de Kerris Dorsey, en el reproductor del taxi y una lágrima se desliza lenta y cauta por mi mejilla. Es una canción que siempre me puso triste porque habla de una niña asustada, atrapada en un momento del que no puede salir. Como la Lis niña. Y como la Lis adulta. Trago saliva. Estoy por pedirle a la taxista que cambie de canción, pero nunca he soportado a los pasajeros quejicas, así que no voy a serlo yo. En su lugar, me pongo a contar los edificios por los que pasamos para no pensar ni en la canción ni en lo perdida que me siento ni en mi cumpleaños.

Mi cumpleaños.

Carlos y yo nos conocimos el día de mi cumpleaños, hace siete años. Y, por absurdas razones que solo entiende una pareja, siempre le hemos dado más importancia a esa fecha que a nuestro aniversario de boda o al día que nos besamos por primera vez. Nos gustaba pensar que no solo

nací yo, sino que además muchas casualidades acumuladas durante años, silenciosas e inadvertidas, culminaron esa noche y provocaron que Carlos y yo nos cruzáramos en la vida del otro y empezáramos a construir nuestro camino juntos. Así que durante los seis últimos años hemos celebrado este día por todo lo alto como una reivindicación de nuestra historia, porque nadie apostó por ella cuando se gestó. «Si ya lo decía yo —me repite cada día mi madre—, las casas que se empiezan por el tejado tarde o temprano se caen». No. Nadie daba nada por nosotros. Solo él y yo. Aunque esa noche ninguno de los dos habríamos adivinado dónde estaríamos siete años después. Puede que tampoco lo sepamos ahora, porque se nos han olvidado las miradas y las sonrisas con las que se originan las relaciones. Quizá hemos olvidado los gestos que entonces pasaron inadvertidos, pero fueron los que construyeron a un ritmo vertiginoso la historia que ahora mismo hace equilibrios sobre una cuerda floja y que no sabe si dar un paso hacia delante o dejarse caer en la red. La cotidianidad hace que no recordemos las pequeñeces que un día nos ilusionaron y terminamos siendo nosotros mismos los que al final despojamos de magia a nuestra propia novela. Y yo quiero recuperar la que había con Carlos.

Cierro los ojos. Me acomodo en el asiento.

No lo puedo evitar.

Él llevaba el pelo muy corto y una incipiente barba castaña. Es lo primero que recuerdo. Eso y que destacaba entre la gente. Tan grande, tan distante. Vestía de negro y gris con un estilo informal estudiado. Llevaba una cazadora de cuero y unos botines de marca desgastados, pero lo que recuerdo con más nitidez del día que conocí a Carlos no fue su apariencia, sino la certeza de que estaba ante alguien que había vivido varias vidas. Tenía la mirada de la experiencia, del conocimiento y del poder, esa que te da saber que estás por encima de lo superfluo; pero a la vez sus ojos parecían tristes y perdidos, como los de un niño pequeño que solo busca un abrazo porque ha visto demasiada oscuridad.

—¿Quién es el malote? —le pregunté a Celia conforme nos acercábamos a la puerta del bar donde habíamos quedado con nuestros amigos para tomar algo antes de entrar a un concierto.

—Debe de ser el compañero de trabajo de Jacobo, que se apunta —dijo ella.

Nada más verme, él se giró para darme la espalda y luego mirarme de reojo. Tan Carlos. Tan niño. Tan miedoso.

Era mi cumpleaños y esa noche tocaba Leiva en una de sus primeras actuaciones en solitario, así que decidimos acudir al concierto y luego salir a celebrar mi entrada en la treintena con Celia, mi hermano, un par de inseparables amigos suyos y mi entonces ex compañera de trabajo y amiga Carlota. También se vino su novio Jacobo, que en pocas semanas se iba a convertir en su marido.

Carlos me miraba de reojo mientras tomábamos unas cervezas antes del concierto, y me parecía que, de algún modo, me intentaba descifrar. Yo lo tuve más fácil; él es hermético y serio, pero tan transparente que incluso intimida observarlo. A nadie nos gusta escuchar la verdad, pero menos todavía verla y enfrentarnos a ella sin que ni siquiera se pronuncie una sola palabra. Por tanto, la primera impresión que me causó mi futuro marido fue la de alguien terriblemente oscuro, sabio y magnético. Durante esos minutos en el bar estuvo comedido, trataba de hacerse un poco al grupo. Educado y correcto, sí, pero algo esquivo. Creo que por eso ambos nos reconocimos al instante y nos sentimos cómodos con el otro. No somos personas de multitudes, de desconocidos o de gente superflua que termina siendo una caricatura de sí misma.

—Voy a la barra. ¿Qué queréis? —pregunté al grupo cuando entramos a la sala del concierto y nos situamos.

—¡Pilla cerveza, cumpleaños! —gritó mi hermano.

—Yo te acompaño —se apresuró a decir Carlos.

Fuimos a la barra y, mientras esperábamos turno, charlamos un poco. A qué te dedicas, hace cuánto tiempo que trabajas con Jacobo, qué tal es dar el paso para tener un negocio propio, viajas mucho por trabajo... Y muchas sonrisas. Y palabras no pronunciadas, como, por ejemplo, que nos apetecía más quedarnos en esa barra intercambiando miradas que mezclarnos con la gente y volver al grupo.

—Del uno al diez, ¿cómo de aburrido parezco si te digo que me agobia estar en medio de una multitud? —me preguntó con una mueca divertida cuando volvíamos y nos abríamos paso entre la gente con la bebida en las manos. Yo me reí.

—¿Cómo de aburrida parezco yo si te digo lo mismo?

—¿Qué hacemos aquí entonces? —bromeó.

—Me gusta Leiva. Y mi hermano me convenció del resto. —Me encogí de hombros con una sonrisa—. ¿Y tú?

—Jacobo tenía una entrada de más y yo quería ver a este tío en directo.

—Entonces me alegro de que hayas venido —dije.

Él sonrió con pillería y bajó la cabeza. Tan niño, otra vez.

—¿Sabes? Aún no hemos brindado por tu cumpleaños.

—¡Hemos brindado varias veces! —Me reí.

—Pero... no tú y yo.

Nos paramos en ese mismo momento y nos pusimos un poco más serios, frente a frente.

—Vale. —Tragué saliva y alcé uno de los vasos que llevaba.

Carlos se acercó un poco más a mí y yo miré sus labios. Él hizo lo mismo.

—Por las casualidades y los cumpleaños —dijo.

Él bebió un sorbo. Yo, otro. Y volvimos a sumergirnos entre la gente para unirnos al grupo.

Estuvimos pegados todo el concierto. Cada vez más. Comentábamos los temas, cantábamos, nos hacíamos pequeñas confidencias al oído y, así, la complicidad entre dos personas que se atraían comenzó a tejerse, entre gritos y acordes. Hubo un tema que bailé con Celia, cantando las dos y dándolo todo. Y, después, me giré hacia él y vi que me observaba, divertido, con una mirada que radiaba tanto cariño que no pude evitar dedicarle una gran sonrisa. Él hizo lo mismo. Sonaba «Miedo» y la gente a nuestro alrededor la cantaba a pleno pulmón. Conocía la canción y pensé que su letra le definía, así que me acerqué a él y le clavé los ojos. Debíamos de parecer una fotografía estudiada, con todo el público atento al escenario menos yo, que estaba de espaldas y pendiente de unos ojos color chocolate que no se apartaban de los míos. No hablamos ni hicimos el menor movimiento, no obstante, sonreíamos cómplices conforme la letra parecía hablar de él. O de mí. Carlos dio un paso y se acercó un poco más. Yo iba a decir algo, pero el silencio siempre me ha resultado más oportuno y parecía que a él también, así que nos mantuvimos callados el uno frente al otro. Al iniciarse el estribillo, alzó su mano derecha y la dejó caer sobre mi mejilla. Comenzó a acariciarla con el pulgar y yo entrecerré los ojos. Cuando los abrí, él se había puesto muy serio. Sus labios gruesos ya no sonreían tímidos y ahora pedían a gritos un beso. Y yo quería dárselo, pero un empujón fortuito me movió y el chico que lo propició me tiró sin querer su bebida por encima, por lo que se rompió la magia entre los dos. Pensé que todavía quedaba mucha noche, sin embargo, los litros pronto empezaron a hacer efecto y terminamos todos más perjudicados de lo que nos gustaría admitir. Porque lo único que recuerdo tras el concierto es beber un par de rondas de chupitos de absenta en un tugurio y, tras eso, estar a punto de montarme en un taxi para irme a casa.

—Más vale que nos veamos pronto —recuerdo que balbuceó Carlos en la puerta del vehículo a modo de despedida.

—¿Quieres venir a mi casa?

Él se tambaleó, se acercó a mis labios y casi los rozó con los suyos.

—Pronto, Flor de Lis.

—Pronto —repetí yo. Y me subí al taxi compartido con Carlota y Jacobo sin saber que nuestra rueda ya había empezado a girar.

—¿Estás bien? —me pregunta la taxista cuando ve que no paro de llorar en silencio.

—Sí.

—Sácalo, bonita. No te lo guardes dentro.

Es un consejo gratuito, manido e insípido, pero por educación sonrío y le doy las gracias. Carlos no hubiera podido evitar hacerme una de sus muecas desfiguradas para que a mí me

entrara la risa y pasara vergüenza intentando contenerla. Y él, mientras, se habría puesto a charlar con la taxista sobre la importancia de expresar lo que sentimos, algo que él jamás hace.

SIEMPRE HAY UN ORIGEN

Cuando era pequeña, tenía un miedo atroz a nadar y todo lo que implicaba sostenerme en el agua. Nunca fui de esas niñas que se pasaban horas y horas en una piscina hasta que sus dedos se ponían morados de frío ni de las que pasaban el verano entre volteretas bajo el agua, saltos de cabeza o juegos para bucear. El agua me daba miedo irracional, así que tampoco me molesté en pulir mi natación básica y me conformé con saber flotar. Mis amigas, mi hermano o mis padres me insistían en que lo intentara y se ofrecían a enseñarme, pero yo solo me encogía de hombros y les preguntaba que para qué. «¿Qué problema me va a solucionar saber tirarme de cabeza?», les decía con desparpajo. Y lo cierto es que ninguno me sabía responder.

Ninguna fobia aparece de la nada. No hace falta ser psicóloga para saber que casi todas tienen un porqué. Miedos ocultos, oscuros e inconfesables que se disfrazan de serpientes, ratones, alturas, espacios cerrados y un etcétera tan inabarcable como lo son nuestros temores. Algunos obedecen a pequeñas asociaciones, otros a traumas atroces. En ocasiones serán malas experiencias que no supimos gestionar. O que no nos enseñaron a hacerlo. Yo, por ejemplo, tengo pánico al agua porque cuando tenía cuatro años estuve a punto de ahogarme en la piscina que ahora mismo veo tras la ventana de la cocina. Hacía pocos meses que nos habíamos mudado a esta casa y tanto mi hermano como yo estábamos emocionados porque nos parecía que vivíamos en una mansión. Dos plantas, bodega, jardín y una piscina daban lugar a muchos recovecos, escondrijos y posibilidades para explorar y corretear.

El caso es que ese día mi hermano jugaba con un amigo en el jardín y yo me bañaba en la piscina con mi flotador de pato. Mi madre tomaba el sol con una vecina y mi padre organizaba el garaje mientras escuchaba en una recién comprada minicadena con doble pletina un casete de Mocedades por la cara A y de Joaquín Sabina por la cara B. Ellas hablaban de esas cosas que los niños jamás entienden, pero de las que siempre se quieren enterar y, de cuando en cuando, bajaban la voz y cuchicheaban algo más sórdido que no debíamos escuchar.

Todo tenía una bonita estampa familiar hasta que decidí que quería ser tan mayor como mi hermano y me quité el flotador sin que nadie se percatara. Por aquel entonces la gente no iba a clases extraescolares de natación desde que aprenden a mover las piernas, así que yo no sabía ni

nadar ni flotar ni bucear. Nada. Comencé a bracear por instinto, pero nadie andaba cerca para verme. Mi hermano con su amigo, mi padre con sus trastos y mi madre con sus cotilleos. Me acuerdo perfectamente del momento en el que las fuerzas me fallaron y dejé de moverme. Cómo las piernas se hundieron y la cabeza comenzó a descender. Si cierro los ojos, noto el agua cubriendo mis mejillas, mi nariz, mi garganta. No tenía conciencia de qué estaba pasando, así que, con la tranquilidad de no saber que estás a unos segundos de morir, miré hacia arriba y me gustó ver un sol radiante. Es lo único que recuerdo de ese momento, aunque supongo que algo más pasó. En realidad, debí gritar o mis padres tuvieron que escuchar el sonido de los chapoteos. Ya sabemos cómo son los recuerdos infantiles, tan distorsionados que no podemos discernir si fueron sueño o realidad, y se entremezcla lo que sucedió con lo que crees que pasó y con lo que te han contado después. Porque lo siguiente que viene a mi mente son las piernas de mi madre acercándose bajo el agua y que tiró con fuerza de mí.

Y, después, el caos. Como siempre.

No me llevaron al hospital ni llamaron a un médico. Mi madre pensó que la tacharían de irresponsable y no quería pasar por eso, de manera que me asistieron como sabían y, cuando empecé a respirar y toser, se quedaron tranquilos. El resto de la tarde pasó muy normal a mis ojos, apenas fui consciente de lo que había ocurrido o de la tensión que se cernía sobre todos, pero una vez nos mandaron a la cama comenzaron los gritos. Sigilosos primero, incontrolables después.

—¿¡Culpa mía!? ¿Estás bien de la cabeza?

—¡Llevo desde que llegamos diciéndote que tienes que vallar la piscina, Julio! ¡Claro que es culpa tuya!

—La niña ya estaba en el agua cuando se ha quitado el flotador. ¡Ya estaba dentro! Así que de nada hubieran servido las vallas.

—¡Si no estuvieras todo el día con tus trastos y tu música esto no habría pasado! ¡¡Casi se nos muere porque tú no estabas ahí!!

—¿Yo? ¿¡Yo!? ¿Y tú? Tú sí estabas ahí. ¡Estabas ahí mismo!

—¿¡No te atreverás a culparme a mí!? Porque te juro que te mato, Julio. ¡Te mato!

Corrí a la habitación de mi hermano, asustada. Él estaba pálido e igual de aterrado que yo, por lo que me metí en su cama y ambos nos quedamos abrazados y muy quietos. Temíamos que supieran que estábamos despiertos.

—No intentes hacerme sentir culpable. ¿Cómo puedes ser tan frío y cruel al echarme la culpa de un fatídico accidente? —Mi madre lloraba.

—¡¡Yo no te he echado la culpa!! Eres tú la que me la ha echado a mí. ¡A mí, que no estaba! Y solo digo que, si yo tengo culpa, también la tienes tú.

—¿Ves? ¡¡Me la estás echando!! En lugar de abrazarme y tranquilizarme, me haces esto.

—¡He intentado hacerlo y mira cómo te has puesto!

—¡No puedo más, Julio, no puedo más!

—¡¡Pues ya somos dos!! Es insoportable vivir contigo. ¡Insoportable!

Silencio. Portazo. Más silencio. Mi hermano y yo nos abrazamos tanto que nos hacíamos daño, pero nos quedamos inmóviles. Escuchamos unos pasos que se dirigían a mi habitación y volvían confusos por no encontrarme dentro. César y yo sabíamos lo que venía, así que cerramos los ojos y fingimos estar dormidos. Unos segundos después, mi padre entró en el dormitorio y se acercó sigiloso a la cama. Noté cómo me acariciaba la mejilla y después me arropaba. Oía su respiración acelerada y no pude evitar entreabrir los ojos. Él los tenía acuosos, pero al verme disimuló y me sonrió.

—¿Has venido aquí porque tenías miedo, Lagartija? —me susurró y yo asentí. Él se quedó unos segundos pensando—. Pues conozco un truco para no tener miedo. ¿Lo quieres saber?

—Sí.

—¿Ves esas rayas de ahí, las del papel pintado? —Asentí de nuevo—. Si cuentas las que hay, el miedo desaparecerá. Cuenta hasta donde sepas y, cuando termines, vuelve a empezar. Y así hasta que ya no te acuerdes del miedo, ¿de acuerdo?

Me dio un beso y se fue a dormir a la habitación de invitados. Yo me quedé mirando la pared y, aunque apenas sabía contar, empecé a hacerlo.

Mis padres se pasaron varios días acusándose el uno al otro de lo que había ocurrido, y eso me hizo sentir culpable a mí. Encontraron la excusa perfecta para llenarse una vez más de reproches y empezar otra guerra. El motivo, en realidad, les daba igual. Nadie me preguntó cómo estaba. Nadie me dijo un «Lis, mañana te vamos a enseñar a nadar para que esto no vuelva a suceder y para que no le cojas miedo al agua». Nadie se preocupó. Había demasiado caos entre dos personas que se odiaban como para enseñarnos a César y a mí a querernos bien y a ser valientes.

Las paredes de esta casa están impregnadas de ese tipo de anécdotas. Cada cual más triste, más tensa. Recuerdo mañanas de Reyes en el salón con ellos discutiendo por el desorden y nosotros esperando a que terminaran de gritarse para poder jugar. O estar en la cocina comiendo la tarta de cumpleaños de mi madre con ella ofendida por no haber acertado con los regalos mientras los tiraba a la basura. «Si me conocierais un poco, si me escucharais, sabríais que los perfumes y las sortijas no me gustan. Esto es una porquería». Mi hermano y yo castigados por cualquier cosa en nuestras habitaciones, pero con los oídos tapados para no oír los gritos que provenían de la suya. Los «Y no saldrás de casa hasta que dejes a ese chico. Los diecisiete no son edad para esas tonterías» de mi madre o los «¿Solo has sacado un mísero cinco? Te creía más inteligente. Qué decepción» de mi padre. Los «¿Por qué no te morirás un día de estos?» de ella, los «Ojalá te atropelle un coche» de él.

Supongo que por eso siempre he odiado esta casa. Es una pena, tan espectacular y bonita. La

envidia de nuestros amigos y familiares. Con ese enorme ventanal en el salón que abarca la pared de un extremo al otro y desde el suelo hasta el techo. Esa cocina con barra incorporada bajo una ventana de cristal francés; los arcos en medio del pasillo al estilo americano y los espacios diáfanos, tan innovadores en su momento y tan habituales después. No sé cuántas hipotecas debieron pedir para poder comprarla, pero se gastaron lo que no tenían en una casa que jamás fue un hogar y tampoco nos dio alegrías. En realidad el problema estaba en la familia que la habitaba, aunque yo extrapolé a la casa todas las sensaciones amargas que tuve a lo largo de los años hasta llegar a odiarla y aborrecerla con todas mis fuerzas.

Y me doy cuenta de que lo mismo me pasó con Carlos cuando nos mudamos al piso que nos ofrecieron sus padres. Odiaba esa casa y culpaba de todos nuestros problemas al malestar que me producía vivir ahí, cuando el único mal que había éramos nosotros porque ya no estábamos bien. Así que, una vez más, focalicé mis miedos, mi rabia y nuestro dolor en algo que no tenía nada que ver con el problema. Me escondí, como lo hacía la Lis niña, en odios absurdos y manías que no valían para nada. Y se acabó.

Se acabó.

Llevamos una semana separados y tengo que empezar a hacer algo con este tiempo que nos hemos dado. Se supone que debemos pensar, reflexionar, decidir y no dejarlo correr sin más. Bien, pues empezaremos a hacerlo y, esta vez, no por el tejado. Así pues, en algún momento tendré que realizar un viaje. Sí. Un viaje a la planta de arriba. A mi habitación. Una expedición a la ira, la rabia, el miedo, el rencor. Enfrentarme a todo lo que no encaja, abrazar a la Lis niña y decirle que no van a hacerle más daño. Y, después, veremos dónde quedamos Carlos y yo.

TREGUA A MEDIAS

Cuando apago el ordenador al caer la noche y recojo todos mis bártulos esparcidos por la barra de la cocina, decido servirme una copa de vino tinto, porque hoy ha sido un día intenso y estoy agotada. Así que me acomodo en el viejo sofá con una manta y *Apegos feroces*, de Vivian Gornick, una obra que ha venido a mí en el momento preciso, como casi siempre pasa con los libros. Esa relación tóxica entre madre e hija, esa forma tan real y humana de retratarla. Debería dejárselo a mi madre, aunque lo tiraría por la ventana. Y yo haría lo mismo si me lo prestara ella. Al final somos más parecidas de lo que nos gustaría admitir. Solemos ser el reflejo de aquello que más criticamos, y yo nunca he querido ser como ella. No quiero usar sus mismos mecanismos de defensa, su eterna victimización, sus grandes consejos para todo el mundo. La pequeña Lis tiene que crecer estos días. Todos tenemos que hacerlo.

Dejé de fumar hace unos años, aunque ahora mismo me viene el recuerdo de la tranquilidad que proporcionaba un cigarrillo entre los dedos. Falsa tranquilidad, es cierto. Y tóxica. Lo dejé cuando Carlos y yo decidimos que era el momento de tener hijos, pero antes de que llegara el embarazo comenzaron los problemas, así que aparcamos el deseo de ser padres. Todo fue rápido entre nosotros siempre, incluso eso. Desde nuestro primer beso hasta hoy, no hemos tenido ni un respiro, ni una pausa. Corrimos tanto que llegamos a la meta antes del pistoletazo de salida y así estamos ahora, perdidos en una carrera.

Frunzo el ceño.

—Hola, Carlos —respondo extrañada a su llamada telefónica.

—Hola, Lis. ¿Te pillo bien? —dice con su voz grave al otro lado.

—Sí. A mí siempre me pillas bien. —Y lo digo con sorna. Él resopla.

—Te llamo en son de paz, Lis.

—Entiendo. Cuando tú quieres, paz y calma. Cuando no, los demás tenemos que lidiar con ello.

—Bueno, pues nada. A ver si a la tercera va la vencida. Que te vaya bien.

Y cuelga.

Yo resoplo como un dragón enfurecido y miro hacia el exterior. Respiro hondo.

«Tranquilízate, Lis». Repaso la conversación también. Quiero intentar ser empática, ponerme en su lugar porque siempre estoy tachándolo de egoísta y no quiero pecar de lo mismo. Y me doy cuenta de que hemos sido como mi madre y mi padre. Tantas veces, además. Quizá eso es lo que nos pasa, que repito patrones aprendidos de la relación tóxica que tuvieron y tienen ellos.

Tres tonos. «Cógelo». Cuatro.

—¿Qué? —responde.

—Hola.

Suspiro y escucho cómo él hace lo mismo en unos incómodos segundos de silencio.

—Hola.

—Siento lo de antes —digo como un robot que repite la misma frase una y otra vez.

—Yo también lo siento —contesta con el mismo tono autómatas.

—Bueno, ¿y cómo estás?

—Pues... bueno. ¿Y tú?

—Mal.

Vuelve a haber unos segundos de silencio. Incómodos y sinceros. Él, esquivo. Yo, directa.

—Ya. Yo también —dice al fin.

—No sé qué estamos haciendo, Carlos. No sé si hacemos bien o mal. Si es absurdo o racional. Solo sé que sigo sin poder dormir. Y apuesto a que tú estás igual.

Suspira de nuevo.

—Eres tú la que quiso irse.

Resoplo con una risa llena de desprecio.

—Tú también querías un respiro, Carlos. Lo que pasa es que te reconcome más que a mí admitirlo.

El silencio deja que su orgullo se calme. Percibo los engranajes de su cabeza, cómo analiza la inmadurez de sus palabras, la necesidad de hacerme sentir culpable, el aguijón del que luego se arrepiente. Escucho cómo la culpa le azota, cómo la frustración lo noquea sin encontrar la forma de encauzar con palabras algo que se le escapa de las manos. Oigo cómo el orgullo pierde la batalla mental y, finalmente, lanza un:

—Lo sé. Y tienes razón, los dos tomamos esta decisión por los mismos motivos.

Trago saliva y cierro los ojos, que van acumulando lágrimas.

—Está bien. —Suspiro—. Volvamos a empezar. ¿Cómo estás?

—Enfadado.

Sonrío. Tan niño.

—Lo sé.

—Te echo mucho de menos, Lis, mucho. Pero luego hablamos así y entonces te echo de más.

—También lo sé —digo en un murmullo al que le cuesta reconocer la verdad de sus palabras

—. Quizá... quizá debemos aprender a escucharnos, Carlos. Volver a hablar el mismo idioma, decirnos qué sentimos, qué necesitamos, qué queremos.

—Ahora mismo no tengo respuesta a nada de eso.

—Yo tampoco la tengo. Por eso creo de verdad que necesitamos la distancia. Estamos... estamos demasiado intoxicados de culpas y reproches como para pensar claro. Llevamos mucha ponzoña dentro.

—Y luego, ¿qué? ¿Estamos así hasta que nos olvidemos del otro o ponemos una fecha límite para tener la gran conversación que no hemos tenido en meses y que nos salvará de ahogarnos?

—Carlos... —Ahora soy yo la cansada.

Él se calla, consciente de la conversación en bucle de la que siempre nos quejamos y que continuamente volvemos a empezar.

—Bueno, ¿y tú cómo estás? —Cambia de tercio, cosa que agradezco—. ¿Qué tal en la casa?

Sé que esa pregunta tiene doble intención. Yo odiaba nuestra casa, como odio esta, cosa que él nunca entendió.

—Bien. De vuelta al punto de partida. —Sonríe triste—. Mi madre siempre dice que, si algo está desencajado y no sabes por qué, vuelvas al principio. Así que aquí estoy.

—Cariño, no es por joder, pero tu madre no es una consejera marital muy fiable. —Resopla una risa.

—Lo sé, pero a veces sí tiene razón. El otro día, por ejemplo, recordé cuando nos conocimos.

—¿Sí? ¿Y eso? —Y sé que sonrío con cariño.

—No sé. Me vino a la cabeza. Pensé que pronto será mi cumpleaños y...

—Tu cumpleaños. —Suspira con congoja.

—Sí.

Hay unos segundos de silencio que se cortan rápido.

—Tengo que dejarte, Lis.

Aprieto los labios.

—Claro. Vamos hablando, Carlos.

—Lis..., no es lo que piensas.

—No pienso nada. Tienes que colgar, punto.

—No es que no quiera seguir charlando.

—Claro que no —ironizo con toda la soberbia de la que soy capaz.

Escucho su exhalación.

—Joder, Lis.

—Creo que sí será mejor que lo dejemos por hoy. —Me rindo.

—De acuerdo. Vamos hablando.

—Vamos hablando.

AQUELLA BODA SALIDA DEL PRECIPICIO

Es extraño cuando una pareja deja de hablar su propio lenguaje. Ese que se definió a base de una confianza e intimidad de las que solo se tienen con el otro. Sus palabras, sus gestos se vuelven especiales, no por el contenido en sí, sino porque es la demostración de conexión secreta entre dos personas. Y esa es una de las cosas que convierten a cada relación en una burbuja única, intransferible, solo para dos. Lis y yo teníamos ese lenguaje, como lo tienen todas las parejas del mundo, hasta que poco a poco se fue diluyendo. No tengo ni idea de cuándo dejamos de hablarlo, pero hoy por hoy ya no sabemos comunicarnos. Nuestras palabras cariñosas han desaparecido, al igual que nuestros gestos. Y cualquier conversación, por estúpida que sea, termina con tensión y ganas de mandarlo todo a la mierda. Como ahora.

Dejo el móvil, que he apagado tras hablar con mi madre, en la mesita auxiliar situada al lado del sofá. Me ha llamado justo antes de mi primera conversación con Lis y hemos terminado discutiendo por dinero, como siempre. Así que cuando ha vuelto a llamar, mientras hablaba por segunda vez con Lis, me he preocupado al ver su nombre en la pantalla de nuevo y no he querido rechazar la llamada. Tengo a mi mujer y a mi madre haciendo diana con mi cabeza a la vez, por lo que en estos momentos no estoy para nadie. Lis lo llamaba «economía emocional». Yo, «paso del mundo».

La echo de menos, mucho, pero cada vez que hablo con ella la termino odiando un poco más. Y también a mí mismo. Cualquier palabra, cualquier tono, la incita a responder mal, a saltar como una hiena irascible por todo. E igual yo, porque aquí no hay un único culpable. Cuando dos dejan de hablar el mismo idioma, suele ser porque a ninguno le salen las palabras ni tampoco quiere escuchar las del otro. O las escucha, pero las tergiversa para su propio beneficio. Terminas preguntándote cómo has llegado a esta situación, cómo empezó todo. Hasta qué punto es algo externo o, peor, algo interno. Quizá es que no somos compatibles. Quizá estuvimos en una burbuja tanto tiempo que no quisimos darnos cuenta de cómo eran en realidad los dos seres que habitaban dentro de ella. Quizá es que no sabemos lidiar con el otro, o incluso con nosotros mismos. Yo qué sé. Somos dos islas tan distintas como iguales, supongo. Aunque algo nos unió en su momento.

Voy a uno de los armarios descoloridos del salón y saco de él un álbum de fotos. A mí me encanta la fotografía. De hecho, yo quería ser fotógrafo profesional, aunque mi padre me hizo desistir de esa idea porque decía que no me daría de comer y sería un desgraciado. La presión de un entorno familiar en el que primaban más las formas que el contenido y las apariencias sociales que tanto les importaban a mis padres hicieron que al final convirtiera la fotografía en una afición para mis ratos libres y me dedicara a estudiar para ser ingeniero. Pero sigo haciendo fotos siempre que puedo. Tengo tantas de Lis que no podría hacer una selección, aunque en este álbum están algunas de las mejores. Ella dormida, vistiéndose, riendo, en blanco y negro. Dándole un beso, mordiéndole el cuello. Con los pelos por la cara y ojos de sueño, maquillada como una estrella de cine o leyendo en el sofá, concentrada. Joder, Lis. Topo con una de nuestra boda y no puedo evitar sonreír con ternura. Brillaba. Tan feliz, tan ella. Su pelo suelto a juego con sus ojos color miel. Sus hoyuelos, su largo y ceñido vestido blanco con esa abertura kilométrica en la espalda que me volvió loco. Y su sonrisa en todas las jodidas fotos.

Nadie daba un duro por nosotros cuando nos casamos. Nadie. Ese día disimularon un poco, ya que vieron que no tenían más remedio que tragar con esa boda que ninguno entendía, pero no estaban especialmente contentos. Porque nos casamos tan solo seis meses después de conocernos. Casi todos los invitados supieron del noviazgo cuando recibieron la invitación, así que fue una sorpresa, un *shock*, una locura. Otra más de Carlos. Quisimos hacer una boda sencilla y sin grandes preparativos, por lo que dos meses después de la petición, cuando obtuvimos los permisos legales necesarios, celebramos una ceremonia civil con su correspondiente banquete y su posterior fiesta. No fue tan fácil como pensamos en un principio puesto que organizar algo así en tiempo récord nos supuso más quebraderos de cabeza que otra cosa; pero al final lo conseguimos y una tarde de principios de otoño nos casamos en una finca. Fue un día bonito para nosotros, aunque lleno de cuchiños y cierta tensión porque todo el mundo consideraba aquello una locura y una irresponsabilidad.

Claro que lo era, pero en ese momento ni nos lo planteamos. Todo fluyó desde el principio y nos dejamos llevar, sin pensar en nada. Apenas cuatro semanas después de pasar nuestra primera noche enredados, me mudé a su piso de alquiler para vivir juntos. Construimos una burbuja como vía de escape a nuestras vidas y la convertimos en una vorágine que nos daba igual no controlar. Fue una locura. La conexión fue tan irracional que la transformamos en magia. Nos creímos que con eso valía y no dejábamos de alucinar con el colocón que teníamos encima. Qué ingenuos. Pero qué felices fuimos durante tanto tiempo en ese diminuto apartamento con aquel dormitorio que no tendría ni siete metros cuadrados. Qué más daba.

—Cásate conmigo, Lis —le dije mientras ella ponía un CD de The Rolling Stones.

—Oh, sí, quiero —me respondió riéndose.

—Hablo en serio. Sé que solo llevamos cuatro meses juntos, pero es que ya te quiero, ¿sabes?

Y me apetece hacerlo. ¿Qué tenemos que perder?

Ella me miró como si me hubiera salido un alien de la cara.

—No digas tonterías, anda.

Sonreí y me rasqué la barba. Sonó «She's a Rainbow», su canción favorita, y me pareció una señal porque no podía haber llegado en mejor momento. Le cogí la mano.

—Sé que es una locura, que es precipitado y que seguro que nos sale mal, pero asumo el riesgo. —Ella me miraba con los ojos como platos—. Quiero ser tu marido, Lis. Y quiero que todo el mundo lo sepa. Quiero... quiero que tus padres me odien porque no entienden nada y que los míos te miren raro por lo mismo. Que ellos y todo el mundo se pregunte si estamos locos. Y quiero decirles que sí, que estamos como dos jodidas cabras, pero que no es asunto suyo. He estado toda la vida haciendo lo correcto. Siempre encorsetado entre las formas y las apariencias hasta que reventé y me liberé de todo. Y entonces... entonces apareces tú salida de la nada para darme la mano y mostrarme cómo es el camino cuando dejas de tirarte piedras a ti mismo. Te quiero, Lis, y te admiro tanto que, sencillamente, me encantaría casarme contigo.

Ella me miró y puso su mano libre en la boca, escondiendo la risa, el asombro o ambas cosas a la vez.

—¡Vas en serio!

—Que sí, coño. —Me reí y alcé las cejas dos veces.

—¡¡Estás muy loco!!

—Eso ya lo sé. Lo que no sé es si quieres ser la mujer de un loco.

—Ponte de rodillas o algo, ¿no? —Se rio más.

La abracé por la cintura y la apreté contra mí. Ella enroscó sus brazos en mi cuello.

—¿Quieres ser la mujer de un loco?

—Sí, quiero.

Nos reímos tanto, ¡tanto! Aquel día y los que siguieron, con los papeleos secretos. Joder, nos creímos mejores que el resto. Pensamos que era una locura, un juego, el amor con mayúsculas. Y no supimos ver lo que esa necesidad de precipitarnos escondía de cada uno. De ella, las ganas de sentirse querida y bajo el cobijo de ese hogar cálido que nunca tuvo y que siempre busca; de mí, el deseo de rebelarme frente a lo correcto y contra las apariencias que me habían inculcado y que tanto aborrezco. Nos casamos enamorados hasta la médula, pero ninguno de los dos lo hicimos por amor. Fue, en cierta forma, por nuestra propia necesidad individual. Y quizá por eso estamos en medio de un naufragio.

Todavía oigo el llanto de mi madre cuando se lo dijimos. Fue la noche que la conocieron. Les hablé de ella al poco de empezar juntos y enseguida organizaron una cena en su casa a modo de presentación formal y protocolaria, una de esas que tanto les gusta. Entonces ya habíamos iniciado los papeleos necesarios para casarnos, pero todavía no le habíamos contado a nadie lo

que íbamos a hacer. De hecho, mis padres ni siquiera sabían que ya vivíamos juntos, así que aprovechamos esa cena de presentación para soltar la bomba que, sabíamos, iba a ser. Y así fue. «¿Cómo que os casáis, hijo? ¿Qué estás diciendo?». Se pasaron semanas rogándome que no hiciera semejante locura, que esperáramos. «¿Qué más os da si ya vivís juntos?». Les costó encajar el golpe y yo les di su tiempo porque sabía perfectamente que, cuando llegara el día, actuarían de abogados del diablo, como así hicieron: «Estamos tan ilusionados con esta boda», «Lis es un encanto», «Están tan enamorados», «Ya sabes, hoy en día todo va tan deprisa», «Ojalá nos hagan abuelos pronto».

La madre de Lis reaccionó de forma similar a la mía cuando, al día siguiente, repetimos el mismo protocolo con sus padres, aunque ella no paraba de repetir un «¿Qué hemos hecho mal, Julio?». Ella siempre buscando culpables. Su padre, en cambio, no dijo nada. Se quedó callado sin articular sonido alguno. Tan solo nos miraba por turnos a Lis y a mí, intentando entender y encajar cómo su hija, tan formal y sensata, había elegido a semejante gilipollas. Después, cuando se calmó un poco la cosa, me acompañó a la terraza y nos fumamos un cigarrillo los dos solos.

—Mira —dijo sin rodeos, tan directo como Lis—, esta tontería de casarse sin apenas conoceros me la podéis vender como queráis, pero los dos sabéis que obedece a algo que no tiene nada que ver con lo que sentís el uno por el otro.

No entendí sus palabras en ese momento, y pensé que solo estaba despachándose conmigo, pero Julio sabía bien qué decía y por qué lo decía. Puede que, si le hubiera escuchado y admitido que llevaba razón, habríamos esperado y ahora no estaríamos como estamos. Pero no lo hice. Tan solo me apresuré a decir un «Soy buena persona, Julio. Y quiero a tu hija». Él me miró con prepotencia, quizá porque acababa de confirmarle que efectivamente era el gilipollas que había presupuesto desde el principio.

Así que nos pusimos el mundo por montera y fuimos al juzgado a casarnos para después celebrar una comida y su posterior fiesta. La gente no tenía ni idea de cómo comportarse, puesto que ni nos conocían ni sabían si sería aceptable divertirse o si, por el contrario, debían aparentar que la sorpresa no los abandonaba. Algunos fingían que todo era normal. Otros se centraron en disfrutar del banquete y la barra libre, sin más. También estuvieron los que cuchicheaban a nuestras espaldas y se acercaban a darnos la enhorabuena mirando de reojo su vientre. Y nosotros nos reíamos de todos. De la poca sutileza, de los cotilleos nada disimulados, de los límites y de los tópicos. Nos daba igual, solo queríamos disfrutar. Abrimos el baile con «9.6», de La Bien Querida, porque describía de forma bastante precisa nuestra historia. Nos comimos a la gente con nuestras vueltas, con nuestra alegría, con los aplausos y con los vítores de quienes sí estaban divirtiéndose. Mis brazos en su cintura, los suyos en mi cuello y nuestras miradas estúpidas, como las que no se prodigaban entre muchas parejas que estaban ahí criticándonos. No

paramos de reírnos y de besarnos en todo el día. Y en toda la noche. Y en muchas noches más después de esa.

Nadie daba un duro por nosotros, pero lo cierto es que llevamos siete años de besos.

Merecemos que nosotros sí apostemos por ellos.

LAS PEQUEÑAS COSAS

Me siento bien hoy. Imagino que será porque he tenido un sueño bonito, de esos que no tienen ningún sentido. Eso sí, recuerdo que había mucho turquesa y azul marino, mis colores favoritos. Y me reía, a carcajadas, con esa sensación onírica que dan los colores y esos escenarios que, aunque no recuerdes de qué iba el sueño, te hacen sentir bien. En realidad, no puedo decir que en mi día a día no tenga motivos para estar igual que en mi sueño, porque, si lo pienso, creo que tengo una buena vida. Tengo un trabajo que me gusta y me da satisfacciones, no solo económicas, sino también personales, ya que me enfrenta a retos que hacen que me supere y no caiga en el principio de Peter tan pronto. Tengo una gran amiga íntima que traspasa la línea de la hermandad y varios colegas con los que irme de vinos y echarme unas risas si lo necesito. Tengo una familia disfuncional que, a pesar de todo, sigue en pie y a mi vera. Tengo un hermano en el que apoyarme y la ilusión de tener mi propio espacio algún día. Uno como esta casa, pero mío. Un lugar donde establecer, habitación por habitación, mi esencia. Tengo salud, lo más importante. Y, bueno, también tengo un matrimonio en crisis y un cúmulo de sentimientos encontrados, aunque siempre podré decir que me han querido con locura y que he conocido la cara más intensa del amor.

—Dios, ¿te me pones moñas? —pregunta Celia mientras se mete entre pecho y espalda una tarta de zanahoria de tres pisos—. En serio, no aguanto a los «gracias a la vida». Me caes mejor cuando estás deprimida.

La miro y le hago una peineta mientras bebo un sorbo de mi capuchino en una de esas cafeterías que están de moda para tomar el desayuno.

—Claro. Mejor vamos a quejarnos de todo, cielo. Es más productivo —digo con sorna.

—Tengo derecho. El otro día hice otra entrevista. —Alzo las cejas—. Salí contenta y con esperanzas, hasta que me he enterado de que han contratado a un niño de veinte años.

—Lo siento, Celia.

—¿Qué le pasa a la gente cuando nos acercamos o pasamos los cuarenta? ¿Se presupone que ya no vas a dar nada más de ti misma en un trabajo? ¿Que ya has llegado a tu límite, al cénit de tu carrera? Es absurdo.

—Dios, Celia —carraspeo—, puede que no haya sido por la edad. Quizá...

—Es por la edad —sentencia—. Porque me pasé años perdiendo el tiempo con un sueño imposible. Y, cuando llegué a la estabilidad, ya era vieja como para tragar las estupideces de una dirección injusta y retrógrada. Si no hubiera sido tan idealista, ahora no estaría así.

—Creo que lo estás llevando a un terreno que no corresponde. Han contratado a otra persona para un puesto de trabajo, Celia, nada más. No te boicotees a ti misma ni te tires piedras por ser de una forma o por haber hecho esto o lo otro. Nadie tiene la respuesta al «¿qué hubiera pasado si...?». —

—Ya, bueno, dime quién sabe compartimentar su vida de tal forma que, cuando un aspecto le va mal, no afecta a los otros. —Entrecierro los ojos. Ella chasquea los labios y continúa—. Necesito trabajar. Y no es solo por el tema económico, que obviamente empieza a hacer mella y a agobiarnos, es que también está la parte emocional. Salir de casa, interactuar con gente, tener una ocupación, sentir que contribuyes, que cumples retos. ¿Entiendes?

—Entiendo, pero en tu caso es todavía más frustrante.

—Sí, lo es. —Mira a lo lejos unos segundos—. Estoy cansada de intentarlo, Lis. Quiero estabilidad laboral porque necesito creer que renuncié al sueño de mi vida por algo más que por estar en el paro.

—¿Has pensado en prepararte las oposiciones a secundaria que no quisiste en su momento o en montarte algo por tu cuenta?

—Para lo uno se necesita tiempo y para lo otro, dinero. Justo lo que yo no tengo. —Ríe.

—Solo son opciones, no sé. —Me encojo de hombros—. Ideas.

—Lo sé. Y te lo agradezco. Claro que las he considerado, y ahí están. Pero de momento voy a seguir intentándolo por otras vías. —Sonríe—. Se me hace tarde y tengo que ir a recoger a las niñas al colegio. ¿Quieres venir? Se volverán locas si te ven aparecer.

—Me encantaría, pero tengo que seguir trabajando. Ya he perdido una hora y esta tarde quiero terminar pronto para limpiar bien el salón y la entrada.

—Uy, ¿y ese afán? —pregunta levantándose.

—Me relaja. —Me encojo de hombros.

—La gente se da un baño si quiere relajarse, Lis, no coge un trapo y se pone a sacar brillo a una casa deshabitada —dice con sorna. Yo le saco la lengua.

—Lo sé. Pero me tranquiliza. Supongo que es como ordenar y limpiar mi cabeza.

—Eso está genial. Te irá bien para acelerar este tiempo.

—Supongo. —Me encojo de hombros.

Nos damos un abrazo, unos besos y nos despedimos. Ella se va a buscar a sus hijas a la escuela. Yo, a traducir. Pero antes de volver a casa decido parar en una tienda de ropa *vintage* que me encanta. Hacía tanto que no me compraba algo... Ya ni me acuerdo de cuándo fue la

última vez que me pinté los labios por el simple hecho de que me gusta verlos con algún color llamativo; o cuándo me compré un trapito con el único objetivo de tener algo que estrenar. Así que hoy me compro dos vestidos que no sé en qué momento llevaré, pero que me proporcionan felicidad. Consumista, vale, pero felicidad. Además, entro también en una floristería y me llevo un ramo de mis flores favoritas, margaritas blancas. Lo pondré en el salón, creo, encima de la única mesa que queda. O en la cocina, para darle ese toque íntimo que siempre proporcionan unas flores.

Recojo mi melena castaña en un moño improvisado y saco mis gafas de sol del bolso. No voy a volver directa a casa, voy a dar un pequeño rodeo. Qué simple, ¿verdad? Y, sin embargo, cuánto llenan los pequeños detalles que te hacen sentir bien. Están ahí siempre, eso es cierto, pero, de tan cotidianos que son, se vuelven invisibles y dejamos de saborearlos. No obstante ahí están, y te arrancan sonrisas si los sabes ver: desayunar con tu mejor amiga, hacer algunas compras, llevar flores en la mano o pasear por la ciudad bajo el frío sol de febrero. Esa es la magia en realidad. No esperemos finales de cuento.

EL PRIMER PEQUEÑO PASO

Cuando Carlos y yo decidimos darnos un tiempo, establecimos ciertas condiciones que creímos necesarias para que ese periodo incierto de reflexión funcionara y no nos confundiera más. No íbamos a dejar de hablarnos, eso sería bastante absurdo, pero sí evitaríamos sentimentalismos que contaminaran y dramatizaran aún más la situación en la que andamos metidos. También nos dejaríamos espacio y procuraríamos limitar vernos, porque queremos respirar un poco, pero no desaparecer de la vida del otro. Dos semanas después de mi marcha, comprobamos que seguir en mayor o menor medida nuestras directrices ha mejorado algo el caos que llevamos dentro. Porque lo observo con la naturalidad que dan la confianza, la intimidad y los años. Sin disimulo, sin incomodidad. Lleva la chaqueta de punto azul marino que le regalé hace dos cumpleaños encima de una camisa y unos pantalones oscuros. Siempre informal, pero con ese toque que le hace parecer un cruce entre un leñador y un dandi. Está serio, nervioso, mientras finge leer la carta y analiza cada plato. Se ha cortado un poco el pelo y le ha crecido la barba en estas dos semanas, lo que incrementa su atractivo. Siempre lo ha sido, guapo y atractivo, con esa pinta de hombre demasiado serio para este mundo, pero que en realidad esconde un payaso que se revela en cada gesto, en cada mueca. Lo huelo desde aquí y me reconforta. Es como si nada hubiera cambiado al verlo. Como si todavía fuéramos nosotros y no los ella y él de los últimos tiempos.

Alza la vista y me mira. No mueve ni un músculo y solo clava sus ojos en mí, aprieta la mandíbula y muestra una leve sonrisa. Me está analizando como yo lo hago con él, como la noche en la que nos conocimos y no parábamos de mirarnos. Le devuelvo la sonrisa y un atisbo de cotidianidad asoma por encima de la mesa del restaurante donde hemos quedado para cenar y vernos. Vernos y mirarnos. Y medirnos.

—¿Han decidido ya? —La camarera viene dispuesta a tomarnos nota.

—Para mí, ensalada de aguacate, tomate rosa oscense y mozzarella de búfala regada con vinagre balsámico —digo.

—Yo igual.

Sonríó. Al final, siempre pide lo mismo que yo.

Nos salen solos. Los gestos, las palabras. Habremos ido a cenar o comer fuera cientos de veces

y es muy difícil deshacerse de cada pequeña rutina que hay entre dos personas.

—Tenía ganas de verte, Lis —suelta como si nada. Una frase que podría parecer casual, pero que dicha por Carlos desvela muchas cosas.

—Yo también. Nunca habíamos estado tantos días sin vernos.

—No lo había pensado, pero es cierto.

Sonreímos tímidos.

—¿Cómo estás? —pregunto.

—Bien. Lo único que he hecho ha sido trabajar. —Carraspea—. No te enfades, por favor, pero no he podido pensar mucho en nosotros porque ha habido un problemón enorme en el trabajo y me han pedido recoger los platos rotos.

—¿Qué ha pasado? —pregunto preocupada.

—¿Te acuerdas de la empresa conjunta que llevamos años negociando con esa compañía escocesa de ingeniería tan grande y que estábamos a nada de culminar?

—El negocio del que dependía la continuidad de la empresa, sí.

—El mismo. Pues... ha quedado paralizado. Marcelo metió la pata hasta el fondo en varias reuniones y se han echado atrás.

—¡No!

—Como lo oyes.

—Siempre ha sido un inútil.

—Siempre. Y están rodando cabezas también.

—¿Quiénes? —pregunto asustada por si se refiere a él mismo.

—Las de los que lo pusieron al frente de un proyecto de esta envergadura, por ejemplo. —Exhalo aliviada y él lo nota—. Y, a la vez, estamos haciendo malabares para reconducir las negociaciones y evitar irnos a pique. Demostrarles en la práctica que podemos realizar en tiempo récord lo que nos pedían. Y me nombraron coordinador del proyecto.

—¡Carlos! ¿Cómo no me dijiste nada?

—No quería molestarte con cosas de trabajo o que pensaras que me escudo en eso para eludir... Pero de verdad que están siendo unos días en los que no hago más que fumar y notar que el corazón se me sale del pecho.

—¿Fumar? ¿Has vuelto a fumar? —Se encoje de hombros—. ¡Carlos!

—Lo sé, lo sé. Trabajo una media de trece horas al día y duermo unas tres o cuatro, por no hablar de que no tengo ni idea de cómo hacer esto.

—Cariño... —Le cojo la mano y él me la aprieta sin darse cuenta—. No quiero perderme esto. Él sonríe triste.

—Ni yo que te lo pierdas. Lo cierto es que te echo jodidamente de menos.

—¿Quieres... quieres que vuelva?

—Sí, pero no así, Lis. Quiero hacer las cosas bien y ahora mismo tampoco podría enfrentarme a este reto estando como estábamos. Todo empezó a ir mal por una situación parecida y... no quiero que nos arriesguemos.

—Bueno, no solo fue por el estrés laboral —digo con más indignación de la que pretendía.

—No, pero ahora tengo más presión que antes y sigo sin saber gestionarla. Eso no ha cambiado.

Los dos miramos hacia otro lado al mentar viejos fantasmas.

—Tienes que bajar el ritmo, Carlos. Me preocupas.

—No lo hagas. Pasará.

—Y... también tengo miedo —le digo compungida.

—¿De qué? —Frunce el ceño.

—De que con el estrés, la presión que tienes encima y el querer llegar a todo, nosotros...

—¿Qué?

—Ya sabes... —Meneo la cabeza.

—No, no sé. —Frunce el ceño de nuevo.

—Pues que vuelvas a...

Le cuesta unos segundos entender de qué hablo.

—Por Dios, Lis. ¿En serio? —Y tira con saña su servilleta en la mesa.

—No te lo tomes a mal, por favor —digo con toda la amabilidad de la que soy capaz—. Solo me preocupa que se te vaya la cabeza y...

—Han pasado más de quince años de aquello. —Aprieta la mandíbula—. Sabes que eso está más que superado.

—Lo siento. —Y le estrecho la mano otra vez—. Tienes razón, pero no me inquieta que tu pasado vuelva porque no confíe en ti.

—¿Entonces?

—Joder, pues porque te quiero. Y, cuando quieres a alguien como yo te quiero a ti, te angustia que haga tonterías. Verlo más delgado, saber que no duerme bien o pensar que le puede dar un infarto.

Todo eso me sale sin pensar porque es cierto. Carlos se ablanda porque en el fondo le toca la fibra saber que sigo preocupada por él, por su salud, por su trabajo.

—No te alarmes, en serio. Estoy bien y nada de lo que temes va a pasar. ¿De acuerdo?

Asiento.

—Pero, por favor, Carlos, cuídate y descansa. Prométemelo.

—Te lo prometo.

La camarera irrumpe en el momento oportuno y retira nuestros platos. Solo entonces nuestras manos vuelven a su posición y nos percatamos de que habían estado entrelazadas casi todo el

tiempo. Tanto es así que nos miramos conscientes de que en el fondo no podemos estar separados.

El postre, cada uno diferente esta vez, se riega con una conversación laboral por ambas partes. La coordinación del proyecto, la traducción para un cliente nuevo, los retos y cómo los afrontamos. Me preocupa, y mucho, su nivel de estrés y la respuesta de su cuerpo, pero al menos esta noche nos hemos relajado. Parece que no hablar de nosotros nos sienta bien y es al analizarnos cuando nos ponemos raros; así que de forma inconsciente seguimos con la conversación laboral hasta que no queda más comida en la mesa ni más ganas de seguir hablando de trabajo.

—Te invitaría a una copa, pero no sé si nos saldríamos del plan. —Tuerce media sonrisa mientras nos levantamos de la mesa.

Abro la boca. La cierro. Él sonríe más.

—Iba a decirte que parecía que no quisieras esa copa, pero luego me he dado cuenta de que lo estaba volviendo a hacer.

—¿Volver a hacer el qué?

—Malinterpretarte para empezar a discutir.

—Solo es una forma de hablar, Lis. Quiero esa copa, pero no quiero que te sientas obligada ni quiero forzar las cosas yo.

—Lo sé. Es un paso hacia la correcta comunicación, ¿no? Darme cuenta de cuándo te malinterpreto yo y de cuándo eres un sieso tú.

Posa su mano en mi espalda mientras salimos y se ríe.

Hace frío afuera. Y se ha levantado niebla. Carlos saca su cajetilla de tabaco y me ofrece un cigarro, pero lo rechazo. Él, entonces, vuelve a introducir el suyo en el paquete y se lo guarda en el bolsillo.

—Entonces... ¿la copa? —pregunta. Yo sonrío.

—Quizá sería forzar, ¿no crees?

—La verdad es que sí. —Frunce los labios—. Es mejor ir poco a poco.

—Ya corrimos demasiado cuando nos conocimos. —Me río.

—Eso no es cierto. —Sonríe él—. Desde el concierto de Leiva hasta que follamos tardamos siglos.

Le doy un golpe en el hombro.

—Eres un romántico. —Nos reímos.

—Dejamos esa copa para la siguiente cita, ¿te parece?

—Me parece bien. —Le guiño un ojo.

—Te acompaño a casa.

—No. —Me vuelvo a reír—. No quiero correr riesgos.

Él pellizca mi nariz en un gesto tan suyo que me hace temblar.

—Entonces espero hasta que cojas un taxi.

—Hay uno en el semáforo.

Carlos se gira para comprobar que sí, hay un taxi libre que viene hacia nosotros. Alzo la mano y nos miramos de nuevo, circunspectos, porque ha llegado el momento del adiós.

—Ven aquí —dice sin pensar. Y también sin pensar me abraza con más dolor que cuando nos hemos visto. Tengo ganas de llorar.

—Carlos...

—Lo conseguiremos, joder.

Y no sé si me lo dice a mí o a él mismo.

LOS GATOS SIGILOSOS

Cuando llego a casa tras cenar con Carlos tengo una ligera migraña. Son las once y media de la noche, pero me da la sensación de que son las cuatro de la mañana y llevo todo ese rato sin dormir; así que decido prepararme un baño aunque sea tan tarde. Necesito algo que me ayude a aliviar la tensión que noto en las sienes y que me relaje un poco. Además, mañana es sábado y no tengo que madrugar, por lo que lleno la bañera con una bomba de baño y espuma.

Adoro darme baños. Es uno de esos placeres que descubrí cuando me independicé, hace ya tantos años que ni me acuerdo; y si no los tenía antes en mi lista era porque mi madre no nos dejaba. Decía que se gastaba mucha agua y que era un capricho de ricos. La misma que todas las Navidades se autorregalaba, con el dinero familiar, carísimos abrigos de piel que no se ponía jamás. Así que, claro, en cuanto salí de esta casa y pude costearme un alquiler, lo primero que hice fue darme un baño de agua tan caliente que casi se me quemó la piel.

Pienso en Carlos. En la cena, la copa de vino, la conversación. Fue más fluido de lo que pensaba, temía llenarnos de silencios incómodos o comenzar el bucle de los reproches. Pero parece que estamos empezando a calmarnos y que estos días sin vernos han hecho que al menos podamos tener una conversación sin gritarnos. No quiero crearme esperanzas porque todavía no sé cuál es nuestra meta. Chasqueo la lengua. La cabeza me martillea más fuerte. Pero qué guapo estaba. Lo cierto es que no ha cambiado mucho desde que lo conocí, más allá de las modas y los estilos. Ya entonces era un hombre lleno de cicatrices y con una mirada misteriosa, como ahora. Por eso supe enseguida que con él nada sería normal, cotidiano, entendible. Carlos se sale de la norma y, para elevarse a las alturas con todo lo que puede ofrecer, has de aceptar su parte más oscura. Es muy intenso y a mí ya me quemó la primera vez que lo vi, aunque los dos nos contuviéramos.

Es algo que siempre sobrevoló sobre nosotros, las ganas y el freno. Corrimos mucho en todo, eso es cierto, pero podríamos haberlo hecho incluso más. Por ejemplo, podríamos habernos besado la segunda vez que nos vimos, en lugar de contenernos tanto. Fue un par de semanas

después del concierto de Leiva. Quizá tres, no lo recuerdo bien. Solo sé que él y su mirada me vinieron a la cabeza varias veces esos días, sin saber por qué me había causado tanto impacto algo tan banal. Así es Carlos. Te deja huella. Aunque, por lo visto, yo también se la dejé a él. Porque, en cuanto nos vimos, nos reconocimos. En todos los sentidos.

Carlota y Jacobo se casaban en unos días y, como tenían distintos grupos de amigos y no se conocían entre sí, pensaron que sería buena idea invitarlos a todos a pasar un fin de semana en la casa que tenía la familia de Jacobo en el pueblo natal de sus abuelos. De esta forma, nos conoceríamos antes y en la boda estaríamos más relajados y animados. Carlota y yo trabajamos juntas varios años en una agencia de traducción y congeniamos hasta hacernos amigas más allá de la jornada laboral. Ambas sabíamos que no éramos íntimas, pero tampoco nos planteábamos nada más. Nos llevábamos bien, nos reíamos y, como a ella se le daba bien hacer amigos, empezó a salir conmigo y los míos. Cuando se casó con Jacobo, yo acababa de dejar la empresa y de emprender mi negocio, pero aún mantuvimos la relación un par de años más. Finalmente, el nexo que nos unía se fue debilitando hasta desaparecer. No hubo dramas ni explicaciones ni enfados ni decepciones. Simplemente, ella encontró otro grupo con el que tenía más cosas en común y yo no la eché de menos cuando dejó de llamar.

Pero en ese momento todavía salía de cuando en cuando con nosotros, así que nos invitó a ese fin de semana rural. Éramos un grupo numeroso, entre amigos y compañeros de trabajo de Jacobo y de Carlota, además de mi hermano, Celia y yo. La casa del pueblo era grande y solariega. Tenía tres plantas, un pequeño jardín y muchos ventanucos. Estaba en la esquina de una pequeña plaza en la que un perro dormía al sol y un señor nos miraba sentado en un banco de piedra al lado de su puerta.

Carlos y yo nos mirábamos de forma fugaz y simulada desde la distancia. Era como si quisiéramos tener cerca al otro, observar nuestros movimientos, establecer de alguna forma un vínculo.

Mientras Jacobo nos enseñaba la casa. Mientras recorriamos el jardín. Mientras dejábamos nuestras cosas en las habitaciones. En todo momento Carlos y yo notábamos, sin hablar, nuestra presencia. Recuerdo que él llevaba unos pantalones amplios y una gorra con visera negra y, a pesar de que no se le veían los ojos, yo sabía que estaban clavados en mí.

Pasamos la tarde jugando a las cartas y a algunos juegos de mesa. Estábamos todos bastante fríos y ni el alcohol ni las horas aliviaron esa tensión velada de decenas de desconocidos que no quieren estar donde están.

—Voy a salir a tomar un poco el aire —le dije a mi hermano a última hora de la tarde.

—¿Estás bien?

—Sí. Ya sabes, me agobia estar en el mismo sitio muchas horas. —Me encogí de hombros.

—Si me necesitas, silba, Lagartija.

Sonreí y me levanté para salir de ahí, pero me quedé en el porche porque parecía que iba a empezar a llover en cualquier momento. La tarde llegaba a su fin y el cielo reflejaba esa luz violácea de un sol aún visible pero escondido tras nubes cargadas de lluvia. Me encendí un pitillo y lo fumé despacio para saborear el momento. Respiré profundamente y me regodeé en la calma y en el bonito escenario que me rodeaba.

—¿Tienes fuego?

La voz áspera de Carlos hizo que me girara hacia la puerta.

Se acercó a mí y se colocó a mi lado, quedando los dos apoyados en la valla del porche. Le encendí su cigarrillo y escondí una risa.

—¿De qué te ríes? —preguntó.

—Del «¿Tienes fuego?».

—¿Muy típico? —sonrió.

—Sí. Y no te pega nada.

Hizo una mueca, la primera que le vi. El niño sonriente salió a relucir y yo me volví a reír. Se rascó la nuca en un gesto que me lo dijo todo.

—Es que, en realidad, no se me dan bien estas cosas.

Alcé una ceja.

—¿Qué cosas?

Él me miró con media sonrisa y exhaló una calada.

—¿Te apetece dar un paseo? —preguntó mirando al frente.

—Creo que está a punto de llover.

—¿Prefieres volver adentro a jugar al *Monopoly*? —Ambos sonreímos.

—De acuerdo. Vamos.

Apagué el cigarrillo y guardé la colilla en el paquete. Él hizo lo mismo.

—Aquí estás, Carlos. Te toca en la ronda de cartas.

Uno de los compañeros de trabajo de Carlos y Jacobo hizo acto de presencia. Los dos lo miramos con cierta hostilidad, pero luego compartimos una sonrisa cómplice que pasó desapercibida a nuestro acompañante.

—Necesitaba respirar —le contestó Carlos—. ¿Puede jugar otro en mi lugar?

—No te escaquees. Ya sé que esto es un coñazo. —Me miró como si se acabara de percatar de mi presencia—. Uy, lo siento. No pretendía...

—No pasa nada. —Sonreí falsa.

—¿Cómo te llamabas, perdona? Soy pésimo para los nombres.

—Lis.

—¡Lis! Encantado. Yo Jano. Tienes un nombre muy original, Lis. Te pega mucho.

—Gracias... —Fruncí un poco el ceño—. Creo.

—¿A qué te dedicas, Lis?

—Soy traductora.

—Lo ha dicho antes —dijo Carlos serio.

—Ah. No me enteré. ¿Y qué haces exactamente?

Abrí la boca y la volví a cerrar. Carlos escondió una sonrisa.

—Traduzco webs, softwares y aplicaciones del español al inglés y viceversa.

—Suenan bien.

—Sí. Una fiesta. —Y Carlos me miró divertido—. Íbamos a dar un paseo —dijo con clara intención de salir de ahí.

—Pues os acompaño.

—Pero va a llover, así que vamos dentro —me apresuré a decir.

—Sí, vamos dentro. —Carlos alzó la mano indicándole el movimiento.

El chico se giró para cruzar la puerta y Carlos y yo nos quedamos rezagados.

—Desde luego vuestra oficina debe de ser de lo más entretenida —dijo irónica.

Sonrió y se pasó la lengua por el labio inferior. Avanzamos un paso y, en un gesto desinteresado, su mano rozó mi espalda.

—Los hay más raros todavía. —Reímos.

—¿Sois muy amigos?

—No. Los tres trabajamos en el mismo departamento y pasamos todo el día juntos, pero no nos pillamos el rollo, aunque lo fingimos.

—Entiendo. Creo que a nosotras nos pasa lo mismo. Carlota y yo trabajamos juntas un tiempo, nos hicimos amigas y terminamos mezclando gente, pero últimamente todo es un poco raro.

—Suele pasar. Los grupos cambian con los años.

—Qué pena —dijo, y él asintió mientras abríamos la puerta de entrada.

—Tenemos pendiente ese paseo —susurró.

—Pronto. —Le guiñé un ojo y sonrió.

Nos sentamos a cenar y nos colocamos el uno enfrente del otro. No podíamos dejar de mirarnos y de sonreírnos con una timidez que ninguno de los dos sentía, pero que allí estaba a la vista de todos. Después jugamos a un juego de mesa, y las miradas y sonrisas tímidas dieron paso a sentarnos juntos y a rozarnos con suma sutileza a la menor oportunidad. Y a reírnos también. A flirtear de alguna forma, a mitad de camino entre el descaro y la cohibición. Al final lo pasamos bien, porque se gestó entre nosotros un principio de complicidad.

En un momento dado, Carlos bebía su copa sentado en un sofá frente a una chimenea encendida. Miraba absorto el crepitar de las llamas y parecía que se había aislado un poco porque estaba ya saturado de la gente y de la velada. Yo lo observaba desde la mesa en la que los demás estábamos sentados y me pareció tan serio, tan guapo, tan él, que me levanté con mi copa y, sin

pensarlo mucho, me senté a su lado. Pensé que sería recibida con cierta hostilidad, ya que parecía muy a gusto con él mismo, pero fue todo lo contrario. En cuanto vio que me sentaba en el sofá, me sonrió y se acercó un poco más a mí.

—Hay pocas cosas más gratificantes que mirar un fuego, ¿verdad? —dije para romper un poco el hielo.

Sonrió y se quitó el jersey. Hacía calor frente al fuego y su frente se había perlado de sudor, así que se quedó en camiseta.

—Sí. Pocas cosas.

—Tienes muchos tatuajes —dije al ver sus antebrazos.

—Uno por cada pecado. —Me guiñó un ojo y sonreí—. Llevo también en el pecho y en el costado. —Alzó las cejas.

—¿Y tienen algún significado o solo obedecen a impulsos y modas?

Me miró con sonrisa soberbia.

—Me gustas.

Yo abrí mucho los ojos.

—Así, sutil. —Reímos.

—Hay de todo. Están los impulsos. —Se levantó un poco la camiseta para señalar un par de tatuajes horrendos y típicos, estilo tribal—. Están los arrepentimientos. —Apuntó a uno con las palabras «Marta siempre»—. Y están los solo míos.

—¿Y esos cuáles son?

Nos miramos contenidos.

—Te los enseñaré pronto, cuando formes parte de ellos —susurró.

—Eres muy intenso. Lo sabes, ¿verdad?

Él sonrió y bajó la cabeza. Luego dejó su brazo apoyado en el respaldo, justo detrás de mi cuello, y se acercó a mí hasta casi rozarnos.

—¿Sabes? Los gatos son animales peculiares. Nos hacen creer que están domesticados, que caminan entre la gente siendo meras ratas en busca de comida, pero en realidad son reyes camuflados en sus pequeños cuerpos. Hacen lo que les da la gana, cuando les da la gana y con quien les da la gana. Dan amor solo a quien ellos eligen, lo piden cuando lo necesitan y te aceptan como eres. No esperan de ti nada más que lo que puedes darles y, si intentas cambiarlos, se alejarán sin dar explicaciones. Te enseñan a quererlos tal y como son. Sin expectativas, sin decepciones, sin dramas.

Le sonreí.

—Me gustan los gatos... tal y como son.

—A mí me gustan tus hoyuelos, pero ya te he dicho antes que no se me da muy bien esto.

Me acerqué un poco más a él y pegué mis labios a su oído. Él me acogió al rodear mis

hombros con su brazo.

—Pues lo estás haciendo muy bien, señor Gato.

—¿Quieres que te cuente un secreto? —susurró despacio y yo asentí—. La noche del concierto, cuando nos conocimos, quería besarte. Mucho.

Traté de disimular mi sonrisa en una mueca que le hizo sonreír.

—Me pasó lo mismo.

—¿Y por qué no lo hicimos? —lo preguntó sin quitar ojo a mis labios.

—Te invité a mi casa y dijiste que no. —Hice una mueca burlona.

—¡Íbamos muy borrachos! Me habría quedado dormido y tengo cierta dignidad.

Reímos.

—Lis, nos vamos a dormir. —Mi hermano me asustó y, al escuchar su voz, nos relocalamos.

—Voy con vosotros —dije mientras me levantaba.

Vi la cara de decepción de Carlos y quizá también se reflejó en la mía, pero por aquel entonces yo había salido de un par de fracasos sentimentales y era un tanto escéptica con eso de los flirteos que no van a ninguna parte. Así que supongo que me entró algo de miedo y no quise forzar la situación. Y menos delante de mi hermano. Pero, aun así, no pude evitar acercarme de nuevo a su oído.

—Los gatos, además, son seres inteligentes y sibilinos que prefieren observarlo todo, pisar sobre seguro y encontrar el mejor momento.

Me incorporé del todo y él relajó la expresión. Parece que me entendió. O interpretó que no cerraba la puerta, al menos. Porque, cuando di un paso para irme a mi habitación, me llamó.

—Lis. —Me giré y alcé las cejas—. Te debo un paseo y un beso.

Sonreí.

—No me olvidaré de ninguno de los dos.

—Pronto, Flor de Lis.

Puso una de sus muecas y me hizo reír. Estuve tentada de sentarme de nuevo a su vera, pero algo me dijo que era mejor dejarlo ahí. Cuando me acosté, pensé en él y en la tarde que habíamos pasado. Intenté autoconvencerme de que había sido un simple flirteo por aburrimiento de ambos y que todo quedaría en eso. De hecho, al día siguiente estuvimos más contenidos porque, tras desayunar con todo el grupo, volvimos a nuestros hogares. Así que no dio tiempo a retomar lo que habíamos empezado y tan solo nos despedimos con una sonrisa cerrada y un «pronto» mudo articulado en nuestros labios.

Observo, sentada en la bañera con las piernas cruzadas y abrazándome las rodillas, cómo el agua se arremolina en el desagüe mientras se vacía. El nivel baja con lentitud primero para acelerar el

ritmo después, hasta terminar en un estruendo sordo cuando borbotea en el sumidero que deja mi cuerpo congelado entre recuerdos y metáforas.

DÍAS DE ROSAS Y ESPINAS

Me gustó verte anoche, Lis». A mí también, digo en voz alta mientras desayuno en la barra de mi cocina, aunque espero para responder. Miro por la ventana, hacia el jardín olvidado y decadente, y doy un sorbo a mi café. Debería responderle que nos prometimos no hacer esto, como me contestó a aquel wasap él. ¿Y qué consigues con eso, Lis? Volver a activar el carrusel de ataques sin sentido que tienen como única meta el odio entre dos personas que todavía se quieren. ¿Cuando él quiere sí? Pregunta mi orgullo disfrazado de dignidad. Y la respuesta de mi madurez vuelve a ser la misma. Es muy fácil discutir con alguien para sacar la rabia por cualquier cosa. Tan sencillo como decidir tomarte a malas todo lo que diga o haga. Y es más fácil todavía que se os vaya de las manos y terminéis en una guerra interminable tan caótica que ni recuerdes cómo empezó. Si nos queremos tanto. Si nos llevábamos tan bien.

«A mí también, Gato. Pronto».

«Pronto».

Voy a otro chat en el que tengo mensajes. Son de Celia, que está nerviosa por saber cómo fue la cita de anoche. Le escribo una parrafada y le cuento la conversación, la complicidad, lo de las manos, la preocupación. También cómo me siento ahora mismo: echa un lío, con hambre de él y con sensación de tristeza a la vez. Me responde con un «Me alegro. Poco a poco» que casi me hace querer tirar el teléfono. Le mando un audio.

«No se puede ser más rancia. —Me río—. ¿Te escribo todo eso para esta mierda de frase?».

Me responde al momento con otro audio.

«Es que tengo crisis con tus sobrinas. Me han cogido el maquillaje y ya no tengo ni base ni pintalabios ni polvos matizantes. O los llevan ellas encima o están esparcidos por todo el baño. Quiero matarlas, pero no se lo digas a nadie. Luego hablamos».

«Las amo», le contesto entre risas. Ella me pone el emoticono de la peineta y zanjamos la conversación.

Ordeno un poco la casa y recojo la habitación de invitados. Al observar esta última pongo cara de asco porque es pequeña, muy fría y su colchón es tan viejo que tiene vida propia y se me clava en cada músculo del cuerpo. Me levanto todos los días con contracturas y dolores en la

espalda, así que quizá debería subirme a la planta de arriba. Quizá a la habitación de mi hermano, aunque caigo en que está totalmente vacía porque se llevó la cama, el armario y las estanterías a su nueva casa. El dormitorio de mis padres no cuenta, ya que tampoco tiene cama y además me sentiría rara. Hay una habitación vacía que servía de estudio, pero es más pequeña que esta y tendría que subir el somier. De modo que solo queda la mía. Está todo tal cual lo dejé puesto que no quise llevarme nada de ese cuarto. Meneo la cabeza. No me hace mucha gracia la idea de volver allí y prefiero no pisar ese dormitorio mientras esté por aquí, por lo que descarto la idea. Me quedaré donde estoy, al menos de momento.

Miro el reloj y veo que ya es la hora de meterse en la ducha. Voy bien de tiempo, así que pongo algo de música y no me doy prisa alguna.

Hoy tengo una comida de esas que son un poco por compromiso, pero que a la vez te apetecen: la comida anual con los antiguos compañeros de carrera. Todos los años, desde que terminamos la universidad, el grupillo que hicimos pandilla nos juntamos para comer o cenar juntos. La mayoría no nos vemos durante el resto del año, por lo que es un rato de ponerse al día, recordar viejos tiempos y echar unas risas. Al menos para mí. Siempre hay bajas, claro, y gente a la que le apetece pasar este rato tanto como tener gastroenteritis (estoy segura de que alguno la prefiere, de hecho), pero a mí me suele apetecer. Puedo contar a mis amigos íntimos con una sola mano y me sobran dedos, como suele decirse, pero soy sociable y me manejo bien en las relaciones de colegao, las superfluas. Mis habilidades sociales están bien desarrolladas para aquellas situaciones que no requieren abrirse en canal, y suelo caer simpática sin necesidad de fingirlo. La cosa cambia cuando una relación se intensifica demasiado y fuerza una intimidad que no siento. Exactamente igual que Carlos. Él porque es desconfiado. Yo porque no tengo esa necesidad.

Me pongo unos vaqueros y una blusa, me cubro bien las ojeras, hago lo que puedo con las bolsas y una hora después entro en el restaurante en el que hemos quedado. Todos nos abrazamos y nos reímos, estamos contentos en esta especie de reunión de antiguos alumnos. Nos tomamos un par de cañas en la barra mientras la gente va llegando y, cuando nos hemos saludados todos, nos sentamos a comer.

Lo pasamos bien. Bebemos vino, contamos anécdotas. Nos acordamos de profesores, de líos y de fiestas. Hablamos de nuestras profesiones. De siete que estamos, solo dos nos dedicamos a la traducción. El resto hace lo que puede en trabajos que no tienen nada que ver con lo que estudiamos. Algunos están contentos, otros no. Casi todos despotricamos sobre la situación laboral que vivimos. Y me siento afortunada porque he logrado sobrevivir en mi sector, al menos de momento. Aunque también ha habido años en los que creía que sería imposible. Meses en los que he cobrado tan poco que tuve que pedir dinero a mis padres o veranos en los que no recibí ni un solo correo electrónico pidiendo traducciones, pero aprendí a sortearlos. He hecho auténticos

malabares y me he pateado empresas, organismos institucionales, academias y un larguísimo etcétera para estar donde estoy. He presentado proyectos a ayuntamientos que han quedado en nada, me han plagiado ideas, he colaborado con empresas que no me han pagado y he llegado a creer que sería mejor tirar la toalla y probar otra cosa. No me han regalado nada, vaya, así que estoy más que orgullosa de haber sacado a flote un negocio en unos tiempos en los que ser autónomo es sinónimo de envejecer pronto. No lo digo en la mesa, no quiero alardear de nada, pero escuchar a mis compañeros me hace valorar todavía más lo que tengo, lo que he conseguido y a mí misma. Siempre adelante, Lis. Siempre arriba.

También hablamos de las familias que hemos formado. Está quien se casó y tuvo niños, quien ha abrazado la soltería, quien no ha podido tener hijos, quien ha sido madre soltera, quien se divorció... Y luego estoy yo.

—¿Qué tal Carlos?

—Pues... bien. Con mucho trabajo, sin demasiada novedad.

No cuento nada porque ni siquiera yo sé dónde estamos. En la comida del año que viene ya tendré algo más claro que contar, imagino, así que este año prefiero callarme y disfrutar.

Lo pasamos bien. Nos venimos arriba y tomamos un copazo. Dos. «Venga, que no pare la fiesta y vamos a por el tercero». «Conozco un garito guapo». «Brindemos, por los viejos tiempos». «Pues yo voy a salir a bailar». «Yo voy contigo». «Tía, acompáñame al baño». «¿Cómo haces para tener esta piel?». «Tengo que confesaros una cosa». «Yo también». Más risas. Más bailes. Más secretos. Más pasarlo bien.

—Uf, qué cogorza —digo cuando empiezo a ver la realidad distorsionada—. Me voy a casa.

—¡Pero, Lis, siempre igual! —Ríen—. ¡No aguantas nada!

Abucheos, risas, «Hasta el año que viene», «No seas tan cara de ver» y salgo por la puerta contenta, borracha y con ganas de él.

Cojo el teléfono. Un tono. Dos. Tres.

—Lis —responde extrañado.

—Tengo ganas de ti, Carlos —baluceo con el alcohol bailando en mi sangre.

Se queda callado unos segundos.

—¿Cómo dices?

—Que tengo ganas de ti.

—¿Estás borracha?

—Bah, un poco. Ya sabes cómo son las comidas con los de la uni. Pero ya estoy en un taxi camino a casa y tengo ga...

Le escucho suspirar.

—Me voy de cena ahora, Lis.

—Ah, ¿con quién?

—Con mis amigos.

—¿Y puedo ir?

—Lis —resopla una risa—, ¿de verdad crees que sería apropiado aparecer tras meses sin verlos, borracha y con nosotros así de...?

—¿Así de qué?

—Pues así.

—No —admito—. No sería buena idea. —Chasqueo los labios.

—Lo siento. Si quieres, cuando termine te llamo y hablamos un rato.

—Es igual, pásalo bien en tu cena.

—Lis, por favor.

—¿Por favor qué? —pregunto extrañada.

—No empecemos.

—¡Pero si no he dicho nada!

—Ha sonado como si estuviera haciendo algo mal y no es así. No tengo que dejarlo todo cuando chasquees los dedos porque vas borracha y te sale del coño verme.

Abro los ojos y pongo cara de indignada.

—Claro, mejor me quedo quietecita y espero a que el señor haga las cosas cuando le apetezca. Y, de paso, aguanto también que responda a los mensajes en el tono asqueroso que le dé la gana y envíe palabras bonitas cuando considere. Palabras que, por supuesto, requieren una respuesta cariñosa al mismo nivel. ¡Ah! Y que conteste al teléfono de buen humor tan solo si le place, faltaría más. No vaya a ser que se haga algo cuando don Carlos no quiere o no está de humor. Total, ¿qué pintamos los demás?

—Joder, Lis.

Y cuelgo.

Un día perfecto lleno de risas y buen rollo que termina conmigo borracha en un taxi y resoplando.

Quiero llamarla. Decirle algo en tono de broma que relaje el ambiente y nos haga reír. Disculparme por el malentendido y explicarle que cuando hace estas cosas me siento utilizado. O a lo mejor no quiero. Llega un momento en el que las disculpas carecen de sentido y se convierten en absurdos vacíos que se repiten una y otra vez. Pero, al menos, podría suavizar las cosas y volver a tener la sensación de ir por el buen camino. ¿Y luego qué? Luego vuelta a empezar. Estoy agotado, no soporto ni una discusión más. Pero su «Tengo ganas de ti» se clava en mi cabeza y ni siquiera disfruto de la cena con mis amigos ni con sus respectivas parejas ni con las tonterías de sus hijos, unos que nosotros no tuvimos porque no nos dio tiempo. Al final ninguno de los dos disfrutamos de nada.

Porque me apuesto una mano a que Lis se ha hundido en el asiento del taxi nada más colgar el teléfono, aunque ni siquiera sepa bien por qué. Tratará de averiguarlo, analizará cada palabra de otra conversación que acaba en discusión absurda. Querrá indagar en el fondo de cada frase. En mi tono de voz, en el suyo. Y terminará sin saber nada, frustrada y con esa rabia mal canalizada hacia mí o hacia ella misma. Como su madre. A nadie nos gusta reconocerlo, pero llevamos dentro lo peor de alguno de nuestros progenitores. O de los dos. Y Lis y yo llevamos meses sacando a relucir la parte oscura de ambos con cualquier excusa. Ella, la suspicacia mezclada con un miedo atroz a que no la quieran, lo que provoca que todo lo que hago tenga un doble sentido y nada sea suficiente. Lo mismo que le ocurre a mi suegra. Yo, mi individualismo mezclado con una impulsividad irracional, lo que me convierte en una veleta impaciente y egoísta, como mi padre. Y aunque Lis y yo crecimos en ambientes y familias muy distintas, tuvimos algo en común que aprendimos demasiado bien: el miedo que siempre han tenido nuestros padres a ser quienes son.

Mi madre, por ejemplo, era una persona para quien la apariencia y la opinión de los demás lo eran todo. Sus valores y su día a día se basaban en lo que la gente pensara de nosotros, así que su obsesión era mantener la imagen de familia adinerada que alguna vez fuimos y que decayó hasta quedar enterrada en montañas de deudas y embargos. Pero había que aparentar, y a mi madre se le daba bien eso de fingir un nivel de vida que ni de lejos nos podíamos permitir ya. Mi padre le

seguía el juego porque era ambicioso, tanto en lo económico como en lo social. El estatus por encima de todo lo demás. Así, mi infancia y mi adolescencia transcurrieron entre colegios privados, amigos que me llamaban Charlie, casas de campo que no pudimos mantener, créditos imposibles, acreedores, joyas empeñadas y la continua presión de fingir que éramos iguales a nuestros amigos y vecinos. Igual de mentirosos, pensaba yo, porque tampoco veía mucha sinceridad a mi alrededor.

Las discusiones llegaron pronto. Siempre fui un rebelde, un inconformista que no entendía por qué teníamos que mentir para mantener una situación que convertía nuestra vida en una caricatura. A mi madre se la llevaban los demonios conmigo. Era mal estudiante ya de pequeño, contestón y andaba siempre metido en peleas con otros niños y visitando el despacho del director. De hecho, cuando tenía doce años me expulsaron unos días del colegio porque el propio director me pilló en el patio con uno de mis primeros cigarrillos y, lejos de amilanarme ante su regañina, le eché el humo en la cara, lo que casi les provocó a mis padres un infarto. Después, ya en el instituto, comencé a dejar los estudios de lado. No me interesaban lo más mínimo. Los tutores afirmaban que tenía un cociente intelectual por encima de la media y que si no aprobaba era porque no me daba la real gana. Y tenían razón. Me saltaba las clases para irme a merodear por recreativos o bares, donde me juntaba con lo mejorcito de cada casa a pasar las horas entre máquinas de videojuegos, cervezas y los primeros porros.

Terminé el instituto tras muchas discusiones y castigos, y empecé la universidad. Mis padres pensaron que me centraría un poco más al tener mayores responsabilidades y cambiar de gente, pero se equivocaron. Durante el primer curso me destrocé yo y todo lo que tenía alrededor, incluidos ellos. Las malas amistades se convirtieron en peores con la mayoría de edad. Además, me busqué un trabajo de camarero en un pub nocturno para poder pagarme la universidad, y eso me terminó de matar. Con dieciocho años tenía al alcance de la mano todo lo que podía hacerme caer en picado, incluido algo de dinero para comprarlo. Así empezó el coqueteo con las drogas, las juergas de dos días enteros, una chica tras otra y un tren de vida directo a la destrucción, aunque yo no lo viera porque en esos momentos te crees Dios y no te das cuenta de dónde te estás metiendo. Pensaba que me comía el mundo, que jugar con fuego era algo normal, y fingía que lo tenía todo controlado. Pero a los veinte años seguía sin controlar nada. Suspendía todo, mentía a mis padres, que intentaban encauzarme con broncas y gritos que no iban a ninguna parte, consumía cada vez más drogas distintas y en mayor cantidad. Me juntaba con gente totalmente perdida, dejé a mis amigos de siempre atrás y mi hermana no paraba de llorar porque me veía desnutrido. Abandoné los estudios en segundo curso sin decírselo a mi familia y me dediqué a buscar trabajos de mierda para conseguir algo de pasta y poder drogarme más.

No es que sea fácil caer en eso cuando eres adolescente, pero yo era un chico muy débil aunque me creyera lo contrario. Había crecido entre muchas mentiras que no habían dejado

hueco a la realidad, y alguien que no tiene tierra firme bajo sus pies es una persona a la deriva que se vuelve caótica y manejable. Me dejé arrastrar por un brillo que prometía muchas cosas, pero ninguna era real. Prometía alejarme de toda la ponzoña que llevaba conmigo. Prometía gente a la que no le importaba el qué dirán. Prometía diversión tras años de aburrimiento. Prometía sexo. Prometía control. Pero ni la ponzoña se alejó de mí ni a esa gente le importaba yo ni me llenaban el sexo o la diversión. Y controlaba tan poco que cada vez derrapaba más. Empezaron la ansiedad y el querer salir de ahí, pero no sabía cómo hacerlo. Me daba vergüenza hablarlo con mis padres y también tenía miedo. Me di cuenta de que no tenía un pasado real, pero así tampoco tendría futuro. Y me ahogué. Joder si me ahogué. La rueda giraba y giraba cada vez más y yo no sabía cómo pararla.

Hasta que ella me paró a mí.

Porque a veces debes tocar fondo para poder salir. Tienes que pegarte el gran golpe, fuerte y despiadado, para que tu capacidad de reacción se active. Es muy difícil que veas lo mal que estás, el autoengaño que llevas encima, el dolor profundo que causas a las personas que más quieres y lo manipulable e imbécil que eres hasta que no te revienta la cabeza contra el suelo de la realidad. Hasta entonces, crees que controlas y que jamás llegará ese momento. Pero llega. Antes o después, algo te hace tocar fondo.

En mi caso fue una noche de verano. Estaba descontrolado, con una ansiedad tremenda, quizá con depresión, y me dio un ataque de pánico en plena calle. Tenía taquicardias, un tembleque incontrolable, espasmos y no podía respirar. Tuve que sentarme en el suelo de la acera y recuerdo que veía a los transeúntes distorsionados. Creí que me moría, lo juro, y notaba hasta el frío de la muerte recorrer mis venas. «Ayuda», decía yo, pero nadie me escuchaba. Debía de dar miedo ahí sentado en la acera porque la gente se alejaba de mí y me miraba con desprecio. Nadie me ayudó. Nadie llamó siquiera a una ambulancia o a la policía para que se hicieran cargo. No podía culparlos, yo me había topado decenas de veces con la misma situación y tampoco había hecho nada. Cuando me empezaba a encontrar mejor, se acercó un camello de poca monta al que conocía. No me preguntó si estaba bien o si necesitaba ayuda, solo se agachó, me saludó y me ofreció tema. Le dije que no, que estaba jodido y quería parar. «Esto te levantará, es nueva y lo vas a flipar», me dijo. Yo le contesté: «Que no, tío». Pero insistió: «Venga, va, tienes que probarla».

Lo siguiente que recuerdo es despertarme a pleno sol en medio de la nada. Era un campo que no identificaba y que apestaba a estiércol. Había mucha basura: vasos de plástico, botellas vacías, comida, condones usados y gente tirada. Allí se había celebrado una fiesta, pero en ese momento daba mucho asco. Como yo. Solo llevaba puestos los calzoncillos con olor a orina y la camiseta, que estaba cubierta de vómito. Ni pantalones ni zapatillas. Tampoco cartera, dinero o teléfono. Me lo habían robado todo. O lo había perdido. A saber, porque no recordaba nada. Ni un mísero

fogonazo de algo que hubiera ocurrido esa noche. Tampoco sabía cómo había llegado allí ni qué había hecho o tomado. Nada. Intenté despertar a los que estaban por ahí tirados, pero no tuve suerte. Un rebufo y algún «Muérete, hijo de puta» fue lo más que escuché. ¿Qué coño hacía en ese lugar? ¿Qué cojones había hecho? Estaba estupefacto, en *shock*. ¿Cómo había sido capaz de llegar a ese punto? ¿Cuándo se me había ido tanto de las manos? Me vi como lo que era, un niño pequeño de veinte años solo, desvalido y muerto de vergüenza. Así que lo único que supe hacer fue sentarme en el suelo, agarrarme las rodillas y llorar. Lloré y grité hasta quedarme sin voz, lo que hizo que un chaval de los que estaban por ahí tirados abriera un ojo y me mirara. «Cállate, joder». Fui hacia él y le pregunté dónde estábamos, pero se volvió a dormir sin darme una respuesta. Le di unos golpes en la cara para espabilarlo. «¿Dónde coño estamos?». Balbuceó una respuesta que me sirvió para ubicarme y cerró de nuevo los ojos. Busqué en los bolsillos de su pantalón y saqué su teléfono móvil para llamar a mi hermana. No se me ocurría otra solución. «Ven a buscarme. Ven y ayúdame», le lloré.

Mi hermana llegó con mi padre media hora después. Les costó encontrar el sitio. Me tumbé en el asiento de atrás del coche sin decir ni una palabra porque sentía que se me abría el cielo con cada rayo de sol que me caía en los ojos. Empecé a recordar la noche, algo que me tranquilizó, pero no paraba de llorar en silencio. Mi padre estaba tan enfadado y decepcionado que era incapaz de articular sonido alguno y mi hermana solo se tapaba los ojos. Ninguno de los dos sabía qué hacer o decir y yo solo sentía que se había parado el mundo. Porque despertarme como lo hice fue para mí un impacto tan grande que me di de bruces con mi patética realidad, y decidí que hasta ahí había llegado la inconsciencia. Tenía otra oportunidad de hacer las cosas bien, para mi familia y para mí mismo.

Y la aproveché. Hablé con mis padres y les conté todo lo que había hecho mal. Lloraron y se culparon también. Pero me sorprendió que no hubiera broncas ni regañinas ni juicios. Tampoco mentiras ni fingieron que todo estaba bien. Mi madre me abrazó entre lágrimas; me dijo que saldríamos de esa, que ellos me ayudarían, que jamás me soltarían de la mano y que eran mi familia. Y yo lloraba, porque ellos eran lo que yo necesitaba y me sentía un gilipollas por haberlos juzgado tanto.

Dejé de consumir y fui a una psicóloga. Me ayudó a encontrarme de nuevo, a reconocermé a mí y a mi familia. Volví a alimentarme bien, gané peso, empecé a hacer deporte, retomé mis estudios y me apunté a cursos de fotografía. Me reformé. Y dos años después de lo previsto, recibía mi licenciatura entre las lágrimas de mi madre porque llegó a pensar que no lo conseguiría. Pedí perdón a mis padres y a mi hermana tantas veces que al final me mandaban a la mierda. Retomé la relación con mis amigos de toda la vida y me entendieron, joder. Encontré un buen trabajo, comencé a salir en serio con una chica, me enamoré. Pero, aunque los años locos, las drogas y los errores habían quedado atrás, y pese a que mi familia y amigos me apoyaron, yo

no me perdonaba. Durante mucho tiempo, cada vez que cerraba los ojos veía ese descampado, conmigo allí tirado como si fuera un mendigo leproso a punto de morir. Observaba la perdición, la mugre en mi cuerpo, el pis, el vómito, el asco. Quizá por eso asumí muchos de los pagos que mis padres tenían que hacer por sus continuas deudas en cuanto cobré mi primer sueldo como ingeniero. Sentía que era una forma de eximirme de culpa y terminé por hacerme cargo de su economía, porque llegaron a perderlo casi todo. Aun así, seguían llevando vida de ricos, y no pocas veces me pedían dinero para agasajar a invitados con cajas de champán francés o para algún hotelito de lujo en el que pasar unos días por todo lo alto. Y yo tragaba. Les daba dinero para sus caprichos sin sentido aunque yo no tuviera ni para encender la calefacción en pleno enero, ya que albergaba un enorme sentimiento de culpa por haberles dado tantos disgustos. Aún hoy patrocino muchos de sus vicios, algo que saca a Lis de sus casillas. Al menos mi sentimiento de culpa remitió hace años y comprendí que había caído en una espiral fácil y peligrosa que me había llevado a cometer muchos errores, pero ninguno insalvable. Tuve suerte. Paré a tiempo. Y entendí que llega un momento en el que ya no puedes culpar a tus padres por cómo eres o por la manera en la que te han criado, porque eres adulto y cómo actúes o seas es tu responsabilidad. Así que dejé atrás la presión de ser quien no era, vencí el miedo atroz que tenían mis padres a mostrarse sin trampa ni cartón y le grité al mundo que estaba harto de etiquetas, de ser el niño bien que cae en picado. Y me dediqué a pasar de todos sin dar explicaciones y a cumplir las metas que me había marcado. Dejé a la novia que todos adoraban porque yo ya no la quería. Renuncié al trabajo perfecto por otro que resultó ser mejor. Me hice más tatuajes. Compré una buena cámara. Corrí la maratón de Nueva York. Viajé por medio mundo. Me encontré del todo.

Y conocí a Lis.

Hay personas con las que conectamos de un modo instantáneo sin explicación alguna. Gente con la que tienes química y que, de entrada, te caen bien y te apetece estar con ellas. Quizá estén en tus antípodas emocionales, pero algo fluye en cuanto os veis y siempre os tenéis ganas. Eso me pasó con Lis nada más conocerla, cuando acudimos con un grupo de amigos comunes al concierto de Leiva. Tenía algo. Algo que se me escapaba. Me daba tanto confianza como tranquilidad, y para alguien tan cauteloso como yo fue toda una sorpresa sentir sosiego al lado de una desconocida. Lis y yo nos medimos con los ojos durante toda la noche, recelosos de dar un paso en falso; y comprendí, esa misma noche, que tenía tanta oscuridad como yo, aunque a ella se le daba mejor disimularlo.

Y no me equivoqué.

Le relaté mis años locos al poco de enredarnos, una de tantas noches en las que la madrugada nos sorprendía desnudos. Hablábamos de nuestras vidas entre susurros y no quise ocultárselo. «Tengo algo que contarte —le dije—, pero es fuerte, así que entenderé que rompas con todo y

salgas corriendo». No sé qué se imaginó en ese momento, pero cuando le expliqué mi historia puso cara de alivio y suspiró un «Vale, solo era eso».

—¿Solo era eso? —Me reí.

—¡No me malinterpretes! Es que me lo has pintado tan negro que, no sé, pensaba que habrías cometido un delito imperdonable o yo qué sé. —Sonrió y yo me la quise comer.

—Hice mucho daño a mi familia y perdí dos años de mi vida.

—Bueno, todos cometemos errores, Carlos. Caíste en la espiral de la fiesta y saliste de ahí. Conozco a mucha gente a la que le pasó lo mismo, solo que pocos lo reconocen y lo cuentan. No es tan grave, créeme.

La abracé tanto y tan fuerte que me pidió que aflojara porque le hacía daño. Su comprensión, sus ojos aliviados, sus besos de asombro.

—Yo también tengo algo que contarte —me dijo entonces.

Se puso muy seria y bajó la mirada.

Me relató su historia. Me habló de su familia, de sus miedos y de por qué se sentía tan incómoda en su antigua habitación. La abracé de nuevo. Le besé cada milímetro de sus labios. Le acaricié la cara. Nos echamos a reír.

Y al día siguiente le pedí que se casara conmigo.

Eso éramos Lis y yo, dos gilipollas que se reían de sus propias miserias porque no las veían ni tan fatales ni tan miserables. Mi oscuridad y su brillo formaron una luz única y cálida que nos cegó durante años, hasta que llegaron las sombras. Lis y yo, joder. Nosotros. Los que se reían de la vida. Los que bailaban en la cocina. Los que se cantaban las canciones que hablaban del otro. Los que se besaban en cada esquina. Te echo de menos, Flor de Lis. Y sí, yo también te tengo ganas.

Qué coño.

Le digo al taxi que me llevaba de vuelta a casa tras la cena que he cambiado de opinión y voy a otra dirección. Quizá debería llamar para avisarla, pero supongo que entonces se perderían la magia y el factor sorpresa, que siempre vienen bien. Así que guardo el móvil y diez minutos después estoy en la puerta de su casa. Es la una de la madrugada.

Lo primero que hago es mirar la fachada. Hacía años que no pisaba esta casa, y se me había olvidado lo imponente que es. Suspiro, me subo el cuello del abrigo, me froto las manos para darles calor y extendiendo el brazo hacia el timbre de la puerta. Ni un ruido dentro. Llamo otra vez. Nada. ¿Igual no está? Ha dicho que iba en un taxi camino a casa. Además, en cuanto Lis lleva dos copas de más, para y se larga sin despedirse siquiera, algo que siempre me pareció de puritana remilgada, aunque me hacía gracia a la vez.

Llamo una tercera vez. Nada. Meto la mano en el bolsillo para coger el móvil y, antes de que lo saque, escucho un «joder» tras la puerta. La abre y tengo que apretar los labios para no reírme.

La encuentro despeinada, con uno de esos pijamas rotos que siempre lleva, la cara adormilada y con un cuchillo de untar mermelada en la mano.

—Cortarás mantequilla con eso, porque lo que es amenazar a un ladrón... —digo sin aguantarme la risa.

Pone una mueca que pretende mostrar enfado, pero le brillan los ojos y sé que no es por el alcohol.

—Me has dado un susto de muerte y he cogido lo único que hay con punta por aquí.

—Eres muy valiente.

Nos miramos un segundo con total comodidad.

—Odio saber que ibas a venir.

—Odio que me conozcas tan bien y que jamás pueda sorprenderte.

—Pasa.

Cierro la puerta al entrar y me quedo sin saber a dónde me quiere llevar.

—¿Quieres una copa?

—Solo si me acompañas.

—Uy, no. —Menea la cabeza con gracia en señal de que ya ha tenido suficiente por hoy.

—Un vaso de agua entonces.

—Ven.

Me lleva a la cocina de forma torpe. Abre la nevera y coge la botella de agua. Sirve dos vasos y bebemos pequeños sorbos en silencio, sin dejar de mirarnos. Hasta que ella entrecierra los ojos.

—Estás muerta de sueño. —Tuerzo una sonrisa porque me entenece ver cómo hace esfuerzos para no quedarse dormida.

—Estaba totalmente frita, sí. —Hace un mohín.

—Ven, te llevo a la cama.

—No, es mejor que...

La cojo en brazos y rodea mi cuello. Se acurruca en él y sé que me está oliendo, como yo a ella. Llego al pie de las escaleras y balbucea un «No, a la de invitados». «No me jodas, Lis», pienso. Pero no digo nada y vuelvo sobre mis pasos hacia un dormitorio con una cama desecha y una tenue luz encendida. La tumbo en la cama y la tapo con el edredón. Ella se acomoda y yo me siento a su lado. Me mira y sonreímos.

—¿A qué has venido?

Inspiro hondo.

—Que no sepa cuándo acelerar y cuándo pisar el freno —digo en el tono más neutro posible, con pies de plomo para no dar luz verde a otra discusión— no significa que sea un egoísta que solo quiere hacer las cosas a su modo, Lis. Significa que, como tú, estoy perdido entre lo que está bien y lo que no, y entre lo que quiero, lo que debo y lo que no puedo.

—Lo sé —murmura con un hilo de voz, como si acabara de darse cuenta de que ese es el problema de base—. Siento la bronca. Otra más.

—Yo también lo siento.

Niego con la cabeza para restarle importancia.

—¿Solo has venido para pedirme perdón? —Y me dedica una caída de ojos con cierta soberbia.

—No. También me he puesto a recordar cosas y necesitaba verte.

—¿Qué cosas? —pregunta curiosa mientras se acurruca.

—Tú, yo, nuestros bailes y nuestros secretos.

Entrecierra los ojos.

—Estás reconectando con nuestra historia. Yo también lo estoy haciendo.

Le doy un beso en la frente y le acaricio la mejilla con el pulgar.

—Estás preciosa, mi pequeña psicoanalista.

—Quédate, Carlos.

Inspiro hondo al sopesar su propuesta. Las ganas y los peros oscilan en la misma balanza sin saber qué hacer.

—Eso nos destrozaría rápido. —Cojo su mano mientras con la otra vuelvo a acariciar su cara.

—¿Qué tal con estos?

Sonrío sin disimulo porque Lis siempre va de un tema a otro a la velocidad de la luz.

—Bien, normal. Todos han preguntado por ti, pero empiezan a sospechar algo.

—Imagino. Hace muchos meses que no me ven. —Asiento—. Carlos, quédate.

—¿Por qué? —susurro.

—Porque aún te quiero y me gustaría reconducir esto.

Le doy un beso en los labios. Saben a ginebra. Acaricio su nariz con la mía. La vuelvo a besar.

—Yo también, pero es pronto.

Me incorporo. Aprieta la mandíbula y me mira con cara de decepción, que se torna en lo contrario cuando ve que cambio de opinión y me quito el abrigo para dejarlo plegado en una silla. No hace más movimientos. Ni cuando me siento al otro lado de la cama para quitarme las zapatillas, el jersey y los pantalones ni cuando me meto bajo el edredón. Se gira hacia mí y se acomoda en mi pecho, adormilada otra vez.

—Solo quiero estar así —dice. Yo le beso el pelo.

—Me iré a primera hora.

Me da una patada.

—Jodido rancio.

Y nos echamos a reír.

—Esto es forzar mucho las cosas, Lis. Temo romperlas.

—Está bien.

Es lo último que decimos y, nada más cerrar los ojos, Lis cae en un sueño profundo. Sigue abrazada a mí, con la nariz pegada a mi cuello y sus piernas enredadas entre las mías, como solíamos saludar a la noche hasta que todo empezó a torcerse. A mí, sin embargo, me cuesta un poco más entregarme a Morfeo porque estoy algo desubicado y con la cabeza echa un lío. La balanza oscila de nuevo. Estoy donde quiero estar. Estoy donde no debo. Tengo claro que mañana me iré antes de que se despierte para evitar incomodidades y tensión en el desayuno. Pero joder, Lis, cuánto necesitaba esto.

LAS GANAS ESCONDIDAS

Tengo mucho calor. Noto la nuca sudada y el pelo que la roza mojado. También siento sudor bajo los pechos y en el cuello. Me destapo un poco. Después entreabro un ojo y lo primero que veo son unas líneas de luz que se proyectan en la pared que tengo enfrente al colarse el sol por las rendijas de la persiana. De forma inconsciente, las cuento. Una, dos, tres, cuatro, cinco. No dan para mucho, salvo para saber que ya es de día. Sin importarme la hora, cierro los ojos de nuevo y me vuelvo a dormir.

Mi pelo humedecido vuelve a despertarme pasado un rato. He dejado de sudar y ahora tengo frío, así que me acerco a su cuello porque desprende calor. Le respiro, aún con los ojos cerrados, y lo que queda del olor leñoso de su colonia no me inquieta ni me pone nerviosa, sino que me calma y me da tranquilidad. Es lo conocido, supongo. Carlos se mueve un poco y se gira hacia mí, todavía dormido, y acomoda su brazo alrededor de mi cintura. El peso de su hombro y de su costado me cae encima pero, lejos de aprisionarme, me acurruco más junto a él. Reacciona a mi movimiento y aprieta su abrazo, aún dormido. Noto su respiración pesada en mi nariz y, quizá por inercia o instinto, nos buscamos y acercamos nuestros labios en silencio, con los ojos cerrados; todavía un poco dormidos, un poco despiertos. Nuestras bocas se tantean, se reconocen y, al final, se imantan solas. Entreabrimos los ojos y los cerramos de nuevo incrédulos, pero saboreamos este beso que huele a nosotros y que no queremos parar. Pronto las lenguas se saludan y, con ellas, llegan las caricias tímidas de dos personas que habían olvidado cómo tocan sus manos. Las respiraciones tardan poco en acelerarse, al igual que nosotros, y dan paso a los suspiros. Sus yemas acarician mis mejillas, aunque enseguida ruedan hacia abajo para tocar el resto del cuerpo. Hacía tantos meses que no nos besábamos así que se me acumula algo en la garganta.

—Mi amor... —murmuro en trance.

A él parece no sonarle raro el cariño que nos sale y me responde con un giro que lo coloca encima de mí. Abro las piernas para que se acomode y le abrazo con ellas. Carlos y yo no habíamos dejado de desearnos, pero los problemas hacían demasiado ruido como para escuchar

las ganas, y estas terminaban apartadas en un rincón. Permitimos que dejara de apetecernos. Y ese fue el principio del fin.

Pero meses después de nuestro último beso aquí estamos, el uno encima del otro con los labios pegados; sin mirarnos a los ojos, como si no nos atreviéramos a hacerlo por miedo a comprobar si la complicidad nos ha abandonado del todo. Aunque creo que ambos nos reconocemos tanto en esta posición que, por primera vez en mucho tiempo, nos sentimos nuestros.

Su teléfono móvil suena desde algún lugar de la habitación y lo rompe todo. Al principio lo ignoramos, pero quien sea que esté llamando es insistente y lo intenta una y otra vez.

—Carlos, el teléfono.

—Que le den —espeta mientras me besa el cuello.

—Carlos —digo más contundente.

—Ya se cansarán.

Pero no lo hacen y desistimos. Carlos hunde la cara en mi cuello y gruñe un «joder» para después incorporarse. Y en ese mismo momento en el que se levanta y va hacia el bolsillo de su abrigo, donde guarda el teléfono, y se escapa de mis brazos y de mi boca, yo salgo del trance y me siento desnuda aun estando vestida. Y extraña. ¿Qué estamos haciendo, Carlos? Apenas han pasado tres semanas.

Alcanza el teléfono, frunce el ceño al ver quién llama y responde.

—¿Ana? —dice interrogante.

Su jefa. En domingo.

—Joder. —Se pasa la mano por la cabeza y resopla. Me mira, se encoge de hombros y articula un «lo siento» en silencio que es respondido con media sonrisa—. Pues... dame, no sé, media hora. —Bajo la mirada, tristona—. Quince minutos, está bien. —Resopla y cuelga.

Me levanto de la cama y voy hacia la ventana. Odio el olor a noche en una habitación, así que de forma inmediata subo la persiana y abro las hojas para que el aire fresco entre en el dormitorio.

—Ey... —Se pone sus pantalones al tiempo que viene hacia mí y me coge ambas manos—. Lo siento.

—No pasa nada. —Sonrío con un poco de pena.

—Ha habido un problema gordo y tengo que ir a solucionarlo, de lo contrario tienen que parar la producción y...

—Tranquilo —le interrumpo con una sonrisa y le acaricio la barba en un gesto muy mío que él acoge casi extrañado—. No pasa nada, de verdad.

—Ven aquí, joder.

Me abraza y sé que le sale de dentro hacerlo. Me estruja entre sus brazos. Sus yemas peinan mi pelo y se le cae un beso en mi sien.

—Joder, Lis, ¿qué ha sido eso? —susurra.

—Nosotros. Eso ha sido.

Despliega su sonrisa de niño pícaro por la que mataría y no puedo evitar devolverle el gesto. Siempre terminábamos riéndonos de todo, como dos críos tras hacer alguna fechoría que no se podía contar.

—¿Te da tiempo a una ducha y un desayuno? —pregunto.

Mira su reloj y frunce los labios.

—En realidad no, pero al menos sí me gustaría darme una ducha rápida, si no te importa.

—Claro que no. Preparo café y busco algo donde te lo puedas llevar.

Nos movemos a toda prisa. Él a la ducha, yo a la cocina. Dejo la cafetera en el fuego y se me ocurre ir a mi armario un momento.

—¡Carlos! —grito desde la puerta entreabierta del baño—. Tengo aquí una camiseta tuya de las que me pongo para dormir. Es vieja, pero está limpia y quizá la prefieras para no llevar la de anoche.

Saca la cabeza por la mampara y me sonrío.

—Gracias, Lis.

Apenas han pasado siete minutos cuando sale de la ducha. He encontrado un termo con dibujos de tucanes que compré en algún sitio hortera y le he servido un poco de café.

—Hueles bien —le digo cuando se acerca.

—Gracias. Me espera un domingo intenso. —Vuelve a pasarse una mano por la cara, en clara señal de agobio—. He llamado a un taxi. En dos minutos estará en la puerta.

Su teléfono vuelve a sonar y me muestra la pantalla con fastidio. «Ana Beltrán». Descuelga la llamada y la pone en altavoz.

—Dime.

—Carlos, por tu padre, ven ya. Me acaba de llamar el CEO cabreadísimo y esto es un caos.

—Estoy de camino.

—Cada minuto que pasa estamos perdiendo muchísimo margen. Date prisa.

Carlos cuelga y pone una de sus muecas imitándola. Yo me río.

—Toma, tengo magdalenas. —Alzo las cejas dos veces y resopla una risa.

—Eres increíble.

—Anda, lárgate.

Asiente y nos encaminamos hacia la puerta. Nos detenemos en el quicio y gira el pomo. Se vuelve hacia mí y me mira, serio. Alcanza mi mejilla con su pulgar y la acaricia.

—Quizá tener que parar haya sido lo mejor, pero qué bueno ha sido —dice.

—Lo sé. ¿Te llamo esta noche y me cuentas qué ha pasado?

—Claro. —Sonríe, y sé que lo agradece—. Gracias por el desayuno.

Nos damos un beso, que sabe a muy poco después de los que hemos saboreado tras despertar, y se acerca al taxi que ya le espera. Veo cómo se sube, le da la indicación pertinente al taxista y me saluda con la mano mientras se aleja. Cierro la puerta y me quedo unos segundos con la cabeza apoyada sobre la madera. Suspiro y mi mirada permanece suspendida en la entrada de la casa, sin ver nada. Dios, ¿qué ha pasado?

LA FOTOGRAFÍA EN BLANCO Y NEGRO QUE ENSEÑAR
A LOS NIETOS

Nosotros, eso ha pasado. Tal y como le he dicho a Carlos. Es la única respuesta que se me ocurre mientras sigo plantada en la puerta de entrada y miro al vacío con mil pensamientos que cruzan mi cabeza. Todavía se escucha en la calle el sonido lejano del taxi en el que se ha marchado, y yo sigo sin procesar ese beso que ha sido tan nuestro, tan contenido y la vez tan desatado, como el primero que nos dimos. He sentido lo mismo que en aquella ocasión. Las mismas ganas, la misma incredulidad por haber conectado tanto, el mismo remolino en mis manos. Me acaricio los labios en un gesto inconsciente. Nosotros ya no somos los de entonces, pero su boca tiene idéntico sabor. Y, aunque las mariposas en el estómago quedaron atrás hace años, acabamos de comprobar que no están muertas del todo.

Recuerdo el momento exacto en el que esas mariposas aparecieron; cuando todo el torrente de energía que había entre Carlos y yo fluyó imparable y nos dimos nuestro primer beso. Tan intenso como el que acabamos de darnos. Como tantos otros que hubo después.

Nuestro primer beso fue el día de la boda de Carlota y Jacobo. Carlos y yo no nos pedimos el teléfono aquel fin de semana en la casa de campo y tampoco intentamos localizarnos. Dejamos que las cosas fluyeran, quizá por miedo, quizá por la seguridad de saber que en la boda coincidiríamos. No flirteamos por WhatsApp unos días ni nos mandamos mensajes subidos de tono intercalados con conversaciones insustanciales. No tonteamos. No nos generamos expectativas ni castillos en el aire. Hicimos las cosas a la vieja usanza; cara a cara, mirándonos a los ojos. Pero lo cierto es que no hacía falta ayuda externa para romper un hielo que no existía entre nosotros, ya que cuando nos veíamos saltaban chispas y un incendio forestal lo arrasaba todo. Así que no fueron necesarios coqueteos tecnológicos previos para dotar de emoción nuestro tercer encuentro.

Sonríó al acordarme, porque lo cierto es que fue un día bonito. La boda lo fue. Y nosotros éramos luz. Yo llevaba un vestido lápiz color mostaza de manga larga. Él, un traje azul marino que le quedaba perfecto y unas gafas de sol estilo aviador. Se había arreglado el pelo y la barba, por lo que tenía ese aspecto tan suyo que no dejaba indiferente a nadie. Mi hermano, Celia y yo llegamos más tarde que él. También los demás compañeros de Jacobo que habían sido invitados.

Así que conforme nos acercábamos me pareció que Carlos me buscaba entre la gente con la mirada. Lo confirmé porque movía la cabeza de un lado a otro, sin prestar atención a las conversaciones de su alrededor. Hasta que dio conmigo. Entonces sonrió de medio lado y le devolví el gesto. Se quitó las gafas de sol y se rio con su sonrisa de niño pillo que pretendía disimular las ganas que tenía de verme. Tan Carlos.

Había olvidado por completo ese momento fugaz que dijo tantas cosas de él y me enternezco porque esa misma sonrisa es la que he visto esta mañana. Me encamino a la cocina y me preparo otro café. Cuando lo tengo listo, me siento en la barra bajo el ventanal, todavía con la cabeza en las nubes.

—Hola, Flor de Lis. —Me sonrió tímidamente cuando me saludó con dos besos.

—Hola, señor Gato. —Torcí la boca—. ¿Cómo estás?

—Ahora bien. —Arrugó su nariz. Yo puse los ojos en blanco y sonreímos—. Ya sabes que esto se me da fatal. —Se rascó la cabeza y se puso más serio—. Pero déjame decirte una cosa...

Se acercó más a mí. Me miró los labios y llevó los suyos directos a mi oído.

—Estás radiante, Lis. Brillas.

—Tú estás muy guapo.

Sonrió y bajó la cabeza, tan pequeño.

El resto del día lo pasamos cada uno con su grupo de invitados, entre miradas y sonrisas nada disimuladas. La ceremonia matutina, el picoteo posterior, la comida, el tedio, el café.

—¿Sales a fumar? —me preguntó mi hermano.

—Pero si tú no fumas —le respondí.

—Fumo en las bodas, como las señoras. —Le susurré un «idiota» entre risas—. Mamá fumaba en las bodas, ¿te acuerdas? Aquellos puritos nauseabundos.

—Tu madre es que tenía mucha clase —interrumpió Celia—. Anda, vamos.

Salimos los tres. Miré a Carlos mientras cruzábamos el salón hacia la salida y, cuando me vio, le señalé la cajetilla con un gesto a modo de invitación a acompañarnos. No lo dudó. Se levantó, se abotonó la americana de su traje y salió sin decir nada a nadie. Parecía un hombre con una misión. Y esa misión era correr tras mis tacones de diez centímetros.

Los cuatro hablamos un ratito sobre nimiedades. Conversación correcta, cordial y corta. Celia terminó su pitillo y anunció que volvía adentro. Mi hermano la siguió. Carlos todavía no había terminado el suyo e hizo ademán de apagarlo.

—Tranquilo. Yo te espero.

—No tardo nada. No vaya a ser que nos perdamos el vídeo de cuando eran pequeños. —Reímos con cierta complicidad.

—¡Oye! Que yo siempre lloro de ternura cuando lo ponen.

—Entonces no me daré prisa, no me gustaría verte llorar. —Me llevé una mano al pecho

fingiendo desmayo por enamoramiento y nos echamos a reír de nuevo—. Dios, las palabras no son mi fuerte.

—Cuéntame..., ¿qué tal todo? El trabajo, la vida, la pareja.

Así de sutil fui. Sí. Para darme un premio. A él se le escapó una carcajada que enseguida pudo devolver a su sitio.

—Joder, Lis. —Me miró muy tierno—. Eres tan brutalmente noble que me inspiras una gran tranquilidad y muchas ganas de estar cerca de ti.

Abrí la boca y la volví a cerrar.

—Pues menos mal que no se te dan bien las palabras.

Nos miramos contenidos y terminamos los cigarrillos. Cuando los apagamos en el cenicero que había en una mesita, Carlos se acercó de nuevo a mi oído y, esta vez, me miró serio.

—El trabajo solo es trabajo, y va bien. La vida tiene sus momentos, sus días y sus fases, pero también va bien. De pareja solo tengo a un gato callejero que acogí hace unos años. El cabrón es un vago perezoso que odia a casi todo el mundo, igual que yo. Pero tú le gustarás mucho. Como a mí.

—La simpatía será más que mutua entonces —susurré.

Los dos sonreímos tímidos y volvimos adentro, cada uno a su mesa, cada uno a lo suyo. Sin quitarnos los ojos de encima.

Tuvimos una charla similar en la barra libre mientras pedíamos algo para beber. Después seguimos la conversación copa en mano. Luego bailamos «Y nos dieron las diez», de Sabina, harto de sonar en todas las bodas. También salimos a fumar un par de veces, solos o con más gente. El coqueteo se cernió sobre nosotros, y no mediante wasaps irreales, y cada mirada, cada sonrisa, cada halago nos acercaba un poco más. Su mano se posaba en mi cintura o mi espalda con cualquier excusa. La mía también. Y esa electricidad, que aumentaba cada minuto. Sonó «Photograph», de Ed Sheeran, como un vaticinio de lo que iba a ser nuestra relación; pero en ese momento no intuíamos el futuro y solo bailábamos una canción lenta en medio de la poca gente que quedaba pasadas las diez de la noche. Tan cómodos los dos.

—Me parece que esto se acaba —dije.

—Ya era hora —murmuré.

—Lo bueno de las bodas que se celebran por la mañana es que suelen terminar pronto y te dejan la noche libre.

Lo dije sin pensar, pero debió de sonar a proposición, porque Carlos me agarró más de la cintura.

—Ven —me susurró serio.

Salimos al exterior y nos recibió una noche fresca, pero con ese tinte primaveral que da tantas ganas de disfrutar. Llevaba mi mano entrelazada con la suya y me guiaba a pasos rápidos.

—¡Oye! —me quejé—. ¡Que no puedo seguir tu ritmo!

—No queda nada.

—¿Pero a dónde vamos?

—¿Tienes hambre? —preguntó, y ralentizó su marcha.

—¡Salimos de una boda!

—Cuyo menú ha sido un despropósito.

—Ya, eso es cierto.

Nos paramos ante un pequeño restaurante de comida japonesa. Lo miré incrédula, pero abrió la puerta muy seguro y me invitó a pasar.

—¿En serio? —Me aguanté la risa.

—En serio. Para llevar.

—¿A dónde?

Posó su mano en la parte baja de mi espalda mientras entrábamos y me respondió al oído.

—A la azotea de mi casa, si te parece bien. Nunca hay nadie y es uno de mis lugares preferidos. —Su sonrisa, como la de un niño, me enterneció—. Pero, si no, también podemos sentarnos a cenar aquí. —Se encogió de hombros.

Alcé una ceja. Quise sopesar la propuesta, aunque lo cierto es que asentí con una sonrisa antes de llegar al mostrador del restaurante.

El taxi nos dejó frente a un edificio y Carlos sacó las llaves del bolsillo. Nos montamos en el ascensor y pulsó el botón del ático. Subimos los cinco pisos en un silencio tenso, que no incómodo. La anticipación suele ser casi tan placentera como el momento en sí, por lo que ambos teníamos el pulso acelerado. Nos pusimos un poco tímidos, quizá, sin embargo, antes de romper el hielo, el ascensor se detuvo. Subimos un pequeño tramo de escaleras desde el ático hasta un nuevo rellano y abrió la puerta de la azotea. No era muy grande, y estaba bastante ajada, pero tenía unas vistas increíbles a la parte más frondosa del parque que había al otro lado de la calle.

Le sonreí porque me pareció muy tierno que un sitio tan cotidiano fuera su lugar favorito, y porque me gustó que me llevara ahí. Me acerqué al borde y contemplé la ciudad a nuestros pies, toda iluminada y distante, en una inusitada calma. Una burbuja urbana, pensé.

—Es impresionante, de verdad.

—Lo es. —Se acercó a mí y ambos miramos hacia abajo, apoyados en el tejadillo a modo de baranda—. Aquí no suele subir nadie, así que a veces vengo para despejarme. —Hizo una breve pausa—. Me gusta salir por la noche para ver la ciudad y esas cosas. —Se rascó la cabeza con vergüenza.

—Señor Gato. —Le choqué el hombro con el mío—. Solitario entre tejados.

Me sonrió.

—Ven, te invito a una cena con vistas a la ciudad.

Nos sentamos encima de una gran estructura con forma cuadrada que parecía una salida de humos. Nuestros pies colgaban sin rozar el suelo y aproveché para descansar de los tacones kilométricos. Él se quitó la americana, remangó su camisa y nos pusimos manos a la obra en una especie de pícnic urbano regado con comida japonesa y vino en vasos de plástico.

—Me está gustando más esto que todo el tostón de boda —dijo tras el primer bocado de sushi. Yo me reí.

Luego me miró y me quitó algo de los labios. Solo ese gesto, tan íntimo, nos hizo pararnos en seco y tragar saliva.

—Apuesto a que esta es la cena más cutre a la que te han invitado. —Torció una mueca.

—Para nada. —Negué con la cabeza y él se relajó—. Además, el plan más simple siempre me ha parecido el más extraordinario. Sin adornos externos y sin ostentaciones de ningún tipo se ve a las personas tal cual son, y se disfruta más de la compañía, que es lo que realmente importa, ¿no? —Sonreí y él hizo lo mismo.

—Tenía ganas de verte, Flor de Lis.

—Yo a ti también.

Nos cohibimos un poco, pero seguimos cenando entre sonrisas. Cuando terminamos, recogimos todo y nos sentamos en el suelo, apoyando nuestras espaldas en la estructura donde habíamos cenado. Alargamos las piernas y descansamos, por fin, de todo el día en movimiento y de toda la tensión que llevábamos encima. No estábamos nada cómodos, entre cemento y hormigón, pero recuerdo que miré hacia arriba y se veían nítidas las estrellas en la noche despejada. Abajo, a nuestros pies, las luces de neón alumbraban los escaparates y, al fondo, las copas de los árboles del parque formaban una realidad alternativa al asfalto. Daba la sensación de estar entre dos mundos luminiscentes, tan cerca y a la vez tan lejos de ambos. No me extrañó que ese fuera su sitio preferido; esa especie de limbo, de burbuja urbana con las luces de la ciudad y su reflejo en el cielo.

—Ahora entiendo por qué es tu lugar favorito. Se está muy tranquilo aquí.

—Tanto que alguna noche de verano me he subido una linterna y me he quedado dormido mientras leía. Valiente gilipollas, luego me despierto a las tantas muerto de frío y con mala hostia. —Reímos.

—Te gusta la soledad, ¿verdad?

—Bastante, sí. En realidad no me fío mucho de la gente que no sabe estar consigo misma.

—Yo adoro el silencio. —Lo miré con complicidad y él sonrió—. Y el espacio.

—Eso me gusta. Así ya no me siento tan raro. —Hizo una mueca como si fuera un dibujo

animado y me hizo reír.

—Nah, como dice el Gato de Cheshire de *Alicia en el País de las Maravillas*, «Aquí estamos todos locos», solo que algunos lo disimulan mejor que otros. —Me dio la sensación de que me miraba con alivio y bajé la voz—. Me gusta que seas auténtico.

—Supongo que haber vivido media vida en una mentira constante tuvo un efecto rebote en mí y me rebelo siempre contra la falsedad.

—¿Mentira constante? —Fruncí el ceño.

—Padres que fingían tener lo que no tenían y que nos obligaban a mi hermana y a mí a ser lo que no éramos. Crecí en ese ambiente social, así que conozco las miserias de la gente y lo que esconden, así como las mentiras y la hipocresía.

—Entiendo. —Asentí.

—Supongo que por eso me gusta estar más bien solo o con mi gente, que son mis amigos de siempre y mi hermana. Veo tan clara la oscuridad que se empeñan en ocultar los demás que no logro confiar del todo. —En un acto reflejo le cogí la mano. Él sonrió y las entrelazó—. Pero contigo... contigo estoy muy cómodo, Lis. —Me miró sincero.

—¿Por qué? —susurré a la vez que me acercaba un poco más a él.

Carlos recibió este gesto con gusto y me cogió la otra mano para así pasar por mis hombros la que quedó libre. Me acurruqué en él y puedo jurar que terminar abrazados no fue premeditado o forzado. Nos salió natural. Al igual que rozarnos y pegarnos uno junto al otro. De hecho, apenas fuimos conscientes de cuánto nos estábamos buscando hasta que nos encontramos.

—No sé explicarlo —dijo tímido—. Supongo que es cuestión de caracteres y de química. Pero, sea lo que sea, estar a tu lado me relaja y... me atrae.

—Me pasa lo mismo contigo. —Carlos entonces besó mi mano sin apartar sus ojos de los míos—. Aunque te advierto que también tengo muchas sombras.

Me miró los labios. Yo me acerqué a él con el corazón a dos latidos de salirse de mi garganta. Carlos me acarició la cara y juntó su frente con la mía.

—Eso me atrae incluso más. —Arrugó la boca en media sonrisa.

—Ya somos dos.

—Entonces es que eres una valiente —susurró muy cerca de mi boca.

—Qué va —murmuré y tragué saliva—. Si lo fuera, hace horas que te habría besado.

Sonrió y deslizó las yemas de sus dedos por mi cuello.

—Pues no perdamos más tiempo. Vamos a volvernos locos del todo.

Asentí, aunque ni por un momento intuí cuánta locura nos vendría encima.

Y así fue nuestro primer beso. Nos reconocimos, como hemos hecho esta mañana, y de alguna forma fuimos conscientes de cuánto habíamos deseado eso en realidad. Pronto llegaron los suspiros y el vientre encogido. E inmediatamente nos pegamos más y nos abrazamos con fuerza

hasta que me subió el vestido para encajarme encima de él mientras nos retorcíamos en un intento por controlar los gemidos que se acumulaban. Dios, aquel beso. Lo recuerdo y me tiembla el cuerpo. Sus manos apretadas bajo el vestido. Mis brazos estrechándolo contra mí. Y toda la electricidad de la ciudad entre nosotros.

—Quiero que veas algo —dijo después de besarme, con los labios enrojecidos y sus manos enganchadas a mi cuerpo—, pero necesitaríamos ir a mi casa.

Alcé una ceja.

—De acuerdo.

Nos levantamos y me cogió de la mano, no solo para llevarme de vuelta al ascensor, sino también a la tensión por la anticipación y a las ganas. Entramos en su piso que, aunque era algo más grande que mi diminuto apartamento, daba sensación de frialdad al encender la luz. Aséptico. Impersonal.

Me quedé en el pequeño salón mientras Carlos iba a lo que suponía que era la cocina y abría una botella de vino. No habló en todo el proceso. Tampoco yo. Nos abstuvimos de mantener una conversación nerviosa e insustancial porque ambos sentíamos que no había hielo que romper. Jamás habíamos estado tan cómodos con alguien. Al menos yo. Nunca había sentido tanta seguridad como esa noche.

Carlos me tendió una copa y brindamos. Eso sí, intercambiando algunas palabras banales. Después cogió la cámara que había llevado colgada al cuello durante la boda, encendió el ordenador y la conectó. Una a una, las fotos del convite empezaron a pasar por la pantalla mientras las comentábamos entre risas, con su brazo rodeando mi cintura y su mano apoyada distraídamente en mi cadera. Una foto de mi cara sonriente en primer plano apareció grande y nítida, tomada en el momento de mi llegada a la iglesia.

Lo miré con una risita contenida. Me besó la sien y siguió pasando imágenes.

Más fotos más. Fotos con Carlota, con mi hermano, con Celia. Fotos de él, de sus compañeros, de Jacobo. Fotos de los novios y de los invitados. Retratos desprevenidos y también posados estudiados. Todas con ese halo semiprofesional de alguien que, me quedó claro, amaba la fotografía y sabía lo que hacía, aunque no se ganara la vida con ello.

Y entonces...

—¡Carlos! —Me sorprendí y emocioné a partes iguales. Tanto que tuve que tragar saliva para no mostrar mi reacción—. Pero ¿quién...?

—Celia.

Una foto en blanco y negro. Carlos y yo de pie, el uno frente al otro, charlando, cada uno con una copa en la mano en lo que reconocí como la zona donde se había celebrado la fiesta de la boda. Nos mirábamos de una forma que encoge el corazón porque no parecíamos dos desconocidos. Nos sonreíamos sin percatarnos de que Celia estaba disparando el obturador de la

cámara de Carlos, lo que hizo que la foto fuera natural, sin posados ni artificios y, por eso mismo, mágica. El fondo borroso —probablemente por efectos de luz que hoy en día Celia sigue sin saber cómo consiguió— y Carlos y yo en el centro de la fotografía más bonita que me han hecho en mi vida. Parecíamos una pareja. Una que llevaba muchos besos a sus espaldas. Sí, la fotografía reflejaba complicidad y captaba la ternura que hay entre dos personas que se miran y se reconocen.

—¿Te gusta? —me preguntó a la vez que me apretaba en un cariñoso achuchón. Sus brazos se enroscaban ahora en mi cadera, de forma que terminé por rodear su cuello con los míos.

Iba a responderle que sí, que me gustaba mucho. Que la fotografía era preciosa y que decía tantas cosas de nosotros que parecía irreal. Que la forma en la que él me miraba hacía que me temblaran las piernas y que la contención de su rostro, su cuerpo y sus gestos aumentaban todavía más mis ganas de explotar. Pero me sobrepasó el momento y tan solo pude besarlo sin poder decir nada de lo que estaba pensando. Él tampoco demandó respuesta a su pregunta y se concentró en mi beso hasta que no quisimos frenar más y terminamos desnudos en la cama.

Rechacé quedarme a dormir por razones que ahora me parecen estúpidas. Recuerdo que él no me dejaba marchar entre risas y me hizo prometer que volveríamos a vernos. Una vez en el taxi, me quedé mirándolo mientras se metía en el portal. Luego me hundí en el asiento con un nudo en el estómago, en la garganta y en la cabeza por haber vivido la noche más intensa de mi vida.

«¿Qué ha pasado?», me preguntaba una y otra vez durante el trayecto a mi casa. «¿Qué coño ha pasado?».

Nosotros. Eso había pasado.

EMPEZAR POR LOS CIMIENTOS

No. Me niego a estar todo el día analizando qué ha pasado hace un rato con Carlos o cómo fue nuestro primer beso. Darle tantas vueltas a las cosas solo me ha traído problemas a lo largo de mi vida y quiero terminar con ese dañino mecanismo mental. Tengo que aprender a controlar mi cabeza y las decenas de hipótesis que genera por minuto, así que le ordeno que no desmenuce el calentón entre Carlos y yo y que se centre preferiblemente en otras cosas. Y para no pensar lo mejor es estar ocupada y, hoy domingo, voy a hacer dos cosas que me encantan y que tengo abandonadas desde hace tiempo.

Cocinar es uno de mis *hobbies* favoritos, aunque no sé bien de dónde me viene. Soy de esas personas que con tiempo y sin prisa pueden pasarse horas entre fogones mientras preparan platos que nadie va a comer. Me gusta, sí. Me relaja mucho y lo cierto es que siempre se me ha dado muy bien. Tengo ese toque que suele llevarse todas las alabanzas del mundo. Carlos siempre decía que desde que empezó a salir conmigo engordaba ochenta kilos cada mes. Incluso para un cumpleaños me regaló un curso de cocina especializado que yo llevaba tiempo con ganas de hacer.

Así que, sin pensarlo más, me pongo el mandil, algo de música, cojo mi recetario favorito y preparo varios platos sencillos que ya tenía marcados. No me lleva mucho tiempo, pero el suficiente como para que me olvide un poco de todo y pase media mañana entre olores y sabores que no me quedan nada mal. «Qué pena», pienso cuando soy consciente de que nadie lo va a probar. Chasqueo la lengua y casi me deprimó, porque ver toda esa comida sin gente que se la coma me hace sentir muy solitaria.

Por tanto, cojo mi teléfono, voy a los contactos y medito unos segundos sobre si hacer o no lo que estoy pensando. No sé si me he vuelto loca del todo, soy masoca o simplemente no quiero estar sola hoy, pero en dos llamadas organizo una comida familiar aquí, en casa. Mi hermano alucina con mi arranque. «¿Pero estás segura? ¿Qué te ha dado?». Mi madre creo que casi llora. «Ay, qué bien, toda la familia junta, como siempre os he enseñado».

Después de citarlos, me pongo unos *leggings*, una camiseta barata y me calzo unas zapatillas

para dedicarme a la segunda cosa que más me gusta hacer, salir a correr. Aunque en esta ocasión tendrá que ser una carrera corta si no quiero que mis invitados lleguen antes que yo.

Hace tiempo corría muchísimo. De pequeña hacía atletismo de competición y lo dejé a los diecisiete años porque llegó un punto en el que era incompatible con ser adolescente, pero seguí corriendo por mi cuenta. Incluso hice una maratón y un par de medias. Me encanta. Siempre he salido sola a correr porque jamás he tolerado la compañía en ese rato tan mío, tan de desconexión y de tranquilidad mental. Cuánto me relaja, aunque vaya como una tortuga por carreteras y caminos. Este último año lo he dejado aparcado porque no tenía ganas ni de levantarme de la cama. No por lo que ha pasado con Carlos; o no solo por eso al menos, sino porque estoy cansada de la apatía, de que todo gire alrededor de mi matrimonio problemático, de quejarme tanto de mi vida y de algunas personas que me rodean. También de la tristeza, de pensar que me hago vieja, de verme más fea y desmejorada que nunca, de no tener ilusiones y de no enfrentarme a retos. Llevo tanto tiempo así que no recuerdo la última vez que reí con ganas y dije un «mereció la pena» al terminar el día. Así que decido levantarme, olvidarme de todos y pensar solo en mí. En estar bien. En verme bien. En volver a cocinar y correr, que es lo que siempre me ha gustado.

La carrera acaba más pronto que tarde, he de admitir, porque el desentrenamiento se nota y a los treinta minutos ya no puedo seguir. Qué mal, Lis, con lo que tú has sido. Al menos así tengo tiempo para darme una ducha rápida, preparar algún picoteo y que todo esté listo para cuando lleguen los comensales. También le mando un wasap a Carlos y le pregunto cómo va el problema laboral. No sé si debería haberlo hecho, pero no dejas de preocuparte por una persona de la noche a la mañana; y me sale solo, sin plantearme mucho más. Le llega el mensaje, pero no lo lee, y su última hora de conexión es de ayer por la noche, así que imagino que la respuesta es que la cosa va mal. Chasqueo los labios.

—A mí explícame qué aire te ha dado para organizar esto —dice Celia nada más abrir la puerta.

Entra con su abrigo azul Klein y sus maxigafas de sol pasadísimas de moda, aunque le quedan tan bien que podría volver a convertirlas en tendencia.

—¡Niñas! —grita cuando mis sobrinas corren hacia mí como un tsunami, me besan y se van directas a jugar al jardín—. ¡Id con cuidado! ¡Claudia, vigila a tu hermana, por favor!

—¿Dónde está César? —le pregunto.

—Ha ido a buscar a tus padres porque Julio tiene el coche en el taller y no se fía de ir en el cuatro latas de tu madre, por eso hemos tenido que venir en dos —dice con cara de fastidio.

—Lo siento. —Me encojo de hombros.

—En serio, ¿qué te ha dado? —Se ríe—. Como mejor amiga te diré que me alegra que por fin

salgas de la cueva. Pero, como cuñada obligada a asistir a una comida familiar con unos suegros medio locos, te diré que te vayas a hacer puñetas un poquito, cielo.

—¿«Hacer puñetas»? —Sonríó—. ¿Tienes diez años?

—Vete a la mierda. ¿Eso te gusta más?

—Mejor, sí. Anda, pasa. ¿Cuánto tiempo tenemos hasta que lleguen mis padres?

Ella me mira y frunce el ceño.

—No creo que tarden mucho más.

—Tengo que contarte algo.

—¿A la cocina?

—A la cocina.

Nos sentamos en la barra con un par de vinos blancos. Por la ventana vemos a las niñas jugando con la tierra y Celia me mira expectante.

—No tengo tiempo para detalles, así que iré al grano y ya me extenderé en otro momento. Carlos ha pasado aquí la noche. Hemos dormido juntos, que no revueltos, pero esta mañana nos hemos besado y calentado bastante. Tuvimos que parar porque justo le ha llamado su jefa para que fuera a solucionar una movida de trabajo.

Abre mucho los ojos.

—A ver, por partes. ¿Carlos ha pasado la noche aquí?

—Es una larga historia, pero sí. Se presentó en mi puerta de madrugada y al final se quedó a dormir.

—Contigo.

—Conmigo.

—¿Y no revueltos, dices?

—No revueltos.

—¿Por qué?

Me encojo de hombros.

—No quisimos forzar la maquinaria.

—Pero esta mañana os habéis despertado tontorrones y...

Asiento y bebo de mi copa. Celia echa un vistazo a las niñas.

—... Y no ha culminado —termino yo la frase.

—¿Y cómo estás?

—Pues rara. No sé. No he querido pensarlo mucho. Es un paso grande, está claro, pero tampoco sé si es un avance.

—Ahora entiendo lo de la reunión.

—No, eso me apetecía. He cocinado, ya sabes, y me daba pena que nadie probara la comida.

—Pues la congelas, maja. —Sonríe con saña y alza su copa. Yo brindo también.

—Calla, anda.

—Y lo de Carlos... supongo que es normal. Estáis en un limbo en el que es tan fácil ir hacia delante como hacia atrás.

Escuchamos el ruido amortiguado de un coche que para en la puerta y, dos segundos después, la voz de mi madre.

—Que empiece la fiesta —digo, y nos levantamos.

Diez minutos después de que mis padres irruman en casa, ya me arrepiento de esta comida. Mi madre se va directa al jardín con las niñas, mi padre finge que mira alguna puerta que habría que arreglar, Celia se amorra a la copa de vino como tabla de salvación para lo que se avecina y mi hermano se acerca a mí y me susurra un «A mí explícamelo».

—Desde luego, dos que duermen en el mismo colchón se vuelven de la misma condición. —Rebufo—. Me apetecía, no sé. Hace mucho tiempo que no comemos todos juntos.

—Sí. Por un motivo.

—Coño, César, pues no haber venido —digo enfadada.

Mi madre entra al salón.

—Ay, hija, ¿cómo tienes así los cristales? Se ven tan sucios a contraluz... Y no has limpiado nada el jardín, las niñas casi se cortan con un hierro oxidado. De verdad que eres un desastre.

—Lo que yo decía —canturrea César y bebe un trago de su botellín de cerveza.

Yo pongo los ojos en blanco.

—Oye, Lagartija, que igual mientras estamos con el aperitivo voy un momento a comprar aceite para bisagras y pongo un poco en esa puerta, que chirría y va muy dura.

—No hace falta, papá. Mañana me encargo yo.

Mi hermano me mira y esconde una carcajada. Yo disimulo una peineta rascándome la oreja.

—¿Y las niñas no tendrán frío ahí fuera? Ya llevan rato y este tiempo es muy traicionero. —Mi madre mira de soslayo a Celia.

—Están aquí sus padres, déjalas tranquilas —arremete mi padre.

—Hombre, tú no me des la razón nunca.

—Y tú no te quejes de algo.

—¡Hale! Nos vamos sentando. —Doy una palmada y organizo la mesa.

Me encantaría decir que la comida transcurre apacible y en un cálido ambiente familiar regado con risas y bromas íntimas. Que cantamos e, incluso, que estamos tan a gusto que nos da la hora de cenar sin darnos cuenta. Que mi hermano me ayuda a recoger los platos, que Celia se divierte y que mis padres no discuten. Pero entonces no sería mi familia. La comida no transcurre ni apacible ni cálida ni hay risas ni bromas, ni mucho menos cantamos en hermosa fraternidad. Es un rato tedioso en el que mis padres son mis padres. Y eso afecta a todo lo demás.

—Bueno, Lis —carraspea mi padre—, ¿y cómo van las cosas?

—Julio, por Dios. No querrá hablar de eso delante de todos. Pareces tonto —le riñe mi madre.

—¡Bien! —digo casi con un grito. Ellos se callan—. Las cosas van bien.

—Ah, ¿sí? —pregunta mi madre con un tono escéptico, casi condescendiente—. ¿Os estáis reconciliando?

Celia finge que tose y yo le echo una mirada asesina.

—No... no lo sé. Pero estamos más cerca.

—Hija, segundas partes nunca fueron buenas —dice mi madre—. Y lo de darse un tiempo no suele salir bien. ¿Para qué alargar lo que todos sabemos que pasará?

—Nadie te ha preguntado, mamá —espeta César. Celia le da una patada bajo la mesa.

—César, no le hables así a tu madre —dice mi padre—. Además, tiene razón. O se está o no se está, pero este medio camino es una pérdida de tiempo.

—Vale ya —digo seria—. No quiero hablar de este tema, ¿entendido? Y mucho menos que me deis una opinión que no he pedido. —Miro a mi madre y luego a mi padre—. Haremos las cosas que creamos mejor para nosotros. Acertaremos o nos equivocaremos, pero seremos nosotros y no otros quienes lo hagan. Punto. Y ahora, cambiemos de tema.

—Hija, cómo te pones —dice mi madre como si nada—. Encima que nos preocupamos.

Yo resoplo y me tapo la cara con las manos. Después me levanto, recojo los platos, pongo la cafetera y vuelvo a la mesa.

—¿Y con la casa qué vas a hacer? —pregunta mi padre.

—¿Qué coño quieres que haga?

—¡Esa boca, Lis! —me riñe mi madre.

—Es que no sé por qué me lo preguntas cada dos por tres. Esta es vuestra casa, yo estoy un tiempo y, según vayan las cosas, ya veré a dónde voy.

—Te lo pregunto porque es una pena que esté deshabitada, Lis. Y si a tu hermano le parece bien, y con las cuentas claras, podrías hacer uso de ella. Que te divorcias, pues ya tienes dónde ir. Que te reconcilias, pues podéis veniros aquí y salir de ese piso tan desolador.

—¿Por qué no volvéis vosotros aquí si tanta pena os da? —pregunto con peor tono del que me hubiera gustado.

—Porque tu madre ya no puede subir escaleras y la habitación de abajo es pequeña, fría e incómoda. Además, vivir aquí implica coger el coche para todo y ella está vieja para conducir ese cuatro latas.

—¡Papá! —decimos César y yo a la vez.

—¿Ves, Julio? Hasta los niños se dan cuenta de cómo me tratas.

César me mira con cara asesina.

—Los dos os tratáis de puta pena, mamá.

—¡Hijo, esa boca! ¡Y yo a tu padre no lo trato mal!

—Bueno, tengamos la fiesta en paz —dice mi hermano—. A ver, lo de la casa... a mí me parece bien.

—No estoy para pensar en eso, de verdad.

—¿Y qué mejor momento que este? —interrumpe mi madre—. Piensa en ti, Lis, y en nadie más.

—Mira, en eso estamos de acuerdo, Irene —dice mi padre.

Se van a las cinco. ¡A las cinco! Tres interminables horas de discusiones, de buenas y malas caras según el momento y de decirnos a mi hermano y a mí lo que tenemos que hacer. Nadie se libra. Ni Celia. Se ha despedido de mí con un «Hasta Navidad no quiero saber nada de vosotros». Y no me extraña, porque le ha caído una buena con lo de no encontrar trabajo. Según mi madre, no busca bien.

Cierro la puerta y me desplomo sobre mi cama. Tengo dolor de cabeza, me pesan los párpados y no quiero ver a mi familia en la vida. Es cierto que llevaba unos días pensando en organizar esto. En parte porque a veces me siento muy sola y en parte porque, sean como sean, son mi familia y los quiero. Tenemos caracteres insoportables por momentos, pero nos queremos. He renegado de mi familia durante mucho tiempo por creerla tan imperfecta que me avergonzaba, aunque lo cierto es que no es ni mejor ni peor que las demás. Todas las familias tienen miserias, secretos, discusiones y odios encubiertos, y la mía no es especial. Además, mis padres siempre han estado ahí a su manera. Con mejor o peor acierto, pero no han dejado de preocuparse por nosotros ni un solo día desde que nacimos. Supongo que me quedé con las discusiones y los gritos entre estas cuatro paredes que ellos llamaban hogar, sin embargo, también hubo cosas increíbles, muchos viajes, excursiones, risas y bailes que nos convertían en una familia unida, aunque yo me empeñara en no verlo y terminara enfadada con ellos y, en consecuencia, con la casa que los cobijaba.

Miro al techo y suspiro. Hay un desconchón. Bueno, hay varios. Y en el fondo me da mucha pena. Imagino que si a mí me la da, con el poco apego que le tengo a esta casa, a mis padres les tiene que matar verla así. El lugar en el que tanto esfuerzo invirtieron, donde criaron a sus hijos, el núcleo de la familia, ahora se cae a pedazos. No es muy grande, pienso. Ha envejecido mal y lo que antes era majestuoso y con solera, ahora es una sencilla casa unifamiliar, como tantas otras. En realidad es como un piso de cinco habitaciones, pero con escaleras de por medio y jardín. Es un espacio manejable y, si se redistribuyera mejor, podría tener un dormitorio más grande, e incluso un vestidor y un estudio amplio. Y en el baño entraría una bañera antigua. O podría hacerse solo un lavado de cara y también quedaría acogedora. Cosas como encerar el suelo, pintar o arreglar los pequeños desperfectos, taladro en mano. Vamos, lo que es un lavado de cara. Quizá podría emplear mi tiempo libre en eso y así conseguiría paliar la ansiedad. Cuatro apaños para dejar como se merece la casa que una vez fue un hogar.

LA LEALTAD DE CARLOS

Cuando llego a casa tras arreglar la avería en el trabajo son casi las diez de la noche. El fallo ha hecho perder tanto dinero a la empresa en unas pocas horas que, con seguridad, rodará alguna cabeza. La mía está a salvo, así que podría dormir tranquilo, pero, una noche más, me encuentro insomne. El trabajo, con el estrés de los últimos dos años y las interminables jornadas laborales, me trajeron dolor de cabeza constante y cansancio. «Deja de hacerte el fuerte, Carlos», me decía siempre Lis. «Nadie puede aguantar tu ritmo, y hacer como que todo está controlado no te ayuda en nada». Quizá tenía razón. Nunca he exteriorizado demasiado lo que mi cabeza rumia y, cuanto más caos interno tengo, más imperturbabilidad proyecto. Así nos fue a Lis y a mí. No solo pagas tú el precio de tus decisiones.

Lis. Dios, Lis. Aun con la concentración que tenía hoy en el trabajo, te me has colado como ruido de fondo. Volver a sentir tus labios, encajar mis caderas en las tuyas. Tus jadeos con sobrealiento, incrédula ante lo que ocurría. La locura, las ganas. Otra vez. Y ahora solo quiero correr tras tus faldas y meter la mano por debajo.

«Hola. ¿Cómo está yendo el problema laboral? Espero que esté controlado y se solucione pronto. Ya me contarás».

Veo su mensaje cuando cojo el teléfono después de tenerlo todo el día olvidado. Sonríe con cierta culpa, porque ella siempre está, de una forma u otra. Su bonhomía no tiene límites y no importa cuánto te odie en un momento dado, su preocupación por tu bienestar superará su odio.

—Hola, Carlos —responde sin mayor sorpresa cuando la llamo—. ¿Cómo ha ido?

—Mortal. Llego a casa ahora y no he comido nada en todo el día. Ha sido una locura de estrés, de gente, de gritos... Estoy reventado. Y mañana a primera hora vuelta a lo mismo.

Ella resopla con indignación.

—¿Cuándo vas a aceptar que no es un trabajo sano?

—Lis... —digo cansado por empezar la misma conversación otra vez.

—Que tu trabajo sea una prioridad es una cosa, pero que esté por encima de tu familia y de tu salud es cruzar una línea peligrosa.

—No está por encima de mi familia. —Repito sus palabras como un robot que no se cree lo

que dice. Casi veo cómo Lis alza una ceja reprobatoria. Sí lo está, y los dos lo sabemos demasiado bien.

—Hay decenas de empresas que te abrirían las puertas de par en par. ¿Por qué esa lealtad a la que más te explota y menos te valora?

—¡No lo sé! —grito más cansado que enfadado—. Porque así me lo inculcaron, porque empecé cuando la empresa no era nada y ha ido creciendo conmigo dentro, porque la siento como si fuera mía.

—Pero no lo es, joder. Está terminando con nosotros y al final acabará contigo.

No grita esta vez. Pero su «está terminando con nosotros» se abalanza sobre mi pecho como un tsunami de culpa, rabia y miedo.

—Solo es una época de más trabajo, Lis, pero te empeñas en llevarlo más allá y eso también nos está destruyendo.

De pronto se impone el silencio. Pero, a diferencia de otras tantas discusiones o conversaciones sobre esto, no es un silencio que grita, que contiene reproches reprimidos, que ahoga. Es un silencio de cavilación para ambos y casi diría que, por primera vez, estamos escuchando las palabras del otro con el fin de entender, no de atacar. Sí, yo debo aceptar que mi compromiso laboral es descompensado y, por tanto, tóxico. Ella debe aceptar que recriminármelo a todas horas no ayuda y que todos pasamos por este tipo de épocas, incluso ella misma.

—Echarnos las culpas el uno al otro sí que terminará con todo —dice—. Lo siento, quizá te presiono demasiado y...

Chasquea los labios. Yo inspiro hondo.

—No pasa nada. Tienes razón en que debo bajar el ritmo o aprender a gestionarlo. Ya sabes lo exigente que soy conmigo mismo, y eso pasa factura.

—Eres responsable, perfeccionista, cabezota, honrado y leal hasta el extremo, pero lo eres con todos nosotros y por eso me casé contigo. —Suspira—. Solo tienes que aprender a dosificar todo eso, Carlos. Y yo a tener más paciencia y a que no me entre el pánico cuando te vea nervioso.

Ambos resoplamos una especie de sonrisa. Quizá estemos empezando a ver las cosas desde otra perspectiva. Quizá esta extraña distancia sí nos esté ayudando. O quizá el beso de esta mañana nos haya recordado por qué empezó todo esto.

—Estoy en ello. ¿Qué tal tú? ¿Qué has hecho? —Lo pregunto con clara intención de cortar un tema que es susceptible de convertirse en guerra en cualquier momento. Ella lo sabe, pero esta vez no le molesta que paremos la conversación y parece que hasta agradece el cambio de tercio.

—Pues... ¡he cocinado! —Sonrío porque a Lis le apasiona cocinar y hacía mucho que no le apetecía. Eso es muy bueno—. Y he invitado a mi familia a comer.

Frunzo el ceño.

—¿A tu familia? ¿Me he perdido algo?

Se ríe, pero conozco esa risa. Es la que emite cuando siente lo contrario a alegría.

—Supongo que he intentado limar asperezas.

—¿Y ha servido de algo?

—No mucho, al menos en lo familiar. Pero sí para decidir que voy a ordenar y cuidar un poco la casa durante... Bueno, durante este tiempo.

—Ya. —Y la seriedad se impone entre ambos—. Si te soy sincero, lo de esta mañana me ha descolocado. Ahora no sé si todo esto del tiempo tiene sentido.

—Lo sé. Me ha pasado lo mismo, pero creo que tenemos que tomárnoslo con calma e ir paso a paso. Todo está demasiado revuelto, Carlos.

«Te necesito a mi lado», pienso.

—Supongo que tienes razón. —Suspiro y creo que quizá sería mejor no vernos porque nos confunde. O no, a saber. De repente, caigo en la cuenta—. Aunque la semana que viene... es tu cumpleaños.

Sonrío con pena y sé que ella también.

—Nuestro día grande. Qué triste, ¿no?

—Será triste, pero lo pasaremos juntos, Lis —sentencio—. No estamos tan jodidos como para no hacerlo.

Entrecorta un suspiro y creo que está a punto de llorar por todo lo que significa ese día para nosotros.

—De acuerdo. Nos vemos entonces.

—Nos vemos.

—Descansa, Carlos.

—A sus órdenes. —Sonrío.

—Es más bien una súplica —dice seria, y a mí se me encoje el alma.

Colgamos.

ERES UNA BOMBA PARA MÍ, FLOR DE LIS

Al despertarme por la mañana siento los párpados pesados, la cabeza mareada y no atino ni a mear dentro de la taza. He dormido mal, sigo reventado y he tenido sueños raros. Aunque una ducha fría y mucho café me espabilan, llego al trabajo con la súplica de Lis todavía resonando.

El día pasa rápido. Mucho trajín de jefazos pidiendo explicaciones de lo ocurrido ayer. Muchos informes que redactar y entregar con urgencia. Muchos planos. Y, sí, un agradecimiento por parte del equipo directivo al completo a mi jefa y a mí. Está exultante la tía. Y yo también.

La tarde, en cambio, pasa más lenta porque trae algo inesperado.

—Tú dirás —le digo a Ana tras llamarme a su despacho.

—Siéntate, Carlos.

Me siento y la veo relajada, así que no me inquieto.

—A ver, te cuento... Los escoceses están contentos con el nuevo giro que hemos dado al proyecto y, después de varias reuniones, quieren retomar la empresa conjunta.

—¿En serio?

No lo dice, pero ese nuevo giro tiene un nombre propio que ahora mismo está henchido.

—En serio. —Me sonrío—. Están contentos, pero debemos ser muy cautos. Nos sostenemos con alfileres y cualquier paso en falso tirará todo por tierra. Tenemos competidores que también se están dejando la piel para conseguir un trozo de pastel en esta empresa pionera en energías renovables. Lograrlo nos abriría a un mercado tan grande que nos permitiría expandirnos tanto que...

—Claro —interrumpo porque ya me sé el discurso, y que quiera recalcar la importancia de esta línea de negocio y venderme la moto solo implica que me van a pedir algo.

—El caso es que ahora todo son exigencias absurdas. Ya sabes, van a aprovecharse al máximo porque saben que estamos con los pantalones bien bajados.

—Suéltalo ya, Ana —digo muy serio.

Observa la pantalla de su ordenador como si la cosa no fuera para tanto. Evita mirarme y, por su tono, trata de quitarle importancia al asunto, lo que me cabrea incluso más. Me va a pedir que les salve el culo y me lo vende como si fuera una tontería que podría hacer cualquiera.

—El siguiente paso que han pedido es que se dé un mes de formación al nuevo equipo de Edimburgo, a modo de presentación de nuestras posibilidades. Quieren una demo en tiempo real de cómo funcionaría la nueva empresa.

—Y yo soy el afortunado. —Sonrío con sorna.

—Solo será un mes, Carlos. —Sigue enfrascada en su ordenador—. Después, si todo va bien, contrataremos a alguien para que se traslade allí, o quizá alguno de vosotros esté dispuesto a dar el paso.

—Yo no —digo tajante. Ella pone una mueca—. ¿Y cuándo quieren que empiece la formación?

Se quita las gafas y suspira. Me mira por primera vez desde que me ha dado la noticia.

—En diez días.

—¡Diez días! —grito con los ojos abiertos de par en par—. ¿Estáis locos? En diez días no da tiempo a prepararlo todo. Necesitaríamos, como poco, un mes. ¿Tienes idea de la cantidad de cosas que hay que organizar? ¿A cuánta gente hay que involucrar? No se puede.

—Pues tendremos que echar todos horas extra y dejarnos los sesos porque en nueve días coges un avión a Edimburgo.

—Joder, Ana. No es mi mejor momento personal...

Frunce el ceño. No tiene ni idea de mi vida privada y lo cierto es que tampoco le importa, pero es la primera vez que me escucha hacer alusión a ella y supongo que está tan sorprendida como intrigada.

—Si queremos que esto salga adelante, tienes que ir tú, Carlos. Eres el que mejor conoce el negocio, tienes experiencia en varios campos, hablas un inglés perfecto y eres el jefe del proyecto. Si nos fallas tú, nos iremos todos al paro.

Cierro la puerta de su despacho cuando salgo y apoyo la cabeza en el marco un momento. Un mes fuera. Resoplo. No es la primera vez que viajo por trabajo, aunque sí la primera que será por tanto tiempo. Es solo un mes, me repito a modo de autoconvencimiento. Y, después de todo, puede que sea lo mejor para tener esa distancia real que quisimos imponernos y que no estamos cumpliendo. O quizá esto termine de matarnos. No lo sé, pero, sea como sea, no me puedo quitar de encima la sensación de tener una losa oprimiéndome el pecho. Será solo un mes, pero no es buen momento. Lis volverá a recriminarme mis prioridades, yo volveré a sentirme culpable y la rueda que intentamos parar volverá a girar de nuevo.

EL DÍA D DE LIS

Hoy es mi treinta y siete cumpleaños y son las nueve de la mañana. Este año no puedo permitirme el lujo de tomarme el día libre, así que me espera por delante una jornada llena de trabajo y una comida con un posible nuevo cliente. La verdad es que lo prefiero, porque es un día raro y de esta manera estoy ocupada y no pienso demasiado. Hoy me siento triste, sola y nostálgica, y se supone que cuando estamos así tenemos que abrazar esas emociones sin obviarlas, pero sin encariñarnos tampoco con ellas. Y la verdad es que no tengo ni idea de cómo se hace eso. Solo sé que ahora mismo metería la cabeza en ginebra y me pensaría un poco lo de resucitar después.

A las 9.05 me llaman mis padres. Intentan hacerme un FaceTime los pobres, pero no saben y terminan desistiendo. Treinta minutos después, mi hermano me hace una llamada rápida y concisa porque tiene mucho trabajo. 9.40. Tengo unos diez wasaps de conocidos que han visto en Facebook que hoy es mi cumpleaños. Lo que antes me alegraba ahora me da bajón.

Al menos ha amanecido lluvioso, algo que me encanta porque adoro los días así. Ya decía Carlos que somos un par de raros, porque a él le pasa lo mismo. Quizá sea el olor a tierra mojada, los recuerdos que atraen los sentidos, la melancolía o el placer de ver las gotas chocando contra el ventanal mientras la luz da cierta calidez al salón. Es casi un día perfecto. Cierro los ojos e intento quedarme con eso para no pensar en nosotros dos, aunque no puedo evitar sonreír mucho cuando suena el teléfono y veo que es él.

—Hola, Carlos.

—Felicidades, Flor de Lis —dice alegre.

—Gracias. —Sonrío.

—Me hubiera encantado tomarme el día libre y pasarlo entero contigo, pero... Bueno, esta noche te cuento.

Frunzo el ceño.

—¿Va todo bien?

—Sí, pero tengo algo que contarte. Algo de trabajo, tranquila, pero ahora no puedo hablar.

—De acuerdo.

—¿Cómo estás? ¿Cómo has empezado el día?

—Triste —le digo sincera.

—Lo sé. Yo también lo estoy. No pasar contigo este día es...

—Una mierda. Es una mierda como un piano.

Nos reímos los dos.

—Eso es. Pero, si te parece bien, en cuanto salga de trabajar te recojo y hacemos algo. Lo que tú quieras, que para eso es tu cumpleaños. Podemos ir a cenar, al cine, al teatro, a dar un paseo, a un japonés y nos lo llevamos... —Reímos al recordar nuestro primer beso—. Tú decides.

Sopeso las opciones durante unos segundos.

—Podríamos salir a cenar y a tomar esa copa que me debes. —Sonrío.

—¡Claro! Me han hablado genial de un sitio nuevo. Toca música en directo tipo jazz, soul... Ese rollo.

—Suenan genial, nunca mejor dicho.

—Entonces, paso por casa cuando salga de trabajar, me cambio y te recojo, ¿vale?

—Vale.

—Tenemos una cita, muñeca —dice con tono de película.

—¡Eres imbécil! —Me río.

—Y tú eres la mujer de un imbécil. —Sonreímos los dos, sorprendidos de que las frases cómplices que siempre nos decimos hagan acto de presencia—. Tengo que dejarte, Lis. Estoy a tope de trabajo, nivel estratosférico.

—Claro. Esta noche me cuentas.

—Pasa un buen día, Lis. Te quiero.

Ese «Te quiero» resuena en todo mi cuerpo, incluso minutos después de haber colgado. Tan cotidiano y banal, y a la vez tan extraordinario para nosotros. No recuerdo la última vez que nos lo dijimos y, aunque haya sido la típica coletilla que dices de forma automática tras muchos años, lo echas de menos cuando dejas de oírlo. Así que ya voy con más ganas a mi comida de trabajo, al menos.

He quedado con Celia en una cafetería cercana al restaurante para tomar café. Como he terminado antes de lo previsto y ella aún no ha llegado, me pido un cortado y paso el rato mirando a través de la ventana. Sigue lloviendo. La gente a mi alrededor no aparta los ojos de sus teléfonos móviles y lo cierto es que la imagen general es dantesca. Todo el mundo mira hacia abajo. Mesas con una, dos o tres personas que prestan más atención a sus pantallas que a sus acompañantes. ¿Cuándo hemos perdido la capacidad de comunicarnos? ¿Desde cuándo somos capaces de que no nos importe mostrar esa falta de respeto hacia nuestro acompañante al atender más al teléfono, a lo que digan otros que ni conocemos, que a su conversación? Yo pecho de lo mismo, ojo. Era una de las recurrentes discusiones con Carlos. Él solo utiliza el móvil para

llamar y mandar wasaps prosaicos. No entiende ningún otro uso. Las redes sociales lo saturan. Las ve absurdas, un caldo de cotilleo superfluo, de critiqueo insulso que te adormece el cerebro y te crea una nefasta, irreal y edulcorada visión de la realidad. Así que verme enganchada a Instagram y pasarme horas en Pinterest fue algo que jamás entendió. «¿Me quieres decir que es normal ver una película con mi mujer y que ella revise su móvil cada quince minutos? Coño, Lis...», preguntaba siempre.

Yo intentaba rebatirle, pero lo cierto es que carecía de argumentos. Igual que cuando miraba Instagram antes de dormir: «Estás cansada para acostarte conmigo, pero no para cotillear a una influencer». Lo que él no entendía, o quizá lo hacía demasiado bien, es que esa adicción obedecía a la necesidad que tenía de evadirme de mi realidad, tan triste y dolorosa. Y esa realidad no era otra que la confirmación de que nuestro matrimonio se iba a la mierda por motivos bastante más preocupantes y complejos que mirar Instagram, pero, en lugar de enfrentarla, necesitaba evitarla. Y de esa forma continuaba girando la rueda. Es la nueva droga del siglo, supongo. Engancharse a lo que hay fuera para no ver lo que tenemos dentro.

—¡Feliz cumpleaños, mi amor! —grita Celia al entrar por la puerta. Todo el bar me mira.

—Gracias. —Sonrío y nos abrazamos.

—¿Qué tal la comida de negocios? ¿Hay trato?

Le cuento que el posible nuevo cliente es un empresario menos importante de lo que él se cree, bastante desfasado en tecnología y con una soberbia insoportable, así que no ha habido acuerdo.

—Ahora mismo me van bien las cosas y puedo seleccionar. —Me encojo de hombros porque todavía no estoy acostumbrada a decir que no—. Hace unos años habría tenido que tragar.

Me acuerdo de Carlos. Al final yo pasé por lo mismo que está pasando él en el terreno laboral, solo que él fue más paciente con mis ausencias o mis nervios y no me presionaba para tirar la toalla. Se me hace un nudo en el estómago.

—Bueno, pues por tus flamantes treinta y siete. —Celia interrumpe mi culpa y brindamos.

—Por cierto, ¿y las niñas? Me hubiera gustado ver a mis sobrinas hoy.

—Con mi madre. Pensé que querías estar a solas para hablar de cómo estás..., ya sabes.

—Ah, bueno.

—¿Cómo estás? ¿Cómo llevas el día?

—Bien. Luego iré a ver a mis padres y esta noche he quedado con Carlos para cenar.

Doy un sorbo de café y desvío la mirada para no encontrarme con los ojos inquisidores de Celia.

—Ah, ¿sí? —dice con comicidad.

—Nos daba pena no vernos el día de mi cumpleaños, supongo.

Celia me mira y entrecierra un ojo. Dios, aquí viene.

—¿Qué quieres hacer con Carlos, Lis? Ya lleváis casi un mes distanciados y el reloj empieza a

correr.

Me aparto un mechón inexistente de la cara.

—Quiero volver a lo que teníamos cuando todo iba bien.

—¿Y crees que os encamináis a ello?

—Últimamente hablamos más y nos notamos menos agobiados. Estamos menos ariscos, menos susceptibles y más relajados. Y el beso del otro día... Bueno.

—Eso está bien. Quizá para vosotros sí que era cuestión de tiempo.

La miro y pongo los ojos en blanco.

—Muy graciosa.

—Oye, es que yo pienso como tu madre, ya lo sabes. Darse un tiempo a estas alturas es un eufemismo de «lo que tenemos está roto, pero nos da coraje admitirlo».

—Así somos nosotros, un desastre en todo —digo cansada.

—Perdona. —Chasquea la lengua—. No pretend... Dios, he sido tu madre.

—Estoy hasta el moño de que la gente nos juzgue, Celia. —Me enfurezco—. Juzgasteis nuestro comienzo, juzgasteis nuestra boda, juzgasteis cuando pospusimos tener hijos y ahora juzgáis nuestra separación. ¡Lo juzgáis todo! ¿Y quiénes sois vosotros para hacerlo? Están mis padres, que tienen un matrimonio tan tóxico que los ha hecho desgraciados a ellos y a sus hijos. Luego mis suegros, que, por no tener, no tienen ni el valor de mirarse a la cara porque ni se reconocen de todo lo que se han mentido; y ahora mi hermano y tú, que no echáis un polvo desde hace tanto tiempo que os da vergüenza reconocerlo porque sabéis bien lo que implica. ¡Coño, vale ya, Celia! Ninguno sois perfectos, así que comedme todos el papo, en serio.

—Madre mía, cómo está el servicio —canturrea.

—El servicio está agotado de gente entrometida que jamás se calza tus zapatos y oculta que los suyos también están desgastados.

—Pues entonces cambiemos de tema. Tengo dos regalos para ti y una noticia.

—Primero los regalos.

Reímos.

Me da un dibujo hecho por mis sobrinas y una cajita con un reloj de arena.

—Un reloj de arena. —Alzo una ceja—. ¿En serio?

—Sí. Para ver si así dejas de mirar el tiempo pasar.

—La madre que te parió, Celia —digo con una sonrisa—. Anda, la noticia.

—He encontrado trabajo.

La miro con los ojos tan abiertos que se me van a salir de las cuencas y casi me atraganto.

—¡Celia! ¡Eso es lo primero que tenías que haberme contado!

—Ya, bueno. Tú ibas antes. —Sonríe.

—¿Dónde? ¿Cómo?

—Voy a dar algunas clases en un instituto concertado. No son muchas horas, la verdad, pero algo es algo.

—¡¡Pero eso es genial!! —Me levanto y la abrazo—. ¿Cómo ha sido? ¿Qué instituto? ¿Cuántas horas?

—Ser muy pesada llamando a tantas puertas ha dado resultado y me han medio abierto una. —Se encoge de hombros y me cuenta los detalles.

—Dios, Celia. No sabes lo contenta que estoy. —Le agarro la mano—. Te lo mereces. Te va a sentar tan tan bien.

—Estoy emocionada. —Da pequeños aplausos—. Es que ni me lo creo, ¿sabes? Tengo tantas ganas de empezar de nuevo que a veces se me olvida que hace un año que no me pongo frente a una clase.

—Bah, a los dos días ya te habrás acostumbrado.

—O querré matarlos a todos.

—Pues brindemos por los futuros asesinatos. —Reímos.

—Mejor por los pasos adelante.

Hago una mueca divertida ante la frase intensa que acaba de soltar y nos pedimos una copa.

Llego a casa tras haber visitado a mis padres diez minutos, el tiempo justo para que me feliciten, me abracen y discutan. La copa ha sido cortita, así que apuro lo que queda de tarde para sacar trabajo adelante porque no sé cómo me levantaré mañana. O con quién. Estoy nerviosa ahora, la verdad. Tengo tantas ganas como miedo. Miro el reloj de arena y sonrío. Jodida Celia. Es una capulla, pero tiene razón, deberíamos empezar a controlar el tiempo.

SIETE AÑOS BAILANDO

Carlos llega con puntualidad británica y a las nueve escucho cómo aparca su coche en el porche de la entrada. Se me encoge un poco el estómago y, mientras me encamino a abrir la puerta, me ajusto el lazo del vestido cruzado que me he puesto.

—Hola, cumpleaños. —Su sonrisa, tan conocida para mí, me tranquiliza. Le devuelvo el gesto y él da un paso al frente para abrazarme—. Felicidades, Flor de Lis.

Me aúpa un poco. Cierro los ojos y me aferro a su cuello que huele a él. A nosotros. Cuando me baja, nos damos un tierno beso en la mejilla.

—Gracias —respondo con cierta emotividad—. Pasa. Dame un segundo.

Carlos asiente y me sigue adentro. Cerramos la puerta al frío y a la lluvia de principios de marzo y lo llevo hacia el salón.

—¿Qué tal el día? —me pregunta mientras yo cojo algunas cosas de mi bolso de diario y las meto en un *clutch*.

—Le he dicho que no a un pez gordo. —Me río—. ¿Quieres una copa de vino y te cuento?

—¡Claro!

Ni siquiera nos acordamos de que tenemos mesa reservada en un restaurante. Ni de que llegamos tarde. Sirvo dos copas de tinto mientras Carlos se quita el abrigo y lo deja doblado en el respaldo de una silla junto con una bolsa sospechosa que ha traído.

—Toma. —Le tiendo la copa.

—Por ti, Flor de Lis. —Me guiña un ojo y brindamos.

Me siento en el ajado sofá y Carlos me imita. Me pregunta de nuevo por mi día y le cuento sobre el cliente, el café con Celia y su reloj de arena. «Jodida Celia», se ríe.

—¿Qué tal tu día? —Le devuelvo la pregunta—. ¿Qué es eso que tenías que contarme y que te hace estar tan tenso?

Sonrío y él me imita.

—Joder, Lis. —Agacha la cabeza como un niño al que le han pillado comiendo golosinas a escondidas.

—Te conozco mejor que tú mismo, Carlos. Siempre se te olvida.

Bebe un sorbo de vino y le correspondo. Después deja la copa en el suelo y hace lo mismo con la mía. Con este movimiento ceremonial y con el silencio sostenido, unido a su rictus serio y sus ojos apagados, me asusto ante la noticia que tiene que darme. Y más cuando me coge las dos manos. Abre la boca y toma aire.

—Carlos, por Dios, ¿qué pasa? —Noto cómo me tiembla la voz.

Me mira, no sabría decir si de forma tierna o divertida.

—Me mandan un mes a Edimburgo para dar formación al nuevo equipo de la *joint venture*. Me han dicho que si no voy yo, que soy el que controla el proyecto, el idioma y el trabajo, esto corre el riesgo de no salir adelante y de irnos todos al paro.

Exhalo todo el aire que tengo en el cuerpo. Pensaba que me iba a dar una verdadera mala noticia. Una enfermedad o algo grave. Así que suspiro aliviada.

—Joder. —Me llevo una mano al pecho.

—Lo siento. Sé que no es el mejor momento. —Se acerca más a mí y desliza su mano libre hacia mi pierna para acariciarla—. Pero no puedo decir que no a esto.

—Ya, claro. Pero no es eso. —Inspiro y exhalo profundo—. Es que por un momento he creído que, no sé, estabas enfermo o algo así y pensaba que me moría.

Carlos me acaricia la mejilla con el pulgar y me da la sensación de que está enternecido. Mi preocupación por él siempre le produce ese efecto.

—Eres pura luz. —Sonreímos casi tímidos—. Pero solo es ausencia por trabajo.

—Un mes.

Y al decirlo se me encoge un poco la garganta. Carlos me da un beso en la mano y la acaricia.

—Me voy en seis días.

—¿Tan pronto? —Resoplo—. Justo ahora que...

—Lo sé.

Me encojo de hombros resignada y él tuerce una sonrisa tímida. Alcanzo su mejilla con mi mano y cierra los ojos al sentir el contacto de mis dedos con su barba y su mandíbula.

—Estoy muy orgullosa de ti, Carlos.

Se sorprende al escucharlo y eso me duele. Nunca se lo digo y todos necesitamos que la persona que más nos quiere también nos admire y nos aliente. Me enredo tanto en reproches y en echarle en cara las horas que dedica a su trabajo que paso por alto lo loable que resulta eso y cuánto dice de él.

Atrapa mi mano y la besa, pero yo la muevo para rodear su cuello y juntar mi frente con la suya.

—Y nos irá bien —susurro—. Pero ahora no te preocupes por eso. Debes estar concentrado en dejarlos atónitos y conseguir ese contrato. Sé que lo harás, de hecho. Tu jefa tiene razón, no hay nadie como tú para conseguirlo.

—Joder, Lis —murmura cerca de mi boca—. Creí que te cabrearías, que gritaríamos y que volveríamos a lo mismo.

Le doy un beso en los labios.

—Creo que cada vez estoy menos enfadada contigo. —Sonreímos.

—A mí me pasa lo mismo. —Me da un beso en la comisura que me entenece—. Casi se me olvida. Tengo un regalo para ti.

Alzo las cejas con una sonrisa, él se levanta del sofá y se dirige hacia la silla donde descansa la bolsa misteriosa.

—Lis... —me dice con el cuerpo girado hacia mí.

—Dime.

—Pon música. —Me guiña un ojo y yo sonrío.

Cojo mi teléfono y lo conecto al altavoz mientras él rebusca en la bolsa. Doy un repaso por las listas de reproducción que tengo guardadas y..., claro, hoy no podía ser otro.

Carlos suspira casi con dolor tras los primeros acordes de «No te preocupes por mí», de Leiva. Nuestro Leiva. Se acerca y voy a su encuentro.

—Hoy no podía ser otro, ¿no crees? —le digo.

Él asiente con una sonrisa muy triste y me tiende la bolsa.

—Feliz cumpleaños, Lis. Y feliz aniversario de conocernos.

Solo eso ya hace que me tiemble el labio.

Saco un paquete y lo desenvuelvo nerviosa. Cuando lo tengo en las manos y veo qué es miro a Carlos sorprendida. Se ha puesto algo tímido, supongo que porque tenía miedo a quedarse corto, pero para mí es el regalo perfecto.

—¡Carlos!

Sonrío con los ojos húmedos ante la foto en blanco y negro de los dos en la boda de Carlota y Jacobo, aquella que me enseñó justo antes de acostarnos por primera vez. En realidad nunca la dejamos olvidada en el ordenador. De hecho, la tenemos enmarcada y colocada encima del mueble del salón, pero lo que me emociona tanto es que la haya traído justo hoy, como para recordarme lo que esta imagen significa para nosotros.

—Es... —digo con picor de garganta.

—La foto en blanco y negro que siempre quisimos enseñar a nuestros nietos.

Lloro un poco porque es lo que siempre decíamos que haríamos con esta foto, y lo que me dijo el día que nos separamos. Me llevo una mano a la boca y él no tarda en abrazarme, también emocionado.

—Joder, Carlos.

Lo agarro fuerte y él envuelve mi espalda con sus manos. Me besa la sien mientras yo no paro de llorar de alegría y de pena, de nostalgia y de miedo por un futuro incierto. Todo a la vez.

—No he dejado de mirarte así desde ese día, Lis. —Me coge la cara con sus manos y me obliga a mirarlo—. Aun con todos los gritos, aun con todas las dudas y las ganas de mandarlo todo a la mierda, no ha habido un jodido día en que no te haya visto con esos mismos ojos.

—Yo tampoco a ti. Jamás.

Sonreímos entre lágrimas y nos abrazamos más. Leiva sigue sonando y por inercia nos balanceamos al ritmo de la canción, hasta que sin pretenderlo empezamos a bailar con el estribillo alegre de fondo. Me da una vuelta tras otra y yo me río sin pensar siquiera en todas las veces que hemos bailado en la cocina mientras preparábamos la cena o en el salón tras una larga jornada de trabajo. Siempre juntos, siempre alegres, siempre tan vivos. Y ahora aquí estamos, como si el reloj de arena que me ha regalado Celia se hubiera detenido en medio de un oasis y no cayera ni un solo grano. Porque hacemos lo que siempre hemos hecho, sin recordar que estamos parados en el desierto. Solo disfrutamos entre vueltas, miradas brillantes, risas y abrazos. No hace falta que acabe la canción para terminar pegados ni para que Carlos agarre muy fuerte mi cintura y yo enrosque mis brazos en su cuello ni para que peguemos los labios el uno al otro y me susurre un «Ven aquí, joder».

Nos besamos con urgencia y, pocos minutos después, me aúpa por los muslos y me lleva en brazos a la habitación de invitados. Sin analizar la situación, sin recuerdos, sin comparaciones con el pasado. Solo él y yo. Aquí y ahora. Somos tan nosotros que no tenemos ni que mirarnos para confirmarlo. Y es tan colosal que se me humedecen de nuevo los ojos. Los abro, perpleja por mi propia reacción, y él me derrite con esos ojos dulces que pocos conocemos.

—Dios, Lis. —Suspira justo antes de terminar.

Nos reímos, como siempre hacíamos después del sexo. Fuera largo o corto, intenso o calmado, Carlos y yo siempre nos reíamos con una complicidad deliciosa que hasta ahora nos había abandonado.

—Hola —susurro mientras él me besa el cuello.

—Hola, mi Flor de Lis.

Sonreímos sin separar los labios. Lo abrazo y él se acurruca entre mis pechos. Mis piernas rodean su cintura y se entrelazan con las suyas.

—Dios, podría morir así —dice con la voz ronca—. Lo sabes, ¿verdad? Mi sitio favorito en el mundo sigue siendo justo este.

Besa mi canalillo y me hace reír. Yo le acaricio la cabeza con las uñas y nos quedamos en silencio varios segundos, tranquilos y cómplices.

—¿Te imaginas —le pregunto— que alguien nos viera ahora mismo así? Nos darían el premio al matrimonio con más sinsentido del año.

Nos reímos otra vez.

—Nos han dado unos cuantos de esos ya, Flor de Lis. Otro más me la trae al paio.

Lo abrazo fuerte y volvemos al silencio cómodo.

—¿Vendrás a verme a Edimburgo? —pregunta con los ojos cerrados. Yo sonrío.

Me reacomodo un poco y nos quedamos frente a frente, con mi mano sujetándome la cabeza y la suya colocada en mi cadera.

—Me encantaría. —Le acaricio la barba—. Sobre todo porque después de reposar esto... tendremos que hablar —le digo.

—Lo sé. —Me besa—. Cada vez se me hace más difícil esta distancia, la verdad.

—¿Pero?

Él me mira y me acomoda en su pecho.

—Ahora mismo mandaría a la mierda eso de darnos un tiempo y me quedaría para siempre en esta habitación de invitados, pero ambos sabemos que hacerlo así no es un camino seguro. En este momento estamos borrachos el uno del otro y lo vemos todo fácil, pero en cuanto se nos baje el pedo comenzará lo feo y... no quiero volver a pasar por eso. Ya no puedo.

—Yo tampoco.

—Este mes fuera va a ser nuestra prueba de fuego. O nos une o nos destroza del todo, pero ninguno podremos con más medias tintas ni con más tiempos.

—Está claro que esto no puede alargarse mucho más. No tiene sentido, y más después de lo que acaba de ocurrir. —Suspiro—. Pero debemos pensar en todo lo que ha pasado este año, Carlos. Ahora que hemos conseguido tranquilizarnos un poco y que estamos más relajados y menos tirantes con cada cosa que hacemos o decimos, tenemos que pensar por qué llegamos a esto, para no repetirlo. No sé, pensar por ejemplo en lo que queremos del otro y aprender a escucharnos. De lo contrario, volveremos a lo mismo.

Él asiente.

—Te doy un mes para eso. —Sonríe pillo.

Yo le pellizco y nos echamos a reír entre abrazos. Y besos. Y mordiscos a nuestros labios hinchados.

—¿Pedimos pizza y cenamos en pelotas en el sofá? Te quiero así, desnudita. —Pone una de sus muecas y me hace reír—. Y a mí no me apetece ponerme ropa encima.

—Igual el repartidor flipa un poco si te ve abrir la puerta con el culo, y lo que no es el culo, al aire. Me río.

—Bah, no será la primera sardina que vea. —Saca la lengua.

Se levanta creo que con la intención de ir al salón, donde están los teléfonos y parte de la ropa. Avanza desnudo hacia la puerta de la habitación simulando el movimiento de a saber qué animal, personaje o dibujo animado en una de sus típicas imitaciones sinsentido que tanto me divierten. Me levanto para ir tras él, que va ya por el pasillo haciendo el tonto todavía más. Está feliz. Y yo

también. Nos reímos, él unos pasos por delante. Lo llamo «idiota» entre risas mientras él pone voces ininteligibles que parecen decir «Pues tú eres la mujer de un idiota, Flor de Lis».

DOS MAÑANAS SIN SOL

Apago la alarma despertador del teléfono al segundo tono. Escucho las gotas de lluvia chocar contra el cristal de la ventana y contra los tejadillos que tiene esta casa. Es un sonido que me lleva directo a la infancia, aunque no sé bien el porqué de esta relación. En cualquier caso, es placentera y sosegada, y despertarme así después de todo el caos del trabajo, incluyendo la marcha a Edimburgo, es como un bálsamo. Abro los ojos, todavía adormilado, pero los cierro enseguida cuando se cuele una luz que, aun grisácea y oscura, me molesta. Aprieto a Lis contra mi pecho y ella protesta. Sonrío porque siempre se queja de que, si amanezco antes que ella, hago pequeños ruidos y movimientos para desvelarla de forma sutil. Me gusta que se despierte conmigo. «A la hora de la siesta, me vengaré», refunfuña siempre. Sus venganzas siempre terminaban siendo tan placenteras como mis despertares.

—No quiero levantarme todavía, Carlos —balbucea en una especie de súplica casi infantil que me saca una sonrisa.

—Nadie ha dicho que lo hagas —susurro mientras la beso por toda la cara hasta llegar a sus labios.

Abre los ojos y me mira con una sonrisilla que provoca otra en mí. Está jodidamente preciosa tan despeinada, tan desnuda, tan ella. La estrecho en mis brazos y me coloco encima, acogiéndome entre ronroneos.

—Tengo que irme a trabajar. —Arrugo la nariz al levantarme y ella imita mi gesto.

—¿Se acabó el oasis? —pregunta con pena.

—En un mes veremos.

Asiente decepcionada y yo me arrepiento de mis palabras porque se me queda un regusto amargo también. No debí haber dicho eso, como siempre. Mis ganas de dejar las cosas claras suelen traer consigo tonos hostiles o interpretaciones rancias.

—Oye. —Sonrío mientras intento destensar el ambiente—. Después de las horas extra que estoy haciendo no tendrán huevos a toserme si llego un poco tarde hoy, así que... ¿Qué te parece si preparo el desayuno mientras tú te desperezas y luego nos lo tomamos tranquilos?

Al parecer surte efecto, porque sonrío y se tumba de nuevo.

—Ya estás tardando.

Le doy un beso y me pongo en pie.

Me gusta esta cocina. Y esta casa. No me extraña que Lis quiera hacerle un lavado de cara, aunque admito que una parte de mí siente un miedo irracional a que eso signifique que no va a volver. Pero lo cierto es que creo que será muy bueno para ella arreglarla y reconciliarse con todo lo que se quedó entre sus paredes. Lis vivió aquí sus peores momentos, y los tiene muy presentes, pero necesita recordar que en este lugar también vivió algunos de los mejores. «Vaya dos —pienso mientras pongo la cafetera a hervir—, tratamos de reconducir lo nuestro y no tenemos ni idea de cómo hacerlo con nosotros mismos». Bueno, algo hemos avanzado. No habríamos pasado la noche que hemos pasado de no ser así. No sé qué será de nosotros, pero al menos la hostilidad, los desprecios y los gritos han quedado relegados esta noche a un segundo plano, así que parece que vamos por buen camino. Quizá quede todo en una crisis matrimonial y un lejano recuerdo amargo. «¿Te acuerdas de aquella crisis, amor? Qué estúpidos fuimos, casi lo echamos todo a perder». Al fin y al cabo, tampoco sabíamos qué sería de nosotros cuando nos conocimos, cuando pasamos nuestra primera noche juntos o cuando nos casamos. Puede que nos pase como entonces y terminemos subidos al tiovivo de nuevo porque, si echo la vista atrás, parece que estemos en ese mismo punto de incertidumbre.

Es curioso. Hace siete años estaba como ahora, esperando un desayuno en una mañana gris, solo que en la cafetería que había debajo de mi casa. Lis y yo habíamos cenado en aquella azotea tras la boda de Carlota y Jacobo y nos habíamos acostado después. Estuvimos horas hablando entre arrumacos, pero, cuando se le cerraban los ojos, le pedí que se quedara a dormir conmigo. Ella sonrió y declinó la oferta. «A la próxima, Gato», dijo con esa sonrisa dulce que me habría comido como una golosina. Se calzó sus tacones, llamó a un taxi, la acompañé hasta la puerta y se despidió de mí con un beso en los labios. Me desperté pocas horas después, cansado, con una ligera resaca y muchas ganas de ella. Lis entró en mi vida como un ciclón de sonrisa suave y yo no tenía ni motivos ni ganas para frenarlo. Así que me levanté, me di una ducha y bajé a la cafetería de abajo a comprar desayuno... para dos.

Esta vez sí le había pedido el teléfono, por lo que la llamé en cuanto salí de la cafetería para asegurarme de que le apetecía el plan, porque no quería plantarme allí y parecer un acosador o arriesgarme a que mi presencia no fuera bienvenida. Cuando respondió a mi llamada y le pregunté si le parecía bien que fuera a su casa con el desayuno, ella se rio y me llamó loco. Luego me dio la dirección y me lanzó un «Te espero» tan sugerente que se me despertó el bicho.

—Estás como una cabra —me dijo entre risas nada más abrir la puerta.

Llevaba puesto solo un jersey, de esos largos que llegan hasta los muslos y con el cuello que cae por el hombro. Me pareció la cosa más sexy que había visto en años, así que la agarré por la cintura, solté la bolsa con el desayuno en un taquillón que había al lado de la puerta y la besé

mientras la cerraba con el pie. La bolsa quedó aparcada ahí durante horas, las que tardamos en salir de su minúsculo dormitorio y de nuestra pequeña burbuja.

Miro por la ventana de la cocina mientras bulle el café y salen las tostadas. Siete años de eso, madre mía. Nos pasamos el día entre la cama y el sofá, entre risas y conversaciones. Me quedé a dormir también esa noche y, tras esa, todas las que vinieron después. Durante tres semanas solo aparecí por mi casa para coger lo necesario y volver a la suya. «Esto no es normal», reía. «¿Y qué más da?», le respondía yo. A la cuarta semana, me ofreció mudarme con ella. Recuerdo que el primer mes de convivencia pasó sin que me enterase de nada. Por primera vez en mi vida tenía un absoluto descontrol de la realidad, a la vez que sentía un total dominio de mí mismo. Era una sensación tan contradictoria como extraordinaria y lo que más me fascinaba era que me sentía relajado, en calma. No estaba eufórico ni enloquecido ni drogado de Lis. Cuando estaba con ella, simplemente era yo mismo y disfrutaba de nosotros. Solo cuando nos separábamos nos acechaban las dudas sobre la carrera que estábamos corriendo, así que optamos por estar siempre juntos.

Hasta ahora.

—¿A qué huelen las nubes?

Lis me interrumpe con tono jocosos. Lleva una vieja camiseta mía y se sienta de forma relajada para degustar el desayuno, pero ni ella ni yo lo estamos ya. Los besos de la noche y la ternura de la mañana se disipan con cada sorbo de café que damos en silencio. El oasis se hace cada vez más pequeño y creo que los dos pensamos en las mismas cosas, pero tenemos miedo a ser repetitivos. Al fin y al cabo, está todo dicho.

—Tengo que irme ya.

Ella asiente seria y me acompaña a la puerta sin rastro de las risas desnudas que anoche se escuchaban por este mismo pasillo.

—Ven aquí —le digo, y la estrujo contra mí.

—¿Te veré antes de que te vayas? —murmura en mi cuello.

—Lo intentamos. —Le doy un beso en el pelo—. No ha sido un oasis, Lis. —Se separa un poco de mí y me mira—. Esto no es un paréntesis ni una noche loca a modo de recuerdo provocada por la morriña del pasado.

—¿Qué ha sido para ti, Carlos?

—Un paso hacia delante para dejar de ser ella y él. ¿Y para ti?

Sonríe con la boca cerrada.

—También.

—Enseñaremos esa foto a nuestros nietos, te lo prometo. —La beso en la frente—. Pronto, Flor de Lis.

—Pronto, señor Gato.

Y en esta mañana gris, como la que nos despertó cuando empezó todo, termina el oasis en el que sabíamos que se convertirían su cumpleaños y nuestro aniversario. Quién sabe si hoy también será el comienzo de algo. Algo que, por mucho que intentemos disimular, seguimos sin saber si se dirigirá hacia arriba o hacia abajo.

Me encamino hacia la cocina con ese placer que se siente al saber que es sábado y solo hay que preocuparse de hacer café. Recorro el mismo pasillo que ayer envolvía a un Carlos y una Lis alegres, tiernos y divertidos en una noche oasis que todavía no se sabe muy bien qué ha significado para nuestro matrimonio.

No hemos vuelto a hablar desde que se fue de mi casa. Nada. Ni una palabra. Aunque en realidad lo esperaba. Carlos es de ese tipo de personas que, tras unos días de máxima intensidad, la bajan de forma tan abrupta que te da la sensación de que te repelen sin motivo aparente. No lo hace, pero es su forma de calibrar un termostato que se le descontrola cada dos por tres. Arde con tanta intensidad cuando no tiene freno que él mismo se quema, lo que provoca que necesite frío glacial para volver a equilibrar la temperatura.

Permanezco unos segundos abstraída en la puerta de mi cocina mientras intento mentalizarme para no darle demasiadas vueltas, pero tengo un fin de semana por delante y muchas horas de soledad que ocupar, así que tengo que inventarme algo. Alguna actividad. Reviso la cocina y sonrío.

No voy a llamar a ningún programa tipo *Reforma tu casa* para que me deje como nuevo un lugar que no voy a habitar, pero sí quiero al menos hacerle un lavado de cara y adecentarlo un poco. Esta casa es demasiado bonita como para dejarla tan ajada y polvorienta como está. Además, es un deber para mí, ya que me está cobijando en estos días inciertos y quiero ser agradecida. Y no creo que ordene mucho mi cabeza si no organizo antes lo que me rodea.

Así que hoy empiezo por la cocina, que es lo que más utilizo, y limpio los armarios de suciedad y pequeños insectos muertos que hay por los cajones. Como apenas tiene objetos, acabo pronto, de manera que antes de comer ya he limpiado a fondo y ordenado la nevera, he sacado brillo a los estantes que hay sobre la encimera y he fregado el suelo con productos que lo han dejado reluciente. Incluso, por la tarde, me acerco a IKEA y compro una de esas mesas de cocina muy sencillas con un par de sillas a juego y algún que otro objeto de menaje y decoración. No me cuesta nada montar la mesa porque me encanta el bricolaje, por lo que, entre unas cosas y otras, termino la tarde en una cocina reluciente, limpia y desinfectada, y con una mesita muy

mona y un jarrón con flores de plástico que fingen dar algo de color. Esto ya parece otra cosa. Ya es nuestra cocina. El lugar en el que tantos cafés compartió mi madre con vecinas y amigas mientras nos mandaba a jugar al jardín para que no escucháramos las miserias que todas contaban. Problemas maritales, problemas maternos, problemas laborales, problemas familiares. Siempre problemas. Esta cocina está licenciada en Psicología, y ha escuchado más tristezas que cualquier consulta. Y tiene gracia que la terapeuta titular fuera siempre mi madre. En realidad supongo que para ella esos cafés alrededor de la mesa de la cocina eran su propia terapia, porque le permitían salir durante un rato de sí misma y de su miserable vida llena de gritos, reproches y esperanzas truncadas. Centrarse en problemas ajenos era una forma de alejarse de los suyos y de reafirmarse como una persona que estaba en el mundo para algo más que para lo que le habían dicho que debía estar. Siempre me quejé de la importancia que le daba mi madre a estas mujeres cuando irrumpían en casa. Las agasajaba hasta la pedantería para que confiaran en ella y no se fueran, pero lo que empiezo a entender es que para mi madre eran la liberación de sus propias cadenas y la gasolina que le permitía continuar. Las necesitaba. Y qué tóxicas se convierten las relaciones cuando se basan en la dependencia y la necesidad.

Durante toda mi vida esta cocina ha estado siempre ocupada por alguien llorando, maldiciendo o fumando de forma compulsiva. Aunque, si lo pienso, ellas solo venían, se bebían su café y, una vez vomitada su retahíla de preocupaciones, se iban por donde habían venido a seguir con sus vidas. Y todo ello sin preocuparse demasiado por mi madre, porque en realidad a poca gente le interesa las miserias ajenas. Supongo que le daban migajas de afecto para nutrir mínimamente ese débil vínculo que habían establecido, y mi madre fingía que con eso le valía. Pero conociéndola no era cierto. Siempre se quedaría insatisfecha. Siempre esperaba algo más. Al final solo querría tener la posibilidad de contarle a alguien por qué no podía dormir por las noches. Por qué se sentía tan frustrada y enfadada con la vida. Cuál era la raíz de sus continuos desaires. Pero sus precarias amigas huían en cuanto un problema emocional más oscuro y difícil de abordar que el suyo asomaba por la puerta. Entonces dejaban de venir y de necesitar a mi madre, porque todos somos sustituibles, y ella entraba en una depresión extraña. Así pues, al final, éramos mi padre, mi hermano y yo los que pagábamos esos platos rotos.

La línea que separa nuestros actos de las reacciones que generan es muy fina, y no siempre está claro quién actúa bien y quién reacciona mal, pero siempre me ha parecido curioso que a veces las personas huyamos de las consecuencias que causan nuestras acciones. Cuando decepcionamos, nos gusta echar la culpa a las expectativas que tienen los demás, en lugar de reconocer que nos hemos comportado de forma egoísta, interesada, manipuladora o cínica. De esta manera conseguimos hacer sentir culpables a los demás, que tan solo esperaban un trato digno, honrado y respetuoso. Nos escudamos en justificaciones manidas e individualistas en vez de admitir que las expectativas no son siempre lo que falla. En ocasiones el error viene de

nosotros mismos y nuestra crueldad, y ni tan siquiera somos conscientes del daño que hacemos, no solo a la persona que tenemos delante, sino también a quienes la rodean. No queremos aceptar que, cuando ignoramos, menospreciamos, utilizamos o engañamos a alguien, este se siente humillado, inferior y culpable por no ser capaz de alcanzar el estándar que le haga merecedor de la reciprocidad. Eso, creo, le pasaba a mi madre y, en lugar de enfrentarse con sus demonios y cerrarles la puerta, lo pagaba dándonos los portazos a nosotros. Si se daba cuenta o no de la manipulación nunca lo supe, aunque supongo que esa acérrima defensa no era más que un intento por autoconvencerse de que la querían tanto como ella lo hacía. Era además la única forma de sentir que no se daba en vano y de que tenía algo más en la vida que una familia medio rota. Pero, en el fondo, estoy convencida de que sabía que el cariño no era mutuo. El «dime de qué presumes y te diré de qué careces» también se aplica a las amistades. Dime de qué amistad alardeas y te diré la que en realidad no tienes.

Me sirvo un café y me siento en mi nueva mesa, parecida a la que dio cobijo a esas vecinas que tanto odié. El sonido del líquido que vierto desde la vieja cafetera italiana hasta la taza se acompaña con el olor a recuerdos. En el fondo me gusta esta sensación de repetir el ritual que tantas veces escenificó mi madre. Encontrarme con los mismos olores y los mismos sonidos. Pensar en lo que ella sintió, en las lágrimas que derramó en este mismo suelo y en las veces que miró por esta misma ventana. Todo ello hace que tenga la necesidad de coger el teléfono y llamarla.

—Hola, Lis, hija —responde mi madre al otro lado.

Por unos segundos no sé muy bien qué decir, más borracha de sensaciones que de intención real de hablar con ella, pero me recompongo rápido.

—Hola, mamá. ¿Cómo estás?

—Pues bien. Aquí, viendo la televisión. Tu padre se ha ido a saber dónde y me ha dejado sola —se queja.

—¿Y qué vas a hacer mañana de comer?

Mi madre se calla. Creo que le ha pillado desprevenida la pregunta o la llamada en general.

—Lentejas.

—Oh, con lo buenas que te salen.

—¿Quieres que te guarde?

—Me encantaría, mamá.

—Hija, ¿va todo bien? —pregunta extrañada—. ¿Has hablado con Carlos?

—Bueno... —carraspeo—, ayer cenamos juntos, por mi cumpleaños.

—¿Y cómo vais?

—Mejor. —Me rasco la frente porque no sé muy bien cómo hablar de esto con ella. No tenemos esa complicidad—. Vamos mejor. Este viaje nos sentará bien.

—¿Qué viaje? ¿A dónde vais? —pregunta extrañada.

—Carlos se va a Escocia por trabajo. Estará fuera un mes.

—¿Un mes, hija? ¿Tanto tiempo?

—Es una labor muy importante dentro de su empresa y no ha podido decir que no.

—Claro que no, pobrecito mío, con lo responsable y trabajador que es.

Siento ternura porque mi madre no entiende nuestro distanciamiento actual, al igual que tampoco comprendió nuestra boda ni nuestras prisas por casarnos. Aun así, tras el *shock* inicial, y una vez que conoció a Carlos, lo acogió como a un hijo, algo que mi padre no hizo con él ni mis suegros conmigo. Mi madre, qué paradójico ser.

—Bueno —continúa—, pues a ver si os arregláis, aunque no sé yo, hija. Estos tiempos y estas cosas de ahora no las veo claras. Es todo más sencillo. O juntos o separados, pero no a medio camino.

Resoplo y paso mis dedos por las sienes.

—Bueno, ¿y tú cómo estás, mamá?

—¿Yo? Como siempre. Las niñas tienen gripe, pobrecitas mías, Celia está nerviosa con su nuevo trabajo, tu hermano no ve la luz en esa oficina, tu padre... Bueno, qué te voy a contar de tu padre. Y tú... pues, bueno, ya sabes.

—Ya, pero ¿y tú?

—Hija, no te entiendo. Te lo acabo de decir.

Sonrío con mucha pena. Las personas como mi madre se olvidaron pronto de que eran seres individuales.

—No importa. —Desisto—. ¿Sabes? He hecho limpieza en la cocina. La he dejado como nueva.

—Te noto muy rara, Lis. ¿Seguro que estás bien?

Eso también me da pena, que mi madre encuentre tan extraño como yo tener una conversación. Somos dos Inconexas.

—Seguro. Me apetecía llamarte, solo eso.

—Ah, pues muy bien, porque me tenéis abandonada.

Y me da una punzada el estómago porque tiene razón.

—Lo siento, mamá. Tenemos tanto trabajo y tantas cosas en la cabeza que...

—La familia debe estar entre tus prioridades siempre, hija. Somos los que estaremos ahí en todo momento.

Mi madre y su poder para transformar cualquier conversación en una regañina.

—Tienes razón —digo automática.

—No me des la razón como a los locos.

—¡Claro que no! Sois mi prioridad. Intentaré ir a visitaros más a menudo.

—Así me gusta. Y pon orden en esa casa. No sabes la pena con la que me fui el otro día por verla así. Tan destrozadita, con la cantidad de buenos momentos que nos dio.

—Lo haré. Tengo que dejarte, mamá. Hablamos en otro momento.

—De acuerdo, hija.

—Te quiero.

Mi madre se queda callada.

—Y... yo. Me alegra que me hayas llamado. Tu madre siempre estará ahí.

Se marcharon. Las vecinas, digo. Con los años se fueron a pisos más céntricos y manejables como hicieron más tarde mis padres. La relación con todas y cada una de ellas murió en el mismo momento en el que se llevaron sus trapos sucios a otros vecindarios. Mi madre se hundió un poco más, porque, ahora sí, se dio cuenta de que esas amistades eran de todo menos reales y sólidas. No estaban basadas en el cariño, en la admiración mutua, en la superación de obstáculos o en la resolución de conflictos. No había discusiones ni malas caras ni reproches. Todo era una burbuja irreal en la que mi madre tan solo escuchaba y servía café. Qué poco valoramos lo que tantas veces los demás hacen por nosotros. Qué poco se habla de que la amistad, como el amor, también está basada en las ganas y en el respeto. Y las ganas que las amigas de mi madre tenían de ella se esfumaron junto con los camiones de mudanzas que invadieron este barrio hace ya varios años.

Me gustaría decir que si algo aprendí de aquello fue a no dársele todo a cualquiera, a buscar la reciprocidad y a no tomarme demasiado en serio las relaciones personales, porque se esfuman con la misma facilidad que el humo del café. Me encantaría decirlo, pero estaría mintiendo. Porque, al final, todos caemos en ese error en un momento u otro. O en varios. Siempre damos más de lo que recibimos. Cada uno de nosotros, aunque creamos que no debería ser así, pedimos algo a cambio. Todos buscamos ser especiales y únicos para esas personas a las que hemos puesto en un pedestal sin que nos lo hayan pedido. Así que la verdadera lección que aprendí de todo esto fue que, al final, hay que entender que el cariño no se exige, que la complicidad no se puede forzar y que, cuando no hay ganas, hay que aceptarlo sin más. También que la intimidad o la intensidad de nuestras emociones asustan a quienes no les importan y que, por mucho que nos duela, lo echemos de menos o nos ahogue, hay que darse la vuelta con una sonrisa si sentimos que algo no encaja. Igualmente aprendí a no castigar tanto a mi madre. Solo era una mujer deprimida que no sabía cómo gestionar unas emociones que la consumían, que nos gritaba para llamar nuestra atención y que se obsesionaba con sus amigas ya que pensaba que era el único ámbito de su vida en el que, por algún motivo, era necesaria. Sí. Mi madre se perdió mucho antes de que nació y ya nunca supo encontrarse. Y, por mucho que nosotros la buscáramos, lo hacíamos mal. Porque, al final, siempre estaba sentada aquí, en esta cocina, esperando a alguien que fuera su salvación y su condena a la vez.

¿Y quién no ha estado atrapado en ese lugar en algún momento de su vida?

DOS ASTILLAS DISTINTAS SACADAS DEL MISMO PALO

Salgo a correr un rato. Los días empiezan a alargarse con la proximidad de la primavera y es una gozada aprovechar estos últimos rayos de luz. Me abstraigo con mi música, mi cronómetro y mis pulsaciones. Carlos me ha enviado un wasap diciéndome que esta noche me llamaría para quedar e intentar vernos antes de su viaje, y lo cierto es que lo estoy deseando. Pese a las comunicaciones asépticas de los dos últimos días, la noche de mi cumpleaños me dejó muy claro que aún tenemos algo que decirnos y que la partida no ha terminado.

El teléfono me interrumpe a mitad de carrera. Es mi hermano, que me invita a cenar en su casa para celebrar el nuevo trabajo de Celia.

—Pues...

—No vendrán los Inconexos, tranquila. No les he dicho nada. Solo una cena informal.

—Está bien. Me doy una ducha y voy.

En cuanto llego a casa de mi hermano, mis sobrinas me reciben como dos tornaditos que me llenan de besos y preguntas. La una quiere jugar con mi pelo, la otra enseñarme un cuaderno con dibujos. Mi hermano termina de hacer la cena y Celia me cuenta su primer día en el instituto.

—Tendrías que haberme visto, ahí delante de esos veinte chavales. Eso sí es un territorio adverso, en serio. No me han hecho ni caso cuando he llegado, pero, oye, parece ser que el año de paro no ha hecho mella y he recordado enseguida cómo manejarlos.

—Pues ni tan mal, ¿no? —Sonrío.

—A ver cómo se desarrolla el curso. Me han dicho que este es un grupo chungo.

—Justo los que se te dan bien a ti. —Le guiño un ojo mientras mi sobrina me hace el peinado más feo que ha visto el ojo humano—. ¡Ay, Matilde, pero qué guapa me has dejado!

Celia se ríe y la nena se enorgullece. Claudia, la mayor, siente celos y tira de mi americana para que preste más atención a sus dibujos. Dios.

—Si puedes lidiar con esto —digo mirando a Celia—, puedes con cualquier cosa. ¿Cómo lo

haces?

—Con paciencia, hija. No queda otra.

—¡A cenar! —grita mi hermano.

Salvada por la campana.

Brindamos tranquilamente y hablamos de todo un poco. El trabajo ocupa un lugar destacado, pero también la política, la nueva ley que han sacado y, una vez más, las reflexiones sobre la sociedad en la que se están criando las niñas. A Celia y a mi hermano les preocupa, como es lógico. A mí también, aunque con la ligera sensación de que es algo que no va tanto conmigo. Quién sabe si lo irá algún día.

De pronto, de forma inconsciente, miro el teléfono. No hay llamadas ni mensajes de Carlos.

—¿Estás bien? —pregunta mi hermano cuando Celia se va a acostar a las niñas y él termina de recoger y comienza a fregar los platos.

—Sí, ¿por?

—Porque estás tristona y llevabas bien varios días.

—Será por los cambios, que siempre asustan. Tengo mucho trabajo, la marcha de Carlos... Supongo que será eso.

—Todo viene de golpe siempre, ¿verdad? —Sonríe.

—Verdad verdadera. —Le devuelvo la sonrisa—. Oye, César...

—¿Sí?

—¿A ti te afecta estar en nuestra casa?

—¿Cómo?

—Me refiero a si sientes tristeza al pasar tiempo ahí, si te trae malos recuerdos. O buenos. No sé.

César deja el paño en la encimera y me mira con el ceño fruncido, imagino que intentando desggranar por qué su hermana le hace preguntas tan etéreas.

—Pues... no especialmente. —Abro los ojos sorprendida y él lo capta—. Quiero decir... A ver, no tengo muy buenos recuerdos de allí, Lis, ya lo sabes, pero la diferencia entre tú y yo es que yo no los relaciono con la casa en sí, sino con papá y mamá. —Se encoge de hombros—. Lo que intento decir es que a mí la casa me da igual. No le tengo ni apego ni tirria. Solo son paredes, sin más.

—¿Y este piso? —pregunto mientras miro en derredor—. ¿Qué te produce?

Alza las cejas extrañado.

—Yo qué sé. —Resopla una risa—. Me gusta. Es un piso luminoso, bien distribuido. No nos gustaría mudarnos, si te refieres a eso.

—No. —Me río—. Perdona, me he puesto intensa y...

César vuelve al paño y a secar los platos, pero, tras unos segundos de cavilación, vuelve a

abrir la boca.

—Este piso es mi hogar, Lis. Me proporciona el confort de sentirme en casa.

Sonrí con cierta envidia malsana. Yo nunca he sentido eso.

—Creo que por esa misma razón los Inconexos le tienen tanto apego a la casa.

—Supongo que, a pesar de todo, ese fue su hogar.

—Qué triste —digo con un mohín.

—Lo que no sé es cómo hemos salido tan bien tú y yo, la verdad.

—Habla por mí, tú has salido gilipollas profundo. —Me río y él me tira el paño a la cara—. ¡Ah! Qué cerdo.

—Deberías de estar acostumbrada a la porquería, Lagartija, porque te cogimos de la basura.

Nos echamos a reír y la noche termina poco después para mí. Los tres estamos cansados y mañana es «día de escuela», como decían nuestras abuelas, así que llego a casa y me pongo el pijama; pero, antes de irme a dormir, me envuelvo en una manta y decido salir cinco minutitos al porche del jardín para observar las estrellas de esta preciosa noche. Da gusto estar así. Terminar el día de esta forma. Y creo que podría acostumbrarme. A salir a contemplar el cielo invernal antes de ir a dormir o a beberme una Coca-Cola bien fría una tarde de verano con los pies en el césped. También a desayunar en el porche un sábado de otoño, con las hojas rojizas cayendo de los árboles que rodean la casa. No estaría nada mal. La idea fugaz de convertir esta casa en mi hogar vuelve a irrumpir en mí, y esta vez adquiere un poco más de fuerza. ¿Podría llegar a ser feliz aquí, en la casa en la que lloré tanto? Pienso en mi hermano, en las distintas sensaciones que tenemos de este lugar cuando ambos nos criamos con el mismo ruido de fondo. En lo bien que le van las cosas a él y lo revueltas que las tengo yo. En que somos dos astillas del mismo palo, pero tan diferentes que empiezo a pensar que el problema, quizá, no era el palo.

El teléfono vibra con la llamada y sonrío casi con pena. Ha tardado más de lo que esperaba, lo que significa que está realmente agobiado y eso me preocupa.

—Hola, Carlos —digo amable.

—Hola —responde cansado—. Perdona las horas, pero te juro que acabo de llegar a casa directo desde la oficina.

—¿Acelerón pre-Edimburgo?

—Ni te imaginas. —Suspira—. Estamos tan poco preparados... Marcelo se dedicó a vender humo y a no organizar nada, así que ahora me encuentro con que en realidad no había proyecto y he tenido que empezarlo casi de cero. Eso significa que varios departamentos se están volviendo locos porque tienen que preparar en días algo que cuesta meses desarrollar y ni de coña lo tendremos todo listo para cuando me vaya. Habrá que improvisar muchas cosas sobre la marcha, y no sé cómo voy a hacerlo todo solo, Lis. Pedí que otro compañero viniera también para hacer más fuerza y repartirnos el trabajo, pero dicen que no hay presupuesto.

—Cariño... —Frunzo el ceño—. Sé que no te servirá de nada esto, pero piensa que si confían tanto en ti es por algo. Tú jamás los has defraudado ni has bajado la guardia. Eres de los mejores trabajadores que tienen y saben lo que hay. No será culpa tuya si no sale adelante el negocio, Carlos. Lleváis meses con esto y hay mucha más gente involucrada.

—Ya, bueno. Sea como sea, me voy pasado mañana con lo que haya terminado.

—¿Podremos vernos? Antes de que te vayas, me refiero. Me gustaría despedirme.

—Sí —dice muy frío y carraspea—. ¿Por qué no te vienes mañana a casa y cenamos aquí tranquilos?

Arrugo la nariz. En casa. Su casa. Nuestra casa.

—Pues...

—Acabo el día reventado, Lis, no tengo tiempo ni ganas para restaurantes.

Y lo dice tan cansado que le creo.

—Está bien. ¿A qué hora voy?

—Cuando quieras. Yo te aviso en cuanto salga de trabajar, pero tú ven cuando te apetezca. Es tu casa —dice con un tono de reproche que decido ignorar a dos días de su marcha.

—Vale. Descansa, Carlos.

—Igualmente. Hasta mañana.

—Hasta mañana.

Colgamos y yo me quedo extrañada. Incluso siendo Carlos, he notado demasiada frialdad para que sea solo estrés. Lo confirmo cuando un escalofrío recorre mi espalda en forma de inquietud. Tengo la sensación de que algo no cuadra del todo, aunque no sepa qué ni por qué. Sensación o mal augurio. A saber.

DESPEDIDA

Pocas son las veces que Carlos dice una frase al azar sin un objetivo concreto y premeditado. No es que sea un hombre calculador en sus comunicaciones, pero sí es sutil cuando quiere algo. Por eso sé que su «ven cuando quieras» de nuestra conversación de anoche tiene doble sentido. Uno, dejarme claro que tengo la libertad de entrar y salir de su casa, porque la considera nuestra; y dos y más importante, provocar de alguna forma que yo llegue antes que él y así pueda pasar un rato a solas en el que ha sido nuestro hogar durante el último año. Pensará quizá que, de esta manera, se propiciará una reconciliación con esas paredes que tanto odié.

Mudarnos a ese piso se convirtió en el principio del fin, aunque todavía no sabemos si fue la causa o la consecuencia. Lo que sí está claro es que la sugerencia de Carlos, lanzada cuidadosamente, responde a su necesidad de que yo haga las paces con ese lugar.

Y sí, le hago caso. Quiero hacerme creer que deslizo la llave por la cerradura bastante antes de la hora a la que sé que Carlos sale de trabajar porque yo ya había terminado mi jornada y no tenía nada mejor que hacer; pero lo cierto es que lo hago para embeberme de las sensaciones que me produce esta casa, tanto para bien como para mal, y así tener una idea más clara de a dónde apuntar.

El piso huele a él. Al olor de su piel en combinación con la colonia que le regalé una tarde cualquiera al poco de empezar a estar juntos y que ya jamás ha cambiado. Su aroma se entremezcla con el olor a cerrado de todo el día y me viene una fuerte sensación de desasosiego al ver la lobreguez que provocan las persianas bajadas. Así que lo primero que hago es subirlas y abrir todas las ventanas para airear la oscuridad y la tristeza que me genera esta casa. Pero lo hago despacio, habitación por habitación, mientras intento asimilar dónde estoy y lo que me evoca.

Primero entro en la cocina, un lugar pequeño, viejo y sin ventanas que se convirtió en un sitio de discusiones porque cocinar aquí era una odisea de olores. Sigue con los mismos pegotes de aceite endurecido imposibles de quitar y con los baldosines grisáceos sin estilo alguno. Luego voy a mi estudio, una habitación minúscula en la que apenas cabe una mesa y un par de estanterías. Tiene una ventana orientada al norte que lleva sin abrirse desde que me fui, al igual

que el resto de la estancia. Lo noto porque huele a cerrado y está todo tal cual lo dejé. Hasta el bolígrafo que olvidé encima de la mesa está en el lugar exacto. No. Carlos no ha entrado en esta habitación en el último mes. Paso luego por el salón, lleno de colillas malolientes que vacío en la basura como acto reflejo, y abro los dos balcones que tiene. Resoplo porque siguen cerrando mal, a pesar de que cambiamos los cierres cuando nos mudamos. En este piso nada salió bien, ni siquiera las cuatro pequeñeces que hicimos para intentar convertirlo en un lugar un poco más acogedor. Llego a la habitación vacía, que estaba destinada a acoger la descendencia que nunca llegó. Por lo visto la naturaleza fue más sabia y decidió negarnos el milagro de la vida para que nos pudiéramos dar cuenta de que no era el momento y de que solo hubiera traído más caos. Por último, entro en nuestro dormitorio, tan pequeño y oscuro como todo lo demás, y ahora con una maleta en el rincón, vaticinio de su inminente viaje. No puedo evitar mirar con pena nuestra cama, ese espacio que dio cobijo a la expresión máxima del erotismo y que, poco después, lo hizo de la frialdad glacial. Sé que Carlos pretende que recuerde las noches en las que no podíamos parar de desnudarnos, pero estar aquí solo me evoca aquellas en las que dormíamos cada uno en una esquina para evitar rozarnos y en las que mirar el móvil antes de apagar la luz resultaba más placentero que mirarnos a los ojos. Y todo ello rodeado de una infinita pared de gotelé puntiagudo con repuntes brillantes, tan horrendo como incómodo, y un suelo de baldosines frío y hostil.

Tras salir del dormitorio, siento unas tremendas ganas de llorar. De pena, de desazón y de tristeza. Qué infeliz fui aquí. Qué infelices fuimos los dos.

Carlos abre la puerta sobre las diez de la noche y me encuentra sentada en el sofá hojeando una de las mil revistas de decoración que compraba para intentar convertir este piso en un hogar. Se acerca a la puerta del salón y me pilla desprevenida porque no lo he oído entrar. Su expresión es de agobio, eso es verdad. Se le notan los párpados hinchados, tiene más ojeras que el último día y arrastra un semblante en el que lleva escrito «no puedo más». Él sonríe al verme con su gesto de niño tímido, algo que me conmueve y me hace sonreír también.

—¿De qué te ríes? —pregunto.

—De que estás en casa —dice tierno.

Me levanto del sofá, descalza como estoy, y me acerco a él. Nos miramos sin movernos, serios los dos, hasta que cojo su cara entre mis manos y lo beso en los labios. Rozo su nariz con la mía y después le doy otro beso. Él se deja hacer.

—Hola —susurro en sus labios.

—Hola.

Lo abrazo y lo estrecho con fuerza para atraerlo más a mí. Él aprieta la mandíbula hasta que, finalmente, se rinde al abrazo y me agarra del cuello y la cintura. Algo no va bien.

—¿Cómo estás? —le pregunto al soltarlo.

Carlos suspira y se quita el abrigo.

—Molido.

Se dirige al perchero, donde cuelga el abrigo, y se quita también sus botines Oxford desgastados. Yo le sigo.

—Oye. —Me acerco a él—. Como se estaba haciendo tarde, he preparado algo de comer y ya está puesta la mesa del salón. Podemos cenar tranquilos y, después, ponernos alguna serie de esas que son un tostón hasta quedarnos dormidos. ¿Qué te parece el plan?

—Me parece bien. —Sonríe sin escucharme.

Cenamos en el salón con música bajita de fondo, pero apenas hablamos en todo el rato. Carlos está circunspecto y visiblemente agotado, y yo no quiero forzarlo con frases inútiles del tipo «¿estás bien?». Sé que no lo está y él no es una persona que goce del arte de exteriorizar sus sentimientos. Al menos no hasta haberlos masticado. Está cansado y nervioso, a punto de embarcarse en un viaje laboral que lo tiene consumido y con una situación sentimental caótica. Es entendible, cariño, que necesites tu tiempo. Pero, aun así, yo estoy inquieta, no puedo evitarlo. Porque cuando las personas se encierran en sí mismas, por mucho que las conozcas y las entiendas, te hacen dudar del motivo por el que no te dejan entrar, y eso genera inseguridad. Además, te preocupan porque las ves sufrir.

Lo miro ahí, en alguna parte de su mente.

Qué lejos.

Qué pena.

—Carlos... —digo al fin.

—¿Sí? —Alza la vista y se encuentra con la mía.

—Carlos... —repito con suavidad.

—Lis. —Suspira—. Por favor.

Alzo una ceja.

—Por favor, ¿qué?

Deja los cubiertos en el plato y cruza las manos frente a su barbilla.

—Por favor, no me preguntes qué me pasa ni conviertas esto en un drama. No quiero... hablar. Ya lo sabes, me conoces. Tengo la cabeza en mil cosas.

—Te conozco, sí, pero eso no me exime de estar preocupada. Y no te iba a montar un drama —digo con mal tono. Él no responde y se limita a concentrarse en su cena.

Terminamos de comer envueltos en un silencio sepulcral, solo roto por Carlos cuando se levanta a recoger los platos.

—Estaba delicioso todo, Lis. Gracias. —Suspira—. De verdad, gracias.

Y sé que no se refiere solo a la cena.

Me acerco a la cocina y me paro ante el marco de la puerta. Lo observo unos segundos. Está

tan absorto en sus nervios que ni se da cuenta de que está secando los platos con una bayeta mojada.

—Carlos. —Él me mira y alza la cabeza—. Termina con eso y ven a la cama.

Frunce el ceño.

—¿Ahora soy un puto consolador? —espeta.

—No es lo que piensas. —Sonríe y me doy la vuelta.

Cuando Carlos aparece por el dormitorio minutos después, le recibe la luz de la mesita de noche envuelta en uno de mis pañuelos para el cuello, lo que le da a la habitación un aspecto más íntimo y tenue. Además, he puesto en mi móvil música soul, he abierto la cama, me he quitado los botines y los pantalones y ahora me estoy frotando las manos. De forma literal. Él me mira extrañado.

—Desnúdate y tumbate —le ordeno.

—¿Qué...?

—Te voy a hacer un masaje.

Tuerce una sonrisa que ni él puede disimular. Se convierte luego en una risa pillada con la cabeza baja porque le encanta que vuelva a saber manejar sus silencios mohínos, como antes de estar tan distanciados. Sin agobiarlo, pero sin desentenderme. Como un niño enfermo que no quiere que te vayas de su lado, pero tampoco que hagas el menor ruido y lo molestes. Nos sale natural manejarnos, al igual que cualquier pareja que lleva varios años y que aprende los trucos del otro a base de convivencia y paciencia. Y lo mejor de todo es darnos cuenta de que hace unas semanas habríamos terminado la cena con una discusión tremenda. Su actitud esquiva se habría encontrado con alguna frase borde por mi parte. Él se habría sentido ofendido y agobiado, y yo rechazada. Habríamos gritado lo malo que es el otro y acabaríamos la discusión con un «me voy a la cama», añadiendo aún más silencio glacial a la relación. Terminaríamos el día sin saber siquiera qué había desencadenado nuestra ira, pero aun así no la dejaríamos correr. Él es rencoroso y yo no olvido con facilidad, así que masticaríamos el cabreo un par de días y lo empalmaríamos con otro.

Así caímos Carlos y yo. Dejamos de entendernos. Pero aquí estamos esta noche, sin discutir, gestionando la velada con absoluta normalidad. Él necesita su espacio cuando se agobia y yo se lo doy. Yo necesito mis ratos de soledad y él no pone pegas.

Una vez que se ha quitado la ropa, quedándose en calzoncillos, Carlos se tumba encima de nuestra cama y yo deslizo mis manos por sus tatuados brazos y su ancha espalda. Sé dar masajes. Quiero decir que hice un curso hace unos años y nos enseñaron los pasos básicos para dar masajes relajantes. A Carlos le encantaban, y cuando estaba muy estresado me los pedía. Hacía casi un año que mis manos no frotaban así sus músculos, pero enseguida recuerdan los movimientos y serpentean por su piel de gallina.

—Joder, Lis. —Ronronea, y yo sonrío—. Esto es justo lo que necesitaba.

—Si no fueras tan sieso, habría empezado por aquí. —Reímos.

—Lástima que te casaras con un puto rancio, entonces.

«Me volvería a casar contigo mil veces», pienso, pero no digo nada. En su lugar le doy un beso en el cuello que tiene como respuesta otro ronroneo, y continúo a lo mío, que es tratar de relajar esos músculos que hasta yo, que no soy fisioterapeuta, noto más tensos que nunca. Dios, Carlos. La de semanas que debes de llevar con el estrés a cuestas y sin decir ni una palabra.

—Eres pura luz —balbucea.

Es lo último que dice antes de quedarse dormido. Lo noto porque su cuerpo se relaja de forma casi instantánea y su respiración se vuelve más lenta y sosegada. Sigo un poco más, hasta que comienza a emitir pequeños ronquidos que marcan un sueño profundo. Entonces, apago la luz, quito la música y me tumbo junto a él lo más sigilosa que puedo a la vez que alcanzo el edredón para taparnos. Ni me planteo no quedarme a dormir, tanto por las horas como por la pereza y por querer pasar la noche a su lado. Algo que parece ocurrirle también a él, ya que, antes de acomodarme y cerrar los ojos, Carlos ya se ha acurrucado junto a mí, aún dormido, y me ha agarrado por la cintura en un acto reflejo. Yo sonrío porque me gusta que se pegue a mí por inercia, como antaño.

Sí, odio este piso con todas mis fuerzas y jamás será mi casa, pero me queda claro dónde está mi hogar.

Por la mañana me despierta un beso en la mejilla seguido de una caricia.

—Lis —susurra en mi oído—, tengo que irme a la oficina.

Abro los ojos y los cierro. Me pesan una barbaridad, así que intuyo que es bastante pronto. Los vuelvo a abrir y veo a Carlos sentado en el borde de la cama, junto a mí, recién salido de la ducha y vestido con ropa cómoda.

—¿A la oficina?

—Tengo que ultimar algunos detalles con un par de departamentos y me voy directo al aeropuerto.

Me incorporo y me quedo sentada frente a él.

—Entonces ¿ya no te veo? —digo mientras me froto los ojos.

—Cuando vengas a Edimburgo. —Sonríe con la boca torcida—. Allí te espero.

Se acerca y me da un beso en los labios que acojo mientras le acaricio la cara.

—Todo irá bien, Carlos, lo sé.

Asiente y se levanta. Y yo con él.

Llegamos a la puerta y veo que ya ha dejado ahí su maleta grande.

—Ven aquí —dice.

Nos abrazamos y nos damos un beso que sabe a despedida, pero también a esperanza porque parece que lo estamos haciendo bien. Carlos enreda su mano en mi pelo y nos miramos.

—Gracias. Por la cena, por el masaje, por darme espacio y por quedarte a dormir.

—No hay de qué. —Sonrío y él frota su nariz con la mía—. Avísame cuando llegues, por favor.

—De acuerdo.

—Irá bien, estoy tan segura... Pero, pase lo que pase, estoy contigo.

—Lo sé.

Cuando cierro la puerta de casa, me apoyo en ella un segundo y observo la entrada. Me río para mis adentros porque la escena es como cuando nos dimos un tiempo, pero al revés. Como un ciclo que termina y comienza de la misma manera, solo que esta vez es él quien se va con una maleta mientras yo me quedo contando los horribles baldosines que hay en el suelo de la que fue mi casa.

LUZ Y OSCURIDAD

Los auxiliares de vuelo reproducen las instrucciones de seguridad mientras el avión comienza a rodar por la pista. Yo miro por la ventanilla y, de forma inconsciente, doy vueltas a mi alianza con los otros dedos de la mano y no paro hasta que ya hemos despegado. Frunzo los labios cuando me doy cuenta del movimiento que estaba haciendo. Es curioso que no nos percatemos de cuánto echamos en falta los pequeños detalles que acompañan a una persona hasta que no dejamos de percibirlos. Supongo que al convertirse en rutina terminan por pasar desapercibidos sin que les demos mayor importancia, pero laten con fuerza cuando ya no están presentes en el día a día. Es por eso por lo que con el tiempo acabas recordándolos y, por tanto, añorando a la persona que los atesora. Lo que yo echo en falta ahora mismo sin ser consciente de ello es la mano de Lis apretando la mía tan fuerte que se me duermen los dedos, porque ella tiene pánico a volar. Los momentos previos a coger un avión con ella es como estar al lado de un mueble. No habla ni gesticula ni hace el menor movimiento. Se convierte en un ente silencioso de rictus hierático que no se mueve hasta después del despegue. Un espectáculo de reacción que descoloca la primera vez que lo vives.

«¿Qué te ocurre? Llevas un rato muy rara», recuerdo que le pregunté hace siete años, en el primer viaje que hicimos juntos en avión porque noté que me apretaba la mano y cerraba los ojos con fuerza. Estábamos en el vuelo que nos llevaría a emprender nuestro viaje de novios. La había notado muy ausente en los minutos previos a embarcar, pero supuse que serían los nervios del viaje en sí y no le di mayor importancia. La cosa fue a peor cuando ocupamos nuestros asientos y vi cómo mi mujer se transformaba en un fantasma pálido incapaz de articular palabra.

—No..., nada —susurró con un hilo de voz mientras el avión comenzaba a moverse.

—¡Lis! —Me giré hacia ella—. ¿Qué te pasa? ¿Te encuentras mal?

—Estoy bien.

—Cariño... —dije mientras trataba de localizar al auxiliar de vuelo para pedirle agua, pastillas o algo.

Abrió un ojo y me miró. Debió de verme preocupado y descolocado porque tragó saliva y soltó un «Es que tengo mucho miedo a los aviones» tan bajito que casi no la escuché. La intenté

abrazar, pero me rechazó sin palabras. Solo quería cogerme la mano y que no le diera más importancia. Me dejó claro que ella sola gestionaría su miedo. Conmigo al lado, sí, pero sin dejarme intervenir. Yo le apreté la mano y me quedé callado hasta después de despegar, momento en el que ya se tranquilizó y no volvió a pronunciar una sola palabra más sobre su fobia. Así es Lis, llena de miedos y manías absurdas que supera en silencio y sin ayuda.

Pura luz.

Y yo casi se la apago.

O ella, no lo sé.

Todavía intento responderme a la pregunta de qué nos pasó. ¿Cómo caímos en un pozo tan hondo que no se veía el fin? Por muchas vueltas que le he dado durante este tiempo, no he llegado a obtener respuesta alguna y me da miedo que, ahora que estamos mejor, la situación sea tan solo una remontada irreal. Un espejismo de lo que fue y que, al final, termine en una reconciliación vacua que acabe por destrozarnos del todo. Si no sabemos qué errores hemos cometido, ¿cómo vamos a aprender de ellos y así evitarlos? No solo se trata de ir poco a poco, que también, sino de asimilar qué pasó y qué hicimos mal. Y yo, a pesar de la distancia que hemos tomado este último mes, apenas he podido reflexionar sobre mi propio matrimonio por culpa del estrés laboral.

Cuando me tumbo en la cama del que será mi apartamento durante este mes, lo hago dejándome caer, cansado, con el cuerpo dolorido, cabreado y con un dolor de cabeza que me parte en dos. Son más de las once de la noche y llevo todo el día en movimiento. Primero he madrugado para ir a la oficina, luego he tenido que trabajar un rato, correr al aeropuerto, llegar a Edimburgo, coger un taxi que me ha llevado al miniapartamento que han alquilado para mí estos días, llamar a Lis y a mis padres, deshacer la maleta, bajar a localizar un supermercado en el que comprar las cosas básicas, situar la oficina en la que daré la formación, darme una ducha y preparar la agenda de mañana. Ayer me despertaba con Lis entre mis brazos y hoy me duermo en una cama solitaria, extranjera y fría. Y, aunque la echo tanto de menos que me revienta, ahora solo puedo pensar en mañana, en la formación y en las dos llamadas que he recibido de mi jefa y del CEO que, con cierto tono de presión, me han recordado que tengo que terminar parte del programa. Un programa que sé que sacaré adelante, aunque aún no tenga ni idea de a qué precio ni, sobre todo, con qué recompensa.

Lis siempre dice eso de que quien siembra, recoge, pero yo nunca he creído en ese mantra, quizá porque la vida me ha mostrado otra cara. O quizá porque soy un desconfiado. Nos han metido en la cabeza que, si damos algo, se nos devolverá y que, si luchamos, obtendremos lo que codiciemos porque con esfuerzo podemos conseguir lo que queramos. Debemos ser positivos y

ver el lado bueno de los ciclones que nos pasen por encima; que, si nos queremos, todo nos saldrá bien. Pero yo no creo en nada de eso. Ni en el karma ni en el destino ni en que tenemos lo que merecemos. No. La vida me ha enseñado que el esfuerzo, por mucho que te quedes sin aliento, no siempre obtiene su recompensa y que, a veces, no consigues aquello por lo que tanto has luchado. Porque las cosas, por lo general, no solo dependen de uno mismo. No siempre se valora el trabajo duro como se merece y, en lugar de la deseada palmadita en la espalda, se obtiene una patada en el estómago y que nadie te eche de menos cuando te cierran la puerta en las narices. Tampoco los problemas nos garantizan una compensación con futuras alegrías ni dar amor significa recibirlo de vuelta.

Tantas veces nos quedamos con las manos vacías, desnudos, apaleados y sin saber qué hacer, preguntándonos por qué no nos ocurre lo que nos han prometido. Porque no siempre hay algo bueno en lo malo que nos pasa o no está en nuestra mano alcanzar las metas marcadas. Es la vida. Y no nos debe absolutamente nada.

EL JARDÍN OXIDADO

Mi hermano se presenta en casa pasadas las diez y media de la mañana. Tarde, como siempre. Reconozco que yo no soy una abanderada de la puntualidad, pero lo de César es harina de otro costal. El tío se pasa bastante, además, cuando llega ni pide disculpas ni saca excusas absurdas. Ha llegado una hora tarde y no hay más.

—Lo verás normal —le digo a modo de regañina cuando le abro la puerta.

—¿Qué tal? —Sonríe y entra como si nada.

—¿Quieres un café? —pregunto con mal tono.

—Vale, sí.

Vamos a la cocina y mi hermano se sorprende al verla tan limpia, tan habitable y tan nuestra.

—Madre mía, Lis —dice—, está tan... Solo falta mamá sirviendo café y alguna de sus amigas encendiéndose un pitillo, ¿verdad?

—Anda. —Sonríe, aún molesta por su tardanza—. Siéntate.

Señalo la mesa y mi hermano obedece. Sirvo el café desde el termo en un ceremonial que imita a nuestra madre. César lo reconoce y se ríe.

—Es que no sé qué hacer, Irene. —Imita con su voz y su tono a cualquiera de las vecinas—. Este hijo mío me va a volver loca.

Nos reímos y me siento a su lado.

—¿Celia no ha querido venir? —pregunto mientras bebo un sorbo de café.

—¿Celia? ¿Ponerse a quitar trastos del jardín y ordenar el garaje? Si le pagas... —Nos reímos y le susurro entre dientes que son tal para cual.

No le he pagado, pero sí tuve que suplicarle que me ayudara a despejar el jardín y que se llevara en su furgoneta algunos trastos viejos que acampan en el garaje desde ni se sabe o que están olvidados entre hierbajos. Sé que debería tener otras prioridades, como por ejemplo arreglar el salón, donde paso más tiempo, o centrarme en la planta de arriba, a la que subí el primer día para asegurarme de que no había ninguna ventana rota y ya no he vuelto a pisar. Pero lo cierto es que, cada vez que miro por la ventana de la cocina o por la cristalera del salón, este paisaje que roza lo decadente me carcome el ánimo. Por eso prefiero quitar cuanto antes este

puñado de objetos inútiles y oxidados, para así tener una mejor vista y poder aprovecharlo ahora que está a punto de empezar la primavera. Me veo aquí, con un moño alto, un café y un buen libro, entre desayunos al aire libre y ratos apacibles al sol después de comer.

—¿Cómo le va en el instituto? Parece que está contenta, por lo que hablé con ella ayer.

—Sí, la verdad es que sí. Solo el hecho de volver a trabajar ya ha sido bueno para ella. Tendrías que verla, está pletórica. Se cabrea con los críos, con los compañeros o con los padres y ya no nos grita tanto a las niñas o a mí. —Nos reímos—. Está feliz, Lis. Y yo lo estoy más por verla así.

—Muero de amor. —Me llevo la mano al pecho.

—¿Y tú qué? ¿Cómo va la vida de alegre divorciada?

—Qué idiota eres. —Le pongo una mueca de asco—. Para tu información —me coloco un mechón de pelo detrás de la oreja—, creo que Carlos y yo estamos en vías de reconciliación. Al menos lo estábamos antes de que se fuera a Edimburgo. Hasta pasamos la noche de mi cumpleaños juntos.

César alza una ceja en un gesto idéntico al de mi padre. De tal palo, tal astilla.

—¿Y qué haces en esta casa todavía?

—Bueno, aún es pronto... —Suspiro porque la respuesta a esa pregunta no tiene nada que ver con mi matrimonio—. Queremos ir despacio esta vez y hacer las cosas bien. Este mes en Edimburgo nos irá genial para eso, creo yo, y a la vuelta hablaremos y tomaremos una decisión.

—Me parece lo más sensato. —Y lo dice mientras me aprieta la mano—. ¿Cómo le va en Edimburgo?

—Bien. Anoche hablé con él. Lo llamé para ver qué tal le había ido el primer día de formación y estaba contento. Me contó que al principio la sala le impuso un poco porque había unas veinticinco personas pendientes de él, pero fue todo muy fluido y dice que la gente está receptiva y con ganas.

—¡Veinticinco personas, vaya!

—Sí, bueno. Al ser su primer día, todo el mundo quería estar. El lunes se reduce el grupo a los que realmente tienen que recibir la formación, pero ya sabes que cualquier excusa es buena para pasarse un día sin hacer nada.

—Ya.

—El caso es que estaba contento. Agotado pero contento. Hablamos poco rato, aunque me dijo que me echaba de menos, que se había acordado de mí en el avión porque siempre le apretaba la mano cuando volábamos y que me encantaría la ciudad.

—Entonces tiene buena pinta, ¿no?

—No quiero hacerme ilusiones. —Me encojo de hombros—. No me gustaría que fuéramos una de esas parejas que se reconcilian y vuelven a estar como en las primeras semanas de

relación, pero después, cegados por el autoengaño, caen de nuevo en picado porque en realidad vivían una mentira.

—Cuánto os coméis la cabeza. —Sonríe—. Anda, vamos afuera, que no quiero que se me haga muy tarde.

Nos levantamos y comenzamos la operación Limpieza de Jardín.

Entre los dos recogemos los trastos que hay repartidos por lo que antes era un césped sano y brillante. Hay macetas medio rotas, un columpio herrumbroso que desmontamos, un banco de descanso corroído por los años y la lluvia, dos tumbonas de plástico agrietadas y descoloridas... Lo metemos todo en la furgoneta para llevarlo al punto limpio. Echamos media mañana y luego hacemos un parón, cerveza en mano, antes de seguir sudando.

—¿Qué vas a hacer con los hierbajos, la tierra y la piscina? —pregunta mi hermano en medio del jardín.

—Nada. —Me encojo de hombros—. No creo que vaya a vivir aquí, así que esa parte se queda como está. Solo quiero quitar lo que está roído, pero nada más.

—Antes era un no rotundo y ahora es un «no creo» a vivir aquí —dice mi hermano con una sonrisa simulada.

Abro la boca para replicarle, pero la cierro enseguida.

—No sé.

—Bueno. —Sonríe—. ¿Vamos al garaje?

—Venga, vamos.

El garaje es territorio comanche, declarado zona hostil desde hace una década. Las dos plazas de coche quedaron ocupadas hace tiempo por una cantidad infinita de bolsas y cajas que nadie sabe muy bien qué contienen. Algunas llevan rótulos como LUCES DE NAVIDAD Y ÁRBOL, pero otras son una aventura llena de sorpresas.

—¡Mira, Lis! —grita mi hermano tras revolver entre las baldas de una estantería metálica—. Una caja con cintas de casete.

—¡A ver!

Canelita fina, eso hay. Decenas de cintas de todos los tiempos entre las que se encuentran Mocedades, Joaquín Sabina, ABBA y grandes éxitos de, ojito, la Tuna de Arquitectura o La Década Prodigiosa. Y, más abajo, maravillas mías y de mi hermano como *Boom 6*, *Max mix 5*, *Fiesta del rock* y *Canciones de la radio II*.

—La madre que me parió. —Se ríe mi hermano.

—Si encuentras la de *Grandes éxitos de Los Indios Tabajaras*, que le encantaban a papá, te pago un trago.

—Esta te pega.

Le pongo una mueca burlona cuando «El rocanrol de los idiotas», de Sabina, comienza a

sonar. Se ríe más cuando «Camas vacías» le sigue. Continuamos revolviendo cajas y clasificamos con un rotulador las que estaban sin identificar. Al menos ya sabemos qué contienen. Y es que no hay mayor viaje al pasado que reordenar un trastero o un garaje. Porque me he encontrado con libros del colegio, algunos vestidos que mi madre no quiso donar de cuando era pequeña, mis trofeos de atletismo, las medallas de natación de mi hermano y álbumes de fotos que abrimos con curiosidad.

—Madre mía, eres igual que la abuela Felisa —me dice César ante una foto en la que aparece nuestra abuela conmigo en brazos.

—Por eso llevo implícito su nombre. —Sonreímos.

Poco a poco mi hermano y yo nos embebemos de la nostalgia que produce ver tantos recuerdos. Tantas viejas fotos, tantas vacaciones, tantos momentos. Familia, amigos, nosotros dos. Fotografías de mi hermano poniendo caras, muecas o posturas absurdas. Fotografías de nuestros padres delante de monumentos o paisajes, abrazados y sonrientes. Fotografías corrientes que muestran a una familia normal y que, sin embargo, yo he mantenido en blanco y negro en mi memoria.

—Estos me los llevo adentro —le digo a mi hermano en referencia a otros dos o tres álbumes que hay en una caja. Quiero verlos con más detenimiento y en soledad.

—Bueno, pues ya estamos todos. —Se ríe y me señala una caja con cintas caseras de vídeo. Me acerco a ella y la ojeo.

—¿Son nuestros vídeos?

—Madre mía. —Ríe jocoso— ¡Aquí pone COMUNIÓN DE LIS!

Lo miro y, como lo conozco, intento sin éxito quitarle la cinta de las manos.

—Ni se te ocurra. —Le amenazo con mi dedo índice.

—Pero esto tiene que ser brutal. Tú vestida de repollo.

—César, ni te atrevas. —Me pongo seria.

Pero no sirve de nada. Antes de terminar la frase, mi hermano ya se ha encaminado hacia el salón con la cinta en la mano mientras yo le sigo entre refunfuños.

El mueble del salón tiene un televisor antiquísimo, un aparato de vídeo y otro de DVD. Ya no se pueden ver los canales de televisión, pero sí satisfacer los instintos sádicos de un hermano que necesita reírse de ti para ser feliz.

—Qué horror —resoplo, ya sentados en el sofá, una vez que las primeras imágenes del día de mi primera comunión aparecen en la pantalla—. Sí que parezco un repollo.

—Dios, qué cosa más fea. Mamá se vino arriba con todo el equipo. —Ríe y yo le doy una palmada en el muslo—. Anda, trae más cerveza.

Me levanto a por alcohol, la única forma que hay de pasar este trago, y cuando vuelvo mi hermano ha adelantado el vídeo hasta la parte del banquete. No tiene nada de especial, y es igual

a los millones de comuniones de mi generación, pero me sorprende al ver que no solo yo estoy feliz y pletórica, sino que también lo está mi madre. Lleva unas sandalias de tacón de aguja, un vestido estampado de seda hecho a medida y un tocado tan sofisticado que parece una aristócrata.

—Qué guapa estaba mamá —digo embelesada porque no recordaba que mi madre, antes de ceder a la pereza y de tener como uniforme dos chándales y algún pantalón por si se tenía que arreglar un poco, era una mujer estilosa, con gusto y que solía despertar admiración. Al igual que esta casa.

—¡Mira Celia, es clavada a Matilde! —Sonríe y yo muero de ternura.

El vídeo termina y, cuando estoy a punto de levantarme del sofá, nos damos cuenta de que hay otro detrás. Se titula CUMPLEAÑOS LIS, DIEZ AÑITOS. Mi hermano, aburrido, se dispone a volver afuera, pero, cuando aparece nuestra madre en las imágenes, nos quedamos anclados al sofá. Es mi padre quien graba, en el mismo jardín que hemos limpiado hace un rato. Resulta curioso que, en lugar de grabar a la cumpleañera y a todos los niños que correteaban al aire libre, se centre en su mujer casi todo el tiempo. Ella le sonríe y saluda a la cámara. A veces también se pone vergonzosa. En un momento dado, mi padre la pilla desprevenida por detrás y ella le dice entre risas un «Qué tonto eres, Julio» que a mí me hace temblar. Viste unos pantalones de tweed grises y una blusa azul marino a juego con el pañuelo que lleva al cuello. Vigila a toda la prole de niños que jugamos y saltamos por el jardín. Diría, si no la conociera, que parece una mujer en paz. Feliz, incluso. ¿Qué te pasó, mamá? ¿Cuándo empezaste a gritar? En el vídeo corro hacia ella para darle un abrazo y mi madre me corresponde entre carantoñas. «Mi pequeña Lagartija bonita. ¿No es la niña más guapa del mundo?». Se lo pregunta a mi padre que, tras la cámara, no pierde detalle. «Ya lo creo que sí», dice él. «Trae, Julio, déjame grabar a mí».

Entonces mi madre coge la cámara y graba a los niños. Ahí se nos ve tan felices a mi hermano y a mí... Yo estoy organizando los juegos entre saltitos y vueltas por el jardín mientras mi hermano intenta tirarme piedrecitas con un tirachinas. «¡César, pórtate bien!», le riñe mi madre y él se pone a hacer tonterías delante de la cámara. Los dos nos reímos al verlo, pero cada uno en sus propios pensamientos.

Después de entretenerse durante un rato con los niños, mi madre los deja tranquilos y hace un barrido del jardín y de la casa, hasta que mi padre se cruza en el plano. «¡Julio! Saluda, cariño». Y él saluda con la mano mientras corre tras nosotros. Mi madre se ríe, feliz. «¡Estás muy guapo, mi amor!», le grita. Él le lanza un beso y yo abro mucho los ojos porque apenas me puedo creer lo que estoy viendo.

—¿Le acaba de decir «Estás muy guapo, mi amor»? —pregunta mi hermano, tan sorprendido como yo.

—¿Qué coño es esto, César?

Mi hermano no responde, pero tampoco puede apartar los ojos del televisor. Finalmente, el vídeo acaba y nos quedamos en silencio unos segundos, tratando de asimilar que hubo un día que fuimos una familia normal y feliz, y que mis padres...

—Supongo que se querían. —Mi hermano interrumpe el silencio—. A ratos y a su manera.

—Me lo has quitado de la boca. —Suspiro.

—Tengo que irme, Lis. Se me hace tarde y Celia me estará esperando para comer.

Asiento y ambos nos levantamos serios. De hecho, apenas nos despedimos con un «Dale un beso a mis sobrinas» y un «Que vaya bien». Estamos demasiado ensimismados en lo que acabamos de ver como para volver al mundo real así de rápido.

Mis padres. No había en esa cinta ni rastro de los gritos, las broncas continuas, los desprecios, el mal humor o los insultos. En su lugar aparece un hombre que enfoca a su mujer constantemente, mostrando admiración, y una mujer que le dice «guapo» o «cariño» a su marido. ¿Eran felices entonces? ¿Quedaron los momentos de ternura enterrados entre tanto desdén? La encrucijada que supone analizar el matrimonio de mis padres no tiene fin, eso lo sé, así que lo único que me preocupa es no repetir sus patrones. Porque en algún momento fueron una pareja normal que se quería, se respetaba y se admiraba, hasta que todo eso se disipó y comenzaron a odiarse. Vivieron de rentas el resto de los años, supongo, y aguantaron anclados en unas ideas del siglo pasado que no tienen sentido hoy. O eso he creído siempre. Sea como sea, lo que no quiero es que Carlos y yo caigamos en esa misma trampa y que el desdén y el desapego nos hagan olvidar lo que un día fuimos. Que se rompa el enamoramiento. Que pasemos de ser marido y mujer a convertirnos en dos hermanos, dos seres que habitan un mismo espacio al que no pueden llamar hogar. Que deje de gustarnos cómo es el otro, que dejemos de ser los mejores amigos. Todavía no estamos en ese punto, pero nos encaminábamos a él por la vía rápida y lo mejor ha sido frenar.

Después de comer me tumbo un rato en el sofá con una manta. Estoy agotada, tanto a nivel físico como mental, y lo único que quiero es dormir un rato, algo que finalmente consigo después de dar un par de vueltas. Al despertar tengo la tentación de llamar a Carlos para saber qué tal está, sobre todo porque es su primer fin de semana allí solo, pero me abstengo y decido respetar el tiempo y el espacio que nos hemos concedido. Él estará haciendo turismo por la ciudad, ubicándose también, y no lo quiero molestar. Además, estoy demasiado intensa por el vídeo de esta mañana como para tener una conversación banal. Mejor hablamos otro día y aprovecho para salir a correr.

Cuando vuelvo, ha pasado más de una hora, algo que me hace sonreír porque parece que de nuevo cojo el ritmo. Me doy una ducha, embadurno mi cuerpo y mi cara con cremas y esencias y

planeo una noche a base de pizza y alguna serie de estas intrascendentes que, de tan absurdas, no te hacen pensar. Pero, antes de todo eso, me siento en el sofá con una copa de vino y cojo uno de los álbumes de fotos que he traído del garaje.

Paso las hojas despacio, mirando bien las fotografías de toda una vida. Lis bebé, Lis con pañales, Lis correteando por la casa, Lis con una corona de cumpleaños, Lis con sus abuelos, Lis con César, con su madre, con su padre, con más niños. Y en todas sonriendo.

Menos en una.

Se me pone un nudo en la garganta porque sabía que me iba a topar con ella en cualquier momento. La estaba buscando, he de ser sincera, ya que esta foto tiene mucha historia y es importante para mí. Fue primordial para mí. Yo tendría seis o siete años y fue tomada en una pradera preciosa llena de flores y hierba. Minutos antes de capturar la imagen, mis padres habían discutido mucho por algo que había hecho César y, con su pelea, ensombrecieron un día en el que habíamos salido de excursión, con pícnic incluido. Aun así, mi padre trató de salvarlo y se dedicó a hacer fotografías con una cámara recién comprada. Pero ni mi madre ni César ni yo teníamos el ánimo para nada, así que esta foto muestra a la Lis que recuerdo, una niña seria, cabizbaja, con los ojos vidriosos y la mirada triste de alguien que todavía no comprende por qué tiene que vivir entre gritos, desdenes y desprecios. Inspiro hondo ante tantos malos recuerdos. Sé bien lo que tengo que hacer.

Hace algunos años, cuando pasaba por una época en la que no me encontraba muy bien, decidí acudir a una psicóloga para que me ayudara a manejar mi cabeza. Hablamos mucho de mi infancia y de mi familia, y lo analizamos todo en detalle. Yo no paraba de culpar a mis padres de mis problemas, y tiraba piedras de manera constante contra ellos y contra mí, de forma que mi autoestima cayó en picado por lo cruel que podía llegar a ser conmigo misma. Sentía que nada valía, que yo no era suficiente y que no me había convertido, ni de lejos, en la persona que quería ser. Tanto fue así que llegué a despreciarme hasta niveles insostenibles. Una tarde la psicóloga me pidió que para la siguiente sesión llevara una fotografía de cuando era niña. «Escoge una que refleje cómo te sentías», me dijo. Y le hice caso. Rebusqué entre los álbumes que hoy hemos encontrado en el garaje y escogí la foto que tengo justo frente a mis ojos.

Cuando volví a la semana siguiente, miramos la fotografía.

—Se te ve muy triste —señaló.

—Lo estaba. Por eso la he elegido —respondí yo.

Le conté la historia tras la foto y entonces ella hizo algo que no esperaba.

—Imagínate, Lis —me dijo—, que vuelves al pasado y tu yo adulto se encuentra con esta niña en el mismo momento de la foto. Dime, ¿irías a consolar a esta chiquilla tan triste, enfadada y disgustada?

—Claro. Sí. —Fruncí el ceño.

—¿Le dirías «No pasa nada, pequeña, todo irá bien»?

—Sí... sí.

—¿La abrazarías fuerte y le prometerías que siempre vas a estar a su lado?

La garganta comenzó a picarme.

—Sí —repetí rotunda.

—¿Que no importa cuánto discutan sus padres porque tú nunca la abandonarás y siempre cuidarás de ella?

—También —murmuré con los ojos llenos de lágrimas.

—¿Y que la protegerás y no dejarás que nadie le haga daño jamás?

Asentí de nuevo, ya sin palabras.

—Dime, Lis, ¿y si ese «nadie» del que quieres proteger a esta niña fueras tú misma?

Entonces comencé a llorar de forma inmediata y sin previo aviso. Pero ella no se detuvo.

—¿Y si tú eres la persona que más daño le hace a esta niña? La que le tira piedras día tras día, la que señala sin descanso sus defectos y los de su familia, la que no para de buscarle imperfecciones hasta el punto de hacer que se aborrezca.

Me tapé los ojos en un acto reflejo. Somos nuestros peores monstruos y, en lugar de querernos y protegernos como quien protege a un niño, nos hacemos daño hasta que nos rompemos. Y mis padres no tienen la culpa de eso. Ni siquiera sus gritos y discusiones la tienen. Ser adulto consiste en responsabilizarse de nuestras acciones y de nuestra forma de ser, y en ese preciso momento entendí que yo debía dar un paso adelante.

Pero, por mucho que lo trabajara con mi psicóloga, ahora veo la foto y me vienen los recuerdos de tantas cosas feas que pasaron, por lo que no puedo evitar revivirlo todo. Las lágrimas silenciosas corren por mis mejillas. Un recuerdo lleva a otro y todos terminan en mi habitación.

Cierro los ojos, inspiro hondo y trato de sobreponerme a ellos. Al menos a los ingratos, porque aprendí hace tiempo que anclarse a ellos solo hace que la rabia y el rencor se nos acumulen muy adentro. Y, si hay algo que tengo claro, es que ambos sentimientos siempre salen de nosotros en forma de gritos, desprecios y desdén.

RUEDAS PARADAS QUE VUELVEN A GIRAR

Carlos! —respondo a su llamada—. ¿Cómo estás? —Hola, Lis. —Lo escucho animado—. ¿Qué tal? ¿Te pillo bien?

—¡Claro! Estaba a punto de salir a correr, que se ha quedado una tarde de domingo espectacular, así que aprovecharé y veré el atardecer. ¿Cómo va todo?

—Muy bien. Ayer estuve todo el día de turismo como un guiri más para conocer la ciudad, y hoy pasearé por la zona donde está el apartamento y la oficina. Tengo que aprender cuanto antes a manejar por estas calles. Y luego supongo que me pondré a acondicionar un poco el apartamento.

—Has estado ocupado. —Sonrío.

—Ya te digo. También he hecho cientos de fotografías y he apuntado un par de buenos restaurantes.

—¿Te gusta la ciudad?

—Mucho, sí. Tiene un aura distinta. Es... nostálgica, creo. Te lleva a siglos pasados. Estoy seguro de que te encantará, Lis.

—Le tengo muchas ganas. Llévame a sitios bonitos, ¿eh? —Nos reímos y rompemos un poco el hielo.

—Ya tengo una lista de sitios que quiero que conozcas porque llevan tu nombre.

Creo que eso también es una forma de decir te quiero.

—¿Cómo va el curso?

—Bueno, solo llevamos un día, lo peor está por venir. Pero al menos ya estoy aquí. La cosa cambia cuando conoces a la gente y les ves las caras. Pierdes el miedo y todo es más fluido.

—Me alegro, Carlos. Sabía que sería así. Ya te dije que lo harías genial.

—Estoy más tranquilo, al menos. Este fin de semana me ha venido bien para descansar y desconectar un poco.

—Eso está mejor que bien.

—¿Y tú qué tal? ¿Qué has hecho?

—Uf. —Me río—. Apenas he salido de casa y solo he visto a mi hermano, pero ha sido un fin

de semana muy intenso.

—Ah, ¿sí? ¿Y eso?

—César vino a ayudarme con los trastos del jardín y el garaje. Encontramos fotos y vídeos familiares y estuvimos viéndolos. Fue raro porque en uno de ellos mis padres aparecían muy unidos, ¿sabes? Muy cómplices, muy tiernos el uno con el otro. Nada que ver con el odio que han destilado siempre.

—Supongo que tendrían, y tendrán todavía, sus buenos ratos.

—No sé. Imagino que sí, pero fue muy impactante verlos así de felices.

—Es lógico, pero tienes que superar eso ya, Lis. —Cuando le escucho decir eso, frunzo el ceño—. No eres responsable de cómo sean tus padres y no puedes pasarte media vida con eso dentro. Todos los padres tienen una historia sentimental que rara vez comparten o muestran a sus hijos. Debemos aceptarlo y no ponerlo como excusa para justificar nuestro propio comportamiento.

—Bueno —carraspeo—, no me he pasado media vida con eso dentro ni lo pongo como excusa de nada. Ha sido algo incómodo con lo que lidiar y ya —digo seria.

Él suspira y trata de ser conciliador.

—Lo sé, pero me refiero a que al final están allí. Todo termina siempre allí. Le das vueltas a lo mismo una y otra vez. Tienes que parar, por tu propio bien. Tus padres ya no son responsables de lo que sientes. Y lo que pasó... Eso ocurrió hace muchos años. Aferrarse a ello no tiene sentido.

—¿A qué viene eso? Te cuento una cosa y tú me echas un sermón sin venir a cuento. —Resoplo—. Joder, Carlos.

—Pero joder, ¿qué? ¿Qué coño quieres que te diga? Si te cuento lo que pienso y no es lo que tú quieres escuchar, te cabreas. Y, si no lo hago, te cabreas igual. Mierda, Lis. Pides sinceridad y luego te enfadas. ¿Te das cuenta? Nunca es suficiente, ¡nunca! Contigo siempre tengo la sensación de hacerlo todo mal, de no llegar a no sé qué puto nivel que ni tú misma sabes cuál es, y me cansa. Solo digo que tienes que pasar página de tus padres y cortar el cordón umbilical.

—Quizá es que yo no sé desentenderme de mi familia así como así.

Se hace un silencio que provoca que me arrepienta de mis palabras al instante porque sé qué sentido les dará Carlos.

—¿Eso es un puñal, cielo? Porque a ese juego sabemos jugar todos.

—No, claro que no. —Y lo digo cansada, una vez más, pero sincera.

—Eres la primera que sufre conmigo todas las cosas que hago para mantener a mis padres y la que conoce la presión económica que llevo encima desde que cobré mi primer sueldo. ¿Cómo tienes los huevos de insinuarme eso!?

—¡¡Me has malinterpretado, joder!! En ningún momento me refería a ti. ¡Me refería a mí! ¡A mí! —grito.

—¡A la mierda, joder!

—Pues a la mierda.

Colgamos.

Y, ahora sí, me abro en canal y todo lo que llevo acumulado dentro sale en forma de llanto que no sé cómo parar.

Carlos.

Yo.

Y la rueda del desapego que ha vuelto a girar.

EL ORIGEN DEL DECLIVE

Tiro el móvil encima de la cama y grito todos los juramentos que conozco. Maldigo lo gilipollas que soy yo y lo gilipollas que es ella. No soporto que no podamos tener una conversación normal porque a uno o a otro le sienta mal cualquier palabra y ya sacamos los cuchillos. Ni siquiera sé qué ha pasado esta vez, al igual que no sé qué ha pasado tantas otras veces. Ella dice algo que yo me tomo a mal, yo le respondo de la misma forma y ya no sabemos parar. Esta vez no ha sido gorda, eso es cierto, pero las hemos tenido de largarnos de casa con portazo incluido y no regresar hasta horas después. Y todas comienzan así, de forma sutil. Una ruleta rusa a la que ambos parece que somos adictos, aunque estemos hartos y queramos pararla.

Abro la ventana del dormitorio y me enciendo un cigarro. No debería fumar. Lo dejé hace años y volveré a dejarlo en cuanto pase esto. Observo la ciudad desde un cuarto piso y la verdad es que la vista es impresionante. Da a una de las calles céntricas y desde aquí veo a los turistas que la cruzan, el jolgorio de quienes ríen y cantan a las puertas de los pubs y las luces de una ciudad apacible y con encanto. Exhalo el humo despacio y trato de calmarme un poco. No es que esté nervioso por la discusión, pero me inquieta que volvamos a lo de siempre, a cometer los mismos errores que nos llevaron a la situación en la que estamos. ¿Qué nos pasó para llegar a ella? ¿Cuál fue el detonante de todo?

No lo hubo. Al menos no uno que podamos reconocer y atacar con fuerza hasta derribarlo. Algo concreto y tangible que fuera fácil de identificar. No hubo terceras personas ni secretos descubiertos ni incompatibilidad de caracteres. Tampoco distintas formas de ver la vida o proyectos diferentes. Lis y yo siempre remamos en la misma dirección, hasta que hubo un momento en el que adoptamos ritmos distintos. Y la barca casi se hundió.

Doy una calada y me muerdo la parte interna de la boca. Lis siempre dice que ese es un gesto que hacen los fumadores o exfumadores, pero lo cierto es que yo siempre lo he hecho. Ella cuenta movidas cuando está nerviosa y yo me muerdo la carne interna de la mandíbula.

No hubo un detonante, pero sí hubo un origen. Siempre hay un origen.

Lis y yo éramos jodidamente felices. Nuestros primeros años de matrimonio fueron la consolidación de una relación por la que nadie apostaba, pero que salió adelante como afrenta a

todo aquel que nos miraba con soberbia. Vivíamos en el miniapartamento que Lis tenía alquilado cuando nos conocimos. Era el más cercano a mi trabajo y preferí ganar tiempo en el día a día antes que tener más espacio. Un salón-cocina, un baño completo y una habitación sin puerta. Ese era nuestro hogar. Vivimos durante seis años en una *dolce vita* perpetua en la que no nos cabían más sonrisas, más besos, más bailes en el salón-cocina, más viajes, más cenas con amigos, más fotografías, más ternura, más regalos espléndidos, más proyectos de futuro. Todo era indómito, todo era una sorpresa. Un jodido tio vivo que no paraba de dar vueltas con nosotros dentro. Por supuesto, también teníamos nuestras peleas y nuestros choques. Al fin y al cabo, Lis y yo comenzamos a vivir juntos casi desde el día que nos acostamos por primera vez, sin conocernos más que de un par de flirteos. No teníamos ni idea de quién era el otro, qué le gustaba, qué escondía, qué aspiraciones albergaba. Nada. Nos dejamos llevar por el instinto y fuimos sin pensar en otra cosa. Nos gustaba estar juntos, así que estábamos juntos. Nos gustaba dormir juntos, así que dormíamos juntos. No nos planteamos si era precipitado o no, solo hacíamos lo que queríamos y aprendimos a lidiar sobre la marcha con dos personalidades tan opuestas e iguales al mismo tiempo. Quizá eso es lo que nos mantuvo en pie, que jamás nos planteamos nada. Lo hicimos fácil. Y éramos absolutamente felices.

Pero, hace algo más de un año, ocurrieron dos cosas que lo pusieron todo patas arriba y que se convirtieron en el origen del declive sin que nosotros lo intuyéramos: nos mudamos al piso de mis padres y me ascendieron.

Mis padres son los dueños del piso al que nos fuimos a vivir Lis y yo después de dejar el miniapartamento. Un lugar viejo, frío y hostil que heredaron de mis abuelos. Se cae a pedazos el jodido, pero es grande y está pegado a mi trabajo. Lo alquilaron durante mucho tiempo y eso les aseguraba algo de dinero, pero hace dos años los inquilinos se fueron y el piso se quedó vacío. Intentaron volver a alquilarlo, pero no hubo manera. Era demasiado viejo y mis padres no podían permitirse las reformas que necesitaba, así que decidieron venderlo. Y ahí sigue, a la venta, porque lo cierto es que piden mucho dinero, aunque se nieguen a reconocerlo. El caso es que, como estaba ahí parado, nos preguntaron a Lis y a mí si queríamos ocuparlo, al menos por un tiempo. «Así os ahorraréis el alquiler y el piso no se queda vacío», decían. Al principio no quisimos porque no nos gustaba nada la casa, pero mis padres insistieron y yo al final comencé a verle ventajas.

—Hombre, está al lado de mi trabajo, cariño. Solo tengo que cruzar la calle. Y es mucho más grande, tendrías una habitación para ti sola donde podrías montar tu estudio.

—Ya, pero es que una cárcel tailandesa me inspira más confort que ese piso.

—No será para siempre. Piensa que así podremos ahorrar para comprarnos la casa con jardín que siempre hemos querido. —Sonreí porque sabía que ese argumento funcionaría—. Además, si queremos tener descendencia, aquí no cabemos.

—Manipulador. —Se reía ella—. ¿Y si hacemos alguna reforma, aunque sea pequeña?

—Bah, si no estaremos mucho. ¿Para qué gastarnos el dinero?

Gané la batalla, pero la guerra se nos vino encima. El piso resultó ser, aparte de todo lo demás, incómodo para vivir. La cocina no tenía ventana, las habitaciones eran pequeñas, había más pasillo y espacio inútil que dormitorios y la calefacción se estropeaba cada dos por tres. Lis nunca se acostumbró a ese piso. Para mí no fue tan difícil porque, al fin y al cabo, era la casa de mis abuelos, así que la conocía desde niño. Ella lo intentó, mes tras mes. Se esforzó en conectar con el sitio y en sentirlo como un hogar, pero no lo conseguía y su ánimo se veía afectado. A menudo estaba tristona y con la sensibilidad a flor de piel porque no se encontraba a gusto y no percibía la casa como el lugar al que acudir al terminar el día. Imagino, además, que no tener una oficina a la que ir y pasarse casi todo el día allí metida no ayudó mucho. En cuanto terminaba la jornada, salía disparada como un muelle y cada vez le daba más pereza volver. No era feliz, y yo lo veía. Pero, como iba a ser algo temporal, no le di mayor importancia y le pedía paciencia.

—Pero hasta que ahorremos para la casa que queremos faltan años, Carlos. ¡Años! ¿Y los pasaremos aquí?

—Aguantemos un poco. Al menos para no irnos con una mano delante y otra detrás. Necesitamos un colchón para llevar a cabo nuestros planes.

—Ya tenemos ahorros.

—No los suficientes, Lis.

—¿Podríamos cambiar la cocina al menos? Está llena de pegotes de aceite desde los años treinta.

—No seas exagerada. —Me reía—. Mi hermana ya vivió aquí un tiempo hace algunos años y le fue bien. Ahora nos toca a nosotros.

—Pero yo no soy tu hermana —me decía seria.

Yo no quería ver la severidad que verdaderamente tenían sus palabras y la llamaba quejica. Ella se enfadaba y discutíamos, aunque eran peleas que no creíamos importantes y las tratábamos como meras riñas de convivencia. De hecho, decidimos que era el momento de ser padres y quisimos tener un hijo. Yo llevaba con el tema desde antes de mudarnos incluso, y Lis también lo deseaba, pero estaba pasando por una época de vacas flacas en su negocio y preferimos posponerlo. Así que, cuando las vacas engordaron, nos pusimos a ello con una ilusión que no nos cabía en el pecho.

La ilusión no duró demasiado porque, poco después de tirar los condones a la basura, me ascendieron en el trabajo y todo cayó en picado tan rápido que no nos dimos cuenta. Muchos cambios en pocos meses. Demasiado correr, otra vez. El ascenso trajo consigo una época de muchísimo trabajo, presión y un gran estrés. Al principio no paraba de viajar y, cuando estaba en la ciudad, llegaba tan tarde de trabajar que apenas la veía despierta. De la noche a la mañana

delegaron en mí responsabilidades que no estaba preparado para asumir, tanto a nivel laboral como a nivel humano. Por ejemplo, tuve que realizar mi primer y único despido hasta la fecha por orden de mi jefa tan solo tres semanas después del ascenso. «Ahora ya te has ganado el puesto», recuerdo que me dijo Ana. Adelgacé ocho kilos durante los primeros meses debido al estrés que sufría por querer aprender cuanto antes a manejar con eficiencia, equidad y justicia a todo el equipo que tenía a mi cargo, además de tener que sacar el trabajo adelante de forma productiva. No daba abasto con las responsabilidades laborales ni conmigo mismo. Incluso tuve que tomar pastillas para hacer frente al insomnio que me producía el no poder parar de pensar en todo lo que siempre dejaba pendiente, algo que no le gustó nada a Lis porque tenía miedo de que le cogiera el gusto y recayera en viejos hábitos. Solo existía el trabajo. Llegaba a casa pasadas las doce o la una de la madrugada y me iba a primera hora de la mañana. Siempre cansado, siempre agobiado, siempre malhumorado e irascible. Siempre un puto gilipollas, Carlos, que solo sabías ladrar a la única persona que no debías.

Porque Lis me apoyó en todo. Tenía paciencia conmigo y comprendía la situación, pero también le agotaban mi mal humor y la soledad de una casa que además no le gustaba. Apenas nos veíamos o hablábamos, y parecíamos más bien dos autómatas que caminaban por la casa como fantasmas que ni se rozan. Y quizá ahí estuvo el error. Más que las circunstancias en sí, que no fueron gran cosa, ya que todas las parejas se enfrentan a temas similares en un momento u otro, fue cómo lo gestionamos Lis y yo. Lo dejamos correr cuando debimos haber intentado dedicarnos algo de tiempo. Realizar cosas juntos los fines de semana, por ejemplo, y no pasarlos en el sofá viendo la tele sin hacer nada. Hablar de nuestro día a día, de nuestras preocupaciones o de nosotros antes de apagar la luz cada noche y no estar callados, móvil en mano. Sacar un ratito para acurrucarnos y ponernos tiernos, en lugar de alegar que estábamos cansados y que preferíamos ponernos una película o leer un libro. Tendría que haber asumido que me pasaba el día enfurruñado, que cualquier cosa me sentaba mal y me cabreaba y que, por muy paciente y comprensiva que fuera la otra persona, todo tenía un límite, ese que Lis alcanzó.

Ella intentó hablar conmigo. Me decía una y otra vez que no estaba bien y que no estaba gestionando el ascenso de forma adecuada. Que me hacía daño a mí mismo y, de rebote, a nuestro matrimonio; que había días enteros en los que ni nos veíamos ni hablábamos; que no podía contarme nada porque le respondía con bufidos; que comprendía la situación, pero que pensaba que se me estaba yendo de las manos; que las pastillas para dormir no eran la solución y que necesitaba ayuda profesional para saber cómo lidiar con las circunstancias.

—Ni de coña voy a ir a un puto loquero porque me hayan hecho jefe, Lis, por Dios —le espetaba yo con toda mi mala (y estúpida) baba.

—Deja de llamarles loqueros, para empezar. —Se enfadaba ella—. Son psicólogos y ayudan a lidiar con la mala gestión emocional. Justo lo que a ti te pasa.

—No me jodas.

—¡No me jodas tú! Carlos, por favor, ¿tú te has visto? ¡Pareces un cadáver y a mí me va a dar algo cualquier día porque no soporto verte así! No comes, apenas duermes y ni siquiera las pastillas te ayudan ya. Estás enfadado, irascible, todo te sienta mal y me gritas cada dos por tres. No eres tú, cariño.

—¿¡Y qué coño esperas!? No es fácil salir del jardín en el que me he metido.

—¡Claro que no es fácil! Necesitas consejos de alguien que sepa por lo que tú estás pasando, Carlos. Y, si no tienes referentes en tu propia empresa, que sea un profesional.

—Que no, coño —resoplaba yo—. No necesito nada de eso. Es solo cuestión de tiempo.

—Carlos...

—¡Déjalo ya! Tengo mucho trabajo y me voy a conectar un rato. —Y me metía en la habitación-estudio.

—¿Pero no te das cuenta? —Ella venía detrás de mí—. ¡Son las doce y media de la noche, y mañana estarás en la oficina a las ocho!

—¿¡Y qué quieres que haga!? —gritaba—. ¡Tengo mil cosas que entregar mañana!

—Carlos, por Dios, delega. ¡Te va a dar algo!

—Si empiezo así, ya te digo yo lo que voy a durar en el puesto. —Me reía con sorna.

—Pues quizá sería lo mejor.

—Vete a la mierda.

Le cerraba la puerta del estudio en las narices y ella se iba a la cama. Y así día tras día, mes tras mes.

Al cabo de un año la presión bajó, como es obvio, porque aprendí a manejar el puesto y al equipo. También se terminaron los viajes, el estrés y las jornadas maratonianas en la oficina, pero ya era tarde para nosotros. Ya habíamos establecido una rutina que fue difícil de romper. Una en la que apenas había espacio para los besos y sí para los silencios. Así que la pequeña grieta que se formó cuando nos mudamos se llenó de preocupaciones, ansiedad, enfados, malestar y frustraciones tras el ascenso. De malas contestaciones y de apatía. De cansancio y de frialdad. Y, en consecuencia, llegaron las discusiones fuertes y los reproches que dieron paso a una susceptibilidad que provocaba que cualquier cosa prendiera la mecha, aunque luego ni siquiera recordáramos el motivo. Esas mechas resultan peligrosas, porque vienen de la nada y son absurdas, pero se acumulan y rebosan un vaso que al final termina estallando.

La relación se hizo insostenible de forma muy rápida. Casi abrupta. En apenas un año, las discusiones y los reproches dieron paso a los gritos, al desdén y a los desprecios de una forma tan fácil que ni nos percatamos. Jamás imaginé lo sencillo que resultaría caer en esa espiral cuando vienes de todo lo contrario, y siempre creí que las parejas que terminan así es porque algo traen de serie. Pero ese no fue nuestro caso. Nosotros no traíamos nada de serie. Lo que nos

pasó es que no supimos lidiar con una época de varios cambios seguidos y nos sentíamos frustrados. Estábamos tan enfadados el uno con el otro, además de con nosotros mismos, que no sabíamos cómo abordar una situación que se nos iba de las manos. Nosotros, que tanto nos queríamos. Nosotros, que habíamos sido tan grandes.

Una noche tuvimos una bronca fortísima. La peor de todas las que habíamos tenido. Parecíamos dos leones que luchaban por el único trozo de carne que quedaba en el mundo, y nos dijimos de todo. En realidad no éramos conscientes de lo que salía por nuestras bocas, pero jamás nos habíamos puesto así con otro ser humano. Nunca. Vimos cosas del otro y de nosotros mismos que nos sorprendieron. La inquina, el desprecio. Fue un *shock* para ambos. Tanto que Lis se marchó con portazo incluido y pasó la noche en casa de su hermano. Yo, cabreado como un mono, fui a dar un paseo. Traté de tranquilizarme y de pensar en qué coño ocurría entre nosotros. Cómo podía ser que odiara a la persona a la que más quería. No lo hacía. Odiarla, digo. En realidad a quien odiaba era a mí mismo, pero muchas veces a las personas nos cuesta reconocer el desprecio que nos tenemos y buscamos motivos absurdos para enfadarnos con otros y así justificar nuestra rabia. De esta forma conseguimos excusar nuestro desdén sin tener que reconocer que somos verdaderos imbéciles. Pero en ese momento aún no me admitía a mí mismo todo esto. Todavía me faltaba el tiempo que nos dimos para asimilarlo.

Por eso, cuando Lis volvió a casa a la mañana siguiente, los dos llevábamos escrito en la frente «necesitamos un paréntesis». Habíamos llegado a la misma conclusión a la vez y lo hablamos en una conversación sincera y sin filtros. Si queríamos salvar lo nuestro, teníamos que separarnos.

—Te quiero con locura, Carlos, pero a la vez siento que no te soporto. O no me soporto a mí, no lo sé. El trabajo, este piso, los silencios, los gritos... Todo se me hace cuesta arriba y no puedo más. Hay días que quiero tirar la toalla, la verdad. Y otros me pregunto cómo he sido capaz de pensarlo siquiera. Vivo en un perpetuo estado de bipolaridad y no puedo seguir así. Ni tú tampoco.

—Lo sé —resoplé—. Supongo que necesitamos desintoxicarnos de todo, porque me estoy volviendo loco. Llevamos un año así y esto empieza a no tener sentido.

—Entonces ¿te parece bien lo de alejarnos un poco? Yo creo que tenemos que tranquilizarnos, pasar tiempo separados... Y pensar también en nosotros, en qué queremos hacer, en por qué todo. Sé que estas cosas no suelen salir bien y que ya no somos unos niños para andar con experimentos sentimentales, pero es que no se me ocurre otra cosa.

Yo asentí, con mucha pena y a la vez con mucho alivio.

—¿Dónde irás? —le pregunté—. ¿Quieres quedarte aquí?

—No. Supongo que podré ir a la casa vieja de mis padres. O, si no les parece bien, a la de mi hermano. No sé, la verdad.

—La casa de tus padres... —Fruncí el ceño—. Pero si la odias.

Se encogió de hombros y me pareció que con la mirada me respondía un «más odio este piso y te ha dado igual».

—Tendré que lidiar con ello.

Ni siquiera nos abrazamos en ese momento. Solo lloramos sin tocarnos. A ese punto de frialdad habíamos llegado.

Doy la última calada al cigarrillo y respiro hondo, con mucho sentimiento de culpa. Mi error fue darlo todo por sentado y no pensar en Lis y en nuestro matrimonio cuando yo estaba tan enajenado por el trabajo. Debí haberle hecho caso y haber ido al psicólogo. O haberme tomado las cosas de otra forma. Tendría que haberlo hablado con ella y haber escuchado sus consejos. Cualquier cosa menos lo que hice, apartarla poco a poco hasta que se planteó qué hacía ahí y si queríamos seguir adelante. Y claro que queríamos. Deseábamos seguir adelante con esto y con cualquier cosa que nos pusiera la vida en el camino, aunque antes yo debía aprender que apoyarse en el otro no hace que el problema desaparezca, pero sí alivia la carga y crea un lazo de confianza más fuerte y sólido entre los dos. Yo no me apoyé en Lis, y por culpa de mi desdén, de mi introspección y de mi egoísmo con la casa y el trabajo dejamos de hablarnos, de comunicarnos y de tocarnos. Dejamos de ser nosotros para ser ella y él, como decía Lis. Dejamos de ser marido y mujer para convertirnos en dos compañeros de piso que no se soportaban.

Pero lo bueno es que esos dos compañeros de piso todavía se querían y aún tenían ganas de seguir remando, solo que no sabían cómo hacerlo. Así que, a pesar de la discusión que acabamos de tener hace un momento, creo que alejarnos fue la mejor decisión que pudimos tomar. Nos ha puesto en perspectiva y nos ha tranquilizado. Nos ha mostrado cuánto nos echamos de menos, cuánto nos queremos y lo mal que lo hemos hecho todo. Nos ha obligado a reconectar con nuestra historia y con nosotros mismos.

Cierro la ventana y cojo el teléfono.

Estoy listo para lidiar con esto.

CAMINAR SOBRE UNA CUERDA FLOJA

Carlos nunca me mandó wasaps cursis cuando empezamos a salir juntos. Tampoco seductores o con la intención de flirtear y poner un poco de salsa al comienzo de la relación. Jamás recibí un mensaje suyo que no tuviera más finalidad que la de comunicarme algo de forma práctica, rápida e instantánea. No hubo cosas del tipo «Me ha encantado estar contigo, me muero por repetir», «Te tengo ganas» o «Me acuerdo de lo de hoy y me pongo malo». Nada. Carlos, directamente, me lo decía cara a cara o, a lo sumo, me llamaba por teléfono para hacerlo. Al principio me descolocaba esa frialdad a través de las nuevas tecnologías, sobre todo porque en persona era todo lo contrario; pero entendí que no se siente cómodo teniendo conversaciones íntimas tras una pantalla porque le generan la sensación de falsa realidad una vez bloqueado el teléfono. Tiene la impresión de no haber hablado y, en cierta medida, tiene razón. Para él es imperativo, al menos, escuchar la voz de la otra persona, su tono, sus risas, sus silencios y su improvisación en vez de enviar mensajes calculados, vacíos de los sonidos que nos definen. Carlos es demasiado auténtico y profundo para este siglo. Yo lo aprendí muy pronto. En concreto, horas después de que se fuera de mi casa tras pasar nuestra primera noche juntos, cuando me llamó mientras su olor todavía permanecía en mi cama.

—¿Hola? —recuerdo que respondí sorprendida aquel lunes por la mañana.

Él se había marchado de mi apartamento a primera hora para ir a trabajar. Hacía casi un día que había llegado con el desayuno para dos en la mano, poniendo patas arriba toda mi vida. Cuando cerré la puerta tras su marcha y me encaminé a la ducha, pensé que habían sido las veinticuatro horas más intensas de mi vida. Sentía las dichosas mariposas en el pecho, en el estómago, en el corazón, en el coño y en la garganta. Todo en mí se contraía. No había parte de mi cuerpo que no tuviera el recuerdo de sus labios y de las yemas de sus dedos. Carlos llegó con un extraño sigilo, sin hacer apenas ruido, pero dejando una profunda huella. Cuando por fin respiré y fui consciente de ello, comencé a sentir miedo. Demasiado intenso. Demasiado todo.

Pensé que, al marcharse y volver a la rutina semanal, se nos bajaría la borrachera que llevábamos encima. Que sería como mis últimas relaciones, muy bonito los dos o tres primeros días y, después, la cosa se empezaría a poner rara hasta, finalmente, decaer: «Hoy no me ha

mandado el mensaje de buenas noches que me suele mandar», «Hoy le he llamado y no lo ha cogido», «Hoy me ha preguntado si quería quedar, pero ya no me apetecía». Así que, cuando abrí el grifo de la ducha y el agua caliente resbaló por mi piel, cerré los ojos y me mentalicé de que eso era lo que iba a suceder. «No te enamores, Lis», me repetía sin parar. Pero no sirvió de nada.

—Hola, Flor de Lis —dijo al otro lado del teléfono aquel lunes por la mañana—. Acabo de salir de una reunión y bajo a fumarme un cigarro. ¿Me acompañas?

—Claro. —Me reí—. ¿Qué tal la reunión?

—Aburrida, como todas. —Le escuché dar una calada—. Los jefes tratan de lucirse, los empleados pelotas, de brillar, y los pringados como yo piensan en cuándo terminará todo.

—Suelen ser la excusa para estar media horita sin hacer nada.

—Sí. Y, como a ellos no se les acumula el trabajo, ¿qué más les da? —dijo con un tono de voz que me hizo mucha gracia—. ¿Y tú qué tal?

—Muy bien. Me he dado una ducha, he preparado más café y ahora estaba a punto de comenzar mi tranquila y apacible jornada.

—Genial. —Carraspeó y se puso serio—. Me encantó el día que pasamos ayer, Lis. Fue brutal la forma en que conectamos. Brutal todo. Y la noche lo mismo. Y también anteayer, en la boda. Me apetece estar contigo, ¿sabes? Ya quiero verte otra vez.

Casi me reí por lo repentino que sonó, pero él seguía serio y me quedó claro que esa frase era el motivo real de su llamada y que la había estado conteniendo desde el primer tono. Un wasap enviado en directo.

—Estás loco —le susurré entre risas—. Pero opino lo mismo sin cambiar ni una coma.

—¿Sí? —Casi lo veía con la cabeza bajada y su tímida y disimulada sonrisa dibujada en los labios.

—Sí. Mucho.

—Entonces ¿nos vemos hoy?

—De acuerdo.

—Tengo que dejarte. Te llamo en cuanto salga del trabajo y quedamos.

Luego colgó.

Así es Carlos; conciso, práctico y tierno.

Me enamoré hasta las trancas desde ese primer día, desde esa primera semana, desde ese primer mes. Con Carlos la borrachera nunca se convertía en resaca e íbamos a más, a más, a más. Durmió en mi casa todas las noches después de la primera. No fue premeditado, pero una cosa llevaba a la otra y terminábamos enredados bajo las sábanas en larguísimas conversaciones y toneladas de ternura. Así que yo misma le propuse trasladar a mi piso sus cosas y que no tuviera que pagar el alquiler del mes siguiente. Fue en una conversación normal, tan banal que a ninguno nos sonó raro, rápido o excesivo.

—¿Estás loca? —me preguntó Celia cuando le conté que Carlos se venía a vivir conmigo—. Lleváis... ¿cuánto? ¿Un mes?

—Bueno... —Me encogí de hombros y bebí un trago de cerveza—. No tenemos edad para perder el tiempo, supongo.

—Mujer, que tú tienes treinta años y él tres más, no es que seáis octogenarios. Entiendo que a esta edad haya cosas que vayan mucho más rápido que cuando empiezas y tienes veinte, pero tanto...

—Nos lo pide el cuerpo, yo qué sé.

—Cuidado con lo de dejarse llevar, Lis. En serio. No queráis correr tanto por miedo a que se os escape de las manos.

—No es eso. —Puse los ojos en blanco porque me daba pereza explicarlo y, todo sea dicho, enfrentarme a la realidad—. No estamos jugando a las casitas, Celia. No sé qué es, pero —cogí aire— me supera.

—¡Qué va a ser! —Se rio con cierta condescendencia—. Que te has encoñado, eso es. Y ninguno de los dos sabe para qué sirven los frenos. Pero lo aprenderéis, cuenta con ello.

Creo que la persona que más apostaba por nosotros era el propio Carlos, porque hasta yo tuve mis dudas. ¿Para qué correr tanto? ¿Nos explotará en la cara? ¿Nos aburriremos? ¿Qué haremos después? ¿Y si él está más enamorado del amor que otra cosa? ¿Y si lo estoy yo? Tenía mil preguntas que acechaban como pequeñas sombras entre beso y beso. No obstante, la rutina me sentaba bien porque me estabilizaba y me daba control, y el día a día con él era tan sencillo que entonces no le veía sentido a mis dudas. Todo parecía tan normal desde dentro y tan caótico desde fuera... Tenía amigas que se habían ido a vivir con sus novios tras dos meses saliendo juntos, así que ¿cuál era la diferencia conmigo? ¿Treinta días? ¿En ese tiempo ya deja de ser una locura compartir vida? Por eso nuestra boda, aunque hubiera motivos más egoístas que románticos, fue el puñetazo en la mesa con el que gritamos al aire que éramos una familia y que, para formarla, poco tenía que ver el tiempo y mucho las ganas. Por tanto, nos casamos. Y no volví a tener la más mínima sombra de duda.

—Hola —respondo hoy a su llamada con un tono menos alegre que aquella primera vez, aunque igual de sorpresivo.

He vuelto de los recuerdos de golpe al escuchar mi teléfono y ver su nombre en la pantalla. Y, aunque conozco a Carlos mejor que su sombra y suelo adivinar sus movimientos, este no me lo esperaba.

—¿Nos tranquilizamos, Flor de Lis? —me dice con mucha ternura, y yo acepto la tregua.

—Nos tranquilizamos —contesto con tono conciliador—. ¿Qué haces ahora?

—Miraba por la ventana. Estoy en una calle donde hay algunos pubs y ya he visto dos peleas.

Eso sí, salen, se zurrean, se abrazan y vuelven adentro a por más cerveza. —Nos reímos un poco, sin ganas—. Por cierto, ¿cuándo vienes?

Me descoloca esta pregunta tras la discusión, aunque supongo que también es una forma de no caer en ella y así evitar regodearnos en lo mismo una y otra vez.

—¡Oh! Con todo el jaleo del fin de semana no lo he mirado. Dame un segundo.

Alcanzo el portátil para encenderlo. Mientras, escucho cómo bebe algo que parece saciarle la sed. No puedo evitar sentir cierto alivio, porque hace tan solo un mes habríamos discutido como energúmenos por esto. Me habría echado la bronca por no haber mirado los billetes, por ser un desastre que lo olvida todo e incluso se habría sentido ofendido porque habría pensado que no quiero verlo. Yo lo habría mandado a la mierda, cansada de reproches absurdos que me hacen sentir culpable, y así hubiéramos culminado otro día más, entre gritos y recriminaciones.

—Ya está. A ver... —Pongo el buscador de vuelos que en unos segundos encuentra varias opciones—. Estamos seguros, ¿verdad?

—Lis... —resopla.

—Es que quiero que estemos seguros, Carlos. No quiero forzar, ya sabes. O que nos precipitemos y acabemos como el rosario de la aurora. Quiero hacer las cosas bien, eso es todo.

—Solo es venir a pasar un fin de semana con tu marido, Lis. Que nos diéramos un tiempo no implica que no podamos vernos o que no podamos probar cómo nos encontramos juntos de nuevo. Ha pasado un mes y ambos estamos más tranquilos, así que también será un tanteo.

—No quiero expectativas tampoco.

—Tú solo ven. Fluyamos, como siempre hemos hecho.

Suspiro con alivio, y él también.

—Tienes razón. Fluyamos.

—Eso está mejor.

—Mira, ya me han salido las mejores opciones. ¿Te iría bien dentro de dos fines de semana? Así sería a mitad de tu estancia y...

—Claro. —Y sé que sonrío—. Cualquier día me va perfecto.

—Relleno datos —digo mientras tecleo.

—Paga con la tarjeta de la cuenta común.

La cuenta común. Hacía meses que no la usábamos más que para los gastos imprescindibles de la casa. Ni vacaciones ni escapadas ni comidas o cenas. Nada que denotara que esa cuenta también fue abierta para los gastos conjuntos que disfruta una pareja.

—¿Estás seguro?

—Sí.

—Pues... ya está. Billetes comprados. —Sonrío—. En quince días me zurro con alguien en un pub mientras tú te hinchas a pintas.

—Me avisas cuando termines. Yo soy un cobardica.

—Idiota. —Me río.

—Eso también. —Resopla una risa—. Lis, voy a acostarme ya, que mañana empieza de verdad la fiesta y quiero estar descansado. ¿Te importa?

—Claro que no. —Sonríe de nuevo—. Ánimo con todo, ¿vale? Podrás con esto, Carlos. Estoy segura de que pronto celebraremos otro ascenso.

El silencio nos sobrevuela repentinamente al mentar una de las razones que nos mataron.

—Hablamos —dice serio.

—Suerte.

Colgamos y trago saliva.

Carlos y yo aún somos dos elefantes caminando sobre una fina cuerda floja.

LOS SECRETOS DE VUESTRO DORMITORIO

Tengo un nuevo cliente que me ha mandado tanto material para traducir, hoy lunes a las ocho y media de la mañana, que casi me he desmayado cuando lo he visto. Me va a llevar semanas, meses incluso, terminarlo todo. Y más con lo que tengo ya pendiente. Llevo un año en el que no doy abasto y no calculé que, con estos nuevos encargos, se me iría de las manos. «Pero esto es bueno, Lis», me digo una y otra vez para que no me entre el agobio. Porque sí, lo es. Es agobiante y angustioso por momentos, pero también es bueno. Y no hace falta que me lo diga, solo tengo que acordarme de lo mal que estaba hace un par de años para valorar desde una perspectiva más positiva la sobrecarga temporal de trabajo. Porque cuando eres autónomo y vives unas vacas tan flacas que te obligan a replantearte tu negocio, tanto que temes echar el cierre en cualquier momento, matarías por tener uno de esos días estresantes en los que te faltan horas por la cantidad de trabajo que tienes.

Yo viví esas vacas flacas, y supongo que no será la última vez. En aquellos momentos estuve al borde del precipicio y apenas me daba para pagar las cuotas mensuales de autónomo y los impuestos. Y eso que tiraba de ahorros. Carlos se enfurruñaba conmigo porque me ofrecía un apoyo económico que yo siempre rechazaba. «Solo si el barco se hunde y es estrictamente necesario», le decía yo. Por fortuna no llegó a hundirse, pero fue una época mala. Muy mala. Hasta se me caía el pelo y me salían eccemas por la cara de puros nervios. Fueron unos tiempos tan duros que, como ocurre siempre tras la tormenta, no supe muy bien cómo había conseguido sobrevivir. Así que, aunque hoy casi me haya caído de la silla al ver todo el trabajo que tengo por delante, me acuerdo de los meses en los que notaba un abismo bajo mis pies y ya el agobio es menor. Una cosa detrás de otra y a por ello, Lis.

Pero esta no es mi mejor semana, eso es así. Llego al jueves arrastrándome y con un cansancio abismal provocado por jornadas maratónicas frente al ordenador. Ningún día he terminado antes de las nueve de la noche ni he empezado más tarde de las ocho y media de la mañana, por lo que estoy reventada. No he salido a correr, no he visto a nadie y solo hablé con Carlos el martes, con quien mantuve una conversación de lo más banal y breve. Él también está molido porque, tras las horas de formación, tiene que seguir preparándolo todo en el apartamento. «Vaya

dos», nos reímos antes de colgar. Por tanto no hay mucho que contar sobre estos días. Encima, por si no tenía bastante, mis padres vienen a cenar esta noche. Le conté a mi madre que había limpiado y adecentado la cocina y le faltó tiempo para querer inspeccionarla y pasarle el algodón. Dios, lo que me espera hoy. Y con todo lo que tengo que hacer.

Pongo el altavoz mientras preparo la cena. The White Stripes suenan con su «Hotel Yorba» y subo el volumen a tope para bailarla y cantarla a pleno pulmón. Pues mira, una ventaja de vivir en una casa unifamiliar sin vecinos adosados es que puedes creerte Beyoncé y nadie te va a escuchar hacer el ridículo. Así que disfruto, al menos, de la cocina, de la música y de bailotear mientras preparo todo para la inspectora oficial de casas que no son la suya.

Lo primero que hago es encender unas bombillitas, de esas que van unidas por un cable de varios metros, que he colocado en los marcos de las dos ventanas para dar ambiente. También pongo un par de velas en la mesa, que adorno con lo poco que tengo. La verdad es que, pese a la escasez de recursos, consigo darle un toque sofisticado. Sonrío mientras coloco las servilletas de papel de diseño monísimo porque estoy segura de que a mi madre le van a encantar. Siempre ha tenido buen gusto.

No me equivoco. Llegan los dos refunfuñando, como de costumbre. Yo, que estoy en plan zen y he decidido que digan lo que digan no voy a intervenir y voy a pasar de sus regañinas, solo sonrío y les invito a entrar. Avanzan por el pasillo con su eterno ruido de fondo, pero al llegar a la puerta de la cocina...

—... Y claro, hija, te dije que limpiaras un poco los cristales, porque desde fue...

Mi madre se calla de forma abrupta.

—¡Qué bonita! —exclama mi padre. Yo sonrío.

Pero lo que no me esperaba era la reacción de ella.

En primer lugar hace un barrido por la cocina, tras lo cual se atisban algunas lágrimas en sus ojos. Luego traga saliva y, sin decir nada, se sienta en el sitio que siempre ocupaba en la mesa. Está rígida, tensa y le tiemblan los labios. Reprime un suspiro hasta que el dique contenido que lleva dentro se rompe y comienza a llorar bien alto y de manera notoria, añadiendo alaridos y aspavientos.

—¡Mamá! —digo muy preocupada.

Pero ella no puede ni hablar, así que me siento a su lado y le cojo la mano, aunque enseguida la suelta. Mi padre, en cambio, reacciona como suele hacerlo cuando ve a alguien llorar, se queda en absoluto silencio. Y no es por frialdad, pese a que lo parezca, sino porque tiene un profundo respeto hacia el dolor ajeno y, cuando alguien lo exterioriza, él también lo siente como propio de alguna forma. Empatiza tanto que su forma de dar apoyo es hacer algo práctico para aliviar el dolor: coger pañuelos, llenar un vaso con agua o quedarse de pie como una estatua que espera solícita la siguiente orden.

—Está preciosa, Lis. Preciosa —solloza mi madre al fin.

Luego bebe un sorbo de agua y se suena la nariz. Mi padre, un poco más tranquilo, se sienta en la mesa, como si fuera un autómata que sabe que el problema ya está resuelto y que no se necesitan más sus servicios.

—¿Qué ocurre, mamá? ¿Por qué lloras así?

—Ah, nada, hija. Me he emocionado al ver nuestra cocina tan bonita.

—Ya, pero...

«Casi te ha dado un ataque de ansiedad —estoy por decirle—, y esa no es una reacción normal al ver una cocina bonita, por muy tuya que sea».

—Pero nada. Hacía muchos años que no la veía así. ¿Cenamos, que se nos hace tarde? Tu padre y yo siempre comemos muy pronto y ya tenemos sueño. ¿Verdad, Julio?

—Sí, sí.

—¿Quieres hablar de ello, mamá?

Ella frunce el ceño.

—¿Hablar de qué?

Yo parpadeo varias veces. «De que casi inundas el suelo con tus lágrimas, pero por lo demás...».

—De tu... emoción.

—Hija, ya te lo he dicho, qué pesada estás. Anda, trae la cena de una vez que tu padre se está durmiendo.

Zen, Lis, zen.

Cuando terminamos de atravesar el campo de minas en el que se convierte cualquier velada con mis padres, se levantan y no tardan ni diez segundos en anunciar la retirada. Me viene bien. Mi madre va al baño antes de marcharse y, mientras, mi padre y yo avanzamos por el pasillo hacia la entrada.

—No es por nada, Lis, pero el techo está lleno de telarañas —dice con una sonrisa disimulada.

—El sábado las quito. —Pongo los ojos en blanco—. Tengo pensado hacer una limpieza general también, ajustar algunas bisagras que chirrían, echar un ojo a los cierres de las ventanas...

—¿Quieres que te ayude? Puedo venir y entre los dos dejamos la casa lista en un santiamén.

Me pillan desprevenida el ofrecimiento y su carita de ilusión. Abro la boca para soltar un «¿Ayudarme a quitar telarañas y a arreglar bisagras?» con tono irónico, pero la cierro antes. Creo que mi padre... Creo que quiere salir de casa y tener algo que hacer.

—En realidad no hace falta. —Y en cuanto lo digo le cambia la cara, algo que confirma mi sospecha—. Pero, si no te importa, me harías un gran favor —miento.

—¡Claro! Igual aprovecho y paso la pulidora, que veo el parquet hecho un asco.

—Pero...

—¿El sábado, entonces? ¿A las nueve?

—Y media —protesto.

—Está bien —refunfuña él.

A las nueve en punto del sábado, mi padre aparca en la puerta de casa. Lo sabía. Traidor. Casi me muero de risa al verlo bajar del coche con un mono azul de trabajo, un gorro de propaganda que seguro tiene más de treinta años y su enorme caja de herramientas, solo superada en tamaño por la que me regaló a mí cuando me independicé. Así que yo, para estar en consonancia con él, recojo mi pelo en un moño, me pongo unos *leggings* viejos y una sudadera. El equipo Álvarez listo para emperifollar la casa.

Me subo a una escalera y voy quitando telarañas. Mientras, mi padre se ocupa de bisagras y cerraduras. Después cojo el taladro para colgar un par de cuadros que se habían caído y limpio el polvo con el plumero. Él pasa el armatoste de pulir suelos que descansaba plácidamente en el garaje. Ah, y me ocupo de los cristales de la planta de abajo.

Joaquín Sabina ameniza la jornada de limpieza. De hecho, su ronca voz es lo único que se escucha porque mi padre y yo apenas abrimos la boca. Estamos muy concentrados en nuestras tareas y tampoco sentimos la necesidad de utilizar las palabras.

Siempre nos hemos llevado bien. Así como con mi madre la relación ha sido compleja, con él todo es una balsa de aceite. Era uno de esos padres estrictos aunque razonables que marcaban distancia contigo, pero que, de alguna forma, te hacían saber que siempre estarían ahí. Jamás estuvo demasiado ocupado para jugar, para ayudarnos con los deberes, para montarnos un trasto, para llevarnos a casa de fulanita o para venirnos a buscar. Su obsesión, como la de mi madre, era que tuviéramos una formación plena, unos estudios que nos avalaran, fueran los que fueran. No les importaba qué carrera eligiéramos o en qué ciudad estudiáramos, incluido un país extranjero si era necesario. Hicieron mil y un esfuerzos económicos durante años para prever cualquiera de estas situaciones y para que, pasara lo que pasara, mi hermano y yo pudiéramos estudiar sin limitaciones. De hecho, el día que yo terminé la carrera, mi padre lloró de emoción y me abrazó casi incrédulo porque décadas de su esfuerzo habían dado fruto. No ha sido un padre cariñoso, eso es cierto, pero hay gestos que denotan más ternura y complicidad entre padres e hijos que los besos y los abrazos. Su mirada orgullosa cuando conseguíamos cualquier logro o sus preguntas sobre nuestra vida, sobre cómo estábamos, sobre nosotros. Ay, papá. Le tocó el papel fácil, pero qué esencial ha sido en nuestra infancia y adolescencia.

—¡Hija! —grita—. ¡Voy con el cacharro este a la planta de arriba, que la de abajo ya está!

—¡No hace falta, papá! ¡A la planta de arriba nunca subo!

—¡Ya que estoy, lo hago todo!

Dice algo más, pero ya no lo oigo. Yo mientras sigo de un lado a otro y dejo la planta de abajo como los chorros del oro. Cuando termino, subo para ayudar a mi padre. A lo tonto es la hora de comer y no hemos parado ni un minuto. Lo encuentro en su dormitorio ajustando la puerta del armario.

—Ya está todo, ¿no? —le pregunto.

—Sí, solo un momento. Anda, ven, sujétame la silla.

—Deja. —Sonríe—. Me subo yo mejor.

—¿Me estás llamando viejo?

—¡Claro!

Me pongo en la silla y él me alcanza el destornillador para que ajuste los cierres de la parte alta.

—Este armario —dice— lo construí yo con mis propias manos.

—Lo sé. Siempre has sido un manitas.

—Y tú lo has heredado, Lagartija. —Sonríe orgulloso.

—De ti heredé tu facilidad para el bricolaje y de mamá su buen gusto. No está mal. —Reímos.

—No te lo discuto. Has dejado la cocina muy bonita. Espectacular.

—Solo son unas luces y unas flores...

—Tienes el mismo toque que tu madre, con dos tonterías convertís una cárcel en un hogar.

—Papá —digo mientras voy a por otra bisagra que hay en lo alto—, ¿qué le pasó ayer a mamá cuando vio la cocina?

La pregunta no le pilla desprevenido. La esperaba, imagino, porque a los padres les es muy difícil guardar secretos.

—Se emocionó al ver la cocina tan... nuestra —responde serio.

—Ya, pero ¿por qué tanto llanto?

Inspira hondo y su cara cambia de nuevo. Ahora es la de alguien que está cansado. Mi padre tiene la mirada de las personas sabias, de esas que han vivido varias vidas sin saberlo, al igual que Carlos.

—Son muchos recuerdos, Lis. Algunos muy buenos y otros bastante desagradables. Recuerdos no solo de momentos concretos, sino también de emociones sentidas entre estas cuatro paredes. Tu madre ayer se acordó, por ejemplo, de cuando estábamos aquí los cuatro juntos, antes de que os marcharais. Nunca ha tenido el síndrome del nido vacío, ya lo sabes, y siempre apostó por vuestra independencia y autonomía, pero os echa de menos. —Tuerzo media sonrisa condescendiente y tierna—. También echa de menos esos tiempos. Nosotros éramos jóvenes, vosotros llenabais la casa de ruido, sus amigas le contaban sus problemas y le hacían sentir importante. Fue una época feliz y, poco a poco, se esfumó.

Paro un segundo de atornillar porque me sorprende.

—¿Feliz? —Y no puedo evitar decirlo con ironía—. Estabais todo el santo día discutiendo.

—Bueno, es que tu madre y yo siempre hemos sido de mecha corta. —Se ríe—. Necesitamos discutir.

Meneo la cabeza. Hay personas condenadas a ser ellas mismas.

—¿Sabes, papá? —pregunto y me bajo de la silla—. El otro día vi con César un vídeo de mi décimo cumpleaños y se os veía a mamá y a ti tan...

—¿Tan...?

—No sé. Unidos, creo. Cariñosos.

—Siempre lo hemos sido —afirma para mi sorpresa.

—Siempre os habéis gritado, papá.

—Porque tu madre y yo tenemos el don de sacar lo peor de cada uno, y después de tantos años ya lo hacemos por inercia, pero en realidad no podemos vivir el uno sin el otro.

Hago una mueca incrédula.

—Pues nadie lo diría.

—Discutimos mucho, eso sí. Siempre lo hemos hecho. Lo necesitamos, ya te lo he dicho, y más siendo de mecha corta.

—Doy fe —digo con tonito.

—Hombre, reconozco que muchas veces nos pasábamos, pero siempre pensamos que no era malo que nos escucharais discutir.

—¿Por qué?

—Porque la gente discute, Lis. Las parejas lo hacen. Los amigos, los compañeros de trabajo, los familiares. Y no pasa nada. Hay que lidiar con ello y comprender que una discusión no arruina una relación. Así que meteros en una burbuja en la que todo es bonito y no hay problemas ni discusiones nos parecía una patraña que no os enseñaría cómo tratar con los conflictos que, segurísimo, ibais a tener en la vida. Lo que nosotros queríamos era que fuerais resolutivos, no unos moñas peleles que se rompen cuando su burbujita cambia de color.

—Eso está muy bien, pero igual os pasasteis un poco.

Mi padre me observa un par de segundos, comedido. Yo me inquieto porque igual me he excedido algo haciendo un juicio de valor.

—¿Ves esta habitación, Lagartija? —Dibuja un círculo con el dedo índice—. Esto no es una habitación cualquiera. —Yo frunzo el ceño—. Es un dormitorio. Y todos los dormitorios guardan secretos. ¿Sabes cuáles son los secretos de este, Lis?

—No —murmuro.

—Las ganas.

—¿Las ganas? —repito con el ceño fruncido.

—Eso es, sí. Las ganas son lo que sustenta un matrimonio.

—Yo pensaba que eran el amor, el respeto, la admiración o la honestidad —digo sardónica.

—Por supuesto, pero eso viene con las ganas, que son la base de todo. Y esas llegan solas, fluyen de forma natural cuando hay un amor real y profundo. Porque las ganas significan que te gusta cómo es la otra persona, que la amas, que quieres compartir la vida con ella. Y, entonces, todo lo demás surge igual de natural, sin esfuerzo, sin dudas y sin dramas. —Alza una ceja y yo desvío la mirada porque Carlos siempre dice lo mismo—. Las ganas no se pueden forzar ni exigir ni esperar. Están o no están. Si no están, todo lo que mencionas, el respeto, la admiración o la honestidad, se perderá tarde o temprano y entonces la relación morirá, porque ninguna sobrevive sin todo eso. Pero si están..., bueno, hay más posibilidades de salir a flote. —Sonríe.

—¿Y vosotros... teníais ganas? —Trago saliva.

—Hemos tenido nuestras épocas, pero aquí estamos. —Hace una pausa ante mi mirada escéptica—. Lo que pasa es que tu madre y yo ya no tenemos filtros para deciros las cosas que nos molestan, pero por algo seguimos en pie después de tantos años.

—Sois un matrimonio peculiar.

«Y tóxico», pienso.

—Quizá. Pero en todas las casas cuecen habas, Lis. Y en todas las camas hay silencios.

Inspiro hondo y sonrío con cierta pena, pero a la vez con tranquilidad. No creo que mis padres hayan tenido nunca las ganas de las que alardea mi padre ni que su matrimonio se sustente en el respeto o la admiración. De hecho, pienso que deberían haberse dicho adiós hace mucho tiempo, ya que su relación es el ejemplo perfecto de aguantar por los hijos, por los valores inculcados, por lo establecido. Pero Carlos tiene razón, no debo seguir anclada a su inconexión ni buscar los motivos, porque su relación ya no es responsable de cómo lleve mi vida ni tengo por qué cometer sus mismos errores.

—Anda, vamos a recoger que mamá te va a matar por llegar tan tarde.

—Ella ya habrá comido. ¿¡Te crees que me va a esperar!?

Me río y salimos del dormitorio.

—Papá —lo llamo.

—Dime, hija.

—Gracias. Por ayudarme hoy con la casa y por haberme enseñado siempre la realidad.

Mi padre frunce el ceño de forma fugaz, pero acto seguido se le ilumina la cara.

—Gracias a ti por escucharla y por dejarme pasar una mañana de bricolaje con mi hija.

Sonreímos y bajamos por la escalera, pero, en esta ocasión, dejo levantadas las persianas de la planta de arriba para que, de una vez, empiece a entrar la luz aquí.

Nos despedimos en la puerta sin más ceremonia que dos besos y se gira para ir hacia el coche.

Aun con su calvicie, sus arrugas y su caminar renqueante, me parece verlo como en el vídeo de mi cumpleaños, tan joven, tan alto, tan guapo.

Los padres. Qué seres tan llenos de secretos.

EL EDIMBURGO DE LIS

Salvo la mañana del sábado en la que mi padre vino a echarme una mano con la casa, no he tenido un solo rato libre en todo el fin de semana. Ese día por la tarde y el domingo entero los dediqué a adelantar trabajo porque, si no, me será imposible llegar. Sobre todo teniendo en cuenta que el próximo fin de semana será de paréntesis por mi viaje a Edimburgo. Tengo ganas, aunque también nervios y cierta expectación. He intentado no pensar mucho en ello y tratar de fluir, como dice Carlos, pero supongo que es inevitable tomárselo como una prueba de fuego. Si sale bien, las ganas de luchar crecerán y allanarán el camino; pero, si sale mal, no creo que a ninguno de los dos nos quede ánimo para intentar nada.

El resto de la semana ha sido igual que la anterior, trabajo y más trabajo. Y rutina. Me hace gracia porque, cuando somos jóvenes y nos preguntan cómo queremos que sea nuestra vida, la vemos llena de aventuras, de viajes, de pasión por cualquier cosa, de noches de fiesta y gente a nuestro alrededor, de sensación bohemia como sacada de una película. Piensas que todo va a poner a prueba tu adrenalina, pero que a la vez será fácil y que vas a vivir una *dolce vita* perpetua. Que tu pareja será el ideal que llevas en la cabeza convertido en carne y hueso, que jamás habrá problemas y que nunca faltará la pasión, el apoyo y la comprensión. Que tu trabajo te estimulará y valorarán tu esfuerzo. Que tendrás familia, quizá, y tus hijos serán seres casi mágicos: guapísimos, listísimos, sin mocos ni noches en vela, sin llantos ni vómitos en el coche. Luego pasan los años y ni siquiera nos damos cuenta de lo poco que se parece nuestra vida a lo que imaginábamos. Estamos metidos tan dentro de la rueda que no nos paramos a pensar en lo que queríamos y en lo que hemos conseguido. Y, cuando lo hacemos, solemos sentirnos frustrados porque no se parece mucho a la realidad y rechazamos lo que tenemos. Por eso, cuando pensamos en las vidas de los demás, creemos que son mejores que la nuestra y las dotamos de un brillo que no tienen. Las veneramos debido a nuestra propia insatisfacción, pero en realidad todas son iguales. En cada una de ellas se instala la rutina, así como la monotonía en las parejas de larga duración y el hartazgo en los trabajos, por muy vocacionales que sean. Nos centramos en lo monocromático y en lo aburrido que resulta nuestro día a día, pero no vemos la inestabilidad de esa *dolce vita* sin frenos que queríamos o la inseguridad y el desorden mental

que acarrea. Quizá el secreto sea no tener expectativas irreales y vivir la rutina. Quizá sea tener la cabeza en las nubes y no dejar de soñar e ilusionarse, pero con los pies anclados bien fuerte en el suelo para no perderse en ensoñaciones fantasmales. Quizá es que nos sentimos vivos cuando caminamos entre brasas y no sabemos experimentar esa vivacidad si ponemos los pies en la hierba. Quizá es que, con la edad, dejas de buscar lo que ya tienes.

Me gusta mi vida con sus más y sus menos, con su rutina y sus pequeñas cosas. Y a eso voy. Lo pienso mientras bebo el último sorbo del asqueroso café del aeropuerto, minutos antes de ir hacia la puerta de embarque para tomar el vuelo a Edimburgo. Y, aunque mi corazón empieza ya a bombear rápido ante la perspectiva de subirme a un avión, me reafirmo en que, a pesar de todo, soy una mujer feliz y orgullosa de lo conseguido, que asume los errores cometidos y tiene ganas de seguir hacia delante.

—¿Está usted bien? —me pregunta el señor que tengo al lado en el avión cuando me ve blanca como la tiza y con los dedos amarillos de agarrarme al apoyabrazos.

—Sí. Gracias.

Y ya no puedo pensar en absolutamente nada.

Llego a Edimburgo a la una y media del mediodía y me recibe un día típico escocés, frío y lluvioso, aunque también tiene su encanto. Cojo un autobús que me lleva al centro y, desde ahí, apenas tardo unos minutos a pie en llegar al apartamento en el que está alojado Carlos. Él no ha podido venir a buscarme porque está dando el curso, aunque, al ser viernes, solo están hasta las tres. Cuando llego a la puerta del apartamento es casi la hora, así que le mando un mensaje para decirle que lo espero en la cafetería que hay justo al lado, tal y como habíamos hablado. Pido algo rápido de comer y mi corazón vuelve a acelerarse al ver que el reloj marca las tres. Comienza la prueba de fuego.

Me envía un mensaje cuando sale del edificio. «Tardo unos cinco minutos», me dice. Pago y espero afuera, en el portal. Estoy nerviosa ahora. Mucho. Porque hace quince días que no lo veo y tengo ganas de saber cómo está y de ver cómo nos manejamos durante tres días, con sus veinticuatro horas, juntos. Pero todas las dudas se esfuman de un plumazo en cuanto lo veo acercarse calle abajo. Qué jodidamente guapo es.

Lleva el paso acelerado y tuerce una sonrisa pícara al verme. Debería correr hacia él a modo de película ñoña para avergonzarlo. Me río para mis adentros porque la prueba de fuego se extinguiría antes siquiera de empezar si hiciera eso. Carlos tiene un sentido tan agudo del ridículo que roza la propia ridiculez.

—Flor de Lis. —Suspira cuando se acerca a mí.

Y ni su sentido del ridículo le impide darme un abrazo tan fuerte que hasta me aúpa unos

segundos.

—¿Por qué eres tan guapo, joder? —Le sonrío con mis manos enroscadas en su cuello y las tuyas puestas en mi cintura.

—Tenía que estar a tu altura. —Arruga la nariz.

Resoplamos una risa porque estamos hablando nuestro propio idioma y luego nos damos un beso. Uno de esos cortos pero emotivos. Con toda la intensidad de dos personas que se reencuentran. En muchos sentidos.

Su apartamento es, en realidad, un espacio diáfano con una minicocina empotrada en un rincón, un sofá biplaza con un mueble televisor enfrente, una cama en el otro extremo de la estancia con un armario al lado y, en medio de la sala, la única puerta que da a un baño completo. El techo sobre la cama es abuhardillado y hay una ventanita sobre la mesilla, justo al lado del cabecero, algo que solo había visto en revistas de decoración. Pienso que sería ideal tener algo similar en el dormitorio de mis padres y meneo la cabeza ante la idea. El apartamento es muy viejo y se nota que la empresa de Carlos ha tirado a lo barato; pero al menos está céntrico y, sobre todo, al lado de donde tiene que dar el curso, por lo que se ahorra el transporte diario.

—¿Has comido? —me pregunta Carlos.

—He picado algo en la cafetería de abajo, sí.

—Bueno, ¿quieres un café entonces?

—Eso sí. —Sonríe—. Voy a sacar la maleta mientras.

Estamos raros, lo noto. No cuando nos hemos visto, pero sí ahora. Era de esperar esa falta de sintonía que se crea cuando llevas días sin ver a alguien que, además, ha establecido su rutina en otro país y con la que tienes cierta presión por ver cómo se desarrollan los acontecimientos. Meses atrás me habría ofuscado y, por culpa de las dañinas expectativas, habría pensado que está todo perdido; pero hoy estoy más relajada y no le doy mayor importancia. Por eso, una vez que nos hemos sentado en el sofá con los cafés, comenzamos a charlar algo tensos, aunque enseguida nos ponemos al día y nos olvidamos de la tirantez.

—Vas a tener que contratar a alguien, Lis. No vas a poder llevar este ritmo mucho más tiempo, y llevas meses así. Es absurdo.

—Ya, pero es caro. —Me encojo de hombros.

—Bueno, podrías empezar adjudicando pequeños proyectos. O decir que no a algo.

—Me organizo bien, pero no descarto nada. —Le guiño un ojo—. ¿Y tú? ¿Cómo va el curso?

—Mucho mejor. —Sonríe—. Todo es más fluido ahora, lo que me permite jugar con la improvisación y no tener que preparar tantas cosas cuando llego a casa. No es tan cuadrulado como pensaba, así que ha resultado ser más dinámico y relajado para mí también.

—¡Lo sabía! —Le doy una palmadita en el muslo y él se ríe—. Eres increíble, Carlos.

—Gracias —dice con voz de dibujo animado—. Pero que guste al personal es una cosa, otra

será que convenza a sus jefes. Diga lo que diga Ana, no solo valorarán esto, también considerarán los costes, la competencia y qué les resulta más rentable.

—Está claro. Ya te dije que, aunque lo hicieras mal, no sería culpa tuya si esto no salía. Al final estas decisiones se toman en despachos donde el trabajo en sí no tiene nada que ver. Todo se reduce siempre a lo mismo.

—Sí. Y por eso ya no me presiono tanto. Pase lo que pase, está siendo una buena experiencia y una prueba personal increíble. Esta vez no me he dejado arrastrar demasiado por el estrés.

Nos sonreímos con los ojos, porque ambos sabemos que esas palabras no han sido dichas al azar. Pocas de las que pronuncia Carlos lo son, y estas me dejan claro que ha reflexionado, que ha aceptado su parte de responsabilidad y, sobre todo, que ha madurado para poder lidiar con ello sin volver a reaccionar como lo hizo. Como lo hicimos.

—Parece que las cosas laborales nos están yendo bien —digo con cautela.

Coge mi mano y la besa, tierno.

—Yo creo que, en general, las cosas están yendo bien.

—Yo también lo pienso.

Sonreímos con complicidad y, de alguna forma, nos destensamos todavía más. Qué cómodo es conocer a la otra persona y no necesitar grandes explicaciones para identificar lo implícito de los pequeños gestos.

Frunzo una sonrisa.

—¿Me enseñas Edimburgo?

—Soy un guía turístico a su entera disposición —dice en un tono a medio camino entre lo cómico y lo lascivo que nos hace reír.

Nos levantamos del sofá y salimos rumbo a una de las ciudades más bonitas que he visto jamás.

Ni la lluvia puede desmerecer las calles empedradas y desniveladas de una ciudad antigua que destila un nostálgico sabor a añejo. De hecho, las finas gotas que resbalan por los ennegrecidos edificios de estilo arquitectónico imponente le dan todavía más encanto. Yo no dejo de maravillarme ante todo lo que veo ni de meterme como la lagartija que soy por los estrechos pasadizos que desembocan en cuidados jardines o entre los antiguos monumentos. Vaya por donde vaya tengo la sensación de estar dentro de una película ambientada en siglos pasados.

—Y ya verás cuando vayamos a las Tierras Altas mañana —me dice Carlos con su mano entrelazada a la mía—. Bueno, no he estado, pero me han dicho que el paisaje es espectacular, y tengo ganas de ir juntos.

Hemos comenzado nuestro paseo turístico con las manos ocupadas en sacar fotografías o señalar edificios, pero, poco a poco y sin darnos demasiada cuenta, nos hemos acercado hasta

caminar cogidos de la mano o abrazados como una pareja más. Una que todavía no se cree que aún lo son. Mejor así, pienso. Con calma.

Llegamos al apartamento sobre las ocho de la tarde, después de haber recorrido las calles más emblemáticas de Edimburgo. Íbamos a tomarnos una copa en un pub que le encanta a Carlos, pero, tras cenar, nos ha entrado el cansancio de todo el día y hemos decidido bebérnosla en el sofá. Y, que me perdone Europa entera, pero yo lo de cenar a las siete de la tarde no lo llevo nada bien. Carlos tampoco, y dice que todavía no se ha acostumbrado a los horarios gastronómicos tan prematuros. Así que cruzamos la puerta del piso con un bostezo que sale de mi boca de fondo.

—Tienes sueño, ¿eh? —me pregunta con una sonrisilla.

—No. Cansancio, más bien.

Carlos asiente con un sonido ronco procedente de su garganta y, nada más entrar al apartamento, se quita el abrigo y va al baño sin decir ni una palabra. Yo me descalzo y me dirijo a la nevera a por un vaso de agua helada.

—¡Lis! —me llama Carlos desde el baño.

—Dime.

—Ven.

Me extraño un poco, pero no digo nada y voy hacia allí. Sonrío desde la puerta al comprobar que Carlos ha abierto el grifo para llenar la bañera.

—Un baño —susurro con los ojos entrecerrados.

—¿Quieres también una copa de vino? —me pregunta, y yo asiento—. Vuelvo enseguida.

Vierto un poco de jabón para crear espuma y recojo mi pelo en un moño muy alto. Carlos vuelve con dos copas de tinto que apoya en la repisa mientras yo pongo música. Cuando termina, se acerca a mí serio.

—Desnúdate, Lis.

Miramos nuestros cuerpos desnudos y, con una sonrisa cómplice, me tiende la mano para ayudarme a entrar en la bañera. Nos colocamos frente a frente, sumergidos cómodamente en el agua caliente que relaja la tensión acumulada. Y más cuando Carlos alcanza mi pie izquierdo y comienza a masajearlo. Yo cierro los ojos y gimo de gusto. Dios, podría morir así.

—¿Te gusta, nena? —Y lo pregunta con un tono de actor porno que hace que se lleve un chapoteo de agua en la cara como respuesta—. ¡Ah!

—Podría morir ahora mismo, te lo juro.

Carlos suelta mi pie y coge el otro.

—No tengo las manos que tienes tú, pero me defiendo.

—Oh, justo ahí. —Gimo. Él hace más fuerza—. Tengo los pies hechos puré de tanto andar.

—Es una ciudad pequeña y apenas hemos visto nada, no seas quejica.

Otro chapoteo para él y más risas.

—La verdad es que merece la pena patearla, es impresionante.

—Sí que lo es. Me sorprendió cuando llegué, pero es que, cuantos más días paso en ella, más me gusta.

—Al final te quedarás a vivir aquí. —Y le hago un mohín.

—Ni de coña, nena. —Sonríe, pero acto seguido frunce el ceño como si lo hubiera pensado de nuevo—. A no ser que...

—¿Qué?

—¿Te gustaría? —Deja mis pies y se pone serio. Yo me reacomodo un poco.

—La verdad es que no. Pasé un año en Inglaterra cuando me licencié, así que ya me quité la espina de vivir en el extranjero. Ahora estoy bien donde estamos. Y a ti, ¿te gustaría?

—No, no me gustaría. Pero, si fuera algo que a ti te apeteciera, podría comunicar mi disponibilidad a la empresa.

Otro te quiero sin decirlo. Y de los gordos.

Me incorporo y me acerco a él entre ondas de agua que se salen de la bañera, pero me da igual. Me encajo sobre sus caderas y él acomoda las piernas para quedar enfrentados, conmigo sentada encima. Sus manos no tardan en abrazarme y yo le acaricio la cara en un acto inconsciente. Carlos cierra fugazmente los ojos ante mi contacto y, al abrirlos, da un beso a mi palma.

—Cómo no quererte —le susurro.

Él junta su frente con la mía y me acaricia con su nariz. Suena «Sort of Revolution», de Fink, mientras su mano agarra mi cuello para acercarme a su boca.

—Ven aquí, joder.

Y ahí voy.

Nosotros.

Otra vez.

EL EDIMBURGO DE CARLOS

Lo llevas todo? —le pregunto a Lis mientras me pongo el abrigo. Ella rebusca en su bolso sin fondo y comienza a enumerar todos sus enseres.

—Billetes, documentación... Sí, está todo.

—Vamos, entonces.

Asiente y salimos a coger el bus que nos llevará del centro al aeropuerto. Como era de esperar, no hay nadie por la calle un lunes a las cinco de la mañana, pero al menos no llueve y ha subido un poco la temperatura.

Los dos vamos dormidos y no hablamos. Ella no quería que la acompañara hasta el aeropuerto por ser tan temprano, pero yo lo prefiero porque así me quedo más tranquilo. Luego volveré al apartamento, desayunaré sin prisa, saldré a correr un rato, porque apenas he hecho deporte desde que estoy aquí, y me iré al curso. Lis, en cambio, está agobiada porque al volar hoy pierde toda la mañana de trabajo y no da más de sí. La he visto cansada y más preocupada que de costumbre, algo que me preocupa a mí también, pero estoy seguro de que saldrá adelante. No sé cómo lo hace, pero siempre encuentra un camino aunque le cueste cruzarlo. De hecho, si pienso en las distintas formas en las que ambos gestionamos nuestras respectivas situaciones laborales en el pasado, me doy todavía más cuenta de lo gilipollas que fui. Lidió con un año muy duro antes de mudarnos y de mi ascenso, y temió por su negocio en varios momentos. También se angustió, padeció ansiedad y estuvo preocupada, como lo estuve yo. Pero ella... ella nunca gritó. Nunca descargó conmigo su rabia más allá de lo razonable. Nunca se encerró tanto en sí misma que nadie, ni siquiera yo, pudiera encontrarla. Lis solo se ponía mohína, ausente y lejana por momentos, y no mediaba palabra durante horas o días enteros, pero jamás perdió el control. Es jodidamente fuerte. Como nadie que yo haya conocido nunca.

Acaricio su mano mientras vamos sentados en el autobús. Apoya la cabeza en mi hombro, cierra sus ojos somnolientos y yo le doy un beso en el pelo.

La despedida es rápida y ajetreada. Los controles de seguridad están rebosantes de pasajeros que se mueven sin parar en una cola kilométrica, por lo que solo podemos dedicarnos un breve beso en los labios rodeados de cientos de personas aglutinadas en las puertas y un escueto

«Llámame cuando llegues». Me quedo hasta que la veo cruzar el control sin percances y nos decimos adiós con la mano desde la lejanía. Esa es nuestra despedida.

Aunque no creo que esto sea una despedida, en realidad.

Ya no.

Podría enumerar todas y cada una de las razones por las que pienso que Lis y yo estamos a un paso de una reconciliación total. Podría hablar de los tres días que hemos pasado juntos sin discutir, sin gritar, sin enfadarnos. Podría hablar de las conversaciones tontas, de los silencios cómodos, de los bostezos cansados que denotan confianza, del turismo emocionado por un país al que volveremos seguro. De sábanas revueltas, de risas y de calles con las manos entrelazadas. Pero lo que en realidad me da la clave para respirar tranquilo cuando vuelvo al apartamento es que Lis y yo no hemos hablado de nosotros en ningún momento. No hemos analizado cómo estamos ni cómo está nuestro matrimonio ni qué queremos hacer. No hemos hablado de qué pasó o en qué nos equivocamos. No nos hemos enredado en conversaciones pesadas sobre culpas o reproches, sobre qué queremos hacer y cómo. No hemos estructurado nuestra situación ni tomado decisiones. Nada. Solo nos hemos dejado llevar. Hemos fluido sin pensar, sin premeditar, sin esperar nada. Hemos sido nosotros, ni más ni menos. Como cualquier otra pareja que pasa un fin de semana en otra ciudad. Y eso es lo que me indica que vamos por el buen camino. Nos hemos reencontrado y recordado en directo por qué nos gustaba estar juntos. Nuestros guiños y nuestro lenguaje han vuelto este fin de semana.

Y, cuando se vuelve a hablar el mismo idioma, sobran las conversaciones y las palabras.

Estoy nerviosa. He cocinado una de mis especialidades, he decorado la cocina con sus lucecitas colgantes y velas aromáticas, he creado una lista en Spotify para que suene de fondo, me he maquillado un poco y estoy estrenando un vestido midi de punto en color menta que compré hace semanas y que tenía en el armario a la espera del buen tiempo. Me veo bien hoy. Y la cocina vuelve a estar preciosa, de revista de decoración. Pero estoy nerviosa. Tanto que me sirvo una copa de vino blanco mientras espero a que llegue Carlos.

Aterrizó de su experiencia escocesa ayer jueves por la mañana, pero quedamos en vernos hoy con más tranquilidad. Por delante le esperaba un día ajetreado en la oficina y, como hacía un mes que no veía a su familia, quedó en ir a cenar a casa de sus padres. Tampoco queríamos vernos después, de prisa y corriendo, y con todo el cansancio acumulado. Así que decidimos cenar juntos hoy, sin tiempo que contar ni madrugones al día siguiente, y así poder hablar y tomar decisiones.

Estas dos últimas semanas he estado con los nervios más disparados, desde que volví de Edimburgo. Es curioso cómo la vida puede cambiarnos en un mísero segundo y dar un vuelco a todo lo que conocíamos o, por el contrario, ser un estanque de agua congelada que no fluye ni se mueve ni varía de forma en quince largos días. Qué relativo el tiempo. No se mide por saetas, sino por acontecimientos. Y en estas dos últimas semanas no ha acontecido absolutamente nada destacable. Es más, Carlos y yo hemos hablado casi todas las noches por FaceTime y hemos tenido conversaciones tan normales que se convertían en el mejor momento del día. Él y yo, como si nada malo hubiera pasado entre nosotros; como si jamás hubiéramos coqueteado con la idea del divorcio. Así que esos minutos de risas, pantalla a pantalla, han afianzado un poco más la complicidad y ganas que tenemos de volver a estar juntos.

Pero estoy nerviosa.

Y más todavía cuando escucho su coche aparcar. Me acerco con la respiración agitada y el corazón en el estómago. Carlos sonrío en cuanto abro la puerta. Yo me apoyo en el quicio mientras él baja del coche y sube los tres escalones que le separan de mí. Lleva su eterna cazadora de cuero y una bolsa de deporte a cuestas. Viene preparado con ropa para mañana, parece ser.

—Hola, Flor de Lis.

Nos miramos y sonreímos de forma casi forzada. Carlos me da un beso en los labios y agarra mi cintura, pero enseguida nos separamos y entramos en la casa. El corazón me bombea más rápido. Algo no encaja.

—A la cocina —le indico mientras avanzamos por el pasillo.

Observa la estancia al cruzar la puerta, pero no dice nada de la decoración. A mí me da una punzada el estómago, aunque no me detengo en detalles. Fluye, Lis.

—¿Quieres una copa de vino antes de cenar?

—Vale —dice mientras deja la bolsa de deporte en el suelo y se quita la cazadora de cuero.

Sirvo dos copas y le tiendo la suya. Brindamos sin mediar palabra y yo suspiro.

—¿Qué ocurre, Carlos?

Él me mira fijamente mientras bebe un sorbo de vino.

—Estoy nervioso —dice sincero.

—Yo también.

Sonreímos un poco tímidos, un poco nosotros.

—Te he traído un regalo. —Alza las cejas.

—¿Sí? —Sonrío.

Él asiente, deja la copa en la encimera y va hacia la bolsa, de donde saca una bolsita de plástico que me entrega.

—¡Es precioso! —le digo en cuanto la abro.

Y lo es. Un chal de cachemir con estampados turquesa, mi color favorito, y con el que me envuelvo sin dudarlo.

—¿Te gusta?

—¡Me encanta!

—Ya sabes que había miles de tiendas de estas cosas por todo Edimburgo.

—Lo sé. —Sonrío y me acerco a él para darle un beso corto en los labios—. Gracias, Carlos.

—De nada. —Me devuelve la sonrisa—. Me alegro de que te guste. —Asiento feliz—. ¿Cenamos?

Guau, qué raros estamos.

Nos sentamos a cenar y Carlos sirve la comida. Yo, más vino. Creo que lo vamos a necesitar.

—¿Qué tal la vuelta a la oficina? —le pregunto.

—Bien. De momento no sabemos si se han quedado contentos o no, así que ni me han felicitado ni me han despedido —dice con cierto desdén—. Estamos a la espera. Al menos me han dado las gracias.

—Qué considerados —resoplo con sarcasmo.

Él se encoje de hombros y seguimos con la cena. Carraspeo y vuelvo a intentar matar el

silencio incómodo.

—¿Qué tal tus padres y tu hermana?

Carlos deja el tenedor suspendido en el aire, la pregunta le pilló un poco por sorpresa.

—Bien también. Me han preguntado por ti y por nosotros.

—¿Y qué les has dicho?

—Que tú tienes mucho trabajo y que estamos en ello.

Asiento.

—Apuesto a que tu madre está con los dedos cruzados a ver si desaparezco.

—No digas eso, no es cierto. Te aprecia mucho, solo que nuestra boda le pilló tan de sorpresa que todavía le cuesta digerir que estamos casados.

—Lleva siete años haciendo la digestión.

—¿Qué tal tus padres? —pregunta con fría calma llevándose el tenedor a la boca.

—Muy bien. Te mandan recuerdos. —Sonrío con ironía.

Él se mete el tenedor en la boca muy despacio. Yo me concentro en mi plato, pero me niego a que la velada sea así, tensa y hostil por no sé qué motivo.

—Suéltalo de una vez, Carlos.

Levanto la vista para dejarla fija en sus ojos.

Inspira hondo y asiente, no sé por qué. Le ha crecido el pelo y no se ha ocupado de su barba en estos días, pero aun con su aspecto más desaliñado que de costumbre y a pesar de los años que llevamos juntos, me cuesta mirarlo sin que se me llene el pecho.

—Estoy nervioso y, en parte, siento que hay cierta presión, tanto en mí como en ti.

—No te he presionado en ningún momento. Ni tú a mí.

—No, claro que no. Es la situación en sí lo que me abruma. ¿Qué esperamos de esta noche, Lis?

—Yo, que hablemos. ¿Y tú?

Bebe un sorbo de vino y yo lo imito.

—Que vuelvas a casa.

Trago saliva.

—Tenemos mucho de que hablar antes. ¿No crees?

—¿No quieres volver a casa?

Cojo aire. Él me observa contenido.

—No quiero vivir ahí, si es lo que me preguntas. Eso lo tengo muy claro. Ese piso es peor que una cárcel y nos mató.

—No nos mató el piso, lo hice yo.

Abro mucho los ojos.

—Eso no es cierto. Los dos fuimos responsables de todo, y esa casa solo fue el detonante. Es

de eso de lo que tenemos que hablar, de hecho.

—Hablaemos, pero no quieres volver ahí.

—Carlos... —Lo miro cansada.

—Solo lo pregunto por tenerlo claro. —Me lanza una mirada seria y yo no entiendo nada—. Antes de hablar y analizar, me gustaría saber dónde quieres que vivamos.

—A mí me gustaría hablar y analizar antes —digo igual de seria que él, porque no quiero entrar en su juego—. Y no comprendo a qué viene todo esto.

Deja la servilleta encima de la mesa con cierto toque airado. No es así como pensé que iría la conversación sobre nosotros, y no sé por qué estamos hablando de esto ahora. Me da la sensación de que está buscando alguna excusa para discutir, para que explote o para no enfrentarse a esta conversación.

—Dónde vamos a vivir es importante, Lis. Me he traído una puta bolsa de deporte llena de ropa para pasar el fin de semana con mi mujer, quien todavía tiene casi todas sus cosas en nuestra casa. Podemos rozar el absurdo unos días más, pero me gustaría saber dónde coño voy a dormir la semana que viene.

—¡Y yo qué sé! No es en lo que yo he estado pensando, y esperaba que tú tampoco. Dónde vivir no es lo relevante ahora, Carlos, por Dios.

—¡Claro que es relevante!

—Para mí el paso lógico es hablar de lo que ha pasado, sincerarnos, ratificar la decisión que ambos ya hemos tomado sin siquiera decirlo y, entonces, decidir dónde la materializamos. Y ese es el problema, joder. ¡Ese es el problema! Eres incapaz de hablar, de abrirte, de enfrentarte a algo que te incomoda; y, cuando lo tienes que hacer, como ahora, cortocircuitas y sacas discusiones de donde no las hay para saciar tu rabia. No es el piso, la casa o dónde vivir, Carlos. ¿No te das cuenta? Somos dos putos mundos paralelos que van hacia el mismo sitio, pero giran tanto sobre sí mismos que no saben encontrarse. Yo pienso en nosotros, en sentimientos, en arreglarlos; y tú piensas en practicidad, en la lógica, en no salirte de tu esquema mental, porque, si no, todo tu mundo se derrumba. ¡Mierda, Carlos! ¡Madura! ¡La vida no es una puta hoja de Excel, y no pasa nada!

—¡Tampoco es una jodida nube! —Se levanta y se pasa una mano por el pelo—. No me niego a hablar de nosotros, solo pido tomar la única puta decisión que tenemos que tomar. ¡Dónde vivir!

—¡¡Primero debemos decidir si vivimos juntos y por qué, joder!!

Él se gira hacia mí y me mira como si hubiera insultado a todos sus ancestros.

—¿Decidir «si» vivimos juntos? —Y lo pregunta despacio, con los ojos muy abiertos.

—Carlos, joder —respondo cansada.

No dice nada más, pero asiente de nuevo a no sé qué y, sin más, coge su bolsa, su cazadora y

se va.

Y yo tampoco lo detengo.

LA HABITACIÓN

Me preparo el desayuno con la desgana que da el no haber dormido apenas en toda la noche. Miro por la ventana y veo que el día afuera es radiante, mientras que aquí dentro no ha parado de llover. He pasado las horas de vigilia tentada de llamarlo, de presentarme en su casa o de mandarlo todo a la mierda y dar por finalizada una historia que ya no tiene ni pies ni cabeza. Exactamente igual que cuando me fui del piso. Estoy predispuesta a todo, echa un lío y con la certeza de que hablamos el mismo idioma, pero no conseguimos entendernos. Nos gritamos para decir lo mismo, aunque usamos palabras distintas a las que además dotamos de significados diferentes. Si los dos queremos volver, ¿qué importa dónde? ¿Qué más le da a él? ¿Qué más me da a mí?

Por eso las conversaciones no suelen salir como pensamos y toman derroteros inesperados que, de tan sorprendidos, nos hacen reaccionar mal. Yo podría haber accedido a su propuesta, lógica y coherente, y él podría haber hablado de sus sensaciones sobre nosotros. En su lugar, comenzamos a gritarnos y, con ello, apretamos el gatillo de esta ruleta rusa en la que nos metimos hace meses y que nos mantiene en vilo al no saber en qué discusión saldrá la bala que matará lo que tenemos. Y ya no sé qué hacer. No sé si mirar por la ventana hacia el jardín, si echarme a llorar de rabia y de nervios, si tirar un vaso contra la pared, si volver a llorar o si gritar que no puedo más.

Me desbordo, sí. Pierdo el control. Y, cuando todas las emociones se nos juntan en menos de un minuto y salen a borbotones, nos convertimos en veletas que dan bandazos sin plantearse qué están haciendo o para qué.

—Hola, hija —responde cantarina mi madre—. Hoy has madrugado.

—Mamá...

Cuando mi madre no escucha nada más que suspiros al otro lado, se da cuenta de que estoy llorando.

—¡Lis! Cariño, ¿qué ocurre? ¿Estás bien? ¿Te ha pasado algo?

Lo pregunta tan asustada que me hace llorar incluso más, porque asoma mi culpabilidad.

—Estoy bien, estoy bien. Es solo que... que anoche Carlos y yo volvimos a discutir.

Estábamos tan cerca, pero tan cerca, de conseguirlo... —Sollozo otra vez—. Y ahora ya no sé, mamá. No sé qué hacer ni a quién llamar.

Exploto en un llanto incontrolable y, al otro lado, mi madre espera, paciente y en silencio, a que se me pase. Lo hace tan callada que, cuando termino de lloriquear y hablo, nadie responde. Frunzo el ceño.

—¿Mamá?

Miro la pantalla del teléfono y veo que la llamada se ha cortado. La llamo de nuevo, pero me sale apagado. Tampoco responde al fijo, aunque eso lo imaginaba porque intentar localizarlos ahí es como llamarlos por tantán, ni lo oyen ni saben dónde está. Resoplo. Bueno, me llamará en cuanto se dé cuenta de que está hablando sola, pobre mujer. Me río para mis adentros porque me la imagino ahí, con el discurso recién soltado sin entender por qué su hija no dice nada. Y tan preocupada... No sé por qué la he llamado, la verdad. Ha sido la única persona que me ha venido a la cabeza en un momento de derrumbe. Quizá por lo buena consejera y sabia que es. O quizá porque es mi madre.

Pero lo que realmente no esperaba es que veinte minutos después la puerta de entrada se abriera. Casi me da un síncope cuando la escucho desde la cocina, y el instinto hace que me levante a toda prisa con el móvil en la mano y un cuchillo en la otra.

—Joder, mamá. —Suspiro con el mayor alivio que he sentido en mi vida al verla aparecer por la puerta de la cocina.

Lleva su ropa de estar por casa. Incluso va en pantuflas la pobre. Se habrá montado en su diminuto cuatro latas tras haber cogido el juego de llaves de repuesto a toda prisa.

Corre hacia mí y me abraza, pero sin dejar de inspeccionar mi cara y mis ojos.

—Hija, ¿estás bien? ¿Estás... bien?

Sé por qué lo pregunta. Sé los recuerdos que le he evocado. Así que trago saliva y asiento, sin decir nada más. Ella se relaja y suspira.

—Gracias a Dios.

—Mamá... —digo a modo de regañina. Tampoco hay que pasarse.

—Anda, siéntate.

Señala la mesa. Yo obedezco, dócil y cansada.

Y mi madre hace lo que mejor ha sabido hacer siempre, ir a la encimera y preparar café.

No puedo evitar sonreír cuando lo vierte en mi taza, conmigo aquí sentada en una especie de estado catatónico. Se toma su tiempo, se recrea también, hasta que al final se sienta.

—Perdona si te he asustado, mamá.

—Cuando di a luz a tu hermano, mi madre me dijo: «Ahora sabrás lo que es querer y también lo que es sufrir». No entendí entonces la magnitud de esas palabras, pero, créeme, tenía razón. Las madres siempre la tenemos.

Sonríe y yo pongo los ojos en blanco. Estoy un poco tensa porque no tengo una relación tan fluida con mi madre como para aguantar tanto rato a solas o mantener una conversación íntima; pero ella es una maestra en este arte y, durante unos minutos, dejo de ser su hija para convertirme en una de sus amigas. Le cambia el tono de voz, de hecho, y hasta la forma de hablar. Y la mirada, esa mirada inocente a la par que angustiada, se transforma en un remanso de paz que te invita a desnudarte sin pensar.

—¿Qué ha pasado con Carlos? —pregunta.

—Una discusión tonta. Otra más. Se suponía que anoche íbamos a hablar de todo y concretar la vuelta, pero... —Me encojo de hombros.

—Hija, hablas de volver como si fuera una transacción. Hay cosas que no se concretan. Solo... ocurren.

—Ya. Pues esta no sé si va a ocurrir.

—Las reconciliaciones nunca son fáciles, Lis. ¿De verdad creías que con estar un par de meses durmiendo en casas distintas se solucionaría? Ya te dije que lo de darse un tiempo... —Menea la cabeza—. Hay mucho trabajo detrás, hija.

—Lo sé. —Asiento con la mandíbula apretada—. Pensar en qué ha ido mal, por ejemplo.

—Sí, pero no solo eso. También hay que pensar en uno mismo, en nuestra propia vida. Un matrimonio es un engranaje complejo y, si uno de los mecanismos falla, todo cae en picado.

—Es lo que he estado haciendo yo. Carlos no sé.

—Eso sí tenéis que hablarlo, pero sé consciente de que salir de una crisis requiere tiempo, y los altibajos son normales. Hoy discutís, mañana estáis tiernos, pasado vuelta a empezar. No es fácil porque no se soluciona de un día para otro, y encima hay muchos sentimientos en medio que van de acá para allá. Y no hablo solo de un matrimonio, sino de cualquier otro desierto que crucemos. Cuesta salir de ellos, hay oasis de por medio, luego volvemos a tener sed... Es un vaivén constante. Mantenernos firmes es lo que nos saca de ahí.

—En este caso, se requieren dos personas para mantenerse firme.

—No, hija. Tú tienes que lidiar con tu propia crisis, de la misma forma que Carlos debe hacerlo con la suya. Si cuando salgáis de ambas queréis seguir remando juntos, estupendo. Y, si no, terminaréis con toda la pena de vuestro corazón, pero cada uno lo hará mucho más fortalecido y lo llevará mejor. Un divorcio indica un final, pero también un principio.

Niego con desesperación y me pica la garganta otra vez.

—¿Por qué no podemos tener una relación normal, como la que tiene todo el mundo?

Mi madre se echa a reír.

—Ay, hija. ¿De verdad piensas que hay una sola relación fácil? ¿Que nunca hay problemas? Que las personas laven los trapos sucios en casa y se cuiden mucho de sacar a relucir solo lo limpio no significa que no se pasen todo el día restregando manchas.

—Supongo que tienes razón.

—Claro que la tengo.

Sonrío y me seco las lágrimas.

—Entonces ¿qué hago, mamá?

Ella suspira con cierto desespero.

—Pensar en ti siempre, Lis. Siempre.

—Ya lo hago, pero sigo sin saber cómo arreglarlo con Carlos.

—No lo sabes porque no estás pensando en ti. Lis, ¿qué quieres hacer tú?

—Volver a lo que teníamos.

—Ese es el problema, hija. Lo que teníais os llevó a donde estáis, así que volveríais a repetir lo mismo. —La miro con el ceño fruncido, nunca había pensado en eso—. Te empeñas en regresar a algo que ya no existe en lugar de focalizarte en ir con Carlos hacia un sitio mejor. O sin él, hija, que nadie muere de divorcio.

—Divorcio.

Repito la palabra pronunciada por mi madre a la vez que niego con la cabeza de forma inconsciente. Ella se percata y me mira con ternura. Creo que nos delatan los gestos que nos salen sin pensar.

—Corristeis mucho y no nos escuchasteis cuando os dijimos que las ganas con tanta prisa siempre se desinflan y traen problemas. Y sí, habéis sido felices muchos años, pero no habéis sido capaces de plantarle cara a la primera situación personal difícil a la que os habéis enfrentado. Sobre todo porque no tenéis un suelo firme que pisar, de los que se construyen poco a poco, día a día.

—Ya lo sé, mamá.

—Os queréis mucho, hija, eso lo sabemos todos. Y, si te soy sincera, no os veo con ganas de separaros. —La miro con alivio. Por primera vez nos entiende, creo—. Y tampoco pienso que estéis todavía preparados para vivir algo tan duro y que descoloca tanto. Aún no habéis llegado a ese punto.

—No sé si estamos cada vez más cerca o más lejos —digo con un nudo en la garganta.

—Hija, si por un mal año y unas discusiones por estrés vais a tirar por tierra todo lo que habéis construido, es que no era algo muy sólido. —La miro en silencio, sorprendida por sus palabras—. Por unas motitas de polvo no tiras el mueble, Lis.

Aguanto una risa y la observo un segundo.

—Eras una buena amiga, mamá —le digo. Le pilló por sorpresa, pero se recompone rápido.

—La mejor, no lo dudes. —Yo sonrío.

—Gracias por la charla. —Le acaricio la mano.

—¿Estás mejor?

—Sí. Mucho mejor.

—Ay, qué bien, hija. —Suspira—. Te he notado tan mal por teléfono que se me ha partido el alma. Y justo tu padre se había ido a jugar a las cartas con los de la asociación. Y yo ahí, sola en casa, sin saber qué hacer. Siempre falta en los momentos más inoportunos.

Suspiro y pongo los ojos en blanco otra vez.

—Bueno, pues ya ves que estaba todo bien. Solo... una pequeña crisis.

—¿Quieres que me quede a comer?

—No. —Sonríe—. Estoy bien, de verdad. Y tengo mucho que hacer.

—Vale, entonces me voy. Pero, para cualquier cosa, llámame. Soy tu madre y estaré siempre a tu lado, Lis. —Se levanta, y yo con ella—. Quiero mucho a Carlos y ojalá os arregléis, pero, si no, te apoyaremos en todo, hija. Tu familia te quiere y te ayudará siempre.

—Gracias, mamá —digo sentida.

—Hija, deja de darme las gracias. Soy tu madre, por Dios, ni que me debieras nada.

Y lo dice enfadada.

—Venga, cuidado con el coche.

—Oye, que yo conduzco muy bien —protesta mientras avanzamos por el pasillo—. Tu padre sí que conduce mal, que se salta todos los semáforos.

Llegamos a la puerta, me da un beso y, sin más palabras, se va. Se le cala el coche dos veces antes de salir de la entrada y yo me aguanto la risa. Dios, qué mujer. Ha venido muerta de miedo con lo puesto. Habrá pensado que... que el fantasma de mi habitación asomaba la cabeza. Trago saliva y miro las escaleras que van a la planta de arriba.

Es hora de matar fantasmas.

Me tumbo en la vieja alfombra que todavía permanece a los pies de mi antigua cama, como solía hacer cuando era niña y adolescente. Huele a polvo rancio, y desde aquí la habitación me parece más grande de lo que en realidad es. Hubo un tiempo en el que esa perspectiva era justo la contraria, y, cuando me tumbaba sobre la alfombra, las paredes parecían aproximarse y el dormitorio empequeñecía conmigo en medio. Me asfixiaba esa sensación, ese estar atrapada en un espacio que se reducía cada minuto que pasaba en él. Así como la cocina era el refugio y la condena de mi madre, mi habitación era lo mismo para mí. Porque aquí me escondía del mundo. De los gritos de mis padres, de sus continuas peleas, de la falta de calidez de un hogar, de una familia caótica. Aquí podía ser libre. Podía escuchar la música tan alta como quisiera, podía fumar, podía contar las sílabas de las canciones, podía contar portazos, podía tener ataques de ansiedad diarios sin que nadie se diera cuenta, podía derramar lágrimas. Un refugio. Y, al igual que le ocurrió a mi madre con la cocina, mi habitación fue un refugio que se convirtió en cárcel.

Una tarde, tras una de las peores discusiones que recuerdo de mis padres, en la que hasta yo les grité entre llantos que se callaran de una vez, no pude más. Tuve tal ataque de pánico que incluso me caí redonda al suelo, sin ni siquiera poder lanzar un grito de auxilio. Tampoco hubiera servido de nada, ya que mis padres continuaban con sus gritos y la música estaba a todo volumen. Creía que me estaba dando un infarto y, al verme tan sola, tan triste y tan cansada de lo que me rodeaba, lloré como no había llorado nunca. Lo hice mientras me recuperaba, tumbada en esta misma alfombra, y seguí mucho rato después. El dique reventó de una forma tan desmesurada que arrasó mi cabeza y su capacidad para razonar. Solo sentía una terrible presión en el pecho que no me dejaba respirar y estaba mareada por efecto de la colosal ansiedad. Tomaba pequeñas bocanadas de aire en un intento por respirar y tranquilizarme, pero el ruido de mi cabeza no me dejaba pensar. Solo me repetía una y otra vez que no podía más. Que no quería más.

Y quise acabar con todo.

Con todo.

Sabía lo que hacía, aunque no pensé ni en las causas ni en las consecuencias, y ni siquiera fui capaz de racionalizar todo lo que implicaba aquel acto. Supongo que, más que acabar con todo, lo que quería era que terminaran las situaciones tensas que me rodeaban, pero no sabía cómo hacerlo y tomé el camino equivocado. Tenía la inmadurez de la juventud y una fuerte depresión no atendida. Era un coctel molotov y nadie, ni yo misma, supo prever sus consecuencias una vez estalló.

Cuando mi padre me encontró, mi cuerpo estaba a punto de cruzar una línea sin retorno. Me costó varias horas darme cuenta de lo que había hecho, porque no podía creerlo. Era como si hubiera estado en trance durante esos terribles minutos y no fuera consciente de lo que hacía o como si lo hubiera realizado otra persona en mi lugar. Durante horas tuve una despersonalización tan acusada que recuerdo que, tumbada en la cama del hospital, miraba entre lágrimas mis manos temblorosas como si las viera por primera vez. No las reconocía. No me reconocía. Y comencé a sentir culpa. Y vergüenza. La misma que sintieron mis padres por ellos mismos. Porque después de esa noche no hubo más gritos durante mucho tiempo. Ni más portazos. Fue un error que cometí yo, pero marcó un antes y un después para todos. La bomba nuclear que supuso para mi familia aquel acto resonó durante meses, aunque intentaban disimularlo para no añadirme culpa. No obstante, cada día me preguntaban, me hablaban, se disculpaban, se sinceraban, se inquietaban, me vigilaban. Todos necesitábamos digerirlo, pero nunca fue un tema tabú ni tampoco nos señalamos con el dedo buscando culpables o excusas. Diría, si lo pienso ahora, que lo afrontamos con cierta naturalidad dentro del dolor que supuso, lo que nos ayudó a superarlo. Porque lo superé. Lo que hice y lo que me llevó a hacerlo. Necesité tiempo y ayuda profesional, pero volví a sonreír y a ser feliz, sin culpa ni dolor. Pensamos que el túnel nunca se acaba y

supeditamos nuestra vida a una pequeña porción de malestar, y no es así. Siempre hay luz al final del túnel. Solo hay que tener valor para cruzarlo a oscuras.

Poco a poco, mi familia fue perdiendo el miedo conforme yo iba saliendo del pozo y volvía a la normalidad. Simplemente lo superamos. Pasó a ser el recuerdo familiar más amargo, desde luego, pero recuerdo al fin y al cabo. Como tantos otros que hay en esta casa. Por eso la estigmaticé tanto, a ella y a esta habitación, porque es un cúmulo de malos momentos que se me hacen cuesta arriba. Pero, después de estos dos meses aquí, he sabido mirarla con otros ojos. He aprendido que todas las casas guardan secretos, pero también grandes momentos que te hacen feliz. Hoy, sin ir más lejos, he sido consciente de que, aunque mi familia es un descalabro en muchas cosas, mi madre ha venido a toda prisa porque pensaba que me caía, al igual que todos lo hicieron cuando lo necesité. Y es que en esta casa también he sido feliz. He reído, he jugado, me he deprimido y lo he superado.

Miro hacia el techo, aún tumbada en la alfombra polvorienta. No es algo que lleve como un trauma o una carga, aunque muchas noches recuerdo esa tarde y todavía se me encoje el estómago. Fue un error de juventud que por fortuna se quedó en un susto estratosférico y en unos meses de terapia; pero lo superé, como lo superaron mi familia y Celia, las únicas personas que lo saben, además de Carlos.

Vierto una última lágrima al recordar aquello y todas las emociones que despierta, pero la seco rápidamente y me levanto de la alfombra. Doy una vuelta sobre mí misma y miro mi antigua habitación. Mi refugio y mi cárcel.

Abro la ventana, inspiro hondo y sonrío, porque lo bueno que me quedó de todo ello es que, desde aquella tarde, tengo un perpetuo, inmenso e infinito amor por la vida. Y jamás permitiré que nada ni nadie me quiten eso. Ni siquiera yo misma.

La pelota de tenis apenas rebota ya, ha perdido aire de tantos golpes contra la pared que ha recibido. Yo la miro ir y venir a mi mano una vez tras otra, puesto que es el mecanismo de defensa que he elegido para intentar no pensar en la mierda en la que seguimos metidos Lis y yo. Una mierda que, además, me provoca esta sensación de haberme convertido en el hombre más gilipollas del planeta.

¿Por qué me empeciné en discutir por el lugar en el que vivir? ¿Qué más da? Sabía que lo importante era esclarecer nuestra situación y hablar de lo que nos había llevado a ella. Estoy seguro de que Lis lo esperaba como agua de mayo y, de hecho, era el paso lógico. Deberíamos haber conversado acerca de cómo nos sentíamos o de los errores que no hay que volver a cometer y, una vez sentadas estas bases, mirarnos, sonreírnos, abrazarnos y después concretar los detalles nimios, como dónde vivir. Pero me tomé como un despecho esa negativa rotunda a venir a este piso, a volver a casa, y me dolió porque me hizo sentir culpable. Primero por ser yo el que se empeñó en mudarse aquí y después por haber antepuesto el trabajo a mi familia.

Entonces se apoderó de mí un miedo irracional a perderla ante su rechazo a habitar el que fuera nuestro hogar. Me sentí atacado aunque no hubiera ataque alguno y, de forma inconsciente, quise defenderme, como un niño enrabietado cuando sabe que no tiene razón, pero tampoco sabe parar su ataque de ira. Así que me obcequé en ese punto, que no tenía la más mínima importancia. Dejé que hablara el orgullo y, aunque sabía que me equivocaba, me empeñé en tener razón.

Orgullo, razón y culpa no hacen buenas migas con la racionalidad madura.

Y ahora no sé qué hacer. Cuando sientes que pedir perdón ya no sirve de nada es cuando sabes que está todo perdido, y yo estoy a un paso de eso. Le doy un golpe fuerte a la pelota. Vivir sin ella a mi lado. Me duele el pecho con solo pensarlo.

Cojo el teléfono. Miro la pantalla con cierto recelo, pero doy un toque en su nombre.

—Carlos —responde muy seria. Yo suspiro.

—Hola.

Los dos nos quedamos callados. Ella espera que diga algo y yo no sé qué decir.

—Siento haberme ido así. Temí empezar a gritarnos y...

—¿Y?

Resoplo.

—Y yo qué sé, Lis. No lo pensé mucho.

—Eso es obvio. Te largaste en medio de una discusión y de una conversación que, se suponía, iba a ser importante.

—Lo siento, de verdad. Supongo que me cabréé porque me duele esa manía que le has cogido al piso. Es como si me la hubieras cogido a mí.

—Eso es una percepción tuya y no tiene nada que ver ni con la realidad ni conmigo.

Miro al techo y ella suspira al otro lado del teléfono.

—Quizá podríamos vernos y hablar de todo —le sugiero—. Tener la conversación que debimos haber mantenido ayer. Sin expectativas, sin dar nada por supuesto. Creo que ese fue nuestro error, ¿sabes?

—Estoy muy cansada, Carlos. Cansada hasta las pestañas de discusiones estúpidas por parte de ambos. Yo tengo las cosas muy claras, quiero volver, pero no a las riñas absurdas. Y, para eso, llevo dos putos meses con una limpieza mental. Y no solo de esta etapa, sino de toda mi vida. Lo he conseguido, ¿sabes? He reconectado conmigo, contigo, con mi familia y con mi casa, así que soy más fuerte y estoy más preparada. ¿Qué coño has hecho tú, Carlos?

—Mierda, Lis, sabes que he estado hasta el cuello de trabajo.

—¿Y yo no? —Se ríe con saña—. ¿Te crees que eres el único con estrés? ¡Mierda!

—No quería decir eso, joder.

—Además, hay tiempo para todo, que lo sepas. Y las excusas ya no me sirven. Si de verdad quieres arreglar esto, demuéstalo.

—No me vengas con tonterías. Sabes que quiero arreglarlo tanto como tú.

—Me quedó muy claro ayer —espeta.

—¡Te he pedido perdón, joder!

—¡Eso ya no es suficiente y no me sirve! Quiero acciones, Carlos.

Ella cuelga. Yo grito y tiro el teléfono contra la pared.

Justo el lugar en el que estamos nosotros.

EL SALÓN

Me encantaría pasarme el día llorando acurrucada en el viejo sofá, pero tengo que trabajar. Ahora mismo no puedo plantearme descansar los fines de semana, así que, en cuanto se me pasa un poco el cabreo, me tomo una pastilla porque el dolor de cabeza me empieza a matar y me siento en mi barra-escritorio.

No me concentro, claro está. Hay tantas cosas que me revolotean en la cabeza aparte del dolor que tengo que leer la misma línea tres veces y, aun así, sigo sin enterarme de nada. Carlos, la discusión, qué hacer ahora, mi habitación, lo que pasó, mi madre, el piso, la casa. Todo danza sin control en mi mente. Demasiadas cosas que digerir en una mañana. Y yo sin tiempo para hacerlo. Pero los pensamientos se atropellan unos a otros y chocan con vehemencia y ruido. No sé pararlos. Es como si estuvieran en la casilla de salida esperando el pistoletazo para correr de un lado a otro de mi cabeza y yo no los pudiera retener mucho más. Así que, con la sensación de estar volviéndome loca, me levanto para encaminarme hacia el salón, a ver si al estirar las piernas y cambiar de estancia me relajo un poco.

Abro el ventanal de par en par y me quedo de pie en el porche. Cierro los ojos y masajeo un poco mis sienes, a la espera de que la pastilla haga efecto y me quite este clavo de la cabeza. No lo hace. En su lugar se intensifica y, además, me mareo. Por lo tanto entro de nuevo y me tumbo en el sofá unos minutos para intentar que se me pase un poco el malestar. Demasiadas vueltas a la cabeza. Demasiadas cosas en las que pensar.

O ninguna, en realidad.

Porque estoy agotada.

Miro hacia el techo y veo la gran cantidad de humedad que lleva ahí desde que mis padres se fueron. Habría que pintar la casa entera y, lo más seguro, arreglar el tejado. Asimismo se debería cambiar el parquet, porque la mayor parte de sus láminas están ajadas o levantadas. Ah, y la caldera, que se estropea cada dos por tres. Eso de entrada. Quizá tirar además algún tabique, desdoblarse una habitación... Giro un poco la cabeza para masajearme el cuello y observo el descolorido mueble de televisión. También habría que cambiarlo. Al igual que la chimenea que

está a su lado y que necesita de forma urgente una limpieza profesional. A saber cuántos gases acumula después de años sin tocarla o si explotaría la casa entera al prender una cerilla a su lado.

Me río para mis adentros. Eso pasó una vez.

Mi hermano y yo tuvimos la brillante idea de encenderla un día de septiembre en el que comenzaba a refrescar. Como es obvio, no habíamos tocado la chimenea desde el invierno anterior y mis padres tenían en mente limpiarla en las próximas semanas para tenerla preparada. Pero nosotros nos adelantamos a sus planes y, una tarde que no estaban, quisimos hacernos los *boy scouts*. Pobres idiotas. Salía tanto humo negro de ahí que tuvimos que llamar a los bomberos, con más miedo por la bronca que nos iba a caer que por las llamaradas en sí. Cuando llegaron mis padres, nos reventaron los oídos de los gritos y nos castigaron a no salir hasta cumplir los cincuenta, pero nosotros nos moríamos de la risa por lo tontos que habíamos sido. «Encima os hace gracia», decía mi padre con rayos en los ojos. Eso sí, cuando días después se tranquilizó la cosa, ellos se reían también y se referían a nosotros como «los dos pirómanos estos». Todo quedó en una trastada.

Sonríó al acordarme de esa y de tantas anécdotas que hemos vivido frente al fuego. La cantidad de tardes que pasábamos jugando a los pies del hogar mientras nos llegaba el olor de algo dulce que mi madre cocinaba en el horno. O los sábados por la mañana, cuando desayunábamos los cuatro juntos en este salón y mi padre hacía tostadas en el fuego mientras César y yo salivábamos. También las Nochebuenas abriendo los regalos que se adelantaban al día de Reyes o los momentos que pasábamos mi madre y yo viendo alguna película de espías, género que nos encanta, con un enorme bol de palomitas mientras escuchábamos las llamas crepitar. Otras veces también nos juntábamos los cuatro para ver algo en la tele repantingados en los dos sofás que había entonces. Incluso había días en los que yo me emperraba en hacer los deberes tumbada sobre la alfombra que mis padres ponían en invierno, con el fuego calentando mis pies. Es curioso lo que una chimenea como esta genera en una casa. Y más curioso aún es que no recordara esos momentos de paz.

Suspiro con una sonrisa de oreja a oreja porque he atado todos mis cabos sueltos.

Sí. Ahora lo sé.

Quiero vivir en esta casa.

Y quiero hacerlo con él.

Hola! ¿Cómo estás? ¿Qué tal va todo? Desde la cena de la uni no nos hemos visto. ¡Qué mal! Verás, siento molestarte un sábado a mediodía, pero estoy considerando contratar a alguien para que me eche una mano con traducciones de algunos proyectos que se me han acumulado, y he pensado en ti. Como en la cena contaste que te habías quedado sin trabajo... No sería mucho, pero si te interesa dímelo y te llamo para darte más detalles. Un beso fuerte».

¿Enviar?

Me paso los dedos por el labio, nerviosa. ¿Se enfadará porque sea por WhatsApp? ¿Cómo se hacen estas cosas hoy en día? Si la llamo igual le pilla tan de sorpresa que es peor, y como hay cierta confianza... ¿De verdad lo necesito? Miro la montaña de trabajo que tengo sobre la mesa y que no me da tregua ni para tener un dolor de cabeza y me reafirmo en que sí, lo necesito. Al menos unas semanas, o incluso meses. Quitarme tres o cuatro cosas para ir más desahogada. ¿Le interesará?

Hija, Lis.

Enviar.

Resisto la tentación de escribir también a Carlos. Tras la discusión no sé bien quién de los dos tiene que dar el paso y pedir perdón, si es que eso sirve ya de algo. La cabeza vuelve a martillearme y odio pensar tanto para encima no saber qué hacer luego. Paso de nuevo los dedos por mi labio inferior en clara señal de nerviosismo. Bueno, qué más da. Busco su nombre en los contactos recientes y pulso la tecla de llamada. Un tono. Dos tonos. Tres. Mierda. Cuatro. Cinco. Miro la pantalla. Estoy llamando, ¿verdad? Seis. Siete. «Ha llamado al buzón de voz de seis, uno...».

Joder. Si sobrevivo al día de hoy, merezco un premio.

Sigo trabajando un par de horas más hasta que me doy cuenta de que no he comido nada. Son las tres y media de la tarde y me acuerdo de mi alimentación cuando me ruge el estómago con fuerza. Me toco la frente. Me quedan siete páginas para terminar este bloque y me esperan otros dos más. Resoplo. Decido parar un momento para comer aunque sea un mísero sándwich. Así que me levanto, estiro el cuerpo y voy hacia la nevera para picar algo rápido. Tampoco la tengo

muy boyante, para mi vergüenza, por lo que me debo conformar con un pepino, un aguacate y un tomate. Justo antes de echarme a llorar por lo deprimente que es el día, mi teléfono suena y, con el corazón en la garganta, corro a cogerlo.

¿Carlos?

No.

Mi colega de universidad. Joder.

—¡Hola! ¿Qué tal?

—Ay, Lis. Que he leído hace nada tu mensaje. ¿Qué tal?

—Bien. —Sonrío—. ¿Y tú? Oye, perdona por decírtelo así, por WhatsApp, y tan de sopetón, pero es que no quería llamarte y que te sintieras comprometida o algo, ¿sabes? Vamos, que con toda confianza me puedes decir si te interesa o no.

—¡No te preocupes! ¡Al revés! Gracias por pensar en mí. Y, en principio, me interesa porque sigo en el paro. Así que, bueno, cuéntame.

—A ver —carraspeo—, te explico lo que necesito y lo que puedo ofrecer. No es mucho, la verdad, pero te comento. Empezaríamos con...

Y así le concreto un poco más tanto el volumen de trabajo que tendría como lo que puedo pagarle. También le aclaro que la gestión de las horas y del espacio son libres, algo que le gusta porque le viene bien para compaginarlo con otras cosas. Me hace algunas preguntas, yo le hago otras y, con todas las cartas sobre la mesa, toma la decisión en cinco segundos.

—¡Genial! —exclamo—. No sabes el peso que me quitas de encima.

—¡El que me quitas tú a mí! —Reímos.

—Entonces el lunes te mando cositas, ¿vale?

—Si puedes, envíamelas ya. Es que así me hago una idea de cómo gestionarlo y me empiezo a organizar, que si no me veo el lunes sin saber hacia dónde tirar.

—Hombre, aquí estoy para lo que necesites, ya lo sabes.

—Lo sé, gracias. Pero tú mándame ahora mismo lo que más te urja, que yo me apaño.

—Vale, como quieras. —Sonrío—. Te lo envío en cuanto colguemos y, cuando puedas, me mandas tus datos personales, el DNI y el número de la Seguridad Social para dárselos a la asesoría laboral que me lleva las cuentas y así hacer las cosas de forma legal y bien.

—¡Claro! Te lo mando todo enseguida y, si necesitas algún dato más, me dices.

—¡Perfecto! Ah, ya que estamos, te cuento un poco sobre la primera cosa que te voy a mandar. Este cliente en concreto es...

Cuando termino las indicaciones, colgamos y le envío la primera traducción. Me siento rara, la verdad. Me incomoda el papel de persona que contrata a otra y, al mismo tiempo, me alivia. Me quito un pequeño peso de encima y, al menos, podré parar a comer.

Me han alucinado su predisposición y sus ganas de ponerse a ello, aunque en realidad sabía

que respondería bien; siempre ha sido una persona muy metódica, organizada y cuidadosa. Y buena traductora, por supuesto. Por eso, además de por su situación personal, había pensado en ella.

Suspiro hondo. Por favor, que esto tan mío y que tanto he sudado salga bien.

Que salga bien.

Anoche discutí con mi marido y no he dormido nada. Esta mañana he tenido una crisis emocional, ha venido mi madre y me ha dado una pequeña charla. Luego el fantasma de mi dormitorio ha derramado una lágrima final, me he reconciliado con la última habitación que permanecía oscura en esta casa y he contratado, por primera vez en mi vida, a una persona. El mundo se podría acabar ahora mismo, ya lo he vivido todo en tan solo una mañana.

Después de comer y tomarme un café, vuelvo al trabajo, pero ya más relajada. Contar con mi compañera me alivia más de lo que esperaba, porque aligera un poco la presión que llevaba encima. Además, estoy a gusto en esta casa y en el espacio que me rodea, lo que hace todo más fácil. Sigo inquieta por Carlos y su silencio, pero me ocuparé de eso más tarde. De hecho, creo que sé lo que tengo que hacer para solucionar esto de una vez por todas. Si he hecho las paces con estas cuatro paredes y con todo lo vivido aquí, puedo hacer las paces con cualquier espacio. Cualquiera. Sin excusas.

Café en mano, continúo con la cara pegada al ordenador hasta que, a media tarde, escucho un coche aparcar fuera. Al principio pienso que será el vecino y no le doy más importancia, pero trago saliva unos segundos después, cuando suena el timbre de la puerta de mi casa.

Avanzo por el pasillo despacio y con tranquilidad, aunque sé que es él. Voy descalza, vestida tan solo con mi jersey largo que cae por un hombro y mi eterno moño alto. Lo que viene siendo mi uniforme de trabajo. De algún modo lo he intuido cuando no ha respondido a mi llamada ni tampoco la devolvía, y porque siempre siempre he sabido cuál iba a ser su siguiente paso. Carlos es muchas cosas, y todas complejas en cuanto a emociones se refiere, pero sus mecanismos de acción son simples, predecibles incluso, y a mí siempre se me ha dado bien comprenderlos y anticiparme a ellos. Así que estaba segura de que vendría. Eso lo tenía claro.

Pero Carlos también guarda bien sus secretos.

Y sus ases en la manga.

Cuando abro la puerta, está igual de serio que yo. El pelo de nuevo más corto y la barba arreglada indican que ha ido al barbero esta mañana. Sus ojos fijos que te radiografían. Su

mandíbula apretada. Su cara de circunstancia. Su camiseta de manga corta porque hoy hace calor. Sus vaqueros modernos. Él. Carlos.

Y su maleta grande.

Frunzo el ceño.

Lo miro sin hablar. Él también me aguanta la mirada hasta que la desvía hacia el maletón con una sonrisa escondida. Doy un paso atrás, en señal de invitación a pasar, pero él se queda donde está e inspira hondo.

—Cuando me ascendieron —dice— y me di cuenta de lo que implicaba, perdí el control. La presión por dar la talla era un muro de hormigón que pesaba tanto sobre mis hombros que me resultaba imposible de sostener. Me presionó la empresa, sí, pero más me presioné yo mismo. Era la forma que tenía de demostrarme a mí, a ti, a mi familia y a mis amigos que el rebelde de Carlos, el oscuro, el bala perdida, había llegado alto. —Trago saliva y él inspira hondo—. En realidad nadie a mi alrededor pensaba así, pero yo me convencí de lo contrario y solo quería llegar a ser el mejor. Deseaba que te sintieras orgullosa de mí, Lis. Tú que has sacado un negocio a flote a pesar de muchos obstáculos; que eres tan inteligente, despierta y resistente. Quería estar a tu altura. Y a la de los demás también. Y sí, llegué alto en el trabajo. Pero te perdí a ti por el camino.

Abro la boca para decir algo, pero él gesticula con la mano para que le deje hablar.

—Porque me perdí yo también y cometí el peor error de todos. Te di por supuesta, subestimé nuestro matrimonio y os relegué a ambos a un tercer plano, por detrás de mí y de mi trabajo. Entonces, cuando empezaste a cansarte y me decías cómo te sentías, yo me enfadaba contigo puesto que no entendía por qué no tenías un poco de paciencia y me apoyabas, como yo te había apoyado a ti durante tus vacas flacas. Te taché de egoísta, Lis, y no supe ver que en realidad el egoísta era yo por no tenerte en cuenta. Me enfadé conmigo mismo y con mi trabajo. Estaba tan jodidamente enfadado que solo podía escupir mierda. Y únicamente sentía que no tenía ningún control. Entonces tuvimos aquella bronca. ¿Te acuerdas? —Yo asiento—. Y te marchaste. Creo que no calibré las consecuencias hasta unos días después. Porque al principio fue un alivio. Un jodido alivio. No había gritos, no había malas caras ni discusiones por cualquier chorrada. Pero, cuando el ruido cesó y todo se calmó, empecé a echarme de menos. A echarnos de menos.

»Eché de menos nuestros bailes y el escote en la espalda que llevabas el día de nuestra boda. —Sonreímos—. Eché de menos lo maniática que eres con los olores, el pánico que tienes a los aviones o la cantidad de cosas marcianas que cuentas. Tus hoyuelos, tus besos, tus masajes, tu sentido del humor, tu empatía y todas las cosas que te hacen ser tú. Recordé cuando nos conocimos, cuando nos besamos en aquella azotea, cuando te pedí matrimonio y cuando nos pasábamos las noches enredados. Lo recordé todo a conciencia, porque era la única manera de tenerte, de que volvieras de alguna forma a mí. Y entendí que esa era precisamente la manera de

recuperarte; reconectar con nuestra relación, como me dijiste aquella noche en esta casa. Yo tenía que volver a unir los puntos de nuestra historia, al igual que tú tenías que unir los de la tuya propia. Y para eso debíamos estar separados. Creo que ha sido la mejor decisión que hemos tomado. Asumimos un riesgo enorme, pero nos ha servido para tranquilizarnos, para comprender que no podemos perdernos tanto, que tenemos que confiar y apoyarnos en el otro y que esta no será la única mala época que vivamos porque pienso envejecer a tu lado. —Resoplamos una risa y a mí se me ponen los ojos acuosos—. Y que, joder, Lis, en estos dos meses separados no hemos dejado de estar juntos, porque somos incapaces de desamantarnos.

»Así que me quedo contigo, como dice la canción. —Sonreímos y vuelve a mirar su maleta—. Y me da igual que sea en esta casa, en el piso, en otro de alquiler o debajo de un puente. Tú y yo estaremos juntos porque somos una familia. —Encoge sus hombros con las palmas de las manos hacia arriba—. Esto es lo que siento, cariño. Es lo que debería haberte dicho ayer si no fuera un puto imbécil. Pero este puto imbécil quiere que mandemos a la mierda eso de ella y él. Este puto imbécil quiere que Lis y Carlos vuelvan a casa, sea cual sea.

Doy un paso al frente. Me tiembla todo el cuerpo, pero tiendo mi mano y le acaricio la mejilla, la barba, los labios. Sonrío con la boca cerrada y él aguarda expectante. Me acerco un paso más hasta rozarlo.

—Y yo soy la mujer de un imbécil. —Sonreímos. Él tímido, como el niño que es—. Así que soy una imbécil también. Por presionarte con la casa, por no haber tenido más paciencia en tu peor momento y por haberme muerto de miedo al notar las primeras manchas en nuestros trapos. —Él niega con la cabeza y va a decir algo, pero le callo con un beso rápido—. Y da igual dónde vivamos, en realidad. —Suspiro en sus labios—. Porque nosotros somos la casa. Todo lo demás solo son paredes sin sostén.

Nos abrazamos. Fuerte y sentido. Llegan los suspiros también. Los balanceos. Otro abrazo. Y su olor leñoso. Y mi «Te quiero tanto». Y su «Y yo, mi Flor de Lis».

Nos separamos, nos miramos y nos echamos a reír. Carlos me rodea el hombro con su brazo y, arrastrando la maleta con la otra mano, entramos en casa y cerramos la puerta al ruido.

EPÍLOGO

TREINTA Y OCHO

Mi hermano me mira con una mueca asesina. Yo contengo la risa, pero me encojo de hombros. Celia se amorra a su copa de vino y Carlos finge azuzar el fuego de la chimenea, que aún en marzo sigue siendo lo más usado de la casa. Mientras, mis sobrinas juegan con un *¿Quién es quién?* viejo que acumulaba polvo en el garaje.

—Pero es que no entiendo por qué tenéis que tirar la planta de arriba entera, con lo bonita y bien distribuida que está —protesta mi madre mientras se lleva medio canelón a la boca—. Y encima vais a cambiar también muchas cosas de la planta de abajo. Que si el suelo, que si el baño, que si los armarios de la cocina... Hija, para qué tanto cambio.

Zen, Lis. Siempre zen. Tú te has empeñado en invitarlos a comer para celebrar tu cumpleaños, así que apechuga.

—Ahora es su casa, Irene, déjalos en paz —le riñe mi padre.

—Será su casa, pero yo podré opinar, ¿no? —se indigna.

—¡No! —decimos al unísono César y yo, y nos entra la risa.

—Solo vamos a hacer las reformas necesarias y algunos cambios, Irene. —Intenta calmarla Carlos cuando vuelve a sentarse a la mesa—. La casa tiene muchos años y le hace falta un lavado de cara profundo. Además, así redistribuimos el espacio y podemos hacer un vestidor, un baño más grande...

—Ay, hijo, ¿para qué queréis un baño más grande?

—Siempre opinando sobre todo. —Se ríe mi padre.

—Hombre, claro. Ya salió el defensor del pueblo. Si a ti te parece igual de mal, no lo niegues.

—¡A mí qué me va a parecer mal!

—¡No mientas! Si anoche decías que, aunque compraron la casa y ahora es suya, podrían...

Me estiro un poco y me acaricio el costado con una ligera mueca de molestia. Carlos me mira y se acerca a mi oído mientras mis padres siguen a lo suyo.

—¿Estás bien? —me susurra.

—Sí, tranquilo. —Sonrío—. Hoy está revoltoso. Creo que las comidas familiares no son lo suyo.

—Así me gusta. —Asiente con fingido orgullo—. Cinco meses ahí dentro y ya es digno hijo de sus padres rancios. —Me guiña un ojo.

Disimulamos una risa.

—¿Y ya habéis llevado todo al piso de tus padres? —interrumpe mi madre.

—Lo necesario —digo yo—. Solo estaremos ahí mientras duren las obras.

—Ay, hija, a ver si los albañiles os roban. Que la gente es muy mala y no te puedes fiar de nadie.

—¡Mamá, por Dios! —Ríe César.

—No te preocupes —digo mientras contengo la risa—. Guardaré mi gargantilla de diamantes y esmeraldas en el congelador, junto con las llaves del Ferrari y las bragas de Chanel.

—Vosotros reíros, que ya veréis.

Dice algo más, pero ya no la escucho. Celia la interrumpe para contar una anécdota que le ocurrió el otro día en el instituto y todos reímos más. Yo apporto mi grano de arena al relatar un pequeño percance que tuve con un cliente. Carlos lo zanja con un «No tenéis ni puta idea de lo que es ser jefe» en tono jocoso, con uno de sus gestos irónicos incluido. Su intervención se lleva unos cuantos abucheos por parte de Celia y de mi hermano y un «Imbécil» por la mía.

—Ven —me susurra mientras se acerca un poco más a mí, apoya su brazo en el respaldo de mi silla y me acaricia el hombro con la mano.

Yo obedezco curiosa y lo miro expectante.

—¿Qué? —murmuro en sus labios y alzo una ceja.

Él arruga la nariz.

—Que tú eres la mujer de un imbécil, Flor de Lis.

Y entonces me echo a reír.

Una historia conmovedora y enérgica sobre dos personas que descubren que lo suyo tal vez no es para siempre.



Lis y Carlos se conocen en una fiesta y la química es innegable. Desde ese momento todo sucede muy rápido: al poco tiempo deciden irse a vivir juntos y unos meses después se casan. Su entorno piensa que están precipitándose, pero ellos saben que lo que tienen es único y especial. Sin embargo, tras siete años su matrimonio empieza a hacer aguas. Los cambios en sus vidas y los traumas y temores del pasado comienzan a arañar esa aparente felicidad. De aquella historia parece quedar solo el recuerdo, y el abismo entre ellos crece hasta el punto en que Lis decide hacer las maletas y no volver jamás. ¿Se puede reconstruir un nosotros sin abandonar lo que en realidad queremos?

La escritora Sara Ballarín regresa con una nueva obra en la que reflexiona sobre las dos caras de las relaciones y los pedazos de tarta que repartimos sin tener en cuenta que tal vez nosotros seguimos teniendo hambre. Tarta nupcial se convierte en una lectura honesta acerca de lo que sucede cuando el amor termina y en una muestra de que la resiliencia amorosa supera cualquier compromiso. ¿Pueden dos seres perdidos encontrar lo que los llevó a amarse hasta el final?

Sara Ballarín nació en Huesca en 1980. Es licenciada en Filología Inglesa por la Universidad de Zaragoza. En la actualidad trabaja en una empresa internacional de telecomunicaciones. Empezó a escribir relatos cortos ya desde niña hasta que dio el salto a la novela con *El cuaderno de Paula*. A esta le siguieron *Contigo en el mundo*, *El vuelo de Lena*, *También llueve en verano* y su nueva obra, *Tarta nupcial*.



Primera edición: julio de 2023

© 2023, Sara Ballarín

© 2023, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial / Andrea Ferrandis

Ilustración de portada: © Alberto Miranda

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-9129-884-7

Compuesto en www.acatia.es

Facebook: [penguinbooks](https://www.facebook.com/penguinbooks)

Twitter: [@sumadeletras](https://twitter.com/sumadeletras)

Instagram: [@sumadeletrased](https://www.instagram.com/sumadeletrased)

Spotify: [penguinlibros](https://open.spotify.com/artist/penguinlibros)

YouTube: [penguinlibros](https://www.youtube.com/penguinlibros)

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro.»

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En Penguinlibros.club encontrarás las mejores
recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.



Penguinlibros.club



Penguin
Random House
Grupo Editorial

   Penguinlibros

Índice

Tarta nupcial

1. El principio a la mitad
2. Los Inconexos
3. Ella y él
4. Las Niñas Perdidas de Nunca Jamás
5. Él
6. El principio de ella y él
7. Siempre hay un origen
8. Tregua a medias
9. Aquella boda salida del precipicio
10. Las pequeñas cosas
11. El primer pequeño paso
12. Los gatos sigilosos
13. Días de rosas y espinas
14. Un poco de Carlos
15. Las ganas escondidas
16. La fotografía en blanco y negro que enseñar
17. Empezar por los cimientos
18. La lealtad de Carlos
19. Eres una bomba para mí, Flor de Lis
20. El día D de Lis
21. Siete años bailando
22. Dos mañanas sin sol

23. La cocina
 24. Dos astillas distintas sacadas del mismo palo
 25. Despedida
 26. Luz y oscuridad
 27. El jardín oxidado
 28. Ruedas paradas que vuelven a girar
 29. El origen del declive
 30. Caminar sobre una cuerda floja
 31. Los secretos de vuestro dormitorio
 32. El Edimburgo de Lis
 33. El Edimburgo de Carlos
 34. Mundos paralelos
 35. La habitación
 36. Contra la pared
 37. El salón
 38. Algo mío
 39. Lis y Carlos
- Epílogo. Treinta y ocho

Sobre este libro

Sobre Sara Ballarín

Créditos